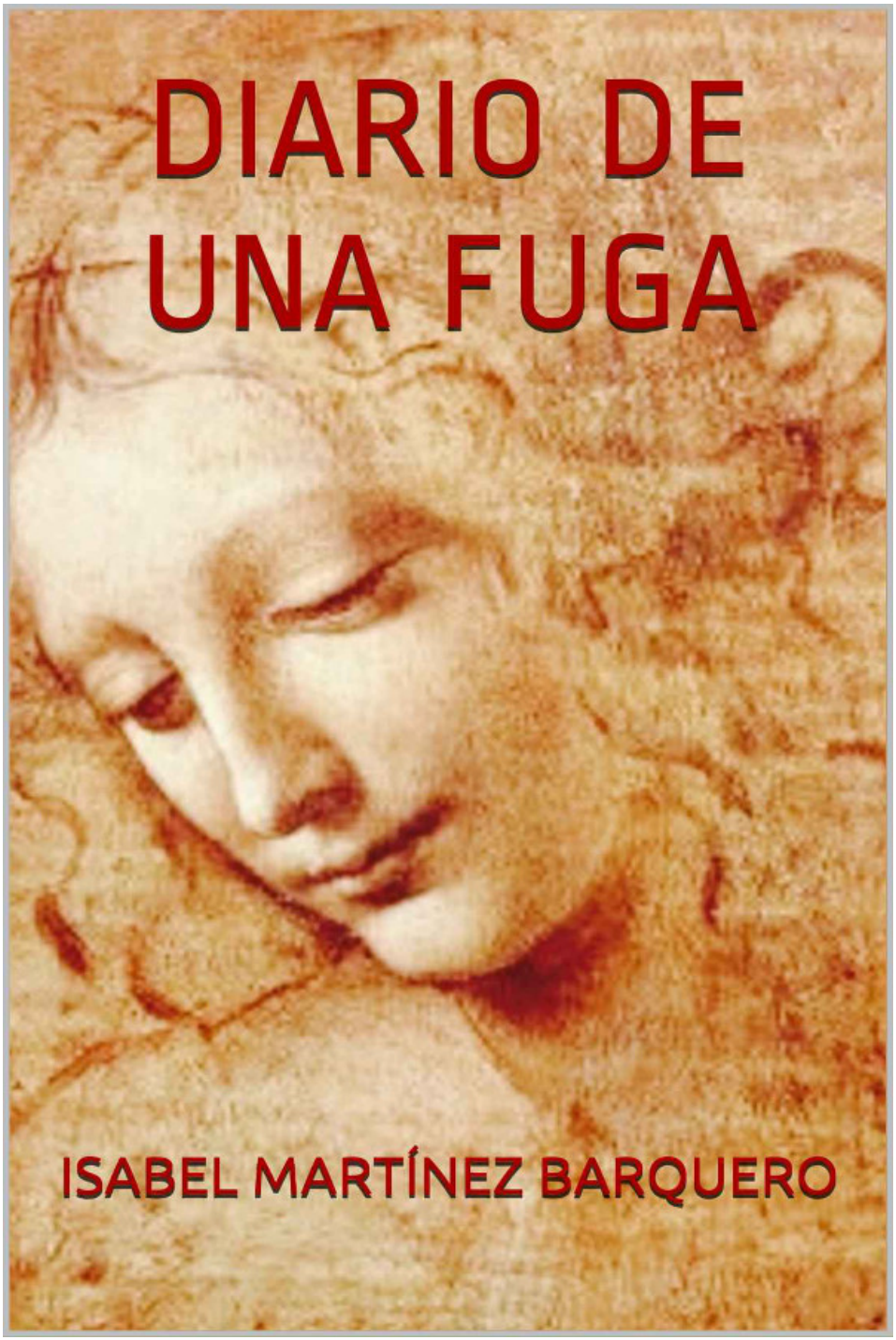
DIARIO DE UNA FUGA



ISABEL MARTÍNEZ BARQUERO

Celia Viñas, profesora de instituto, vuelve a la ciudad donde nació y creció a efectos de ocupar la plaza vacante dejada por el fallecimiento de la anterior titular. En una fiesta, descubre un cuaderno manuscrito por la fallecida que va a cambiar su vida. Su lectura la lleva a intuir su parecido con la profesora muerta y entra en un laberinto de obsesiones palpitantes que la conducen a una serie de indagaciones. Celia quiere aclarar las circunstancias extrañas de la muerte de su predecesora, remueve misterios escondidos, saca a la luz los interiores turbios de quienes la rodean y se ve inmersa en una maraña de relaciones que se enredan sin remedio. Desconfía de todos los que se hallan a su alrededor, las mismas personas que formaban el entorno de la difunta Carmen Vidal.

En el proceso indagatorio, Celia descubrirá su propio espíritu sepultado, su voz silenciada, la urgencia insoslayable de la relación con los otros, su atracción por el jefe de estudios del instituto, su vida acomodada a una rutina que ya no le sirve y la necesidad de romperla.

Novela de intriga psicológica cuyos temas principales giran en torno a las dimensiones simbólicas de la realidad, las similitudes entre personas, el fracaso existencial, la atracción amorosa, el suicidio, el paso del tiempo, el plagio, la afectación intelectual y el amor por la literatura.

Isabel Martínez Barquero

Diario de una fuga

Isabel Martínez Barquero
Imagen de portada: Cabeza de muchacha (La scapigliata o La despeinada), de Leonardo da Vinci

La opción de ciertos autores por el silencio no anula su obra; por el contrario, otorga retroactivamente un poder y una autoridad adicionales a aquello de lo que renegaron: el repudio de la obra se convierte en una fuente de validez, en un certificado de indiscutible seriedad.

Enrique Vila-Matas

Ni lo claro me iluminaba ni lograba descansar en lo oscuro.

Luis Landero

La vida, el permiso para conocer a la muerte.

Djuna Barnes

La esperanza es algo secreto.

Clarice Lispector

Sábado, primer día

1

Recuerdo que el cambio en mi persona se inició a los pocos meses de mi regreso a Murcia, cuando se instaló en mi espíritu la sospecha de un asesinato. Antes de forjarme semejante recelo que me llevó a salir de los escuetos límites de mi propio y aburrido interior, ya preparaba el abandono de los pilares que me sostenían en un desequilibrio constante. El tránsito hacia la nueva Celia se había puesto en marcha, sin que yo misma fuera demasiado consciente. Su origen lo encuentro en la noche en que llegó a mis manos el diario de los últimos días de Carmen Vidal, un cuaderno que cambió mi vida para bien. Fue durante una fiesta de finales de la primavera pasada, una de esas veladas pegajosas por las que siente una especial estima mi amigo Álvaro. El aire anticipaba los rigores del estío próximo y los contertulios, ahítos de comida y de bebida, languidecían en conversaciones pretendidamente interesantes. Me hallaba aturdida por la densidad untuosa del ambiente, sin duda planchada y mustia a los ojos de cualquiera que me observara; pero mi actividad interna era fértil, azuzada por un espíritu crítico que me aguijoneaba en los últimos meses y me impedía el disfrute de quienes hasta entonces había considerado mis iguales. Atravesaba una de esas turbias épocas en las que los demás cargan, hagan lo que hagan y se expresen como se expresen, uno de esos períodos huraños en que cuesta hasta aguantarse uno mismo y la propia psique es un campo de batalla incesante. Cada vez detesto más esas etapas estúpidas y desesperanzadas, esos pozos infecundos que solamente sirven para verle la cara al desasosiego más devastador; pero el ser humano no elige en la mayoría de las ocasiones los estados de su ánimo, sino que los decreta el entorno en combinación con una química corporal que escapa del control de la mente.

Me levanté de mi asiento y pasé a la casa de Álvaro. En su interior barroco y colorista, los muros exhalaban calenturas retenidas y el bochorno reinante superaba con creces al del jardín. Camino del baño, me detuve en el agradable rincón de lectura de mi amigo. Sobre la mesa camilla, asomaba entre los libros un tomo

de pastas nacaradas. La rareza infantil del libro estimuló mi curiosidad y, con una parsimonia atenta a su disposición de origen, lo saqué y lo coloqué encima de todos los volúmenes. Sin atreverme a desplegarlo, paseé mi vista indecisa por sus contornos. Ninguna letra en su exterior daba indicios sobre su posible contenido. Acaricié su textura externa con avidez, muy grata en su lisura fría. No terminaba de decidirme sobre la conveniencia de bucear entre sus páginas, y esta duda me mantenía en vilo y expectante. Algo similar a la vergüenza me detenía y me impedía internarme en el paisaje de sus hojas. Su tacto me recordaba al de los misales de los niños, los cándidos breviarios que se les suministran para que no les falte ningún detalle cuando van a hacer su primera comunión. Solo se diferenciaba de ellos en la falta de un mecanismo dorado de cierre y en el tamaño del volumen, mayor que el de una cuartilla y menor que el de un folio moderno, sin llegar a ser una holandesa, un formato de hoja infrecuente sin ninguna duda.

Resolví mi curiosidad indiscreta conforme a los criterios de la prudencia que no olfatea en los guisos ajenos, aunque también contribuyeron mis ganas irrefrenables de orinar. Pero la batalla no fue ganada de un modo definitivo por la buena educación, ya que, cuando salí del baño, me paré otra vez junto a la mesa camilla. Volví a sacar el tomo nacarado de entre los libros que lo escondían y lo acaricié. La aparente ingenuidad de aquel volumen me atraía de un modo misterioso. Quería abrirlo, desvelar su secreto, pero una extraña alerta interna me lo impedía. Siempre hojeo los autores y los títulos de los libros que leen mis amigos. Es una costumbre tenaz que me acompaña desde los tiempos de mi juventud. Sin complejos ni vergüenzas, paseo mi vista por toda superficie de papel encuadernada y la columpio en los cantos evocadores de las hileras que pueblan las estanterías; incluso, cojo algún que otro ejemplar y le echo un vistazo sin ningún escrúpulo; pero aquel tomo lechoso me había paralizado sin saber muy bien el motivo de semejante fascinación atónita. Para ser exacta, el volumen me tenía hipnotizada, inmóvil y asida a su tacto liso y frío. No se parecía a ningún ejemplar de los que solemos poseer, aunque no era un libro de pretendida soberbia en su aspecto externo, ni aparentaba el orgullo de un incunable ni la grandeza de ninguna otra obra de especial valor. Pensé que quizá se trataba de un simple cuaderno, de un lugar destinado a recoger anotaciones o pensamientos de altura, porque nadie se aprovisionaría de un objeto tan precioso y

tan presumiblemente caro si no fuera para llenarlo de nobles frases, escritas con letra esmerada al dictado de excelsos raciocinios o de aladas sensaciones. Podía contener el diario de Álvaro. A mi amigo le pegaba escribir sobre su vida en un objeto de ese tipo, excéntrico como él mismo lo es. Aunque también cabía la posibilidad de que escondiera un álbum de fotografías o un conjunto de recuerdos. Una simple y rápida indiscreción por mi parte desvelaría su contenido. Bastaba con que levantara la tapa y que las hojas del interior revelaran el enigma.

—¿Es muy hermoso, verdad? —Me sorprendió mi amigo Álvaro cuando ya me disponía a violar la incógnita del volumen.

—Sí, es bellísimo —musité sobresaltada desde los reinos de la vergüenza, con ansias de que el piso se abriera y el subsuelo engullera mi persona.

—Como objeto, es muy especial. Las pastas son de nácar auténtico. Pero no creo que te interese su contenido.

—¿Tú crees? —titubeé en una tímida actitud retadora.

—Estoy casi convencido. No se enmarca en tu línea de lecturas.

—¿De qué va? —pregunté ya más decidida y dispuesta a saber la materia sobre la que versaba el contenido de aquel tomo lechoso.

—De la vida, de la puñetera vida, de una vida de alguien que la ha perdido. Precisamente, de la vida de la mujer que fue tu antecesora en el instituto.

—¿La de Carmen Vidal? —me interesé con viveza, como siempre que se aludía a esta mujer, para mí entonces rodeada de un gran misterio—. ¿Su biografía? ¿Su diario? ¿Notas sueltas? ¿Apuntes para clase?

—Es inclasificable, Celia. No responde a una índole unitaria. —Y Álvaro me contó que aquel tomo contenía pensamientos, sensaciones, perspectivas oníricas, ideas en gestación, intuiciones, algún que otro poema, alguna incursión en el género epistolar y atisbos de relatos—. Y seguro que esconde algo más que me dejo en el tintero. Es tanto y tan variado su contenido que no llego a encajarlo en género alguno, pues participa de muchos. Tal vez algún erudito lo clasificaría como un diario de índole intelectual. Aunque no te engaño: apenas si contiene escritos de valor literario y no pasaría ningún listón exigente —apuntó con entonación disuasoria ante mis innegables gestos de interés—. Además, lo que tengo claro tras su lectura es que nadie debe sacar a la luz lo que otro oculta.

—¿Oculta? Entonces, ¿por qué lo tienes tú? —le pregunté con timidez, pero con determinación.

—Su marido… Bueno, su viudo me lo ha prestado durante un tiempo. Desea que le manifieste mi juicio sobre su contenido.

—¿Y qué opinión te merece?

—Me la reservo por ahora. Pero como te he apuntado antes, literariamente hablando vale poco, eso sí lo tengo claro.

Mi interés por el extraño volumen creció. A la curiosidad que ya me suscitaba el hecho de que fuera debido a la pluma de mi antecesora en el instituto, se unía el misterio creado por las palabras de mi amigo sobre lo que escondía su interior enigmático. Las expresiones de Álvaro, tan herméticas y sigilosas como todas las que había escuchado sobre la persona de Carmen Vidal desde mi regreso a Murcia, no hacían más que incitar mis ganas de saber insatisfechas. Bajo su mirada vigilante, extendí mis manos para coger el tesoro que me atraía, apetecible para mí en aquellos momentos con una furia del deseo que hacía tiempo que no experimentaba.

—¿Puedo hojearlo? —casi le rogué.

—Por supuesto que sí, pero te rogaría que lo hicieras en tu casa, a solas. Como observo que te interesa de veras, acabo de decidir que te lo lleves. Léelo con tranquilidad y me cuentas después tus impresiones. Aunque estoy convencido de que te aburrirá, me viene muy bien que lo estudies con un poco de sosiego. Necesito contrastar con alguien mi parecer y, sobre todo, mis dudas. Tú no conociste a Carmen Vidal y no estás influida por su recuerdo, por tanto tu opinión será para mí muy interesante.

—Te lo devolveré en breve, cuando lo haya saboreado con detenimiento. Ya lo comentaremos con calma.

—Tenemos tiempo de sobra. Jorge, el viudo de Carmen, no regresa a Murcia hasta después del verano. Hasta entonces, no he de devolvérselo.

—Ah, muy bien.

—Eso sí, te ruego que no le digas a nadie que el cuaderno está en tu poder. Su existencia es secreta y solo la conocemos tres personas, cuatro contigo ahora.

—Nada saldrá de mi boca, tranquilo.

—Eso espero.

—Me falta la cuarta persona —verbalicé en voz alta. Estaba claro quiénes eran tres de ellas: Álvaro, Jorge, el viudo de Carmen,

y yo misma. Mi mente cavilaba en quién podría ser esa cuarta persona.

—No puedo revelártelo. Es secreto.

—¿Por qué tanto secreto con un volumen de apariencia tan inocente? —casi me quejé. Estaba cada vez más intrigada con su contenido y con la figura de Carmen Vidal. Todo lo que giraba en torno a esta mujer era arcano e incitaba mis deseos de desentrañar tanto misterio.

—Es una historia larga de contar. Tú léelo con calma y, después, comentamos y te explico todo lo que quieras.

—Vale. Gracias, Álvaro —le agradecí mientras tomaba el libro y lo ocultaba debajo de mi bolso, que languidecía solitario en una silla de la entrada de la casa. Encima del libro y del bolso, extendí mi chal como quien tapa a un niño pequeño con un mimo atento que no deja resquicios para que le entre el aire frío de la noche. No deseaba que ningún invitado de mi amigo deparara en aquella maravilla y huyera con mi botín recién conseguido. Por otra parte, necesitaba ocultar aquella joya de los propios ojos de su prestamista, con toda probabilidad algo afectado por el alcohol, pues no suele formar parte de las virtudes de Álvaro la del desprendimiento de cualquiera de los objetos que caen bajo su dominio y, menos aún, la de un libro, por muy ajeno que este sea. Bien oculto bajo mis pertenencias, evitaría que mi amigo diera marcha atrás en su decisión de prestármelo.

Suspiré sin saber qué más decir. Por mucho alcohol que hubiera ingerido Álvaro, su generosidad había conseguido impresionarme e inquietarme al tiempo. O mi amigo no regía su mente conforme a los parámetros de su específica usura en materia de palabra escrita o ese libro escondía algo que lo inquietaba de veras y de lo que deseaba liberarse, bien fuera mediante su simple alejamiento físico, bien fuera por la vía de compartir su secreto con alguien más. Lo que mi intelecto no descifró en aquella noche de humedad cálida y pegajosa fue la causa de haber sido yo la elegida para su lectura. ¿Me dejaba Álvaro el volumen porque mi persona le suplía el vacío dejado por Carmen Vidal, aquella amiga suya que nunca llegué a conocer y a la que él estaba firmemente ligado? ¿O era por la mera circunstancia fortuita de que yo hubiera reparado en el mismo y dado muestras de un gran interés por su lectura? ¿O se debía a la coincidencia de que viniera yo a atender la plaza vacante de profesora que dejó Carmen a su muerte? ¿O Álvaro ansiaba mi

análisis literario, no obstante haberlo condenado ya desde esta perspectiva? ¿O no existía una elección factible o una conexión probable entre tantas posibles elecciones y todo era obra del más puro azar? Hoy, mientras redacto estas líneas, considero que el préstamo del volumen fue un simple impulso de Álvaro, un acto no meditado y sin mayor trascendencia ni intencionalidad estudiada por su parte; pero entonces mi mente sentía apego por enredarse en todo y le costaba admitir los actos espontáneos y gratuitos.

En cualquier caso, mi excitación interior era inequívoca. Confiaba en que la lectura del cuaderno me explicara muchos de los interrogantes que se abrían en mi pensamiento sobre mi antecesora en el instituto, una mujer rodeada de un gran misterio y de la que apenas conocía unos pocos detalles. Me resultaba muy extraño que nadie me contara nada sobre ella. El silencio sobre su persona espoleaba mi curiosidad de manera creciente.

—¿De qué murió Carmen? —le pregunté a mi amigo.

—Ya lo descubrirás tú misma cuando corresponda, querida Celia. Salgamos ahora con el resto de los invitados, que nos echarán en falta.

—¡Por favor, cuánto misterio en torno a esa mujer!

—El justo y necesario, amiga mía. Ya descubrirás la causa, pero todo a su tiempo. —Y me cogió por el brazo para guiarme sin demora al jardín, en uno de esos gestos suyos rotundos y concluyentes a los que nos tiene tan habituados. En muchas ocasiones, Álvaro despliega unas formas educadamente despóticas que consiguen, con su insolencia, que la indisciplina se agite en mi fuero interno como un caballo desbocado. Lo odio cuando se imbuye de tanta resolución ejecutoria y ordena y manda sin derecho a réplica.

2

Levanté el vuelo muy pronto de aquel jardín poblado de personas presuntamente exquisitas, antes de lo que había previsto en un primer momento, cuando me encaminaba con pereza hacia la casa de mi amigo Álvaro. Me sentía incitada por una curiosidad irreprimible que me instaba a meterme cuanto antes en el contenido del libro redactado por la que fue profesora de Lengua y Literatura en el instituto donde yo había venido a impartir la misma enseñanza. También es incuestionable que mi persona acababa rendida con las fiestas de Álvaro. Sus celebraciones solían prolongarse hasta bien entrado el amanecer y mi cuerpo ya no resistía semejantes excesos. Intentaba aguantar el tipo en sus periódicas reuniones bulliciosas, no tanto por una dicha inexistente como por el deseo de demostrarle a mi amigo que continuaba vivo en mí el aprecio hacia su persona —con esa palabra tibia, *aprecio*, supongo que bastaba en aquellos tiempos en que nos habíamos alejado el uno del otro, pues la madurez eclipsó la complicidad sin límites que tuvimos durante nuestra juventud—, que mi apatía solo era experimentada con respecto a sus conocidos: seres que se pretendían encantadores y cultos, seres que estaban a la última en todo lo que tenía que ver con el arte o con la literatura, seres que se consideraban la vanguardia de esta ciudad provinciana, sin saber que las vanguardias sostenidas más allá de un período razonable devienen caducas y saben a rancio muy pronto.

Es obvio señalar que me estaba volviendo un bicho raro que veía fantasmas donde no los había. La extrañeza hacia mi propia persona no derivaba tanto de que, a tales alturas de mi vida, no creyera en las vanguardias ni en lo monigotes histéricos por el brillo de las formas que enarbolan sus banderas, sino por mi modo severo de percibir todo lo que me llegaba del exterior y mi falta de piedad en los juicios sobre los otros. En los festejos de Álvaro, veía insufribles por todos lados, personajes pretendidamente ultramodernos que buscaban la distinción en lo accesorio. Los consideraba excesivos y me aterraba verlos en la tarea de formar comandita para mayor burla de mi inteligencia.

Mientras conducía hacia mi apartamento, sentí un cierto pánico hacia mi propio ser. En los últimos años, me cargaban demasiadas personas y, en determinados entornos, empezaba a preocuparme con la nueva faceta de mi caprichoso humor. De gustarme la familiaridad con cualquiera, había pasado a ser muy selectiva. Hasta entonces, siempre había sido indulgente y conciliadora, había buscado el lado amable de los otros y lo había encontrado en todos los humanos con quienes había tenido algún trato. Pero, tal y como apunto, mi carácter se había vuelto menos permisivo, y hasta diría que irascible sin equivocarme un ápice. Incluso, en ocasiones o en situaciones concretas, rozaba la mala educación, en especial si había de aguantar la ajena. Aunque de principio reconocía la valía de cualquier vida y mostraba respeto hacia cualquier opinión civilizada, los fatuos me cargaban sin que pudiera evitarlo, y mis ojos veían fatuos por todos lados. No conseguía dominarme ante tanta petulancia advertida ni ante tanta necedad supuesta, muchas veces cogidas ambas de la mano. Hasta llegué a la conclusión de que existían demasiados imbéciles sueltos. El grado de aguante de mis nervios se veía comprometido en los que consideraba atracones pantagruélicos de pedantería. Para mi propia alerta de rechazo a las poses, las reuniones en casa de Álvaro me resultaban fértiles siempre en ejemplares de esta calaña, para colmo aliados como compinches con un objetivo común.

Por aquella época, también observaba con fastidio que cualquier relamido con ganas de notoriedad emitía juicios sin fundamento alguno y reproducía frases que a los genuinos les habían costado sus serias reflexiones y sus documentadas lecturas. Tal vez la sociedad de la que siempre me había sentido tan satisfecha en tanto en cuanto había generalizado el acceso a la cultura, también había generado, como contrapartida, su cara oculta, su lado oscuro: una legión de seres triviales dispuestos a sentar cátedra en toda materia que cayera bajo su visión enana y su gigante apetencia de marcar su huella en los anales de la historia. Porque consideraba que eran muchos quienes opinaban sobre muy diferentes cuestiones. ¿Cómo podía fiarme del criterio de alguien que lo mismo realizaba un análisis político, una crítica de cine o un comentario de un texto poético? Me rebatía a mí misma de inmediato con sendos argumentos; entre ellos, mi permanente aversión hacia la hidalguía intelectual y mi desprecio hacia la empobrecedora especialización. La pretendida nobleza cultural solo conduce a aristocracias

manejadoras de los cauces del saber y las especialidades empequeñecen al hombre y lo encarcelan en minúsculos reinos de taifas donde lo único que prevalece es el conocimiento técnico, tan apocado e indigente para seres medianamente presentables. Siempre he pretendido humanos plurales y renacentistas, enriquecidos por su amor a varias disciplinas. Y es posible que en nuestros días existan Leonardos diversos; conozco a unos cuantos. Una visión panorámica y abarcadora de la realidad absoluta es más que recomendable según mi criterio. Pero mi resquemor derivaba de los otros seres que juzgaba como no auténticos, de los que suponía impostores que reproducían lo escuchado sin cimiento alguno, de los seres que no se avergonzaban de propagarlo como propio e, incluso, de pavonearse de la originalidad de sus consignas y de sus frases copiadas y, en ocasiones, vilmente transcritas.

Como nunca he dejado de reflexionar sobre mi persona, era consciente en aquella madrugada de una nueva tendencia que se daba en mi comportamiento. Se trataba de una reciente y preocupante propensión retraída, de una inclinación huraña que me invadía el carácter y que no sabía si aplaudir o execrar, ya que dependía de las situaciones concretas y de las personas que hubiera a mi alrededor, porque no me merecían el mismo juicio los cultivados que los ignorantes. Por poner un ejemplo, no era igual para mí el grado de exigencia que pretendía de un tendero al que esperaba de un catedrático. El listón no era el mismo y se aflojaba la obligación de sensatez con quienes, por cuestiones del guion de la escalera de la vida, se habían quedado en los primeros peldaños. Con las personas sencillas y posiblemente más felices que quienes han llegado a una mayor altura en la escalada, el lenguaje se me anclaba en lo esencial y la puerta de la comprensión estaba abierta de antemano y sin fisuras prejuiciosas. Cualquier chispazo lúcido que provenía de las existencias dóciles y sin complicaciones doctrinarias lo celebraba con júbilo. Otra cosa bien distinta era que mi querencia optara por compañías tan simples más allá de lo estrictamente preciso en el juego del vivir.

Me había ido de la fiesta de Álvaro como quien huye de una catástrofe, sin apenas despedidas y sin ganas de volver la vista atrás. Tampoco a los contertulios habituales de mi amigo les importó mi marcha. Estaban absortos con la genialidad sublime de unos versos de Luis Cernuda. Se habían centrado en una particular carrera para ver quién emitía más disparates por segundo sobre su

estructura. Con el gran poema sobre la imposibilidad del olvido, los dejé anclados «en los vastos jardines sin aurora».

Con la intención de no marear más mis pensamientos ni mi sensación de ambigua extrañeza, concluí que era más que probable que la soledad prolongada que arrastraba durante tantos años me pasara la factura y, por tanto, la insufrible era yo. A ese desenlace llegué mientras abría la puerta de mi apartamento, realmente contrariada con mi forma de ser y con mis suspicacias agudas que me mantenían al margen de todo gozo comunicativo. Me había convertido en una escrupulosa que veía impertinentes por todos lados. El aislamiento y la reclusión en los límites turbios de mi persona eran una constante en mi vida que no me gustaba lo más mínimo. Debía cambiar, aunque no sabía cómo.

3

Ya en mi casa, a salvo de las poses que me molestaban, me di un respiro en mi particular guerra contra el entorno inmediato. Me puse cómoda, en zapatillas y con una de las amplias camisetas que me sirven de camisón. Intenté alejarme de las graves elucubraciones que me habían generado todos los fantasmas conocidos y soportados con impavidez ejemplar durante las interminables horas en la fiesta de mi amigo Álvaro.

Deseaba apurar con deleite lo que aún quedaba de la noche. El cuaderno nacarado me llamaba con urgencia, no obstante el cansancio que acusaba. Mi curiosidad era más impetuosa que mi fatiga, se hallaba incitada hasta un grado insoportable por el extraño volumen que detentaba en concepto de préstamo. En una lectura desordenada y febril, derroché un par de horas de los inicios de la mañana, las que mi cuerpo ya exhausto me permitió sin rendirme.

No leí por orden en el extraño volumen de Carmen Vidal, sino que salté de una línea a otra, de un párrafo a otro, de una página del principio a otra del final y, de aquí, a alguna de las intermedias. Sentía urgencia por descubrir algún secreto importante. El desasosiego me invadía por mi aspiración atolondrada de hallar una respuesta rápida a todas las preguntas que me hacía sobre la mujer cuya plaza vine a cubrir, esa mujer sobre la que nadie me hablaba con detenimiento. Presurosa, mezclaba al azar palabras de distintos párrafos en busca de no sabía muy bien qué información. Aunque su autora no había apurado todas las páginas del cuaderno, el denso contenido que se extendía sin márgenes y sin apenas espacios entre los textos que lo integraban, me produjo un mareo apacible e hipnótico. Con las facultades intelectuales mermadas por el cansancio, pretendía resolver el enigma de mi antecesora en el instituto en medio de aquella maraña de letras diminutas, hacerme una idea de aquel documento paradójico, asignarle un género a su escritura concentrada y arcana, asirme a una certidumbre cualquiera. Cuando alcanzaba la seguridad de encontrarme ante unas memorias, una biografía o un diario, la ficción saltaba entre

sus líneas y edificaba aventuras imposibles en aquella mujer extraña y cuya existencia presumía gris y ordenada. En aquel primer y ávido contacto, no llegué a ninguna conclusión lúcida, excepto la de la profundidad del contenido del volumen.

Mientras curioseaba con desorden el volumen nacarado, me suponía sola entre mis paredes, aislada en mi pequeño reino, sin saber que le había abierto la puerta de entrada a un espíritu desconocido y confuso, a una presencia que iba a invadir mi intimidad sin que yo pudiera impedirlo, a una obsesión que cambiaría mi alma y la moldearía hasta ser la que hoy es y permanece con visos de asentarse definitivamente por todos los días que me queden de existencia.

Aún ignoraba que el inocente tomo nacarado se iba a convertir en mi inquietud suprema durante muchos días. En aquellas horas febriles de toma de contacto, desconocía que estaba ante el resorte que propiciaría la metamorfosis acechada en mis momentos más lúcidos y la fuga definitiva de la persona insufrible que fui durante un tiempo.

Domingo, segundo día

4

Los sueños mañaneros no suelen ser dulces. Se ven interrumpidos por centenares de estímulos indeseables, como la destemplada voz de una vecina que se cuela por alguna grieta del inmueble, el estruendo del tráfico inmisericorde estrellado en los altavoces de las ventanas o un timbre que taladra las paredes y crispa las ondas de nerviosismo. El desarrollo del sueño diurno, oculto y extemporáneo cuando todo el resto de la humanidad está bien despierto y cabalga sobre el escándalo del vivir, se habitúa a transitar por todos los trompicones desquiciantes, por todos los chirridos agudos que dificultan su placidez.

Pero aquella mañana de domingo fue beatífica con mi letargo. Ningún percance molesto turbó mi calma, entregada sin fisuras a un juego de quimeras generado por la lectura inconexa del enigmático libro de Carmen Vidal antes de dormirme. En mi descanso, las imágenes se sucedían, aleatorias y sugestivas, con una mansedumbre que me relajaba hasta la misma médula del sueño. Recuerdo con asombrosa viveza la visión en la que surgía de un pórtico luminoso una mujer de entre cuarenta y ocho y cincuenta y tres años. Le calculé esa edad más o menos, la justa en la que Dios, si es que existe, minimiza a sus criaturas sin misericordia y las veja hasta corroerles su dignidad y su propia estima. Su porte mostraba indicios de una inicial complexión armoniosa, de un cuerpo exquisitamente formado en otro tiempo y ya en evidente proceso de desplome. De estatura mediana, destacaban sus grandes ojos, unos ojos hermosos que reflejaban lucidez, aunque quizá con un poso de melancolía y unos breves relámpagos de resignación. Ofrecía un aspecto impecable, cuidado y limpio, sin tintes, maquillajes, afeites ni composturas ridículas que enturbiaran la naturalidad de su rostro. Sus numerosas canas dotaban al cabello de un tono grisáceo. Su boca delicada dibujaba unas líneas sensuales aún. Sus manos se escondían en las ondulaciones de una túnica blanca, una túnica que se agitaba con sutileza por una brisa ilusoria, pero pude observar que las tenía pequeñas, con los dedos regordetes y las uñas cortas. La apacible mujer se prendió a mi sueño con ímpetu y, desde él,

supe que era Carmen Vidal, mi antecesora inmediata en el instituto y la autora del libro arcano que custodiaba desde hacía escasas horas.

Cuando desperté cerca del mediodía, mi cerebro certificó la exactitud de lo que mi espíritu, en estado de inconsciencia, ya había cotejado sin errores: la mujer soñada era Carmen, la autora del volumen que reposaba en un sillón de mi apartamento, la misma que había trazado con sus manos aquellas letras diminutas y apretadas, la semejante a mi persona que, como yo, impartía clases de lengua y literatura y escondía en un armario del alma la pasión por escribir. Mi convicción era absoluta y no admitía dudas que la abocaran a la incertidumbre. La imagen del sueño correspondía a Carmen Vidal. Y Carmen Vidal se parecía peligrosamente a mí.

Pero los guardianes del raciocinio velaban atentos y me rebatieron en una conjura interior mis débiles argumentaciones ilógicas. ¿Acaso había conocido a aquella mujer llamada Carmen Vidal? ¿Había contemplado alguna fotografía suya? ¿Cómo mi percepción, tan estricta y cartesiana para todo lo que caía bajo su dominio, afirmaba hechos sin pruebas irrefutables?

Me sacudí las preguntas estúpidas con un respingo de la fantasía y una afirmación de la posibilidad del misterio, ese ámbito tan necesario para vivir con una cierta cordura. No obstante, estaba algo asustada por la revuelta irracional que se había adueñado de mi persona. Temblaba, sobre todo por el parecido físico de Carmen conmigo. ¿A quién no le asusta un gemelo de quien no tiene noticias de su existencia? Fui consciente en un segundo de que había penetrado en una dimensión desconocida de la realidad a la que no estaba habituada. Lo más terrible y dulce al tiempo fue que esa evidencia de ruptura con lo razonable no me aterraba lo más mínimo, sino todo lo contrario. Me mecía en una longitud de ondulaciones serenas que me resultaba deliciosa, como un baño en un mar tranquilo donde la espuma generada por cada ola era una señal con un código ignorado y solo inteligible desde un punto del cerebro que conserva el conocimiento místico e inefable.

Respiré hondo e intenté eludir el eco de los antiguos pensamientos contrastados con los hechos, la resonancia de la osamenta científica de mi persona, los rumores del soporte estable que, ceñudos, habían acudido en tropel como un ejército de salvación racional que jineteara anclado en los rocines de la lógica. Por más que chillaran todas las acusaciones íntimas, por más que

procuraran imponerse y restaurar el orden metódico y el axioma indiscutible, por más que intentaran desbancarme del recién establecido territorio onírico, su lucha era inútil. Mi alma ya había decidido no salir de ese lugar incógnito al que nunca había aspirado. De pronto, me encontraba muy cómoda en unos parámetros distintos a los de siempre. Me sentía libre, con una libertad absoluta, con una libertad no constreñida por prejuicios intelectuales. ¿Por qué no dejarme guiar por el vaivén emancipador del mar que me bañaba? ¿Por qué resistirme al misterio que le hacía falta a mi vida? No podía seguir con la misma inercia que me había convertido en una autómata, en un perfecto mecanismo para el desarrollo de los quehaceres que de mí se esperaban. Intachable, profesional, sin una concesión a la aventura, sin un quiebro a la cada vez más poblada lista de obligaciones ineludibles, mi existencia se había convertido en un puro fastidio que me tragaba con sus fauces de métodos impuestos y con su avaricia de menudencias que se multiplicaban al mismo ritmo frenético que las que atendía con prontitud. Era irreprochable a los ojos de los demás y totalmente reprensible a los propios. Así había guiado hasta el momento mis pasos.

Permisiva con mi propio interior rebelado y agitada por unas irrefrenables ganas de sucesos sorprendentes que se salieran de la monotonía asfixiante de mis horas sin misterio, acepté caminar por una senda nunca transitada. Sabía que la mujer luminosa que había poblado mis pocas horas de reposo pretendía transmitirme algo esencial, y no solo para su memoria, sino también para mi estúpida vida en curso. Su presencia no era inquietante, sino serena. Nada tenía en común con los espectros que crea la imaginación y que se temen de forma instintiva. Debía escucharla, ampararme en el rastro que había dejado para intuirla, en el cuaderno escrito por ella, una llave que me desvelaría todos los enigmas de su persona. Carmen Vidal me había elegido como confidente desde algún sitio intangible. No defraudaría su confianza.

5

Cómoda en un ámbito borroso de la realidad y sin ganas de abandonarlo, mecida en un cauce mágico poblado de excelentes augurios, volvió a mi mente la imagen de mi sueño mientras me preparaba un café bien cargado. Era indudable que la mujer vislumbrada en el profundo territorio onírico se asemejaba a mí. Mi parecido físico con ella era otra coincidencia, otra casualidad tejida por el destino junto con la de la profesión, quizá una nueva clave que mi espíritu debía descifrar. Tal y como la he descrito en su apariencia corpórea, alguien con una buena dosis de piedad en sus entrañas podría definirme a mí misma. Incluso, se trataría de una descripción magnánima de mi persona, digna de un profesional de la medicina con ínfulas líricas. A quienes son más pragmáticos y describen la apariencia física con destreza, seres poco simbólicos y de retratos que no bucean en los océanos ocultos bajo lo visible, les bastarían unas cuantas pinceladas para plasmar a la mujer de mis sueños. Determinarían con precisión quirúrgica y terminante su edad y los previsibles desarreglos hormonales en un organismo que ya le había abierto las puertas a la grisura de la decadencia, como le ocurría al mío.

La imagen de la mujer que soñé aquella mañana de domingo me impactó para siempre. Sus gestos estaban dotados de una humanidad tierna y sensible, su mirada era el amparo cómplice que había perseguido durante años mi soledad estéril. Carmen Vidal había penetrado en mi interior con la fuerza de los grandes acontecimientos espirituales. No la esperaba y entró de forma fortuita, aunque todos los sucesos últimos de mi existencia abocaban hacia ella de un modo ineludible. Llegó a mí envuelta en símbolos que exigían, sin presiones, una mano narrativa, un alma capaz de retroceder en el tiempo y de observar, por debajo de la máscara de la madurez engañosa, un espíritu libre, un espíritu muy distinto al mío hasta entonces, siempre apresado en los contornos de una esencia marchita. Pero, al mismo tiempo, la visión de su fantasma era mi propio espíritu maniatado, mi voz silenciada y mi existencia presa en las cárceles inútiles de lo considerado

conveniente. Liberarla a ella era liberarme a mí misma. Su imagen onírica exigía la narración de su epopeya y yo temblé ante semejante apremio. Hacía mucho que mis manos no se enganchaban a la escritura, pues me daba miedo reflejarme en los espejos interiores. Le había dado la espalda a mis ínfulas literarias de juventud y desarrollaba mi vida acomodada sobre raíles perfectamente trazados, firmes y serenos, sin un resquicio para ensoñaciones sin sentido ni provecho. Bien sabía que podría haber sido muy locuaz en kilómetros de papeles ocultos, pero opté por la contención dada la escasa estima que experimentaba hacia todo lo que salía de mis manos. Por otra parte, no poseía contactos influyentes en el mundo de las letras ni manejaba los mecanismos de la lucha para salir del anonimato y, en las pocas ocasiones en que lo intenté, el desaliento fue la consecuencia, así que preferí poner a salvo mi íntima consideración dañada. Además, cada uno elige su destino y pronto supe que nada nuevo surgiría de mi interior, pues todo estaba dicho. ¿Por qué, entonces, Carmen me instaba a lo contrario? ¿Cómo iba a apartarme de mi trayectoria anónima a través de las intranquilas aguas de la prudencia? ¿Cómo iba a romper tantos diques de silencio levantados a lo largo de decenas de años? ¿Cómo iba a desatar mi voz de las cadenas que yo misma le había impuesto?

Cuando me imaginé en la tarea paciente de la escritura, de nuevo la cobardía intentó apoderarse de mis fuerzas. Pero no permití que me invadiera con su desánimo inmóvil. Aquella mañana me había levantado con buen humor tras el sueño que aún me latía en las venas. Decidí creer en lo imposible y apostar por los cielos que eran míos y que se me habían robado injustamente. La juventud era una puerta que también podía abrirse en la madurez. Cabía el cambio, y lo apetecía con todas mis fuerzas interiores. Me asenté en una visión piadosa de mi persona, reconsideré mis olvidadas facultades narrativas y discurrí que Carmen Vidal no había llegado a mis manos y a mis sueños por un simple capricho del subconsciente. Venía para quedarse y me exigía la comprensión que le había negado hasta entonces a mi propia persona, la esperanza que inhabilité en mi sometimiento a lo fácil y el esfuerzo que suelo reservar para las grandes empresas de mi vida. Me reclamaba el conocimiento de lo inefable, la fe en mis aptitudes, la rebeldía en una etapa que no acostumbra a alzarse frente a los designios de un destino que se considera inamovible y la satisfacción de inaugurar

la senda por la que habría de conducir mis pasos en un futuro más amable.

La mujer de mi sueño tenía mucho que decirme. Sin duda, era la misma mujer que había escrito con letra menuda el volumen nacarado, el extraño cuaderno que ya me llamaba a gritos desde el sillón donde reposaba mientras yo apuraba el primer café del día con una sonrisa satisfecha. No desatendería su llamada. No lo deseaba.

6

Contenta conmigo misma por la ilusión indiscutible que me generaba la presencia misteriosa de Carmen Vidal en la atmósfera de mi apartamento, salí de la cocina con paso alegre. No me acordaba de los años que habían transcurrido sin que sintiera el fuego benéfico de un impulso irrefrenable dentro de mi alma. Había subsistido en estado de latencia, suspendida en presuntos acontecimientos sin interés verdadero, volcada en los días que no suscitan una pasión indómita que arrastre al ánimo a un torbellino de sensaciones. Me había convertido en el parásito que se alimentaba de sus propias cenizas de menudencias, pero todo había cambiado en pocas horas. Por fortuna, vibraba lo mismo que cuando era joven. El mundo era una extensión fascinante por descubrir. La vida aún me tenía reservadas situaciones donde podría experimentar el vértigo de la implicación absoluta y la hoguera interior alimentando las horas, de pronto llenas de sentido, colmadas de entusiasmo.

Con una ligera sensación de euforia que me aligeraba los pasos y que espantaba la previsible pesadez por la trasnochada del día anterior, decidí ser metódica en mi tarea nada más sentarme con el cuaderno nacarado en mi regazo. Apuraba el último mordisco de una enorme porción de bizcocho que me sirvió de desayuno y de comida al tiempo. Empezaría por el principio del volumen y lo leería por orden. No obstante mi impaciencia curiosa, no permitiría que la misma me hiciera dar brincos impulsivos como los había dado hacía unas horas, sino que asimilaría el tomo de forma sistemática.

Me aprovisioné de un cuadernillo de espiral muy coqueto, en tamaño cuartilla. De tapas gruesas, hojas lineadas y con un jovial color verde lima, sería mi compañero, el testigo de las reflexiones que me surgieran por la lectura de las palabras de Carmen Vidal.

Como quien entra en una iglesia y asume una actitud recatada y respetuosa, abrí la caja de maravillas que reposaba sobre mis piernas. La textura de aquel papel era muy agradable al tacto. Se iniciaba y concluía con una hoja gruesa de color castaño, oscura y

fibrosa, quizá a modo de guardapolvos o, tal vez, como marca de buena encuadernación. La siguiente, o primera página, inauguraba el color sepia antiguo del grueso del volumen. Sobre ella, se apiñaban las mínimas letras de Carmen Vidal sin márgenes, sin títulos, sin datos cronológicos ni horarios que dieran posibles pistas de cuándo fueron trazadas. Las palabras se imbricaban las unas con las otras y resultaba indudable que habían sido escritas con una pluma. El color elegido para la tinta era el negro, un color que a mí nunca me satisfizo en los largos años que usé estilográfica, ya que siempre me decantaba por los azules y, entre estos, por el azul real, quizá por el brillo de cielo sin nubes que refleja en los trazos. Ya se sabe que elegimos aquello que nos define o aquello a lo que aspiramos.

Andaba enredada en las apreciaciones sobre el color de la tinta cuando las mayúsculas con las que se iniciaba el primer párrafo del libro captaron mi atención: «NO QUEDA TIEMPO». Repasé los textos siguientes, por el solo placer de comprobar si arrancaban todos con mayúsculas, pero no, solo ocurría en el principio del volumen.

Conforme a mi propósito de ser metódica, volví al comienzo. No cometería el mismo error de la madrugada, no saltaría de un lado a otro, no me marearía con la avidez de apresar de golpe todo el misterio oculto en aquel tomo. Había decidido emprender la lectura por la primera página y así lo haría y, dentro de esta, la primera letra me llevaría con orden a la siguiente y, una tras otra, me harían avanzar de forma sucesiva. Era muy importante para mí una lectura cuidadosa, pausada. La razón de esa importancia no la vislumbraba con claridad, pero mi mente me la imponía como un mandato tajante e insoslayable.

Tal vez la idea de seguir un orden en las tareas de lectura, una demora imprescindible en determinados párrafos y frases, una táctica de releer cuando fuera preciso para un adecuado avance, una sistemática de anotaciones de aquellos puntos que al intelecto le parecieran esenciales, fuera un modo de abarcar el misterio, de establecer sus contornos precisos. Aunque admitía y admito que no existe un método unitario ni un procedimiento con vocación de permanencia en el acto de leer. Cada libro dicta finalmente sus normas propias y se ríe de nuestras iniciales previsiones.

7

No pretendo hacer continuas transcripciones literales del libro de Carmen Vidal, pero me permitiré algunas excepciones que considero de interés, una de ellas la del primer texto, el que lo inaugura. En él, se contiene un anticipo de la pesadilla que vivió mi antecesora en el instituto y que, por azares caprichosos, heredé para conseguir mi independencia interna.

Narraba Carmen en el comienzo de su libro:

> NO QUEDA TIEMPO. Desgraciadamente, no me queda mucho tiempo y no sé cómo contaré lo que de mí nadie espera. Pero lo de menos es el cómo. Lo importante es que salga la historia desconocida y callada hasta ahora. Porque he guardado mi secreto más allá de lo humanamente admisible, más allá, incluso, de los imperativos del instinto de supervivencia, más allá del transcurso de un buen número de años echados a perder. Tampoco es que sea esencial revelar lo oculto. Mi testimonio al descubierto no va a acabar con la injusticia de la vida, con la arbitraria inmoralidad con la que se comporta cualquier ser humano con un ápice de poder.
>
> Pido perdón por mi inexcusable culpa. No supe conducir mi vida. No luché por mi persona. Para que cualquiera pueda entenderme, señalaré que escribo desde un interior siempre en conflicto, desde un tiempo de crisis, desde una época que ha perdido la esperanza, como tantas otras en la historia del hombre. Solo que, ahora, la crisis es total. Se acabaron los dioses, los héroes, los príncipes, los vasallos, las creencias, las mancias, la fe, la ilusión y todo lo que refleje una cierta inocencia. Hasta hemos dilapidado el futuro que no nos pertenece con un desdén insufrible. Tal es nuestro descaro, tal nuestro cinismo. Vagamos como señores por las ruinas de unos territorios que no son los nuestros. Solo somos los mendigos autorizados para recoger las migajas de pensamientos sublimes.
>
> Yo vivo en la crisis desde que tengo noción de mi propia existencia. Nunca he salido de ella. Nací deforme, con una de esas deformidades que no se ven y que, por eso, son más atroces. Al principio, nadie era consciente de mi estigma. Hasta yo olvidé mi tara de forma pasajera en algún que otro juego de la niñez. Pero cuando la adversidad vigila, tarde o temprano se impone. En mi casa y en mi alma, se ha instalado con carácter definitivo. No usurpa nada que no le corresponda. Ocupa lo que siempre fue suyo y me acompaña con su desolación amiga.

Así se iniciaba aquel volumen atípico. Tres párrafos cargados de franqueza, tras los cuales su autora había trazado dos líneas en el centro de la página. Tres párrafos que acrecentaron mi curiosidad hacia la persona que me precedió en el instituto. Tres párrafos que hubiera subrayado íntegramente si hubiera estado ante un libro mío y no prestado.

La intuición me susurraba que el volumen de mi antecesora en el instituto me iba a resultar una lectura muy fructífera para los paisajes sombríos que, por aquellas fechas, desplegaba mi interior como horizonte de mi vida.

8

Tras las dos líneas centrales de su primer y desolador texto, Carmen Vidal volvió a extenderse en reflexiones interiores. No aportaba datos biográficos específicos ni situaciones concretas. Solo dejaba resbalar la pluma sobre el papel en unos párrafos amargos dictados por sus meditaciones taciturnas. Con el corazón encogido por las indudables semejanzas que hallaba con mi vida, sentí que aquella mujer que había vislumbrado en mis sueños lloraba en las palabras del cuaderno nacarado.

Contaba mi antecesora en el instituto que, durante mucho tiempo, toda su juventud y una buena parte de los años de su madurez, había aspirado a ser alguien en la vida. Su mayor ambición y su deseo más poderoso fue ser escritora. Amaba la literatura sin objeciones, con un entusiasmo que la impulsaba a leer y a escribir sin descanso. Eligió los estudios que mejor se acomodaban a aquella pasión sin freno, los que le permitirían vivir decentemente al compás que no le supondrían un gran derroche de horas que la alejaran de su querencia. Impartir clases de lengua y literatura era un paseo para su alma. Además, con ese trabajo, paliaría los previsibles descalabros en el caprichoso mundo de la cultura. Porque no se engañaba Carmen. Era muy consciente de que no todos los llamados por las letras son distinguidos por las mismas.

Constataba a continuación que, conforme pasaban los años y su ilusión primigenia fue sometida por la cruda realidad, por la falta de resonancia en los ámbitos donde pretendía introducirse, por el más absoluto silencio con respecto a su obra por parte de los otros, quiso, al menos, ser una mujer respetada en una parcela de tareas que le proporcionaran la convicción íntima de seguir un camino recto, sin extravíos por sendas peligrosas. En un principio, atendiendo a su inicial vocación de escritora, había soñado para sí con futuros prometedores y se había esforzado en sacar lo mejor de sí misma. Había luchado por conseguir sus propósitos y había llamado a puertas siempre cerradas. Al menos, que le quedara un espacio reducido donde permanecer con dignidad. Dentro de su celda interior, continuaría con su ímpetu literario, si bien

restringido por opción propia a su única persona. Incapaz de dejar de escribir, se entregaría a su pasión irrefrenable de modo clandestino. Obtendría la confirmación externa que todos necesitamos, así como el sustento preciso, a través de su impoluto magisterio en el mundo de la docencia. La vida la había arrojado a ser una persona fronteriza, residente en un lugar que no era el elegido por sus deseos silenciados. A esas alturas de su existencia, no pensaba rebelarse contra los designios incontestables del destino. Quizá equivocó su enfoque, quizá erró en el anhelo, quizá acudió donde no debía. Pero el resultado estaba ahí y no podía cambiarlo.

Exhausta por perseguir tantos imposibles, abatida en su amor propio en los instantes de inicio de su extraño volumen, Carmen solo buscaba su propia apreciación, su propia estima con respecto a su labor oculta. Era consciente de ser una perfecta desconocida para todos, incluso para sus seres más cercanos. Una mujer silenciada por las circunstancias, pero nunca dominada. Se había calmado con el paso de los años, esos domadores inflexibles. La vida le había puesto a los sueños en su sitio, aunque semejante lugar de destino anónimo no fuera de su agrado. Tras intentar vanamente el propio olvido de sus quimeras y discurrir que los ojos del mundo no debían equivocarse en lo que concernía a sus aptitudes, sus inclinaciones literarias rugían con más fuerzas en su interior inquieto. Lo malo es que no las apaciguaba en un ámbito íntimo e invisible. Y ahí estaban, siempre presentes, ocultas para los otros, pero tangibles para su propia identidad maltrecha, definitivamente segmentada entre la imagen que ofrecía y lo que era en realidad.

En su caso, lo más terrible de su segmentación, de su desorden vital, era que no se reconocía en las pupilas que la observaban ni tampoco en las suyas cuando escrutaban su imagen con detenimiento en un espejo. No era capaz de deshacer los equívocos con respecto a su alma y, en los últimos años, ni tan siquiera lo pretendía. Se hallaba vencida e inerme frente al mundo, aislada en un papel que no le correspondía. Pero se había alzado, aunque su alzamiento fuera pasivo y quedara oculto en aquellas líneas prietas del volumen. Casi una cincuentona, con canas y con arrugas bien ganadas, solo tendía a escribir para sí, consciente de su amarga derrota en la disciplina más amada por ella, la que había construido con paciencia con sus propias manos en épocas anteriores. Incapaz de resistir la vida sin la escritura, al margen de todo y de todos, era la revolucionaria de su propio sistema, el tábano irritante sobre su

propia estabilidad inestable. ¿Cómo iba a proclamar en voz alta la rebelión? ¿Cómo decirles a todos que estaba en pie, insumisa, que no aguantaba el rol asignado? Esos desplantes no eran propios de una señora. ¡Dios, una señora! ¡Qué palabra más grandilocuente para su corazón febril! Pero se suponía que eso era. Había pasado la adolescencia hacía muchísimos años. Y la juventud también le quedaba muy atrás, enredada en afanes sin sentido. A su edad, se suponía que todo era pasado y solo debía aspirar al mantenimiento de la salud, de la ventura afectiva y del desahogo económico. ¡Suposiciones necias!

No sabía adónde la conducirá el camino recién emprendido en el cuaderno con pastas de nácar. No lo sabía ni le preocupaba. Por una vez, iba a olvidarse de los consejos sensatos, incluidos los de ella misma. Se comprometería con la aventura que siempre había pospuesto. Como dijo el poeta Antonio Machado, «se hace camino al andar». Pero también dijo que «al volver la vista atrás, se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar».

No negaba una cierta zozobra en su interior. No disimulaba sus miedos ni escondía sus dudas ante el camino recién emprendido, un camino no trazado, sin señales ni marcas que la ayudaran como guías. No obstante los escollos que le alzaba su propia mente, era preciso que emprendiera el viaje no sabía muy bien adónde. La estaban llamando desde algún lugar ignorado, desde una tierra fértil. Aquella llamada era lo único que escuchaba con nitidez. A ella acudiría sin demora.

9

Otro de los textos que Carmen Vidal plasmó en su extravagante cuaderno consistía en la reproducción de unas citas literarias, cuidadosamente enmarcadas en un cuadrado trazado y retrazado con mano firme. Había esmerado su letra e intentaba que luciera algo más grande de lo habitual. Los versos transcritos, de san Juan de la Cruz, brillaban luminosos y venían a explicarme con gran clarividencia los sentimientos íntimos de la autora del volumen nacarado: «Vivo sin vivir en mí / y de tal manera espero, / que muero porque no muero».

A continuación de esta divina paradoja del medio fraile, que reflejaba la pesadumbre y los deseos no satisfechos de Carmen Vidal, en letra diminuta se preguntaba y se respondía implícitamente ella misma: «¿De dónde bebió Calderón de la Barca para su Segismundo?».

La siguiente cita, del mismo místico inspirado —también apreciado por mí con auténtica vehemencia—, parecía una consigna en las manos de Carmen, una estrofa alentadora para sus ansias disparadas, un mensaje memorizado de corrido, una bandera enarbolada con ímpetu por aquella mujer que me empezaba a seducir con el mismo fervor que mis ilusiones más queridas: «Más emplea su cuidado / quien se quiere aventajar, / en lo que está por ganar / que en lo que tiene ganado; / y así, para más altura, / yo siempre me inclinaré / sobre todo a un no sé qué / que se halla por ventura».

La tercera y última de sus citas de san Juan, de la *Llama de amor viva*, entregaba a Carmen con frenesí delirante, sin recelos ni remordimientos, a la pasión que había consumido su vida: « ¡Oh llama de amor viva, / que tiernamente hieres / de mi alma en el más profundo centro!; / pues ya no eres esquiva, / acaba ya, si quieres; / rompe la tela deste dulce encuentro».

Tras el cuadrado en realce, que exponía preferencias y amores hacia el místico más entrañable de la literatura española, Carmen se acordaba de *La vida es sueño*. La pregunta espontánea que le había surgido al amparo de los primeros tres versos transcritos de san

Juan de la Cruz, la llevó a buscar en sus estanterías al solemne don Pedro Calderón de la Barca. Tuvo un impulso irreprimible y, en aquellos instantes embriagados de poesía, consideró al soliloquio de Segismundo como digno de ser transcrito en su bella libreta nacarada. Paseó por aquellos versos desgarrados y profundos mísera e *infelice*, portadora del mayor delito de todo humano. Versos que yo recité en voz alta con dicción entonada y teatral, contagiada definitivamente del virus elegíaco que la invadió a ella.

También yo, como Carmen, como Segismundo, era una mísera, una *infelice*, que pretendía apurar los cielos en busca de explicaciones a tanta desdicha interna, a tanta negación del mundo con respecto a mi persona. ¿Qué delito había cometido? ¿Tan solo el de nacer? ¿Tanta infracción era llegar al universo sin permiso ni venia? Llegaban también los demás y, a muchos, se los colmaba de amores y honores varios. La vida decidía conferirles belleza, aunque fuera ausente de alma, y, teniendo yo más alma, tenía menos hermosura. Los crueles y violentos campaban a sus anchas y yo, con más instinto y bondad, recluida quedaba en una estancia olvidada. Los ignorantes medraban en el escalafón del aprecio y yo, con más albedrío, de mis semejantes solo cosechaba desprecio. Destacaban los sosos de entendederas y, en teniendo yo más vida, gozaba de peor sustento. Apasionada y febril, clamaba como posesa mi volcán y mis incendios varios, que ni el Etna, ni el Vesubio, ni todos los volcanes juntos, asemejarse pudieran al calor de mi volcán, ni su lava compararse a mis lágrimas desoladas. Mi corazón en pedazos, contrito y acongojado, esparcí por mi minúsculo apartamento, y rogué para que mis astillas de desazón a buen aire se arrimaran y, en justicia, se lamentaran por su piltrafa de honor. ¿Qué ley, justicia o razón me negaba cuanto ansiaba?

10

Mi particular transporte elegíaco, incitado por la declamación calderoniana, impropio entonces de mi visión prosaica y desapegada de la existencia, me llevó a ponerme en pie y a recitar con gestos teatrales, como si estuviera dirigiéndome a un público nutrido. Tras el soliloquio del infeliz Segismundo, acudió el apesadumbrado Jorge Manrique con las coplas a la muerte de su padre, y «recordó el alma dormida y avivó el seso y despertó» cuando los pasos lo guiaron a la contemplación de la vida que aguardaba tras la ventana, la vida palpitante que custodiaba aún la luz del atardecer en las alegres calles de mi ciudad. Mi actitud interior no estaba ya en consonancia con la gravedad de las palabras que lanzaba al aire, sino que había derivado, por la propia puesta en escena, en un juego que me impregnaba de regocijo.

Cesé en mi extravagante tragedia de poesía declamada. Un ánimo risueño había invadido mi espíritu y lo hacía desear distracciones más tónicas para el cuerpo. Así son las paradojas del sufrimiento verbalizado: desaparece en muchas ocasiones con solo aludirlo en voz alta. Estaba feliz sin saber el motivo exacto, quizá por las travesuras con la poesía, quizá porque era muy consciente de que alguien me interesaba de veras, aunque ese alguien estuviera muerto. De manera profunda, se iniciaba mi camino hacia la mejora de la mano de Carmen Vidal. Sentir una presencia con peso en mi interior, su presencia inasible, suave y sosegada, me devolvió una placidez que había olvidado y un empuje que engrasaba mi ya larga abulia.

Como no me apetecía seguir con la lectura del volumen nacarado y me seducía mucho más un paseo, decidí aprovecharme de lo poco que restaba de aquella tarde de domingo para que mis pies me guiaran donde tuvieran por conveniente. Un conato de fe en mi existencia se abría paso en mi interior y deseaba celebrar la vida en las calles de mi ciudad.

Había regresado a Murcia tras muchos años de ausencia por motivos de trabajo. Los numerosos traslados —pedidos por mí misma en la mayoría de las ocasiones para acercarme lo más

posible a Murcia— habían sido una constante en mi vida. El último de ellos había acaecido hacía unos escasos meses, unos días antes del inicio del curso académico, de forma fortuita por la muerte de Carmen Vidal. El destino por fin me premiaba, me brindaba una plaza donde siempre había deseado y se comportaba de manera entrañable conmigo, ya que no dudé un segundo en decidirme por la ciudad donde nací. Implicaba un retorno a los pilares que me sostienen. Me vine con pleno convencimiento y con ansias de perdurar hasta más allá de la jubilación, hasta que la existencia disponga tenerme en su compañía.

Cuando hablo de *mi ciudad,* aún hoy lo hago en voz baja y con la boca pequeña, porque si se han dejado muchos lustros de vida en varias ciudades, no se sabe muy bien a cuál perteneces realmente. Sientes que eres de un lugar determinado, intentas identificarte con él, lo añoras mientras queda lejos y, con orgullo, lo pregonas como tu cuna. Necesitas ese asidero de certeza, ese faro que te señale la orilla en caso de tempestad. Pero cuando la cabeza teje imágenes, los recuerdos son libres y se enredan a su modo, con su talante anárquico que desconoce los tiempos y las divisiones geográficas. Entonces, la historia propia aparece fragmentada en diversos escenarios que se mezclan en la unidad reconocible y lejana de una conciencia que cambia y permanece, pura paradoja que define el concepto monolítico de identidad.

Conforme a las precisiones aludidas, la ciudad donde me encontraba, y donde aún me encuentro, es la mía. No obstante haber seguido su extraordinario crecimiento en mis muy frecuentes y cortos viajes —cuyo motivo era encontrar alivio a la nostalgia—, una vez asentada de nuevo con vocación de permanencia, mis hallazgos eran continuos y me llenaban de júbilo. Murcia se me ofrecía como una absoluta desconocida fuera de su cogollo central y aún inmutable en el trazado de su perfil. El apartamento que compré se ubica en un barrio del norte, edificado sobre antiguos huertos y acequias. Donde antes campaban a sus anchas limoneros, se izan ahora magníficos edificios de altura prominente.

La moderna avenida de Europa, donde se ubica mi apartamento en un séptimo piso de un inmueble de color claro, me pareció una hermosa zona para anidar mi desarraigo. Con el paso de los días, descubrí que aquella parte y sus alrededores cotizan al alza en los gustos burgueses de la urbe. Los adinerados abandonan sus casas en los barrios más tradicionales y buscan acomodo en la flamante y

espaciosa Murcia del norte, donde calles, plazas y avenidas estrenan amplitud y cortejan al sol con la novedad de lo naciente en cada esquina. Las reparcelaciones urbanísticas se sucedieron con un ritmo vertiginoso y las manzanas de edificación se muestran impolutas en las líneas puras de los modernos edificios, salpicados por elegantes y pulcros jardines, sin un desdoro de casa antigua o una ruina gris y desvencijada que empañe el conjunto. Todo allí es reciente y prometedor, como una vida recién nacida.

Sin embargo, durante mis primeros meses tras el regreso a Murcia, cuando salía a pasear sin un rumbo fijo, mis pasos se obstinaban en encaminarse hacia los lugares que más habían transitado en mi niñez, adolescencia y primera juventud. Siempre que no tenía prisa por llegar a ningún sector concreto, atravesaba la avenida de Europa, desembocaba en Abenarabi y, desde allí, enfilaba hacia el centro de la ciudad por Marqués de los Vélez o por Juan Carlos I.

Aquella tarde de domingo, aún con el soliloquio del infeliz Segismundo en mi ánimo gozoso, salí despacio a través de Marqués de los Vélez, crucé la Ronda de Levante y me encaminé por Puerta Nueva. De allí a desembocar en la zona añorada del campus de La Merced, fue cuestión de minutos. La nostalgia suele dirigir los pasos hacia los lugares donde habitan nuestras imágenes antiguas. Y las mías de estudiante se esconden en dos edificaciones muy concretas.

El primero de mis rincones juveniles se halla en la calle Santo Cristo, amparado en un claustro del siglo XVIII de trazado renacentista, un magnífico y grácil claustro de piedra. Me hubiera gustado en aquella tarde de domingo internarme en el entrañable corredor que guardaría el eco de mis jóvenes y aún ilusionadas pisadas, sentarme un rato para complacer mi vista en el enfoque del sereno pozo central y de las cuatro cuadrículas del jardín que lo cercan, percibir de nuevo el trazado de los arcos en los dos pisos del convento de los antiguos mercedarios, revivir la historia personal atesorada durante mis años de estudiante en las inmensas aulas que se abrían a la paz de las dos galerías cubiertas. Posiblemente, aún correría por allí algún gato prófugo, alimentado con cariño por los actuales funcionarios académicos, aunque ya no sería el gato Bártolo de mi juventud, el insigne gato que llevaba el nombre de Bártolo de Sassoferrato, reencarnado en felino por el afán bautismal del catedrático de Derecho Romano, aquel gato al que le chillábamos los estudiantes como un coro instruido en latines:

«*nemo bonus iurista nisi bartolista*». Ante la aclamación jocosa de sus torpes súbditos, el gato pinto exhibía sus acrobacias más espectaculares y se enredaba en piruetas que excitaban nuestro júbilo. Y es curioso el legado del Bártolo medieval e ilustre jurista peripatético, pues no abarca solo la herencia del emperador bizantino Justiniano ni el mundo gatuno en mi recuerdo, sino que se extiende y amplifica, ya que nos trajo los bártulos a nuestro idioma, importados directamente de Perugia por los estudiantes que asistían a sus clases y se equipaban con los *bártolos* –por *bártulos*–, o, en román paladino, con los libros de Bártolo a efectos de que les aprovecharan las explicaciones del maestro.

La segunda guarida de mi juventud se halla muy cerca del antiguo Convento de la Merced, en el edificio de la Facultad de Letras. Apenas separado del antiguo monasterio de mercedarios por un patio desde el que se accede a esta facultad, la construcción es una gigantesca obra de principios del siglo XX. Allí, asistí por las tardes a las interesantes clases de Hispánicas y se forjó mi segunda preferencia tras la escritura: la de la enseñanza, porque la docencia ganó el pulso a la inicial inclinación jurídica, que fue relegada para siempre y sin pesadumbre en un rincón de mi memoria cuando concluí la aburrida carrera de Derecho.

11

Me detuve y permanecí absorta en la contemplación de las fachadas del convento y de la iglesia de La Merced. Era una pena que el inmueble estuviera cerrado por ser domingo: me hubiera apetecido acceder a su interior. Los ojos hubieran mirado con ternura los cambios que me constaba que se habían producido. Me encomendé regresar con calma en un día laborable, para así poder entretenerme en el examen de su belleza arquitectónica.

Andaba perdida en esas nostalgias, cuando Toñi me sacudió el brazo derecho para llamar mi atención:

—Celia, estás totalmente ensimismada. ¡Qué concentración la tuya!

—Perdona, no te había visto —le contesté excusándome, molesta internamente por haber sido interrumpida en una tarea que me deparaba un gran deleite.

No soy una persona intratable; pero, sin ningún género de dudas, opto por la soledad antes que por una compañía estúpida. Toñi entraba en la categoría de las amistades no gratas. Para ser exacta, más que amistad se trataba de un simple conocimiento. Amiga de Álvaro, me fue presentada en una de sus incontables fiestas. Fue al mes de mi regreso a Murcia. Para mí, Toñi fue una más, otra de las mujeres que formaban una corte aduladora alrededor del anfitrión, una voz ingeniosa que se articulaba alegre en frases pretendidamente inteligentes, si bien se deslizaban por mi cerebro con la estela de los sitios comunes y con el regodeo de la vanidad.

Contrariamente a lo que suele ser habitual en las relaciones humanas, donde simpatías y antipatías son reflejadas como en un espejo en las personas que nos las suscitan, Toñi me profesó desde un principio una clara simpatía. No entendí jamás su inclinación deferente, ya que mi comportamiento hacia ella no dejaba traslucir el más mínimo resquicio que fomentara la confianza entre ambas. No obstante mi indiferencia, ella dibujaba una gran sonrisa en el momento en que me veía aparecer y, sin perder un segundo, dejaba con la palabra en la boca a la persona con la que estuviera

conversando y corría a recibirme con dos besos.

—¿Tomamos un café o una caña? —se apresuró a proponerme aquella tarde de domingo mientras señalaba con la cabeza un mítico bar muy próximo a la Facultad de Derecho.

Miré el reloj. Las ocho y veinte de la tarde. Decidí en un instante que era una hora más que apropiada para tomar un tentempié que me sirviera de cena. De esa forma, resolvería de un solo golpe dos cuestiones: la presencia inoportuna de Toñi y el engorro de prepararme algo en casa y tener que ensuciar la cocina, que la había limpiado con esmero el sábado nada más levantarme. Si picoteaba con Toñi, aterrizaría en la paz de mi apartamento libre, sin más banalidades que ponerme cómoda para continuar con la lectura del volumen nacarado.

—De acuerdo. No he comido y no me vendrá mal picotear algo sólido.

—La resaca de anoche, ¿eh? —dijo Toñi mientras sonreía con picardía.

—Apenas bebí, pero me he levantado muy tarde. Me tomé un café con un trozo de bizcocho.

—Pues a tapear, está claro. Supongo que te gusta este sitio —afirmó mientras adelantaba un pie en dirección al bar—. Si no es así, vamos donde tú decidas, que por aquí son varios los bares que están de narices.

—Por supuesto que me gusta. ¡Menuda barra tiene! Es todo un símbolo que se mantiene en pie —manifesté con convicción mientras miraba hacia el bar que veía día tras día en mi época universitaria. Cuando pasaba por su puerta, husmeaba por sus cristaleras, pero el acceso estaba restringido para mí. Mis aireados bolsillos de estudiante no podían permitirse las múltiples tentaciones de una barra bien surtida, más las cantadas por el camarero en voz alta y que venían humeantes de la cocina. ¡Qué tiempos aquellos! Todo le era apetecible a mi estómago voraz. Después, con la independencia y con la soberanía de bolsillo que otorgan los salarios, me volví más delicada. Dejaron de atraerme las frituras y los platos recalentados. Hasta las ensaladas me resultaban insulsas si no estaban hechas a mi modo.

Pedimos dos cañas, dos marineras, media docena de caballitos, otra media de croquetas, un plato de ensalada murciana y dos montaditos de lomo con tomate. Para mí, una cena perfecta y copiosa, abundante según la demandaban las agitaciones de mi

estómago.

12

La conversación inicial que mantuvimos Toñi y yo fue aburrida y previsible, centrada sobre lugares y conocidos comunes. Cambió de registro y se tornó en un interrogatorio chispeante cuando se me ocurrió preguntarle sobre Carmen Vidal. Deseaba saber si ella la había conocido.

—Por supuesto que sí —exclamó como quien afirma la evidencia de la redondez del planeta—. Fuimos íntimas, uña y carne hasta su trágico final. —Y la expresión de Toñi se nubló en un gesto de genuina congoja al pronunciar estas palabras.

—¿Trágico? —le pregunté en un tono que se pretendía indiferente y que ocultaba una considerable alarma disparada en mi interior. Esto era un dato nuevo que no debía perder de vista.

—Partamos de que toda muerte es trágica —dijo tras engullir saliva y darse unos segundos para huir de mi pregunta con generalidades—. Si, además, le acontece a alguien querido, a alguien con quien te ligan especiales lazos de afecto, entonces es amarga, calamitosa, fatídica. Agrégale que ocurre a una edad donde no se la espera, a una edad donde el paisaje de la vida todavía se contempla ancho, con un horizonte lejano. —Carraspeó con artificio, por el solo deseo de hallar una pausa que le permitiera seguir ligando frases con palabras medidas y bien articuladas, que se notara que sabía conjugar el idioma con refinamiento—. Huyó de la tristeza durante años, pero la tristeza la persiguió por las esquinas más insospechadas y acabó por engullirla en su gran manto oscuro. Deseaba viajar al paraíso y adquirió un billete equivocado que la condujo directamente hacia el infierno.

—Continúa, por favor —le rogué ante un silencio inesperado, un silencio al que le abrió paso de forma abrupta, dejándome a mí ansiosa de más información.

—¿Para qué seguir? La muerte no se remedia.

—Pero se explica y nos consuela —le respondí en el intento de animarla.

—No existe consuelo posible.

—¿Cuál fue la causa de su muerte prematura? —le pregunté sin

poder contenerme más, sin que me importara ya demasiado que se transparentara mi interés y mi codicia de datos. Necesitaba saber sobre la vida y la muerte de Carmen.

—¿No lo sabes? Ocupas la que fue su plaza en el instituto. Los chismorreos te habrán llegado.

—No me ha llegado nada de nada. Allí, nadie habla de Carmen Vidal estando yo presente.

—Qué curioso me resulta.

—Por favor, Toñi, dime de qué murió Carmen, revélame las causas de su muerte.

—La amenaza de lo microscópico —sentenció sin titubear en voz baja, más para sí que para mí, con los ojos hundidos en el suelo, con un gesto que asentía resignado.

—Explícate mejor.

—Con tu permiso, voy al baño. Prefiero no seguir con esta conversación. Te aseguro que me enferma. —Y se levantó del asiento claramente alterada, con un rictus de amargura que delataba su incomodidad absoluta.

Mientras Toñi se recomponía el gesto y el ánimo en los aseos, fui consciente de mi desatino: me había anticipado en mis pesquisas sobre Carmen Vidal con aquella mujer a la que apenas conocía. ¿Cómo iba a exigirle confidencias si yo nunca las había propiciado con ella? ¿Por qué razón iba a confiar en alguien que la había repelido hasta entonces?

La impaciencia me había jugado una mala pasada. Correspondía llegar a mi interlocutora no por el camino directo, sino por atajos serpenteantes. Era indiscutible que debía cambiar la táctica. No le había dado a Toñi la suficiente confianza como para que se explayara sin cortapisas; más bien, al contrario. Desde que Álvaro nos presentó, huía de su amabilidad y de sus deseos de intimar conmigo. Mis palabras hacia ella no habían pasado de unas cuantas frases corteses, fácilmente interpretables como cortantes. ¿Por qué iba ella a abrirse a mí sin recelos en aquellos momentos, cuando yo lo pretendía? ¿Acaso no la había ignorado más de lo debido? ¿No la había ninguneado con gestos de absoluto desapego, de profunda indiferencia?

En aquella noche, descubrí en Toñi a una mujer como cualquier otra. Aún más, era una mujer agradable y de trato fácil, de conversación interesante y de gestos rotundos. Aunque algo cursi en su forma de expresarse, no transmitía la afectación exagerada de las

otras conocidas de Álvaro. ¿Por qué causa remota, carente de explicación, se me atragantaría de aquella manera pertinaz, sin hechos que justificaran mi inquina?

En los instantes que estuve a solas, mientras Toñi se rehacía en el aseo, comprendí que era una mujer más profunda de lo que había supuesto en un principio. Sus palabras, su dolor y su prudencia la delataban como a un ser sensible y auténtico. La había prejuzgado a la ligera. Me tocaba invertir mi conducta, ganarme su confianza.

13

Regresé a mi casa contenta y liviana. Aunque Toñi cambió la conversación tras salir del baño y no quise obtener ninguna nueva pista sobre la muerte de Carmen Vidal para no entristecerla, he de admitir que me entretuve mucho con los cotilleos varios a los que nos dedicamos con alevosía entomóloga. Me divertí de veras, con una profusión de risas resonantes que hacía tiempo que no me salían en una cascada tan saludable como la de aquella noche. En la charla aparentemente frívola que mantuvimos, pero plagada de visiones certeras de conocidos comunes, descubrí a una mujer desconocida hasta entonces, a una Toñi inteligente y mordaz, aunque siempre templada por una inclinación instintiva hacia la transigencia.

El cotilleo manifiesto en el que nos sumergimos con hilaridad festiva, nos llevó a la persona que nos había presentado a ambas. Me descubrió facetas de mi amigo Álvaro que intuía desde tiempos remotos y que no me atrevía a instalar en el lugar correspondiente de mi pensamiento. Por tributo al cariño antiguo que surgió cuando aún era una estudiante, a lo más que había llegado mi juicio con Álvaro era a entreverlo a contraluz, algo difuminado y confuso. No se atrevía mi alma a enfocarlo de frente en toda su crudeza, porque el resultado hubiera sido calamitoso.

Pero Toñi no se engañaba con Álvaro, pese a su aparente actitud rendida en la casa del amigo común, solo guiada por un juego complejo que se reía delante de él en una exageración del vasallaje fascinado que exigía el primero. Ante los dictados vanguardistas del santón que representaba con pulcritud de eximio intelectual, ante los auténticos dogmas de fe que no consentían ser refutados, ante la usual actitud despótica de Álvaro, a Toñi solo la salvaba la ironía y la farsa de un regodeo excedido y ridículo, fácilmente apreciable por un observador más concienzudo que el desprecio prejuicioso que a mí me había invadido hasta entonces con respecto a ella.

Sobre todo, Toñi me previno sobre las ambigüedades patentes de Álvaro y sobre su comportamiento difícil de catalogar. Aun reconociéndole un corazón noble, no le agradaba que su lengua se

infectara por la antipatía hacia quienes osaban ponerse a su misma altura o contradecirlo. Álvaro era un hombre culto, un fantástico anfitrión, un auténtico mecenas para los personajillos que amparaba con énfasis y un coleccionista de menudencias sin importancia. Su discurso siempre era guiado por el mismo propósito: escucharse a sí mismo y dejar bien patente su altura artística, sin rivales en su entorno inmediato. Sin dudas de ningún género, se consideraba grandioso. Las personas que había elegido para aquella apoteosis en vida, los numerosos individuos con los que se rodeaba, no hacían más que servirle de coro laudatorio. Bien se cuidaba él en su elección, esmerada y puntillosa. No cualquiera le valía para su corte. Su orgullo no admitía cerca a gallitos que lo importunaran. Sus celos eliminaban sin piedad a quienes pudieran hacerle sombra o disfrutaran de un espíritu crítico tendente a discutir sus atinadas verdades. ¿Cómo iba a permitir Álvaro un brillo ajeno al suyo? Nadie a su lado podía resplandecer más que él. Si no se sentía la estrella en cualquier conversación o velada, pronto daba término a las mismas o se largaba alegando citas perentorias e improrrogables.

Por contraste, la postura pueril de Álvaro no excluía su admiración hacia los conocidos y amigos que habían alcanzado una cierta e indiscutible notoriedad pública. Quienes llegaban a su vida con la propia ya encumbrada, eran objeto de un trato exquisito, deferente, baboso y casi servil. Ante ellos, Álvaro se eternizaba en halagos y en miradas que rozaban el éxtasis; caía en un verdadero y cómico trance. Pero a quienes arribaban a su puerto insigne sin santo y seña de fama, les caía la suerte del purgatorio continuo, el hado estéril del meritoriaje sin fin. Si estos pobres seres se significaban una pizca mientras permanecían bajo su amparo, la actitud de Álvaro se tornaba compleja: se iniciaba en una confusa observación de la realidad circundante que subvertía el orden por él establecido y se coronaba con un desprecio olímpico por el advenedizo que, en su certero criterio, con tanto detalle ya tenía él muy bien medido. Eso sí, jamás se enemistaba con nadie de manera abierta, ya que nunca convenían los enemigos ni los disidentes que pusieran en tela de juicio su grandeza y su magnanimidad. Bastaba con alejar de su círculo cotidiano al ingrato que había desplegado las alas a sus espaldas y sin su consentimiento; pero la actitud hacia el excluido siempre debía ser exquisita, que nunca se sabían los cambios caprichosos de los gustos de quienes manejaban la élite

intelectual, y él era bien prudente para procurarse estar incluido en la misma soplasen los vientos que soplasen.

La recreación que sobre el alma impura de Álvaro efectuó Toñi me dejó sobrecogida y, en cierta manera, me abrió los ojos sobre aspectos de mi amigo que no quería admitir de forma abierta. Desde mi regreso a Murcia, intentaba sin éxito una conversación a solas con él. Deseaba una plática tranquila donde nos trasvasáramos el conocimiento recíproco adquirido durante los largos años de mi ausencia. Quería una cita con el hombre y no con el dios que pontificaba en medio de sus fieles. Añoraba nuestros vivaces diálogos de cuando éramos jóvenes. ¿Por qué siempre era imposible que conversáramos él y yo sin nadie más? ¿Por qué jamás podía estar a su lado a solas? ¿Por qué había cambiado de esa manera y solo se mostraba como un ser coral, alejado de la confidencia íntima? Me había apenado mucho su lejanía, su falta de interés en volver a crear una complicidad protectora entre ambos, como la que disfrutamos durante nuestra juventud. En aquellos instantes de charla con Toñi, fue evidente para mi intelecto la acomodación de Álvaro en posiciones tangenciales. De él, ya solo cabía esperar un mariposeo leve por las esquinas del ser, no una inmersión profunda en el alma. Había elevado a la superficialidad como la suprema forma de relación con los otros.

—Escuchando lo que me cuentas de Álvaro, me pregunto cómo puedes seguir relacionándote con él —me aventuré a apuntarle a Toñi.

—Porque lo quiero, ni más ni menos. No existe otra razón ni he de molestarme en buscarla.

—¿Lo amas?

—¡No, qué va! Lo quiero como amigo, como persona, a pesar de todos sus defectos. No le profeso amor en el sentido de pasión amorosa, sino de afecto amistoso.

—Me dejas tranquila, porque me temo que a él nunca le fueron las mujeres.

—Bien segura puedes estar de que así es —corroboró Toñi.

—También yo lo quiero, pese a todas sus sombras —admití con una sonrisa algo triste.

—En el corazón, no se manda, Celia, qué le vamos a hacer. —Y Toñi suspiró con gracia, lo que consiguió que ambas estalláramos en una sonora carcajada que selló con humor nuestro afecto recién nacido.

14

Cuando abrí la puerta de mi apartamento, pasaban con creces las doce de la noche. El tiempo se había escabullido sin sentirlo en compañía de Toñi. Al final, me había relajado en mis afanes investigadores sobre la vida y la muerte de mi predecesora en el instituto y disfruté con mi nueva amiga de una velada encantadora. Fue aquel domingo el punto de partida para que rompiera mis prejuicios hacia Toñi. Sin mentiras, tuve que confesarme que hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto.

Era tarde y convenía meterse en la cama. Al día siguiente, lunes, el despertador sonaría inmisericorde a las siete menos cuarto. Los lunes eran duros para mí, cargados con varias clases desde primeras horas de la mañana. Pero no obstante mi cansancio manifiesto, no deseaba irme a dormir sin antes leer un poco, y qué mejor lectura que la del libro de Carmen Vidal. Quise avanzar y centrarme sobre su siguiente párrafo, apretado y conciso. Y digo que quise, porque aunque lo realicé, no lo comprendí entonces en toda su extensión reveladora.

Textualmente, el párrafo rezaba:

> Mujer de cuarenta y nueve años, fatigada por la vida. En una mañana cualquiera, un fogonazo del pensamiento le hace ver claro el disgusto profundo con su propia persona, la desazón que la atormenta y el hastío de sus pequeñas e insustanciales ilusiones. Sin pensarlo dos veces, se queda en su casa y no acude a su trabajo. Prefiere escoger ese día para sí, para hacer lo que realmente le gusta. Asombrada con su coraje y con la fuerza que ha precisado para tamaña decisión, recuerda su vida y la serie de obstáculos que siempre le han impedido que se imponga el sentido común más evidente: el suyo propio, aquel que la preserva y la aleja de la melancolía.

No capté entonces la cantidad de claves íntimas que sobre su autora contenía el enigmático párrafo que acababa de leer. Aún era pronto para mí. Supuse que se trataba de un esbozo de argumentación para un relato o una novela.

Cerré el libro. Mi mente estaba muy fatigada y me exigía el sueño como el más agradable de los destinos.

A los pocos minutos de haberme metido en la cama, ya había emigrado al territorio sin conciencia que más le seducía a mi organismo exhausto.

Lunes, tercer día

15

Los lunes suelen ser días desesperanzados para una buena parte de la humanidad. Como paisaje próximo y uniforme donde desarrollar la existencia consciente, se extiende toda una semana de trabajo por delante. Quienes se sienten condenados por la maldición bíblica que obliga a ganarse el pan con la venta del gramo de tiempo del que disponemos —porque sus quehaceres no se ajustan a sus apetencias —, los lunes arrastran los pies como una pesada carga, envueltos en un aire entre nostálgico —por el fin de semana pasado con el horizonte liberador de ser uno mismo— y tedioso —por los nuevos e interminables días de faenas ineludibles que se les despliegan como el panorama cercano e indigesto donde deberán acampar sin escapatoria—. Si, además y para colmo, el lunes en cuestión se presenta gris, húmedo y lluvioso, la sensación de hastío se multiplica hasta el infinito.

El lunes de aquella semana trascendental en mi propia historia se inició para mí optimista y cuajado de promesas. A pesar de la lluvia que martirizaba los cristales desde que me había levantado y la inminencia de las clases por impartir, mi determinación investigadora tanteaba sus tácticas desde primerísimas horas de la mañana. Mientras me aseaba, mi mente había forjado un plan minucioso para obtener nuevos datos sobre Carmen Vidal. Necesitaba saber de ella por boca de alguien y no solo por sus propias palabras escritas. Como es bien sabido, lo escrito muestra y esconde al tiempo, ya que la confesión nunca es completa. El propio cauce de la palabra, enredado con el espejismo de la ilusión de reflejarnos carentes de toda culpa, hace que nos escapemos por derroteros idealistas y líricos con demasiada asiduidad.

Resuelta y animosa, discurrí que aquella misma mañana preguntaría a los compañeros del instituto. Examinaría su caso a mi manera, entre bromas que no sembraran la sospecha de mi recién iniciada investigación, como quien emite frases por el solo placer de llenar el silencio y movido por una curiosidad inexistente. Tengo comprobado que, ante la falta de un interés real y efectivo, las personas se relajan, no se sienten presionadas y sueltan por la boca

más de lo que suponen. Si mostraba mi absoluta obsesión con la persona de Carmen, conseguiría un resultado contrario al deseado. Debía ser prudente y racionar el número de compañeros a acometer, que no se corriera por el centro el comadreo de mi propensión excesiva hacia la difunta Carmen. Podrían tildarme de murmuradora morbosa o, lo que era peor, de buitre siniestro que escarba en la carroña.

Los flancos por los que debía comenzar mis pesquisas estaban claros: el jefe de estudios y el profesor de Matemáticas. Con los dos me llevaba de maravilla y se había establecido entre nosotros una camaradería no exenta de confianza. Incluso, con el atractivo jefe de estudios, masticaba la atracción que había surgido entre nosotros y que yo pretendía eludir como si se tratara de una amenaza a unos excelsos principios personales míos, cómicos desde mi perspectiva de hoy, pero existentes entonces. Ahí, en aquellos dos hombretones, estaba mi primer objetivo, mi labor inicial durante la semana que comenzaba, mi sondeo para la aclaración del misterio que envolvía la figura de Carmen y su muerte. Con Toñi, ya había intercambiado el número de teléfono el día anterior y, en unas cuantas citas, con la calma de una amistad en ciernes, la preveía más ligera de lengua, más dispuesta a darme la información que exigía mi interés creciente por Carmen.

También barajé la opción de mi amigo Álvaro, pero a este tocaba abordarlo después, más adelante, cuando hubiera leído el libro en su integridad. Álvaro era la última estación, el final del trayecto, el destino del volumen de Carmen una vez devorado por mí. Mi amigo había afirmado que comentaríamos juntos el contenido del cuaderno. Estaba convencida de que, en esa charla futura, saldrían todos los puntos oscuros que yo no consiguiera desvelar antes por mis propios medios. Y, por fortuna, en un destello de previsión que tuve en aquel mismo instante preparatorio de la logística de mi tarea, fui consciente de que debía apurarme en la lectura del volumen nacarado, no dilatarla en exceso. Cuanto antes terminara el libro, más rápido descubriría las incógnitas que se alzaban arcanas ante mi comprensión.

Aturdida por la prisa que me había infundido a mí misma, aceleré mis costumbres de higiene cotidiana, prescindí de la crema hidratante corporal que tiene la virtud de hacerme soportable mi propia piel —delicada y tirante por naturaleza— y saqué del armario lo primero que alcanzó mi mano, sin prestar demasiada

atención a la armonía de los colores entre sí. El tiempo era un tesoro que escondía nuevos epígrafes del cuaderno nacarado. Bien podía dedicar los minutos economizados en las rutinas mañaneras a la lectura de una o dos hojas del volumen de Carmen.

Sin dilaciones perfeccionistas en las otras faenas a las que suelo dedicarme con esmero antes de salir de casa —como hacer la cama y proceder a una exhaustiva ventilación que aleje los aires retenidos entre las paredes—, me senté provista de bolígrafo y de mi alegre cuaderno de espiral y, con impaciencia, abrí las tapas del libro. Rauda, me fui a la marcada con el separador de hojas. El párrafo o epígrafe que me tocaba leer para seguir el orden riguroso que me había impuesto y del que no pensaba salirme, llevaba un título cuidadosamente colocado en el centro y resaltado con mayúsculas: *LA LLUVIA*. Me sonreí internamente por la coincidencia de que, en aquellos instantes, lloviera con fuerzas sobre la ciudad, oscurecida por las nubes compactas y grises. El azar jugaba sus fichas y disponía el ambiente justo para acometer la lectura.

El texto que se desplegaba ante mis ojos parecía un cuentecillo o una fantasía pueril de Carmen o, quizá, se tratase de una alegoría de hondo significado que a mí se me escapaba en aquellos momentos. En cualquier caso, fuera lo que fuera, lo consideré entonces como un relato demasiado artificioso e insustancial e, indudablemente, ingenuo y mal escrito. No comulgaba con el estilo de lo que hasta el momento llevaba leído en el volumen y hasta me trajo resonancias de los ilustres Gabriel García Márquez y José Saramago, pero reflejadas en un mal espejo.

Ahora no sé muy bien cómo resumir aquella fábula cándida que Carmen trazó con su característica letra menuda y cuyo simbolismo no alcanzaba mi comprensión. Tal vez, lo más conveniente sea transcribir el texto tal y como lo hice aquella misma tarde en las hojas de mi alegre cuadernillo de espiral:

LA LLUVIA

Empezó a llover. No caía demasiado, pero se agradecía que, después de muchos meses sin hacerlo, vinieran unas finas gotas a despejar el ambiente.

Habían pasado cinco días y la lluvia monótona y débil no había cesado un momento. La ciudad se colmaba de charcos y de enormes barrizales.

Pasaron más días y la lluvia no finalizaba. Continuaba con su ritmo

lento e inocente. Ni por un momento apretó y desató sus iras con fuerza, más bien parecía recrearse en un continuo martilleo que llegó a desbordar los nervios de más de una persona. Las nubes explotaban poco a poco, como si hubieran tramado durante siglos esta venganza y, morbosamente, se recrearan en ella despacio, muy despacio.

Pasaron las semanas y llovía a todas horas del día y de la noche. Ni un solo respiro se daba el agua.

Al cabo de dos meses, los ciudadanos recogían los pequeños lagos que se habían formado en las calles. La ciudad en cuestión estaba enclavada entre montes que la mecían con amante estrechura, por lo cual estas alturas compactas contenían el agua como si cayera sobre un cuenco natural. Los sufridos ciudadanos trataban de impedir que el nivel creciera en exceso. Pero, pronto, su empeño empezó a ser nulo. Las plazas, las avenidas, las calles, las callejuelas y los callejones parecían pequeños ríos que seguían un cauce ignoto. Hasta era preciso proveerse de unas botas especiales para lluvia, ya que el agua llegaba un poco más arriba de los tobillos.

Siguió lloviendo sin contemplaciones. Ni los bomberos ni las misiones especiales de socorro mandadas de otras ciudades daban abasto. Se formó, promovido por el ilustre ayuntamiento de la urbe, un comité para luchar contra los enojosos efectos de la lluvia. Lo único que se consiguió con esta medida fue la agrupación de un buen número de ciudadanos entusiastas, ungidos del halo siempre perseguible de los héroes. Sus chapoteos ridículos no consiguieron gran cosa.

Al cabo de seis meses, la lluvia persistía irritante. Ninguna de las numerosas actividades ideadas para paliar sus destrozos tuvo éxito. Las personas que habitaban en bajos se vieron forzadas a evacuarlos, ya minadas sus osamentas por la humedad continua que los mantenía en un perenne baño. Obsta señalar que los comercios y demás negocios a ras del suelo dieron en la bancarrota más absoluta. A partir de esos instantes, la ciudad tuvo que abastecerse de la caridad ofrecida por el gobierno de la nación, por la ayuda de otros ayuntamientos solidarios, así como por las donaciones de víveres de particulares cooperantes en causas justas.

Pronto el agua alcanzó más un metro de altitud. Los niños eran protegidos especialmente por temor a que se ahogaran. Hubo, incluso, algunas madres que les colocaban salvavidas si tenían que llevarlos a algún sitio. Porque poco cuesta deducir que los colegios y demás centros de enseñanza habían cerrado sus puertas.

La venta de prendas impermeables en las ciudades vecinas era incesante, con lo que se produjo un florecimiento de empresas destinadas a su confección y distribución para bien de la economía del país, no cabe ninguna duda.

La lluvia permanecía adherida a la ciudad con premeditación terca.

Siempre mostraba la misma cara: floja, pero sin cesar un segundo. El agua continuaba en su ascensión despiadada. Los habitantes de los primeros pisos que no desearon evacuar la ciudad bajo el pretexto de que allí estaban sus raíces, empezaron a buscar amigos que pudieran albergarlos en los pisos más altos. Todos los novenos, décimos, undécimos y demás elevados en altura, parecieron pronto colmenas. Los individuos se agolpaban y fue preciso establecer un orden, correspondiendo a cada persona un espacio de cincuenta centímetros en redondo. No obstante el agobio producido por la estrechez, los resistentes se animaban unos a otros con el anuncio esperanzado de un sol venidero que nunca asomaba por la línea del horizonte.

Pertinaz, la lluvia no cedía. El nivel del agua en las calles empezaba a tragarse casas, farolas y demás especies de la fauna urbana. Los sufridos ciudadanos que habían optado por quedarse, sin atender todas las llamadas oficiales que los conminaban al desalojo inmediato, se acostumbraron a los cielos grises y al resto de sus caóticas circunstancias de vida, incluido el incipiente calor que se había enseñoreado de los días goteantes y había decidido adornarlos de una humedad ardorosa.

Cuando el sofoco anegaba los cuerpos de los testarudos habitantes de aquel infierno sin fin y el sudor tornó opresivo el ambiente de los pisos hacinados, utilizaron los balcones de los edificios a modo de trampolines para procurarse un buen baño. Quienes se decidieron a bucear fueron espectadores de un escenario desolador y, hasta cierto punto, grotesco.

La lluvia no cesaba. Ante su avance y por falta de espacio en los pisos más altos de los edificios, miles de ciudadanos tozudos que no asieron las escalas que les tendían desde helicópteros mandados por los padres de la patria, tuvieron que asistir a su fin lento e inexorable. Sus cadáveres flotaban en el agua victoriosa y el espectáculo tomaba visos de tragedia colectiva.

Ya invadía el agua inclemente los más altos refugios, cuando, una mañana, un sol tímido empezó a lucir y un gran arcoíris devolvió la esperanza perdida a los pocos y tercos supervivientes de la catástrofe.

El sol le tomó el gusto a aquella ciudad submarina y, con sus rayos benéficos ofrendados día tras día, el nivel de las aguas bajó hasta borrar las huellas de su presencia.

En poco tiempo, la ciudad había emergido de las aguas que la anegaron y había recuperado la confianza en su futuro. Los exilados por la lluvia retornaron a sus hogares y negocios, desatendidos por su ausencia necesaria. La alegría de vivir volvió a respirarse en cada rincón de la urbe.

Pasaron los meses y el sol doraba la ciudad, ya resquebrajada por el ardor implacable de sus rayos, cada vez más justicieros e

inmisericordes. Jamás hubieran podido suponer los supervivientes del diluvio que organizarían rogativas por la ansiada lluvia, pero así fue. Si no accedía a abrirse el cielo en unos cuantos chaparrones, el desastre estaba servido.

No llovió, pese a todas las artimañas técnicas y místicas que fueron utilizadas.

Preguntarán por esta ciudad y les darán información sobre ella. Pero no traten ustedes de visitarla, ya que se encuentra totalmente calcinada por una sequía de fuego, de tal modo que quien allí va, jamás regresa.

16

El instituto donde vine a sustituir a Carmen Vidal tras su muerte y donde imparto mis clases, es nuevo y vanguardista, como el resto de los edificios de la zona. Se halla muy cerca de mi apartamento, apenas a tres manzanas, un recorrido mínimo en caso de apuros con el horario. En escasos minutos, me planto en él. Pero por muy próximo que quede mi lugar de trabajo, la lluvia de aquel lunes caía con fuerza y aconsejaba coger un paraguas, no obstante mi odio hacia estos artilugios entorpecedores de los pasos callejeros. Elegí uno grande de color granate mientras sofocaba una sonrisa por la coincidencia del cuentecillo recién leído en el cuaderno nacarado y la faz de aquel lunes de la semana que cambió mi vida para siempre.

Casi en la puerta de entrada del instituto, me encontré con Esteban, el simpático profesor de Matemáticas.

—Lluvioso tenemos el día —constaté con tono amigable y ya presintiendo mi acecho posterior.

—Y tanto. En días así, me acuerdo de Carmen. —Y Esteban se cortó en seco tras estas palabras.

—¿Qué Carmen? —pregunté alada por la anticipación de mi compañero y con aires distraídos, pero con el corazón acelerado por el brinco súbito que había dado ante el nombre de mi antecesora.

—La antigua profesora de Lengua que cubría tu plaza, la que tú viniste a sustituir tras su muerte.

—¿Te acuerdas de ella en los días lluviosos?

—Sí, es una ecuación indefectible para mí.

—¿Por algún motivo especial?

—No… Carmen era una mujer de días lluviosos, una mujer melancólica, gris, si quieres. En este tipo de días, sus ojos brillaban con fuerza, quizá con demasiada fuerza, una fuerza para mí desconocida. Le gustaba la lluvia y la retaba a continuar durante meses cuando hacía su aparición —dijo mientras yo pensaba que, tal vez, en más ocasiones Esteban habían hablado de Carmen en mi presencia sin mencionarla, con alusiones simbólicas que a mí se me habían escapado. Ajena a las mismas, no había sido consciente ni

había prestado demasiada atención. Qué estúpida había sido.

—¿Acaso era del norte y la lluvia le recordaba a su terruño? —le requerí ante su parada en seco. Deseaba que continuara con la confidencia. Esteban la había iniciado de forma espontánea y no supondría en mí ningún interés extraño. Mi curiosidad podía deberse a pura cortesía. Por otra parte, mi inquietud se había disparado con una urgencia incontenible. Necesitaba colmar una laguna, saber qué le significaba la lluvia a aquella mujer, la simbología de una lluvia perenne que yo le había leído un rato antes en lo que califiqué como un relatillo sin importancia. ¿O tenía importancia, la misma que yo le negué? Deduje de las escuetas palabras de Esteban que, tal vez, el texto del relato contenía claves importantes que a mí me habían pasado desapercibidas. Seguro que así era, porque ¿cómo iba una adulta a pergeñar semejante cuento si no contenía otra lectura posible? Algún símbolo enredaba en aquellas letras aparentemente inocentes.

—No, qué va. De aquí, como nosotros, de secano puro y duro. Bueno, creo recordar que me dijo que nació en un pueblo de la provincia, pero contaba con escasos meses ella cuando sus padres se vinieron a vivir a Murcia.

—Pues entonces no tiene mucho sentido que la asocies con la lluvia o con los días grises —apunté.

—Así es en buena lógica, pero la lógica no lo explica todo. Te lo asegura un profesor de ciencias. Carmen era una mujer de días lluviosos, ya te lo he comentado antes. —Hizo una pausa mientras consultaba la hora—. Celia, vamos adentro que se nos hace tarde —concluyó al ritmo del inicio de su entrada en el instituto, con un suave empujón que me dirigía hacia el desempeño de mis deberes, lo más lejano de mis aspiraciones en aquellos precisos instantes.

Miré el reloj y sus agujas me devolvieron las ocho y veinte, cinco minutos de retraso con respecto a la primera clase, por lo que me conminé al cumplimiento de las obligaciones ya retrasadas y a postergar mis pesquisas para un momento más adecuado. Tiempo habría para ellas sin las premuras de la responsabilidad puntillosa y cumplidora.

Pero Carmen no desapareció de mi pensamiento por mi aplicación concienzuda a la docencia. Aquella jornada me tocaba hablar sobre el místico a quien ella había amado, tal y como lo reflejaba en su cuaderno. Mientras disertaba sobre san Juan de la Cruz a mis alumnos, miraba frecuentemente por las ventanas. Sus

cristales chorreaban el agua que no cesaba de caer. Noté la pureza del ambiente, como si las gotas caídas desde el cielo limpiaran la suciedad que los humanos esparcen por el aire, y no se trataba solo de la sola suciedad física, sino también de la oculta y recóndita salida de los corazones abismados en pesares y rencillas. Más allá de las ventanas, el cielo se enfurruñaba con ahínco, como si tuviera todo el disgusto del mundo invitado en sus estancias cósmicas. Al paso que caminaba en su enfado, pronto parecería noche oscura, un ambiente más que oportuno para explicarles a los adolescentes medio adormilados que tenía delante las idas y venidas de Juan de Yepes y Álvarez; aunque era una utopía pretender de aquellos chicos un asomo de pasión o, al menos, una escucha diligente.

En realidad, poco me importaba la abulia de la clase. Hace tiempo que me he acostumbrado a la indiferencia en las aulas, a la apatía que solo refleja la estrechura elegida de manera libre por los espíritus en crecimiento de los adolescentes. En ocasiones, guiada por la angustia de ser la diana donde confluyen las miradas invadidas de tedio de todos los muchachos, recuerdo mi adolescencia y mis ansias de saber en perpetuo acecho. Por más que había querido aparentar ante todos en aquella edad difícil una actitud flemática y descreída, las explicaciones incendiadas de los clásicos castellanos iluminaban mi mirada, erguían mi tronco en el pupitre y, rendida de fascinación, atesoraba las múltiples anécdotas que desmigaba el profesor y que los libros de texto no contenían. Así ocurría cuando quien enseñaba no se había entregado a la molicie.

Mi personal pretensión en la docencia consiste en mantener impoluto e incontaminado mi interés entusiasta por la literatura. Es cuestión de sobrevivir con un mínimo equilibrio y conservar un asidero firme donde cogerme, al margen de la voluble respuesta de los chicos y de sus veleidades previsibles y estúpidas.

17

La sala de profesores suele ser un lugar muy concurrido entre clase y clase, un refugio donde leemos, corregimos exámenes y conversamos en animada charla al amparo de un café horrendo que gotea de una máquina tartajosa y renqueante, pero que, al menos, tiene la virtud de sacar el brebaje caliente, lo que se agradece en días tan húmedos como lo fue aquel lunes de lluvia ininterrumpida.

Hasta las diez y veinte gozaba de una tregua, un poco más de una hora de distensión al margen de los rostros burlones de los alumnos.

—¿Qué tal el fin de semana? —me preguntó el jefe de estudios, el único con quien coincidía los lunes a esa hora en la sala común. Los demás cumplían sus obligaciones por las aulas.

—Muy bien. Relax y descanso, que no es poco.

—Bendita tú que puedes, que mi mujer me organizó un programa de festejos sociales del que todavía no me he recuperado. Mira que se lo pido semana tras semana: necesito sosiego, dedicarme a tareas nimias, leer algún libro, pasear; pero no hay forma, chica —dijo Félix con un cabeceo que expresaba disgusto.

—También tuve yo mis horas de mariposeo, no te creas que fuiste tú solo.

—Pero es distinto, Celia. Tú decides sola y economizas los espacios para cada actividad, dando a cada uno lo que estimas conveniente. En mi caso, jamás sé lo que me depara el tiempo libre. Sueño con él, planifico mis ocios, diseño sus horas con entusiasmo, pero, al final, todos son castillos que se quedan en el aire. Se imponen la conveniencia y la mundología. Si vieras lo cansado que estoy de esta farsa que no tiene fin… Cualquier día de estos me largo sin más, que poco aguante creo que me quede —concluyó tal y como lo hacía desde que lo conocí. Porque Félix siempre se quejaba de su falta de tiempo, de su imposibilidad de dominio frente a las circunstancias externas, de la dictadura ejercida por su mujer sobre su vida. No era precisamente un tema de conversación de mi agrado. Solía ponerme muy nerviosa cuando Félix lo sacaba, ya que, además, lo elegía de forma invariable cuando ambos

estábamos solos y adoptaban sus ojos una expresión que yo traducía como un billete abierto para un viaje que no estaba dispuesta a realizar. No podía engañarme aquel hombre fuerte y bien parecido. Con unos pocos años más que yo, seguía desplegando su encanto, indudable para mí, que lo respiraba inquieta y confusa. Nunca había tenido por costumbre mantener aventuras con hombres casados. Huía de ellos como quien huye de la peste, porque ese tipo de hombres solo genera complicaciones y bien que lo había observado en casos muy próximos, acaecidos a amigas poco previsoras. No deseaba caer en tales redes, no obstante la atracción evidente que ejercía sobre mi persona el jefe de estudios. Debía ser sensata, mantener la calma ante sus asaltos y salirme por la tangente. Otra cosa habría ocurrido si él, de verdad, hubiera sido hábil en la gestión de su vida privada y hubiera aparecido algún día por el instituto con la noticia de su separación matrimonial. Pero sospechaba que su mujer lo mantenía bien amarrado, por lo que más me valía ser fría como el hielo. En caso contrario, si flaqueaba, llevaba todos los boletos para el infortunio propio, y no me apetecía ejercer de sufridora. Era un papel en la representación de la vida del que había acabado hastiada y no me seducía repetirlo.

—No le des más vueltas, Félix. Hoy el día está gris. Eso también influye en la perspectiva de las situaciones.

—Bastante me da a mí que esté gris o soleado, con truenos o con fuego… Ojalá lloviera hasta que esta maldita ciudad se anegara por completo y desapareciera del mapa para siempre —exclamó con énfasis, y sus palabras se clavaron en mi alma con los ecos del relato de Carmen Vidal.

—Como si fuera tan fácil que una ciudad desapareciera por la lluvia…

—¿Y por qué no? Seguro que no soy el único al que se le ha ocurrido —señaló para mi desasosiego.

¿Había leído Félix el relato de Carmen Vidal? No me atreví a preguntárselo entonces. Hubiera supuesto descubrirle que me hallaba en posesión del cuaderno nacarado, por lo que opté por otra salida menos comprometedora:

—Pues mucho le pides tú a este clima poco dado a las lluvias. Además, no sé qué ofensa te ha inferido esta Murcia pacífica —aventuré festiva, con ganas de que se explayara en explicaciones sobre el fastidio que le producía Murcia. A Félix cuesta muy poco tirarle de la lengua.

—Como señaló alguien a quien quise mucho, esto es un patio de comadreo insoportable, un hervidero de chismes, una multiplicación de ojos inquisidores. Que nadie se salga del tiesto, que nadie sobresalga, que nadie hable fuerte y claro. En esta Murcia de las narices, se lleva lo ramplón, la pamplina y el oscurantismo, que no te quepa duda. Y si huyes de esa orilla, te encuentras con la opuesta que se justifica a sí misma por el solo hecho de llevar una existencia pretendidamente bohemia y al margen de toda norma, pero menudas leyes de embudo se gastan los modernos… Ya acabarás asqueada cuando lleves más tiempo aquí. Ahora estás todavía con el deslumbramiento del regreso, con la pasión del reencuentro con los escenarios de tu niñez y juventud.

Ante las palabras de Félix relativas a ese alguien a quien quiso mucho, pensé en Carmen Vidal, intuí que podía referirse a ella y un escalofrío me recorrió la espalda.

—No particularices, porque en todos los sitios cuecen habas, no solo en Murcia. No he conocido ciudad ni pueblo que se libre del deporte inquisitorial. Es algo innato en los humanos, así que no cargues las tintas sobre esta tierra alegre, porque, al menos, es alegre, que no es poco.

Entró una limpiadora a por unos trapos que se le habían olvidado en la sala. Su aparición consiguió que Félix pasara a otras cuestiones referentes al instituto y a mí me dejó expectante, anclada en un misterio del que todavía no poseía las claves y que se agrandaba con sospechas por todos los frentes posibles. Y si decidía no engañarme, el misterio era doble: por una parte, el de su grado de amistad con Carmen Vidal y, por otra, el de su papel en mi propia vida, que lo negaba y lo ansiaba al tiempo.

18

Regresé a mi casa molida tras todo el día fuera. A las habituales cinco horas de clase de los lunes, debía sumarle mi inquieto estado de ánimo, provocado por la cada vez más evidente certeza de la atracción entre Félix y yo, que se multiplicaba innegable y confusa para mi desconcierto. También ayudaba en mi desbarajuste emocional la ansiedad que me invadía por llegar a algún resultado plausible en el misterio de mi predecesora en el instituto.

Había comido en compañía de Esteban, soltero como yo, desastre como yo, solitario como yo. Muchas veces le había preguntado cómo podía permanecer solo un muchacho tan encantador y le bromeaba con cuestiones referentes a la edad que nos separaba, la causante —le decía en broma— de que no cayera rendida a sus pies. En definitiva, le dedicaba piropos simpáticos que solo pretendían elevarle la moral a aquel treintañero acomplejado sin motivo.

Pero aquel lunes no disponía de ánimos para aupar a mi querido colega de matemáticas. Me desgastaba el hecho de admitir en mi interior que Félix, el jefe de estudios, me atraía con fuerza. Lo terrible era el convencimiento de saber que aquella matilla tierna no debía arraigar en mi espíritu. Las luchas de este tipo siempre me han dejado rota, porque varias he tenido que librar a lo largo de mi vida y de todas he regresado a mi ser seriamente perjudicada. Si a esta desazón se le une la avidez en la tentativa de apoderarme de nuevas noticias sobre la persona de Carmen Vidal, la consecuencia es un sombrío panorama interno, mucho más oscuro que el día lluvioso y desapacible del que nos defendíamos con unas lentejas bien calientes.

—¿No parará de llover? —comenté con indolencia, pero con la viva intención de reconducir el fondo de la conversación al punto donde había quedado suspendido a primeras horas de la mañana.

—Por mí, que siga por varios días, que buena falta hace tras el otoño y el invierno tan secos —apuntó Esteban.

—¿Qué me comentabas esta mañana de los días lluviosos y de la antigua profesora que ocupó mi plaza? Me has intrigado con tus

frases poéticas. Tú, todo un científico, con esas palabras tan sensibles y cercanas a la metáfora —me atreví a exteriorizar en tono alegre.

—Oye, que los de ciencias también tenemos nuestro corazoncito y, de vez en cuando, salimos de los números y nos amparamos en la poesía, otra forma de conocimiento sin duda. Aunque una forma de conocimiento más imprecisa, menos demostrable, pero tremendamente hermosa. Las frases no solo las hacéis los tocados por las letras —se defendió.

—Nadie os niega que sois humanos —bromeé.

—Pues te comentaba que esta mujer era una persona de días lluviosos. No me preguntes la causa por la que la calificaba de tal modo, que no la sé, ni tan siquiera por aproximación. Pero sí puedo decirte que se desprendía de su persona un halo nostálgico. Sus ojos siempre reflejaban una sombra de melancolía. En los días lluviosos, la aureola melancólica cambiaba y Carmen reflejaba en sus pupilas una fuerza enorme, como si todos los sueños del mundo la alentaran.

—Qué frases te salen cuando te pones en ello, Esteban. Ni un poeta las bordaría con tal hermosura —lo animé a continuar.

—Anda, no exageres. Si solo pretendo transmitirte la sensación que me provocaba Carmen.

—Continúa —lo alenté. Temía que se desviara del asunto que a mí me interesaba.

—Carmen y yo nunca llegamos a tener confianza ni compartimos confidencias, pero simpatizábamos en otras dimensiones, en otras ondas que se traducían en miradas de complicidad y en sonrisas no forzadas. Por ejemplo, nos hermanábamos en el chirigoteo ante los disparates de la directora o en el apoyo incondicional a Félix, que bien sabes que es un buen hombre, cumplidor de sus tareas, riguroso y serio, por mucho que intenten difundir lo contrario nuestros excelsos compañeros.

Cuando le escuché el nombre de Félix, un escalofrío recorrió mi columna. Me removí en el asiento y recompuse mis sensaciones. Aquellos sobresaltos y aquellos aleteos de mariposas en el estómago empezaban a preocuparme seriamente. La razón debía prevalecer y así lo decidí en un segundo, cuando insté a Esteban a continuar con sus apreciaciones sobre Carmen Vidal:

—Por lo que me cuentas, Carmen debió ser una persona estupenda, incluso irónica.

—Que no te quepa duda, Celia. —Y Esteban me contó que, no obstante su melancolía intrínseca, Carmen dominaba las artes mayores de la risa y del ingenio. Sus tristezas eran suyas y las guardaba para sí, aunque sus ojos no podían evitar reflejarlas. Nunca fue la típica persona apesadumbrada y quejica. Al menos, durante el poco tiempo que él la conoció.

—¿Tantos motivos tenía para la pesadumbre?

—Pues no lo sé. Ya te he dicho que no intimamos. Aparentemente, la vida le iba sobre ruedas: todo estaba en su sitio y no se adivinaban tragedias; pero los humanos somos muy complejos y algunos esconden cuitas por a saber qué causas. Me temo que Carmen era de esta categoría de seres.

—Ya que estamos en ella y como tengo confianza contigo, me gustaría preguntarte directamente, sin tapujos, sobre la causa de su muerte —me sorprendí a mí misma expresando en voz alta. Estaba clara para mí la ansiedad por esclarecer el motivo del fallecimiento de Carmen. Necesitaba saberlo con urgencia.

—Ay, Celia, ¿y qué quieres que te diga? Yo estaba recién llegado al instituto cuando murió. Apenas tuve confianza con ella, ya te lo he dicho varias veces. Muy buenos compañeros, mucha cordialidad, pero nada más. Murió como murió y ninguna charla la va a rescatar de la muerte.

—Vale, de acuerdo. Pero me ha llegado alguna habladuría sobre esa muerte suya que no sé si darle crédito —me inventé con descaro —. Algo feo y extraño, como las circunstancias no naturales en las que le aconteció —urdí temblorosa, sin saber los terrenos pantanosos por los que empezaba a introducirme.

—Carmen murió en un accidente de tráfico, en un estúpido accidente, así que no existen misterios. Esa es la realidad. No me explico lo que me cuentas. Parece mentira que alguien se monte fantasías morbosas sobre su muerte y, lo que es peor, se dedique a difundirlas en voz alta. ¡Murmuradores de pacotilla! ¡Basura! Eso es lo que son, una pura basura.

—Lo siento, Esteban, no deseaba disgustarte —le dije en tono dulce al contemplar su excitación llena de ira.

—No me disgustas tú, sino la perversidad de los chismosos, de esos seres que no dejan descansar a los muertos. Hasta me comentaron que su marido huyó horrorizado por tanta falacia.

—O sea, que se montó escándalo con su muerte —le dije mientras le ponía la zancadilla para que siguiera hablando.

—Y tanto… Ya sabes que en las muertes de este tipo, aparte de la autopsia, se practican investigaciones diversas. Analizaron lo que quedó del coche y alguna eminencia mecánica verbalizó en voz alta una duda sobre el posible mal estado de los frenos; estado que, según tengo entendido, jamás pudo comprobarse porque el siniestro total del automóvil lo impidió. El vehículo ardió en un segundo en el impacto del choque. Con todo, un policía joven, presente en la constatación pericial del accidente, decidió demostrar sus aptitudes investigadoras y ganarse un ascenso a costa de una mera hipótesis sin ninguna trascendencia y sin ninguna base científica.

—Pues vaya una potra.

—Y que lo digas. El pollino con placa en la cartera cogió dos frases, la que te he comentado sobre el estado de los frenos y la respuesta inmediata del marido, que aludía a la imposibilidad de un fallo mecánico porque el coche había sido revisado en el taller dos días antes. Agitó las dos frases en su cerebro fantasioso e, infectado de series televisivas sobre detectives, las mezcló con la rareza del accidente y se debió de felicitar por suponer un asesino suelto.

—¿Cómo ocurrió el accidente? ¿Dónde fue?

—Un accidente estúpido sin ninguna duda. No pienses que ocurrió en la carretera, no. Fue aquí mismo, en La Redonda. Carmen saltó por encima de un bordillo y se estampó contra una palmera. La velocidad no podía ser excesiva, pero la mala suerte la rondaba. Se desnucó en el acto. Por fortuna, pudieron sacar su cuerpo antes de que terminara de arder el coche.

—¡Qué horror! —exclamé sin poderme contener mientras un escalofrío me recorría entera.

—Así es. Para que, después de la desgracia espantosa, llegara aquel pollino con conjeturas policiales al viudo, que hasta la del suicidio apuntó sin piedad y se dedicó a preguntarle por todos los aspectos de la vida de su mujer. Para colmo, no se privó de la desvergüenza de presentarse en el instituto y asaetearnos a todos con interrogatorios ridículos, sobre todo al buen Félix, que era muy amigo de Carmen.

—¿Se llevaban bien los dos? Me refiero a Félix y a Carmen.

—De maravilla. Siempre andaban juntos —me contestó Esteban, y supe que Félix era un hueso que debía roer para atar los cabos de la historia de Carmen. Otra cosa era el peligro emocional que para mí conllevara.

—¿Concluyó ya el detective sus investigaciones?

—Que yo sepa, sí. Caso cerrado. Accidente sin más mandangas ni florituras.

—Ya ves, y a mí me comentaron los chismosos que había sido una muerte por suicidio —inventé sin empacho, contenta ya en mi interior por haberme enterado de cómo murió Carmen Vidal. Un misterio que se esclarecía.

—Para que veas la panda de desoficiados con lenguas afiladas que pululan por estos lares.

—Unos impresentables por lo que observo.

—Lo más triste es que, con tantos bulos disparados por todas partes, con tantos interrogatorios que abrieron, con tantas miradas puñeteras, con tantos índices acusadores y con tantas ridiculeces, han conseguido que Jorge, el viudo, se marche por un tiempo de aquí. ¿Cómo no va a necesitar el hombre templar sus nervios?

—Claro. —Cabeceé para alentarlo a que siguiera, eufórica por obtener tanta información en mi primera acometida investigadora..

—En el momento en el que acabaron las pesquisas sobre su persona, que hasta de asesinato fue sospechoso, huyó como quien es perseguido por Satanás. Me pongo en su piel y lo entiendo, y hasta me plantearía la vuelta a la ciudad que me ha calumniado sin compasión y sin pruebas.

—¿Es de aquí?

—No, de Barcelona o de la provincia de Gerona, no lo sé a ciencia cierta. Pero creo que volverá. Es un buen hombre y le ha cogido apego a esta tierra. Cuando se despidió de mí, me dijo que regresaría pasado el verano.

—¿Dónde para ahora?

—Ni idea. Creo que nadie lo sabe. No quiso dar pistas sobre su paradero. Sus buenas razones tiene para perderse, te lo aseguro, que yo en su lugar ni tan siquiera hubiera anunciado mi partida.

—¿Se querían mucho? Me refiero a Carmen y a su marido.

—De las pocas veces que los vi juntos, deduzco que sí. Reflejaban cariño y complicidad en sus expresiones. Además, hubo un detalle que les observé en dos oportunidades y que me devolvió la confianza en las relaciones largas: cuando se creían a salvo de miradas, caminaban enlazados de la mano o abrazados, con la cabeza de ella levemente apoyada sobre el hombro de él.

Le agradecí la información y terminamos la comida enfrascados en temas docentes, aunque una parte de mi cerebro andaba desligada y organizaba con minuciosidad los nuevos datos sobre la

antigua profesora de Lengua y Literatura.

19

Me puse una de esas camisetas enormes que suelo usar para estar por casa y me acomodé en mi sillón predilecto, con el volumen nacarado en el regazo y con mi alegre cuaderno de gusanillo y mi bolígrafo, dispuesta a transcribir el relato sobre la ciudad anegada por la lluvia que había leído por la mañana, antes de marcharme para el instituto. Aquel texto estaba plagado de resonancias simbólicas y debía conservarlo literalmente.

Cuando acabé la tarea de la copia, decidí que, por ese día, ya había tenido bastante dosis de Carmen Vidal. Necesitaba un descanso de su presencia. Me habían impactado las palabras de Esteban sobre la muerte de Carmen y las reproducía una vez y otra en mi cerebro. Empezaba a entender que no se hablara de ella. El accidente que tuvo debió ser un mazazo para todos aquellos que la conocían. No mencionarlo era una forma de alejarse del horror, como también lo era silenciar las pesquisas del policía.

Decidí darme un respiro, no leer las reflexiones o tentativas literarias de aquella mujer tan parecida a mí, pero, al mismo tiempo, tan extraña a mi vida y a mi acontecer cotidiano. Intentaba huir del poderoso influjo que sobre mí ejercía la fallecida, desprenderme de la inquietud creciente por todo lo que le concerniera. No quería obsesionarme con Carmen más allá de lo que resistiera mi psique o el empacho me pasaría la factura a nivel emocional.

Dejé que el albur me guiara conforme a su capricho aleatorio, con el propósito de no atracar en ningún puerto conflictivo, libre como una barca que se abstiene de echar el ancla en un lugar concreto y que huye de los frenos en su navegación serena. Le permití a mi espíritu correr sin censuras por los parajes que tuviera a bien. Permanecía con los ojos cerrados en un intento serio de relajación, de dejar la mente en blanco.

Pero dar vía libre a mi interior también tenía sus riesgos en las últimas semanas, tan convulsas anímicamente por la imagen continua de Félix en los resquicios irracionales de mi ser más profundo. Pronto cogí el cuaderno previsto para las anotaciones que

me surgieran al amparo de la lectura del libro de Carmen y permití que mi mano, montada sobre el corcel brioso del bolígrafo, recogiera el caos de mi conciencia, que giraba en un carrusel de sensaciones afectivas como un niño indefenso y mareado. Ni qué decir tiene que escribí sobre el otro origen de mis preocupaciones: Félix, el jefe de estudios del instituto, el hombre que me atraía sin esperanzas de convertirse en mi amante, el hombre que me gustaba pese a mis propias negativas y a mis obstáculos racionales, el hombre por el que suspiraba como una colegiala en lo más escondido de mi espíritu.

Rememoré el día en que lo conocí, aunque para ser rigurosa conmigo misma en este diario, mi mente se columpió sobre el día en que hablamos por primera vez a solas. Porque ya lo conocía anteriormente, desde que llegué al instituto y me lo presentaron como al resto de los compañeros. Al principio, aquel jefe de estudios atractivo me caía fatal, sobre todo desde un debate sobre horarios que celebramos en la sala de profesores, donde cambié agrias impresiones con él en un intento de que razonara lo que todos veíamos como óptimo y él se negaba a admitir, terco como un mulo. Con los días, fui consciente de su obstinación, un distintivo de su carácter, así como de sus miradas absortas sobre mi persona, esas miradas que fueron haciéndose más dulces, duraderas y sugerentes con el paso del tiempo para mi propio desasosiego.

Me mantuve alejada de Félix al principio. No me costó trabajo, pues no lo aguantaba y aborrecía sus lentas y acariciadoras miradas. Los lunes, desde las nueve y diez hasta las diez y veinte de la mañana, era el único momento en que coincidíamos los dos solos en la sala de profesores. Para evitar su incómoda presencia, prefería salir al patio del instituto con la excusa de tomar el aire o, cuando apretó el frío, con la de irme a la calle a tomar un buen desayuno en una cafetería. Cualquier pretexto me valía con tal de no estar cerca de él.

Pero las circunstancias dieron un viraje en una reunión del claustro de profesores que tuvimos a principios de año. Como jefe de estudios, Félix hizo una serie de propuestas muy sensatas para reducir los galopantes gastos de material en el centro. Había meditado con profundidad el asunto y creía que su iniciativa era idónea para todos, alumnos y pedagogos, ya que con los caudales ahorrados podríamos invertir en la adquisición de nuevas tecnologías que nos facilitaran la actividad docente. A Esteban y a

mí nos pareció una idea brillante y aplaudimos a Félix con entusiasmo cómplice, pero el resto del claustro permaneció atrincherado en argumentos insostenibles, sumergido en cabezonerías estúpidas que solo ocultaban el deseo de que no se les trastocaran las condiciones existentes, aun cuando las interesantes novedades propuestas por Félix revertirían en su propio beneficio y en la optimización del tiempo. Por la ley de las mayorías, quedamos desbancados en aquella batalla entre ortodoxos y heterodoxos, entre los defensores de las indudables ventajas de los adelantos técnicos y los rancios que sospechaban del progreso.

Desde aquella derrota injusta que nos dejó a todos en la prehistoria educativa, dejé de ver a Félix como a un tipo relamido e incoherente y pasó a ser para mí un hombre ecuánime, de hondas preocupaciones éticas y pedagógicas. Pero, sobre todo —no podía mentirme—, comencé a percibirlo como a un hombre. No discuto que la última apreciación sobre quien no debía pasar de ser para mí más que el jefe de estudios del instituto, me intranquilizó de forma alarmante en los sótanos cerrados de mi pensamiento. Pero pronto me calmé y hallé un bálsamo en la idea de que los envites del deseo eran muy débiles a esas alturas de mi vida y sabría dominarlos sin problemas. Algo bueno me deparaba la edad, que no todo iban a ser desarreglos hormonales.

Desde aquel día de primeros de año, gozaba y me preocupaba al tiempo con la hora y pico a solas de la que disfrutábamos Félix y yo, del rato de los lunes que las circunstancias azarosas de ajustes de clases nos habían regalado a ambos para que estuviéramos a nuestras anchas en la sala de profesores, sin nadie alrededor que entorpeciera la atención debida al otro. En aquellas horas sueltas en las que la charla distendida era la regla, adopté una actitud amigable, pero cauta, alejada de cualquier gesto que Félix pudiera interpretar de forma equivocada. Mientras me mantuviera firme y sujetara mis impulsos, no existiría ningún peligro, aunque no podía dejar de reconocer en mi interior el juego peligroso al que me había entregado, porque también era cierto que a mí me resultaba incitante su atención permanente, el cruce de miradas continuas, los juegos de palabras y, en los últimos dos meses, hasta me divertía cuando fingía ser un marido mangoneado e incomprendido.

El lunes de aquella semana crucial en mi historia lo encontré especialmente guapo y cuidado. Vestía con una camisa azul pálido y una chaqueta clara de tono gris. Estaba encantador, muy favorecido

y atrayente. Mientras me contaba sus cuitas del fin de semana, apenas me quitaba los ojos de encima. Indudablemente, le atraía, y, a mi pesar, volví a confesarme que él a mí también me cautivaba. ¿Hasta cuándo resistiría el divorcio entre mis deseos y los designios rígidos de mi mente? Debía salvarme de la catástrofe, pero a ratos no encontraba el salvavidas.

Me levanté del sillón para espantar los pensamientos peligrosos que me dominaban sin que pudiera sujetarlos. Una actividad prosaica pondría las cosas en su sitio y, aprovechando que tenía hambre, decidí hacerme la cena. Me esmeré en prepararme una tortilla francesa, un tomate partido y bien aliñado y un zumo de naranja. Concluí con unas cuantas nueces con pan. Un refrigerio más que suficiente tras la copiosa comida compartida con el gentil Esteban al mediodía.

De regreso al salón, opté por enchufar el ordenador y perderme por internet con cualquier fruslería que limpiara mi mente de los efluvios románticos y la preparara para un sueño plácido, pero muchos deseos caen en la papelera y aquel fue uno de ellos, ya que abrí el procesador de textos y escribí como una posesa los siguientes párrafos sin orden ni concierto:

> Siento que la fascinación es recíproca. Lo veo en tus ojos. Tienes unos ojos expresivos. No eres demasiado gordo para tu edad y luces sienes plateadas. Perfecto, porque siempre me gustaron los hombres canosos.
>
> ¡Con lo dura que yo soy y lo difícil que me resulta prendarme de un hombre!
>
> Comentamos insustancialidades sin dejar de mirarnos, porque la auténtica comunicación está en nuestras miradas, esas miradas furtivas y cómplices en ocasiones y, en otras, directas y larguísimas, a los ojos, como un disparo bien medido que alcanza el centro de la diana. ¡Qué ojos los tuyos! ¡Cómo te delatan! Espero que los míos sean más prudentes.
>
> ¿Estarás asustado? Yo también, te lo aseguro. ¿Cuáles serán tus miedos? ¡Uf, los míos! ¿Alguna decepción anterior? Porque la actual me la sé. Yo cuento los descalabros por decenas. Pero tú eres un brujo y haces que me olvide de mis temores.
>
> Desearía conocerte de veras. Pero no lo haré mientras sigas casado. No me gustan los tríos ni las situaciones conflictivas. Menos aún ser la tercera, la que se mete por medio, la que sobra en definitiva, porque nadie debe iniciar una pesca sin haber limpiado previamente los rastrojales donde va a apoyar sus pies. Si no se actúa así, nos pinchamos

sin remedio.

Me gusta tu voz. Me gustas tú. Admito que, a pesar de no haber creído nunca en ellos, lo mío es un flechazo ridículo. Converso contigo en estos momentos como si te conociera de siempre. ¿Me estaré enamorando de ti? ¿Dónde se escondió mi capacidad crítica?

En ocasiones, te quedas turbado mientras me contemplas entrar en la sala de profesores. Reaccionas de forma imprevisible. A veces, me tiendes tu mano y, al estrecharla, me resulta especialmente afectuosa. A veces, me estampas un par de besos en las mejillas y, en días contados, te ha salido del alma un «guapa» muy emotivo que me ha producido escalofríos. Sí, creo que te gusto mucho.

Pero, ¡seré imbécil! Menopaúsica y con tontos delirios de adolescente. ¿Qué es esto? He de echar el freno.

Te niego, pero no puedo evitar pensar en ti. Me has enganchado, aunque intente rechazarte.

Cuando me di cuenta de las estúpidas frases de quinceañera que estaba vertiendo en la pantalla del ordenador, lo cerré disgustada conmigo misma, miré la hora y decidí irme a la cama. El sueño pondría las sensaciones en su sitio y me devolvería la frialdad perdida. A punto de alcanzarlo, un pensamiento sensato me salvó de mis propios escrúpulos censuradores: mi temple era fuerte y resistiría todos los embates que Félix le dirigiera.

Me dormí calmada. No presentía aún las situaciones y coyunturas que la vida me tenía escondidas en un pliegue del futuro inmediato.

Martes, cuarto día

20

Agitada, en estado de alerta y totalmente removida, me desperté poco antes de las cuatro de la mañana. Aunque quise, no pude volver a conciliar el sueño. Estaba intranquila y mi mente giraba una y otra vez alrededor del volumen de Carmen Vidal.

A los quince minutos de dar vueltas insomnes y de enmarañar las sábanas con una alevosía salvaje, el desasosiego por proseguir con la lectura del cuaderno de Carmen se erigía en mi ánimo como un mandato perentorio. Sus páginas se me impusieron como el único habitáculo donde deseaba morar mi espíritu, a pesar de la hora tempranera. Sin dilatar más mi apetencia, me arrojé sobre las letras diminutas que me llamaban desde su escondite nacarado, inmisericordes con mi necesidad de reposo.

Con una alegría pegajosa, Carmen recordaba los tiempos de su primera infancia, cuando aún usaba coletas y sus aficiones favoritas eran las de trepar por los limoneros joviales, saltar los charcos formados por las lluvias infrecuentes, deglutir los finos y amargos tallos de los vinagrillos o brincar al son inquieto de una cuerda de esparto trenzado o de un elástico oscuro que marcaba de rojo las piernas de las sufridas tensadoras. A edades tan tempranas, imploraba a no se sabía muy bien qué ángel de la suerte, aunque todos los ángeles —como todos los demonios y todas las figuras glorificadas en el cielo y, por tanto, ajenas a la existencia real— la llenaban de pánico, no fuera a ser que alguna cogiera el capricho de aparecérsele y matarla del susto. No estaba preparada para semejantes sobresaltos, tan descomunales en su imaginación como pequeña era ella en estatura, por muy buenos indicios de santidad que pudieran presumírsele de tales citas místicas. Ella no era como aquellas niñas de los libros de historias ejemplares, que ni se inmutaban por su trato con las instancias celestes. Conjuraba el peligro de lo inasible con alguna que otra travesura y alejaba de su pensamiento los temores con la dedicación minuciosa a toda clase de juegos que le despertaran la risa y el regocijo interior. Moraba todavía en la época en la que el futuro se desplegaba ante sus ojos como una extensión virgen y prometedora.

Con diez años, nada más y nada menos que los cinco dedos de cada mano extendidos y sumados, una auténtica proeza numérica a su juicio, a Carmen la seguían tildando de niña y ella no lo admitía de buen grado. Se vislumbraba como no tan niña, aunque no lo suficientemente adulta aún ni preparada para asumir la vida que su fantasía mayúscula le regalaba con generosidad en aquellos momentos. Sus ansias de aventuras siempre estaban alertas para emanciparse por los lejanos y vistosos caminos que le trazaba su imaginación. Pero, ante su falta de dinero y de habilidades prácticas para la vida de verdad, acababa concediendo a su mentecilla disparatada que debía de ser una niña, aunque sin duda una niña de ocurrencias estrambóticas, forjadas al abrigo de las calenturas del sol mediterráneo.

Toda aquella etapa de su vida, la previa a la de convertirse en mujer y a la del desastre de verle la cara a la muerte en el rostro de los suyos, fue de introspección, lo cual no estaba reñido con la actividad avasalladora de su cuerpo, jamás cansado ni ausente de los trances que implicaran algún riesgo. En aquella fase tímida, irresoluta y perpleja con las cosas del mundo, las quimeras eran un consuelo contra la negrura de la realidad; las invenciones, un conjuro contra los miedos que cosechaba sin desearlos, sobre todo cuando le tocaba permanecer a oscuras en un cuarto cerrado como castigo insoslayable por cualquier fechoría sin importancia; las historias que se narraba a sí misma para calmarse, un lugar idílico donde quería vivir siempre; y las postales que coleccionaba con pulcritud artesanal, los sitios a los que iría de mayor, las urbes que le depararían experiencias más amplias que las reducidas que le aportaba su ciudad, ya asimilada por sus pies aventureros en casi todas sus calles, plazas, esquinas y aceras.

Murcia era el colegio, los recreos jugando al mate o a la comadreja, las calles que le gustaba descubrir al compás de unos pasitos menudos que se obcecaban en no pisar las juntas de las baldosas, los paseos en familia por la bulliciosa Platería los domingos por la tarde, tras la misa de rigor en San Bartolomé y antes de la merienda festiva en cualquier bar con olores de cerveza, las turbias acequias que acechaban tras unas manzanas al norte de su casa en cuanto huía de la vigilancia materna, el hombre del saco que esperaba más allá de los límites tranquilizadores de su barrio diminuto…

Me detuve en la lectura del cuaderno nacarado mientras

apuntaba en el mío verde de espiral la coincidencia de muchos de mis recuerdos personales con los propios de Carmen. Me sonreí con la nostalgia prendida en los labios, pues también yo, de pequeña, jugué al mate, a la comadreja, a la comba y al elástico. También yo fui fantasiosa y temía las apariciones de los seres de otros mundos no visibles. Hasta este punto, no di importancia a las casualidades paralelas de nuestras respectivas memorias. Se trataba de juegos muy extendidos entre las niñas de mi generación o de temores fantasmales inculcados por una educación religiosa un tanto absurda.

Lo que me sorprendía en aquella madrugada insomne, y me sigue sorprendiendo hoy, es que Carmen, como yo, tuviera la manía de no pisar las junturas del pavimento y el capricho aventurero de escaparse a los huertos situados al norte de la casa de sus padres. ¿Acaso nos habíamos criado en el mismo barrio de Murcia, en el barrio de Santa María de Gracia, donde las huertas quedaban siempre al norte? Tal vez, hasta habíamos jugado juntas y habíamos temido, al compás, al hombre del saco en las mismas excursiones fuera de los límites del barrio.

Forcé mi memoria en busca de una Carmen niña con la que me hubiera entretenido. No hallé su rastro, ni aun como un simple conocimiento de su existencia en otras pandillas de chavales de mi niñez.

21

La coincidencia de recuerdos con mi predecesora en el instituto me dejó desconcertada y sorprendida durante un buen rato. La identidad de nuestras impresiones infantiles y la similitud en las huellas recogidas por la memoria de ambas me turbaron. Si a eso se le unían las escasas horas de reposo, que aparcaban mi lucidez en la cuneta de la memoria y le abrían las puertas a distintas aprensiones agoreras, así como el parecido físico conmigo que guardaba la mujer que me visitó en el sueño que tuve tras tener bajo mi custodia el volumen nacarado, puede entenderse fácilmente mi conmoción interna, un auténtico disturbio emocional que decidí reprimir con prontitud con cualquier tarea simple. Tengo comprobado que la opción de concentrarse en labores sencillas es una excelente cura para el ánimo inquieto.

Volví al cuaderno nacarado tras tomarme un té verde con menta, infusión que tuvo la virtud de asentar no solo mi estómago, sino también mis pensamientos, que por unos minutos habían emigrado sin permiso a las moradas turbadoras de suposiciones demasiado fantasiosas sobre identidades paralelas, una alucinación de la que había huido muy deprisa, como quien es perseguido por su propia sombra y se esconde en un cuarto oscuro.

En el primer párrafo que me tocaba por orden, continuaba Carmen con su infancia. Narraba que llegaban los veranos a su vida y, con ellos, la libertad se expandía hasta bien entrada la medianoche, donde un polo de limón era la meca donde se concentraban todos los caprichos atesorados durante el día. Acababa el curso y se iniciaba la emancipación horaria con los saltos valientes sobre la hoguera magnífica que prendían en su barrio durante la víspera de san Juan.

Temblé de nuevo, porque yo también saltaba sobre las hogueras en mi barrio la víspera de san Juan y los polos de limón eran el mayor premio de mis veranos. Como el relato de Carmen continuara en la misma línea, acabaría perdiendo el juicio, pues es asombroso leer en un desconocido los recuerdos de la propia infancia. Respiré con absoluta tranquilidad cuando comprobé que

los siguientes párrafos que había escrito Carmen, relativos a la casa en un pueblo, nada tenían en común con mi historia. Por fin, la cordura volvía a imponerse, porque una cosa era que yo le hubiera abierto las ventanas de mi alma al aspecto mágico de la vida y otra bien distinta percibirme en los recuerdos de otra persona como en un espejo.

Carmen se recreaba en la autonomía bulliciosa del verano, siempre vigilado al atardecer por el intenso naranja con que se vestía el sol sobre la Tierra. Con la preparación detallista por parte de su madre de las maletas que llevarían el vestuario de toda la familia a un pequeño pueblo, apenas un conjunto de casas alzadas entre una nube de mosquitos gordísimos, como pájaros, llegaba la verdadera fiesta, las vacaciones más apetecidas y soñadas durante todo el curso escolar. Sonaba el timbre, se abría la puerta de la calle y las escaleras se ofrecían silenciosas al sacrificio, resignadas al tropel de piernas dispuestas a herirlas. Frente al portal de la casa de Murcia, un automóvil negro brillaba con gallardía mecánica; lo manejaba un señor que hablaba y reía con su padre, un señor bajito y con bigote que corría muy deprisa con su aparatoso trasto de motor y conseguía que los árboles del fondo de la carretera se dividieran en dos hileras a su paso. El vaivén le gustaba a la Carmen niña. Cerraba los ojos y un cosquilleo dulce le corría por las entrañas, despacito. Se reclinaba sobre el hombro del asiento —de ese tipo de plástico que imita al cuero y que denominaban *escay* los mayores con afectación mundana— y los párpados se transmutaban en la ventanilla por la que discurrían, veloces, todas las imágenes de los sueños aún posibles.

Cuando despertaba por la magnitud sonora de las alegres exclamaciones paternas —que se complacían a voz en grito por el reencuentro con los escenarios de su niñez—, advertía ya las calles pobladas de acurrucadas casas, las calles que la llevaban a la gran casa del misterio, el destino idílico para sus máximas diversiones. Y aquella casa inmensa aparecía de pronto tras cualquier esquina como un bostezo del calor. Sus cálidas paredes exhalaban un aliento envejecido. Era la casa de la aventura, la extraña casa con olor a pan y a gato, donde viejas cámaras de suelos disparejos aguardaban, empolvadas, sus pasos asustados, donde ensayaban rumores las maderas y el aire se condensaba en una pátina untuosa sobre los objetos centenarios. En los mismos instantes en que la veía aparecer en su ángulo de visión, ya deseaba anticiparse al tiempo y

meterse en la faena lúdica. Abriría las carcomidas arcas y se encontraría las capas agujereadas por una polilla del tiempo de su bisabuela. Bien que recordaba la historia contada por una de sus tías y estaba en el secreto de que aquellas majestuosas capas, de un negro brillante y sedoso, fueron lucidas con garbo por el fundador de toda su familia, aquel antiguo tatarabuelo imponente y seductor que, sobre los lomos de un caballo curtido en los caminos, había recorrido todas las ramblas del lugar y todos los barrancos que rodeaban las haciendas de una olvidada marquesa, venida después a menos en nombre y en caudales. Aún no había bajado Carmen del taxi y ya deseaba temblar entre los efluvios lejanos de un pasado que no le pertenecía a ella sola, ya que no nacía de sus excesos imaginativos y lo tomaba de la memoria colectiva de su excéntrica familia, aunque, eso sí, pasado por su particular y selectivo filtro.

En la entrada de la inmensa casa del pueblo, como siempre, aguardaban con impaciencia sus siete tías, las siete hermanas de su padre. Aquellas mujeres minúsculas, célibes con respecto a los hombres y casadas con la insurrección feminista, estrechaban su crecida con miradas medidoras. Sus siete tías le estampaban húmedos y exagerados besos con su sudor de agosto y le anticipaban lo mucho que correría en las cámaras, ya todas dispuestas para el juego incesante.

Se esponjaba la escritura menuda de Carmen con sus juegos de agosto en un buen número de páginas del volumen nacarado. Amaba la Carmen adulta, lo mismo que la Carmen niña, la casa de agosto, las perennes travesuras en la inmensa mansión del pueblo de su padre, un inmueble familiar que atesoraba decenas de habitaciones escondidas; algunas de ellas, con cerraduras que proclamaban con su sola existencia secretos indescifrables, tesoros ignotos acumulados en su interior, siempre escondidos por llaves que nunca se encontraban para su fastidio. Le gustaba curiosear a la Carmen niña, hurgar en las inmensas arcas del siglo XIX, donde sus tías ocultaban trajes increíbles con olor a naftalina. Le agradaba meter sus naricillas en el horno de leña de las hermanas de su padre, pacientemente surtido de troncos secos por un panadero alto, enamorado con sigilo de la más pequeña de sus tías, un hombre de miradas cálidas que desafiaba las leyes genéticas y se había condecorado a sí mismo con el título indiscutible de ser su abuelo a falta de los propios de Carmen. Rememoraba con delectación el horno con su obrador mágico, donde sus tías y su erigido abuelo

panadero la dejaban a ella trajinar con aires de adulta mientras formaba figuras jeroglíficas con la masa sobrante que moldeaba a su antojo.

Cuando se cansaba del contacto adulto, la Carmen niña se escapaba a las cámaras, su cobijo favorito. Las escaleras que conducían hasta ellas se le hacían cada año más párvulas y más oscuras. Qué regocijo experimentaba cuando las subía y, una vez arriba, inauguraba durante un verano más el reino de sus fantasías. Sobre todo, le agradaba despaciarse en el adoctrinamiento del coro de muñecas, que asentían a sus sermones bien articulados con leves sacudidas que ella misma les daba. Pero en los aires de las cámaras, unos aires viciados por lustros sin ventilación, de repente el espanto se abrazaba con un trueno y la luna, plana, relucía incuestionable sobre un barniz huérfano de materia. Era el anuncio de la hora de las brujas, la cara oscura del verano con su hechizo temeroso. Siempre eran dos las que llegaban de visita intempestiva: Brunita, la bruja dulce, la que mimaba plácidamente el terror esparcido por el aire; mientras la otra bruja, Carrasquina, era la cruel, la que traía preparada la batalla contra los niños. Ante la amenaza inminente de las furias de Carrasquina, las piernas de la pequeña Carmen, ligeras por el vértigo del miedo, la transportaban a la asombrosa estancia que cumplía las funciones de un ropero y atesoraba un sinfín de prendas de vestir con olor a rancio, un tibio refugio de colores apagados. Tentada por la extrañeza de vestidos con tantos encajes, bordados, blondas, cenefas y puntillas, no se resistía a su llamada con toques de carnaval. Con fruición, se despojaba de su atuendo sencillo y comenzaba una farsa de suplantaciones con breves zapatos chatos, medias regordetas, preso su espejismo en una mocedad futura plagada de sueños estrambóticos, apenas leves engaños que no la entretenían demasiado y que irían a deshacerse, con auténtica repugnancia, en la realidad pringosa de la caja escondida de los afeites, donde sus tías atesoraban por decenas barras de carmín como si fueran el mayor de los tesoros.

Dejados los disfraces, triunfaban los juegos disfrazados: la casita de juguete, la colección de muñecas adoctrinadas que, impasibles y con los ojos siempre abiertos, escuchaban las historias de la luna traicionera. A veces, y cuando más despistada estaba la Carmen niña, una jeringuilla inquietante emergía de un botiquín siniestro y la pinchaba con saña. En ocasiones, incluso, hasta aparecía un primo por los dominios de aquel mundo hecho a su medida; y de

ese primo pendía una cosa muy rara por donde orinaba con fuerza. Carmen reía ante la visión de un órgano tan extraño y colgandero, como un dedo sin concluir entre las piernas de su primo, apenas un apéndice de carne cavernosa. Lo tocaba para cerciorarse de su realidad, y el tacto le devolvía unas cosquillas raras a la altura del estómago. Así fue como descubrió el mundo del sexo.

Carmen recordaba sin descanso aquella casa por decenas de páginas del volumen nacarado. Se sonreía con las riñas merecidas por tantas sábanas rotas en los juegos de fantasmas de las siestas. Se espantaba aún de la leche, tantas veces agria, que la esperaba en un pasillo macilento, y se relamía con la torta de aceite y sal recién salida del horno. Doble ración le tocaba de aquel bocado sublime y nunca hallado en su edad adulta —pese a todas las indagaciones que hizo en los hornos de la provincia—, si se vestía con rapidez para cualquier excursión planeada por sus dos tías menores, las más dicharacheras y andarinas. Mientras las tías preparaban los bocadillos para la caminata al ritmo de canciones graciosas, se enfundaba la indumentaria cómoda que le habían dispuesto con mimo sobre su cama y se ajustaba en la cabeza un sombrero de paja con lazos de colores.

Porque, más allá de la casa de agosto que había acogido a tantas generaciones de su familia, se extendían los huertos interminables, unos huertos infinitos que recibían con júbilo las divertidas y ajetreadas excursiones, con molinos ocultos en recodos también escondidos. Los limoneros les contagiaban su alegría con sus brillantes hojas de sabor amargo y delicioso. Y, cerca del molino chico, surgían los almendros con sus brazos algo retorcidos, donde anidaban dedos gordezuelos como pulgares verdes, que no eran otra cosa que las aterciopeladas almendras en su fase contenedora de un líquido áspero y desabrido, una leche blanquecina que cubría de tiricia sus manos y sus dientes. Y, cómo no, la Carmen niña gozaba con los humildes vinagrillos, más o menos valorados en su particular escalafón de las matas según albergaran o no hormigas.

Cuando el sol se encaramaba a lo alto de la copa de los almendros, era la hora de volver a la gran casa familiar, donde un plato de sopa anaranjada, sacada del caldo del cocido que había borboteado desde el amanecer a fuego lento, la esperaba impaciente, ansioso por recibir los murmullos de su voz, el secreto musitado por su boca que fijaba el plan urdido para la siesta, la nueva barbaridad palabrera ideada por su imaginación y con la que

asombraría a las tías en el juego de adivinanzas que se iniciaba con la frase «Al campo miro» y continuaba con la pregunta «¿Y qué ves?», ese juego que exigía arte en describir lo que se contemplaba al tender la vista por las extensiones campesinas imaginarias.

Por la noche, si el cansancio apretaba con tanto ajetreo juguetón, la Carmen niña se mecía con las historias pausadas de una tía abuela vecina que era una excelente narradora oral. El cuerpo ancho, la piel translúcida, la mirada azul y líquida y el verbo entretenido de esta ascendiente serena eran un reclamo para su necesidad diaria de fantasía. Pero cuando las fuerzas le pedían movimiento, las casas familiares y el reposo le sobraban. Entonces, saltaba a la calle y se demoraba en la plaza vigilada por las tías que, sentadas en sus mecedoras de lona, observaban con las sonrisas beatíficas y llenas del orgullo de las madres que nunca fueron, las carreras, los revolcones en la tierra y las piruetas equilibristas en los bordillos desdentados. Si andaba cerca alguno de sus primos, el festejo era redondo si le prestaban una bicicleta. Sobre semejante trono mecánico en movimiento, todas las calles del pueblo la esperaban con premura para verla pasear como una reina mínima sobre una bici enorme. Con el aire azotándole los costados por la velocidad alcanzada en el pedaleo jubiloso, era la dueña del mundo.

Concluía Carmen los recuerdos enternecidos de aquella casa de su infancia con la nostalgia de un camisón almidonado que se asomaba a un balcón estrecho y a punto de caerse, desde cuya altura resquebrajada contemplaba a la luna, su amiga de las sombras, aunque muy traicionera, ya que, en ocasiones, le guiñaba un ojo para asustarla. De la luna se despedía cada noche susurrándole el deseo de que hubiera torta de aceite y sal recién salida del horno a la mañana siguiente.

22

Con la misma delicadeza lírica que me tenía apresada desde la primera línea que le había leído durante aquella madrugada, Carmen continuó en su narración con un nuevo apartado donde mezclaba pasado y presente. En un tono menos mágico, contaba que, aún niña, con apenas once años, deseó ser diferente al resto del mundo. Quiso convertirse en alguien con la alquimia siempre prendida en la mirada. En los instantes en los que recogía estos recuerdos, sin embargo, lamentaba que algunas pretensiones se convirtieran en realidad. Constataba la evidencia de aquel dicho clásico que advierte del cuidado que hay que poner en lo que uno desea, porque algunos deseos se cumplen como una maldición.

Pero no dejaba de admitir Carmen que la infancia fue, en general, una etapa hermosa en su vida, un período de lirismo exacerbado, un oasis con palmeras reales que cobijaban sus presagios espléndidos y sus ilusiones inocentes. Una bella época, a pesar de que con el paso de los años se había dado cuenta de que una niña que perseguía su sombra por cualquier sitio no era una criatura normal, tal y como le comentaba su abuela con cara y entonación de abuela o, lo que es lo mismo, con la satisfacción plasmada en el rostro marchito y con el amor disparado en los gestos benevolentes.

Esta conclusión algo sombría llevó a Carmen hacia el recuerdo de su abuela y la invadió la nostalgia de su cariño vivo, no obstante la muerte separadora. ¿Dónde encontrar después, de adulto —en la vida sin escudos de mayores dispuestos a todo por nosotros—, ese afecto inmenso, ese refugio amado, esa voz calmante? Su abuela siempre le había abrigado el corazón, y más si llegaba aterido por las burlas de otras niñas que ensayaban ya el feo juego de la rudeza de alma. Su abuela la calmaba y la subía al pedestal que le correspondía, desconocido por el mundo cruel. Porque ella guardaba un tesoro en su interior y nunca debería olvidar que así era, por difíciles que se le presentaran las circunstancias de la vida. Aquellas palabras como escudos mágicos contra todas las flechas del destino, repetidas muchas veces con convencimiento, se las legó su

abuela, la mujer que la educó ante la ausencia imprevista de sus padres en una edad aún temprana y no preparada para acoger el desamparo de la niñez huérfana.

Aunque su abuela modulara palabras de reproche con ocasión de cualquiera de sus miles de travesuras por minuto, la entonación adulta era siempre alegre y confortadora para la niña disparatada que había sido Carmen, para la niña huérfana en que se convirtió por obra de un accidente en el que perdieron la vida sus progenitores, para la niña triste que contrastaba su anómala situación familiar y tejía frágiles recuerdos con tesón para no perder la imagen lejana de quienes la trajeron a este mundo sin permiso.

En contraste con los recuerdos vagos e imprecisos de sus padres, el de su abuela era exacto y luminoso, un diamante que irradiaba luz por todas sus partículas. Aquella mujer inmensa en emociones y achicada por los años se había sentido feliz y salvada de deseos perentorios por el solo hecho de contemplar los brincos de su nieta. Ojalá, suspiraba Carmen, ella hubiera amado tanto como amó su abuela. Porque admiraba a los seres sublimes y desprendidos, los seres generosos que ven cumplida su existencia en el desarrollo ajeno. Carmen se censuraba a sí misma este inconveniente en su carácter, esta falta de comunión plena con los otros y esta omisión del alzamiento magnánimo por encima de las propias coordenadas individuales. El egoísmo era el calabozo que la tenía encerrada desde hacía casi cincuenta años. Sin puertas visibles ni cerraduras obstaculizadoras, la mantenía presa desde que había alcanzado uso de razón. Tal vez, incluso, su tendencia egoísta había crecido en los últimos tiempos. Quizá se debiera a no ser ya madre, quizá a una falla genética, porque conocía personas que, sin descendencia, se daban a los demás sin fisuras.

Sombría, caviló sobre la falta de estirpe que a ella le había acontecido sin desearlo, sobrevenida e impuesta por los aciagos designios de un destino feroz que se había tragado la existencia de su único hijo. Partía de que lo normal en las familias era expandirse, agrandarse con el paso de las generaciones. En su linaje, ocurría lo contrario: se estrechaba como un embudo hasta llegar a ella, la última descendiente de una sangre que se perdía sin remedio. Más juiciosas, el resto de las mujeres de su familia habían elegido no perpetuarse y la infertilidad no suponía más que el resultado lógico al que habían aspirado con tesón. Todas aquellas mujeres, excepto su madre, su abuela y ella misma, acabaron sus

vidas sin descendencia. Sabias, habían optado por no ser fértiles en un intento de proteger a sus hipotéticos descendientes del designio dominante en una casta elegida para el sufrimiento, sellada con la marca del demonio, castigada con la condena del destino.

Carmen cerró su reflexión con un epílogo espantoso, donde su grafía se tornaba difícil y confusa, casi ilegible. Con una corazonada demoledora, sí capté lo suficiente en aquellas letras distorsionadas para intuir que ella había apetecido la muerte como la más serena de las contingencias que podían acaecerle, como el lugar donde se calmaría su sufrimiento.

23

La lectura del epílogo con el que Carmen Vidal había concluido sus recuerdos, me dejó ensombrecida durante un buen rato. También yo había perdido a mis padres en un accidente de carretera, aunque hubiera sido en la edad adulta. También yo carecía de hijos, aunque nunca los hubiera tenido y ella hubiera perdido al que tuvo en el camino de la vida. También yo había apetecido la muerte muchas veces como el mayor de los sosiegos y el lugar de destino deseado, la extensión ignota donde cesarían tantos sinsabores. También yo la esperaba con impaciencia en mis horas más bajas.

Me levanté para que el llanto no se apoderara de mí. Era ya experta en descubrirlo, incluso cuando su figura acuosa no había asomado aún por el horizonte de mis ojos. Conocía desde hacía unos años los resortes por los que el desconsuelo preparaba sus asedios contra mi persona y me anegaba al final de su itinerario con su sorpresa líquida y salada. Descubiertas las rendijas por las que el frío solía apoderarse de mi espíritu, había perfeccionado muchas habilidades y, en aquellos momentos, me eran requeridas. Como un buen albañil que conoce los secretos de su oficio, tapé grietas y me evadí en la preparación de un magnífico y nutritivo desayuno. Con los aromas elevados del café, también se levantó mi ánimo.

Terminé de sacudirme la tristeza que me había amenazado con devorarme sin compasión —como tantas veces lo había hecho ya a lo largo de mi vida—, con el retorno a la lectura de los párrafos luminosos de la infancia de Carmen Vidal. Disponía aún de tiempo de sobra, antes de irme al instituto, y necesitaba aferrarme a aquellos pasajes resplandecientes tanto como a los recuerdos de mi propia niñez feliz y despreocupada. No me rendiría a la crisis, cuyo merodeo cruel todavía intuía al acecho.

Con la óptica amable que obtuve en una segunda lectura, que se dispensó sobre mi persona como un regalo de un desconocido ángel protector, sobre todo por las evocaciones del pueblo al que acudía Carmen durante los veranos, me metí en la ducha con el optimismo alzado, no solo por las muchas páginas con las que me había enriquecido, sino, también, por el avance en el grueso del volumen.

Los últimos pasajes en los que había recreado mi lectura en un intento de huir de la tristeza que me rondaba, gozaban de un tono ágil, sensible y emotivo que había despertado la admiración de la profesora de Lengua y Literatura que soy. Había disfrutado de ese estilo tan fresco y evocador, tan universal y necesario. No me costaba suponer a mi predecesora en el instituto como una niña, verla feliz montada en la bicicleta de un primo cualquiera, participar en sus juegos interminables, dormirme en el taxi con ella al arrullo del motor algo ruidoso, sospechar los laberintos de la inmensa casa de su familia en el pueblo, aquel pueblo sin nombre al que regresaban durante los meses de agosto de cada año, fatigarme en las excursiones por los huertos sembrados de sol, dar un respingo ante la amargura de ciertos sabores vegetales, entender el afecto hacia su abuela y hasta compartir la riña propia que Carmen se propinó a sí misma, hacia una forma de ser no generosa, avara para la específica existencia y mezquina para el bienestar ajeno.

No sé la causa por la que me ocurre, pero todo escrito que, con cierto cuidado y gusto literario, versa sobre las vivencias de la niñez, tiene la virtud de emocionarme profundamente. Es muy fácil exprimir de ellos provechos comunes y universalizar las sensaciones, pues todos hemos sido niños y, por tanto, seres elegidos por los dioses, héroes llamados a altas gestas, minúsculos trozos de eternidad en suspenso, siempre conjugados en presente y con la vida palpitante en cada minuto, ajenos a las delicadas yuxtaposiciones temporales de los adultos. Incluso, estoy convencida de que seguimos siendo niños mientras vivimos. Ya dijeron otros más versados eso de que la infancia es la auténtica patria del hombre. A ella volvemos continuamente, en ella nos refugiamos de los sinsabores de la vida y ella, en definitiva, nos ampara como un ángel, porque ella es nuestro auténtico ángel de la guarda, nuestro cofre particular de ilusiones, nuestra colección de propósitos protectores para mantenernos vivos. La llevamos encima continuamente, pero oculta para los ojos ajenos, aunque bien deducimos todos que no solo hablamos con una persona concreta, sino con todas las edades de esa persona, con todas sus experiencias, con todo su sistema de valores y con todos sus deseos por cumplir. La proyección nunca es frontal y plana. Tiene una naturaleza poliédrica, en continuo cambio en cada una de sus caras. Ninguna está conclusa; ninguna, fija. El prisma de la visión siempre varía en su enfoque, siempre gira según los vientos del presente.

Fluimos distintos y permanecemos idénticos, así es la paradoja de esta aventura llamada vida.

24

En el patio del instituto, me abordó Félix por detrás con un gesto tímido pero invadido de intención. Su mano extendida y algo temblorosa lo delataba. Sentí el roce que bajaba desde mi hombro hasta mi cintura, el calor palpitante de aquella mano, la timidez atenta del tacto encaminado por el apetito de un hombre que ardía en deseos de ir más allá, de sobrepasarse si mi suspicacia no hubiera sido la previsible cosecha a semejante atrevimiento. Me volví ligera para frenar a quien con tanta calma mesaba mis ya lánguidas proporciones.

—He suspendido mi clase de primera hora —me anunció abatido.

—¿Y eso?

—No me encuentro bien. Desde muy temprano, arrastro un mareo que me tiene confuso.

—¿Has desayunado?

—Un café apenas.

—Pues ahora mismo te vienes conmigo ahí enfrente, a la cafetería, y comes algo, que no sé cómo salís de vuestras casas con el estómago como un erial. Si yo tuviera que venirme sin mis tostadas, ni llegaría a la puerta del instituto, y mira que lo tengo cerca.

—Vale —concedió como un niño que se considera justamente amonestado, dispuesto a enmendarse y a asumir el dulce castigo impuesto por una madre que lo conforta con la calidez de una regañina que vela por su propio bienestar.

Ya en la cafetería, lo observé con detenimiento. Tenía muy mala cara. Las ojeras violáceas traslucían una noche sin dormir y el gesto aturdido preservaba una confusión verídica. Las arrugas de su piel habían ahondado con tesón cauces profundísimos de un día para otro y el gris ceniciento, marchito como la flor más mustia, se había enseñoreado del mapa de su rostro. Me recriminé internamente por haber imaginado minutos antes una pretendida lujuria en lo que no era más que la búsqueda de un asidero por su mano cansada.

Preocupada por su abatimiento, alcé mi brazo para que nos

atendieran deprisa. Pedí para él un café con leche, un zumo de naranja, un bollo y una tostada completa.

—¿Tanto, Celia?

—Te hará bien, no lo dudes.

—Es posible, es posible —balbució atolondrado.

Lo vigilé sin disimulos mientras comía con desgana. No deseaba acribillarlo a preguntas, aunque en mi interior bien que se formulaban una tras otra. Un exceso de interés por mi parte podía resultar muy peligroso para ambos y no estaba dispuesta a lanzarme desde las alturas sin paracaídas. La contención se me imponía como la defensa más útil. No hablaría sin que él lo hiciera primero.

—No he dormido nada esta noche —constató con el último trago del zumo de naranja.

—Se te nota.

—He cortado para siempre con Lali —me anunció como quien dispara con una pistola muy precisa para que el blanco sea alcanzado en su centro.

—Uf. —Esta interjección fue lo único que salió del absoluto asombro en el que me precipité por el anuncio inesperado de la rotura de su matrimonio. Frente a mi parquedad expresiva, mis sensaciones internas eran auténticos vendavales de emociones encontradas, de deseos urgentes de saber y de desconfianzas expeditas. El oleaje feroz que sacudía mi alma me truncaba cualquier conato expresivo.

—Tenía que suceder, Celia. Lo veía venir desde hace mucho tiempo, bien lo sabes.

—¿Quién dio el paso? —logré articular desde mi asombro.

—Ambos, conjuntamente. Iniciamos una encendida discusión por la tarde que se ha prolongado hasta esta misma mañana. —Y Félix me contó que, en esa conversación crispada, emergió todo el lodo empantanado en sus relaciones de pareja, todo el rencor que suponían cada uno de ellos en el otro, toda la desdicha acumulada y disfrazada con frases hechas. Cuando escupieron todo el veneno, se miraron desolados, con una mirada de súplica que no se dirigía exactamente hacia el otro, sino más allá de él, hacia una hipotética y brutal instancia superior que, de golpe, los suprimía de la lista de personas con derecho a una vida aparentemente feliz, conscientes ambos de la imposibilidad de todo aquello a lo que habían aspirado durante su juventud.

—¡Cómo lo siento! —me condolí solidaria en apariencia, aunque

internamente azorada por la nueva situación sentimental de Félix y lo que la misma podía implicarme.

—Tenía que pasar antes o después, Celia, pero cuando ocurre…

—Es muy fuerte, ¿verdad?

—Lo es. Las palabras que nos dijimos… Nada que no supiera. Nada nuevo. Sabes que he deseado en múltiples ocasiones que llegara este día. Pero, cuando llega, el impacto es terrible, absolutamente demoledor, inenarrable. Lo que el pensamiento recrea y anticipa como un mal rato, resulta ser un bocado sanguinario en las entrañas, una puñalada certera que parte el corazón y te arroja al más hondo de los abismos.

—Tranquilo, Félix, tranquilo —le supliqué cuando vi las lágrimas sentidas que intentaba tragarse. Acerqué mi asiento al suyo mientras mi mano derecha le apretaba con ternura uno de sus brazos—. Habla, desahógate a gusto, que tenemos tiempo. Hasta las doce no entro a clase y, si es preciso, la cancelo alegando cualquier indisposición. Sí, eso es lo más indicado, lo que voy a hacer. Llamo ahora mismo a Ana y nos excuso a los dos —concluí triunfante mientras sacaba el teléfono móvil y tecleaba el número de la directora del instituto, contenta con mis reflejos, que me respondían hábiles y eran capaces de actuar con prontitud en semejante situación de emergencia.

Cuando terminé de hablar con la directora, sentí la pequeña satisfacción interna de haberme mostrado apta para prestarle una ayuda inteligente al jefe de estudios en su desamparo. Con mis propios sentimientos desmadejados, prefería no enfrentarme.

25

El aspecto de Félix delataba el fuerte impacto emocional al que estaba sometido. Sus ojos intentaban contener las lágrimas sin éxito. Sus manos se frotaban y se retorcían con un nerviosismo visible. Sus hombros caídos y su mirada baja, hundida, reflejaban su desánimo interior. Todas sus expresiones corporales eran delatoras de la tribulación suspendida sobre aquel hombre, imagen misma del desánimo más profundo.

No tuve dudas sobre el comportamiento que adoptaría. Debía predominar una responsable y serena benevolencia. La sensibilidad comprensiva debía prevalecer antes que las censuras de una soltera entrada en años. El sentido común debía imponerse antes de que los escrúpulos de unos sentimientos, tantas veces burlados por el roce del alma masculina, alzaran sus defensas. No se trataba en aquellos momentos de preservar la entereza de mi espíritu o de elevar murallas de protección frente al enemigo. La negra realidad vivida por un compañero de trabajo exigía una maniobra rápida y consoladora, una mente ágil que adoptara decisiones pragmáticas y diera cobijo a un ser deshecho, estrellado contra su propio fracaso emocional. Debía ampararlo, ocultarlo de las miradas curiosas que empezaban a posarse sobre su persona, me ordené a mí misma. Mi apartamento era el escondite perfecto y se hallaba a muy pocos minutos a pie de la cafetería donde nos encontrábamos.

Aunque pasó por mi mente el cálculo precavido y veloz del previsible lío en el que me estaba metiendo, lo desatendí con prontitud. Las circunstancias especiales que vivía aquel hombre no se prestaban a inclemencias afectivas por mi parte, por mucho que me hubiera aterrado en el pasado con sus deseos silenciosos, con sus pretensiones mudas que aspiraban a un acercamiento sentimental a mi persona, tan vilipendiadas en mi interior por venir de un hombre comprometido. Los hechos recientes por los que transitaba Félix pedían mi indulto a partir de aquel preciso instante.

Porque tampoco le iba a salir con la ordinariez tópica de que se veía en la situación que él mismo había querido y verbalizado alegremente como el más favorable de los horizontes para su

existencia. Una cosa era hablar al tuntún y otra bien distinta percibir los toros disparados por las venas, la vida que, efectivamente, se transforma en el sentido tantas veces solicitado a los dioses del destino. Cuando un cambio muy ansiado llega, remueve todos los cimientos del ser y descoloca todas las convicciones, tanto las asentadas como las apetecidas. No debía resultarle a Félix un trago gustoso asistir al derrumbe de más de veinticinco años de matrimonio. Las palabras son omnipotentes, instauran y establecen estados del alma, y las que Lali y él debieron proferir en las horas que acabaron con su matrimonio eran de la categoría de las que liberan primero, sacuden en su desarrollo sobre la propia realidad y se cierran con un epílogo de desolación y desamparo absoluto, no tanto por lo que concluye —que también es doloroso tachar la propia historia, como si nuestra elección sentimental y nuestra vida hasta entonces hubieran sido equivocadas— como por la anchura desértica en que, de pronto, se convierte el futuro. Durante una época, resulta imposible tender la mirada más allá del momento presente e inmediato, casi concentradas todas las fuerzas disponibles en la resolución de los problemas minúsculos del vivir, imbuido el semáforo del ánimo de la certidumbre de que no conviene traspasar una línea más allá de la cual peligra sin remedio la propia cordura. He visto a amigos en iguales situaciones y he llegado a la conclusión de que el pensamiento humano reacciona, por propio instinto de conservación, censurando las introspecciones excesivas, sobre todo las perjudiciales.

—Ponte cómodo, Félix, estás en tu casa —le ofrecí cuando entramos al salón.

—Gracias, Celia. Tienes un apartamento muy bonito, muy coqueto. Se nota que gozas de un magnífico gusto.

—Todavía me faltan muchos detalles.

—Oye, ese cuadro de ahí es una auténtica maravilla. Si no me equivoco, es de Luis Pérez Espinosa —dijo mientras se acercaba para contemplarlo minuciosamente y cerciorarse de su autenticidad —, aunque no veo su firma por ningún lado.

—Está, Félix, está.

—Llevas razón. Ahí la veo, en el vértice superior izquierdo. Es curioso, porque Luis siempre tiende a firmar abajo, hacia la izquierda. Pero sí, esas pinceladas generosas no engañan. Es de él, auténtico sin duda.

—Y tanto. Lo sabe mi bolsillo, que se quedó vacío por el capricho de su ama. Aunque más que capricho, fue un flechazo irresistible. No pude contenerme.

—Es raro este formato tan pequeño en Luis. Tiende a cuadros enormes.

—Mi apartamento es pequeño, Félix.

—Lo que quería indicarte es que Pérez Espinosa siempre tiende al lienzo ciclópeo, para que sea protagonista absoluto en cualquier estancia.

—Así es. Bien que lo comprobé cuando fui a su estudio.

—¿No vino él aquí? Por lo que lo conozco, siempre visita los lugares donde se van a instalar sus cuadros.

—Claro que vino. Es un hombre increíble, y simpático a más no poder.

—No hace falta que me lo digas.

—Pues vino y se convenció de que cincuenta metros cuadrados distribuidos en salón, cocina, dormitorio y baño, no daban para mucho. Ni por asomo me cabía en el salón uno de sus cuadros grandes, a no ser que suprimiera la librería y, claro, a eso no estaba dispuesta. ¿Cómo podría vivir sin mis libros?

—Ay, ahora que hablas de libros… ¿Qué va a ser de los míos? —preguntó con urgencia apenada.

En el intento de que Félix no evaluara en aquellos momentos todas las pérdidas que una separación conlleva, continúe como mejor supe hablando de pintura. Félix intentaba seguir mis palabras, aunque su gesto reflejaba pesar. Para que no sucumbiera en las aguas de la desdicha, me enredé en frases elocuentes que mi nerviosismo pergeñaba, sin ningún tipo de pudor por mi previsible jactancia. Le expliqué mi interpretación particular del cuadro ante el que ambos continuábamos parados. Sin analogía razonable, pues son estilos bien distintos, en aquellos instantes tracé con afectación las similitudes del mismo con *El entierro del conde de Orgaz*, del Greco. Me frené a mí misma en mi verborrea insufrible cuando intuí que estaba mareando a Félix.

—Sigue, por favor, me estás sorprendiendo con tu sabiduría pictórica.

—Pues, como te comentaba, debes ir a conocerlo. Merece la pena.

—Toledo es una ciudad que tengo pendiente. No creo que tarde mucho en suplir esta falta y no dudes que admiraré este cuadro, con

más razón aún tras el apasionamiento de tus palabras. Aunque el Greco no es un pintor que me tire por su gravedad melancólica, reconozco su maestría.

—A mí me apasiona el señor Doménikos Theotokópoulos, por muy manierista que lo hayan calificado. Nadie como él ha reflejado los rostros luctuosos de la España del oscurantismo, que parece mentira nuestro atraso en aquellas épocas: toda Europa con el Renacimiento y nosotros aún en la Edad Media.

—Y que lo digas.

—Cuando vayas, contemplarás los cielos que vio el Greco, esos cielos siempre sombríos que pinta. Para mí no son más que el reflejo de la grisura imperante en su época. Pero volvamos a Pérez Espinosa y, en concreto, a este hermoso cuadro —giré en la conversación, consciente y avergonzada del exceso de palabrería sufrida, en parte por desviar la atención de Félix de sus propios problemas y, en parte, por paliar el nerviosismo que no me abandonaba, provocado por tener bajo mi techo al hombre que me atraía desde que regresé a Murcia—. La escena es armoniosa a pesar del contraste brutal entre parte baja y alta.

—Es una auténtica maravilla, Celia. Transmite sosiego. No conocía este cuadro de Luis.

—Y, sobre todo, me cupo. Ya ves que aparenta ser enorme en este reino de Liliput. Por cierto, que soy una maleducada. Observo que conoces al pintor, tanto su obra como a él personalmente, y no te he preguntado todavía.

—Así es. También tengo un cuadro inmenso en mi…

—Preparo un café, ¿te parece? —Reaccioné presurosa cuando advertí que Félix se había quedado empantanado en medio de la frase. Su gesto devino otra vez grave, como si soportara toda la carga de este mundo sobre sus hombros. Lo entendí en el acto. Con toda probabilidad, aquel hombre vencido había sido expulsado de la que, hasta hacía pocas horas, consideraba su casa y, en ella, se hallaban muchos objetos de su aprecio.

—Estupendo, pero no quiero liarte, Celia.

—No me lías —le contesté ya desde la cocina, mientras sacaba el bote del café y disponía una bandeja con las tazas y el azucarero.

26

Cuando entré en el salón con la bandeja, Félix se hallaba dormido. Se había quedado recostado en el pequeño sofá que tenía junto a mi sillón. Sin duda, estaba agotado por toda una noche sin sueño y poblada de previsibles y borrascosas discusiones. Lo dejaría descansar, no lo despertaría. Entre tanto, pensé que yo también podría echar una siesta mañanera dadas las horas tempranísimas en las que había aterrizado al mundo, pero no me seducía adormecerme ni mi cuerpo lo precisaba, quizá porque tenía a la vista el volumen de Carmen Vidal, que reposaba, tal y como lo había dejado a primeras horas de la mañana, encima del sillón, con la libreta y el bolígrafo apoyados sobre él. Me azoré cuando fui consciente de que Félix podría haber visto el cuaderno nacarado; su existencia era secreta y nadie debía saber que estaba en mis manos. Pero rápidamente alejé la excitación interna con la posibilidad de avanzar en su lectura, que se me impuso como la más dulce de las ocupaciones en el tiempo de propina que la desventura de Félix me había regalado.

Tomé un sorbo de café y sentí en mi interior el júbilo. Hacía años que no experimentaba esa impresión, esa tibia alegría de encontrarme con unas horas extras concedidas para mi propio ocio. Percibía sensaciones similares a las que sienten los adolescentes cuando se fuman las clases o cuando una fiebre los deja recluidos en la cama y pueden tragarse toda la programación televisiva o jugar como posesos con sus juegos informáticos. Masticaba que era una percepción muy similar a la libertad en estado puro, porque siempre la libertad se ve constreñida —para mantener su mito y subsistir en su propia idea— por cientos de obligaciones que la demoran y nos pesan como losas.

En vez de pasarme a mi habitación para seguir leyendo el libro de Carmen, cometí la imprudencia de hacerlo allí mismo, confiada en la profundidad del sueño de Félix. Abrí por el lugar que me indicaba mi marcador de páginas sin perder de vista a Félix, a quien controlaba de reojo para que no me pillara con el volumen nacarado. El siguiente texto que me tocaba, según el criterio

cronológico y ordenado que había convenido conmigo misma, era un breve párrafo referente a alguien llamado Antonio. Con palabras inflamadas que me hicieron suponerle un amante a mi predecesora en el instituto, se refería a este Antonio. Se quejaba de su falta de noticias y de su alejamiento cruel.

A continuación, tras las espesas líneas separadoras con que Carmen aislaba sus pensamientos, recuerdos y demás reflexiones, se hallaba una especie de historia que bien podría calificarse como una confesión, una página de un diario o, incluso, como un cuento. El protagonista y narrador, un pintor sin duda joven, despotricaba contra compañeros suyos del oficio. Me sonreí por el juego de las casualidades. Hacía unos minutos que Félix y yo habíamos estado hablando de pintura y de pintores y, en el volumen, tomaba la voz un pintor. Sentencié una vez más para mis adentros que los albures no existen. Lo que no lograba hallar era la causa por la que Carmen podría haber escrito algo así. Que supiera, era una mujer solo centrada en sus actividades docentes. Titulaba *Ajuste de cuentas* el que concluí por calificar como un cuento. Estaba narrado en primera persona y rezumaba dolor en todas sus líneas. Por si acaso contenía alguna información notable para mi investigación, lo pasé por el escáner. Por fortuna, este aparato mío es silencioso y no perturbó el sueño de Félix.

Aún hoy conservo este texto junto con otras muchas páginas escaneadas del volumen nacarado. Bueno, seré sincera: las conservo todas, porque decidí en un momento posterior quedarme una copia íntegra del libro que se convirtió en mi obsesión absoluta durante unos días. En concreto, las palabras del cuento, misteriosas entonces para mí, reflejaban lo siguiente:

JUSTE DE CUENTAS

> Recibí un breve escrito del colectivo. En él, mis colegas me comunicaban que no podría exponer junto a ellos. La razón que esgrimían era muy ligera y poco verosímil: la galería de arte había impuesto esa condición.
>
> Me invadió la rabia. Era increíble la frialdad de la breve misiva. No me encajaba después de que todo el colectivo hubiera chupado de mí, de mis ideas, durante los tres largos años que se cumplían desde que creamos el grupo. No entendía mi exclusión cuando las condiciones de nuestro vínculo respondían al intento de promocionarnos a todos en conjunto, lo que implicaba también el lanzamiento individual de cada uno de los pintores integrantes. No concebía la causa, pero sí me

percataba, y muy bien, de que me daban de lado. Empezaba a conocer a esa especie de ignoradores de lo ajeno, a esa especie que se considera más elevada si silencia a otros.

Rompí la breve misiva del colectivo. Albergaba odio hacia el grupo. Casi sentía fiebre, como si una gripe que tuve semanas antes volviera a fastidiarme. Traté de serenarme, pero no lo conseguí. Paseé de acá para allá hasta que me di cuenta de que, en ese estado, no podía recibir a Begoña. Era cuestión de descargarse como fuera.

Concluí con una serie de razonamientos que giraban en torno al epílogo oportuno a aquella mamarrachada: mis colegas eran unos mequetrefes del arte que necesitaban engrandecerse, que carecían de luz interior, de ideas caprichosas y obsesivas, de fantasmas propios y de alguna que otra base sólida. Solo a través del expolio de los otros conseguían arrancar sus pinceles de la paleta. No amaban el arte; solo deseaban medrar y utilizarlo como intermediario de sus propias vanidades. No lo amaban, pues si así fuera, les importaría un bledo el éxito de Fulanito o Menganito. Si lo amaran —me decía—, adorarían una buena obra, viniera de quien viniera. Quien ama una materia con toda la pasión del impulso y del pensamiento, no se preocupa de su particular avance en la misma, sino que se regocija ante la mano que logra elevarla, aunque no sea la suya.

Los artistas del colectivo miraban en todas las direcciones menos en la fundamental: la de ellos mismos. Solo de un interior no contaminado por los termómetros que miden la temperatura del gusto, puede salir la verdadera mirada, la auténtica marca, el sello que imprime el original puro. Y a este, en el fondo, no le preocuparán semejantes bagatelas, pues bastante enfrascado está en sus cosas como para escuchar las voces de los santones que ofician las reglas de las liturgias y dictan los cánones sagrados por los que se han de regir los espectadores —como si fueran tontos o subnormales—. Y más probable es que el enfrascado conecte con el mundo, porque nadie puede escapar de ser hijo de su época.

Solo se conoce a un artista en la grandeza de su sencillez. El artista auténtico tiene mayores posibilidades de acertar en la diana que quien, antes de tensar el arco, ya ha disparado la flecha por el azogue de alcanzar el centro. En arte, la premeditación de los posibles logros, así como la impericia y la impaciencia, tarde o temprano pasan la factura.

Tras el desahogo de mi pensamiento, me sentí más tranquilo y relajado. Ya me encontraba en situación de recibir a Begoña. La llamé por teléfono. Llegaría en unos minutos.

Begoña… No sabría explicar lo que ella supone para mí y no sabría vivir sin ella. Tiene talento, pero es tímida. Ella me dice: «Todo lo mío es tuyo. Sin ti, no cogería un lápiz. No somos dos, somos uno y tú eres el verdadero artista. Tu genio germina en mí, es tan grande que se

extiende y me hace una contigo. Por tanto, me limito a devolver al César lo que es del César».

La esperé con impaciencia, pero mi espera fue recompensada. Traía muchos dibujos, algunos realmente estremecedores. Y aquellos dibujos fueron la base de los cuadros que ahora voy a exponer en Berlín.

Ya sabía yo que algún día podría vengarme del colectivo de una forma noble y elegante. Ninguno de sus miembros ha expuesto aún individualmente y, como grupo, no han traspasado las fronteras.

El gran artista no tiene prisa y, tarde o temprano, recoge sus frutos.

27

—Qué concentrada estás —pronunció Félix para mi sobresalto. La lectura me había embebido hasta tal punto que había dejado de vigilarlo. Tumbado, sin moverse, me miraba con la expresión despejada. Con toda certeza, llevaba un rato dedicado a observarme.

—Pronto serán las dos —le contesté con una sonrisa mientras cerraba el libro y miraba la hora. Me había pillado en la lectura del cuaderno de Carmen, un descuido que no me perdonaba en aquellos momentos—. ¿Te hace un aperitivo antes de comer? —le pregunté con un tono risueño que intentaba ocultar mi turbación mientras ocultaba el volumen con un cojín.

—Lo que tú quieras, pero mejor bajamos a tomarlo en cualquier sitio. No deseo que te enredes, Celia.

—Bah, nada de enredos. Tú no sabes lo previsora que yo soy y la de cosas ricas que tengo —concluí en pie, con la bandeja de los cafés en la mano.

—Cosas ricas por todos lados —exclamó mientras bajaba el tono de la voz y me dirigía una mirada que eludí pronto, porque mi cuerpo no era del todo indiferente al magnetismo cada vez mayor que Félix irradiaba para mí—. Anda, no me tomé el café que preparaste —constató con gracia.

—No importa, porque yo me lo tomé por ti. He acabado con el tuyo y con el mío. Además, te ha venido mejor el sueño que el café, qué duda cabe.

Me siguió hasta la cocina y, allí, se enfundó un delantal. Decretó que él se erigía a sí mismo en pinche, cocinero, lavaplatos y lo que fuera preciso. Me sonreí mientras comprobaba mi nutrido suministro de víveres. Suspiré tranquila. Mi congelador y el mueble que destinaba a despensa estaban a rebosar.

—¿Te apetece una copa de vino? —le ofrecí.

—Si tienes, ¿por qué no? Nunca me niego al néctar de los dioses.

Saqué una botella de un gran reserva de La Rioja, de añada reconocida y nombre comercial famoso. Félix la destapó mientras se deshacía en todo tipo de elogios por mi buen gusto en los vinos.

Corté unas cuñas de un queso manchego bien fuerte, para que hubiera algo sólido que nos impidiera emborracharnos. Completé con unas aceitunas y unas almendras; con el queso, alzarían murallas de protección frente a la embriaguez, las que yo necesitaba para no aturdirme con el vino. Temía no controlarme. Me sentía muy a gusto y, también, notaba a Félix cómodo y distendido.

Se empeñó en que nos quedáramos en la diminuta cocina a tomar el aperitivo improvisado. Usaríamos una parte de la encimera como mesa.

—Así preparo yo lo que decidas, apenas nada, ¿eh? Lo justo para que se nos terminen de asentar los estómagos —se justificó mientras bebía un buen trago de vino y entornaba los ojos en expresión concentrada de placer.

—Bueno el vino, ¿verdad?

—Delicioso —afirmó.

—Y está recién abierto, sin oreo. Imagina dentro de una hora o algo más. Espera un segundo —le pedí de pronto mientras abría el frigorífico y sacaba dos buenas cervezas alemanas—. Tomemos las almendras y las aceitunas con cerveza y, entre tanto, se airea el vino. Y al queso también le vendrá bien atemperarse un poco para acompañarlo.

Mientras disfrutábamos el aperitivo y preparábamos unas croquetas congeladas y un revuelto de espárragos y ajetes, la conversación continuó relajada y festiva. Le había sentado bien el sueño a Félix. Su ánimo se había recuperado visiblemente y se hallaba lejos de los pensamientos derrotados de pocas horas antes. Me alegraba por su cambio de actitud, pero también he de confesar que una zozobra persistente me agitaba por dentro y se mantenía alerta durante todo el desarrollo de la charla insustancial. No se trataba de mi prevención hacia Félix, que era obvio que la mantendría durante un largo tiempo, pues los recién separados no son precisamente las psiques más serenas donde arribar con una nave ya gastada en innumerables travesías. Mi inquietud gravitaba alrededor de mi obsesión por Carmen Vidal. La lectura previa de su cuaderno durante el sueño descabezado por Félix me la había avivado con ímpetu, más aún por los nuevos datos y personajes de su cuentecillo que no conseguía ubicar en su existencia de profesora. Allí, a mi lado, en mi cocina, tenía a un hombre que había conocido a Carmen y que podría desvelarme muchas claves sobre ella. Solo se trataba de encontrar el inciso adecuado para que

metiera mi cuña. Y llegó, como llega todo en esta vida, hasta lo que menos deseamos.

—Ahora que retomas el tema de la pintura —aproveché cuando volvió a referirse al cuadro colgado en mi salón—, me gustaría preguntarte algo sobre mi antecesora en el instituto.

—¿Qué quieres saber sobre Carmen? —dijo abriendo los brazos en un gesto que a mí me abría las ganas de preguntar sin medida ni freno. Sin embargo, decidí ser prudente y centrar mi acoso solo en los últimos interrogantes que se me habían planteado.

—Pues me ha llegado alguna onda sobre su conocimiento de ciertos pintores —aventuré con osadía.

—Normal. Su hijo era pintor.

—¿Su hijo? Pensaba que no había tenido hijos —mentí a propósito, pues ya había leído en los recuerdos de Carmen que tuvo uno y lo perdió. Por otra parte, este detalle de la descendencia de mi predecesora en el instituto no había salido en mi conversación del día anterior con Esteban y mostrar asombro me ponía a cubierto de toda sospecha.

—Tuvo uno solo y se mató. Bueno…, se suicidó.

—¿Cómo? A ver, explícame, cuéntame esa desgracia tan espantosa.

Seguía con atención los gestos de Félix. Ya conocía por la lectura de los recuerdos de Carmen Vidal que había tenido y había perdido a su prole, pero las escasas líneas que le había leído en el volumen nacarado no daban fe exacta de la desdicha que tuvo que sufrir aquella mujer. Un solo hijo y suicidado era un suceso de gran trascendencia que la habría condenado durante todo el resto de su vida al dolor. El dato era de una gran magnitud y siempre resonaría en los escritos de Carmen. No debía perderlo de vista ni un segundo. Un hijo es el interés máximo en una persona, el credo no impuesto, el amor sin condicionantes.

—¿De verdad te apetece conocerla? Mira que es muy triste la historia del suicidio de Antonio —me advirtió Félix.

—¿Antonio se llamaba? —le pregunté en una interrogante que más bien era una aclaración personal mía.

—Sí, ¿qué tiene de raro ese nombre?

—Es lo mismo. Sigue.

—¿No serás la típica consumidora de desgracias ajenas? No tienes pinta, pero nunca se sabe dónde se ocultan esos buitres carroñeros.

—Tranquilo, Félix, mi interés es científico. Llevo años metida en un estudio sobre el comportamiento de las personas en situaciones sostenidas de estrés emocional —improvisé para no darle otras explicaciones que no me apetecían ni me convenían.

—¿Un estudio científico? —se interesó.

—Me he pasado al calificarlo con tanto empaque. Más bien se trata de una simple pesquisa que tiene que ver con unas clases que preparo sobre un autor de nuestros días. Nada de importancia —volví a improvisar—. Por lo que me has contado, la tragedia del suicidio de su hijo debió sumir a Carmen en un infierno.

—Así fue.

—Continúa, por favor.

—En fin, Celia, tú lo has querido —concluyó Félix—. Lo que te voy a contar es enrevesado y fuerte al tiempo. Si te pierdes o te lías, me cortas y aclaramos.

—De acuerdo. Empieza, estoy preparada.

Félix comenzó con un preámbulo que me sirvió para que fijara nombres y atendiera a las diferentes vidas que habían sido golpeadas por la tragedia. Con esos apuntes preliminares, formé el puzle y lo ensamblé con el relato sobre pintores que había leído en el cuaderno de Carmen. Antonio se llamaba su hijo, así que desaparecía el hipotético amante que yo le había asignado anteriormente en mi ignorancia. Y el nombre de la mujer de su hijo, o nuera de Carmen, era Begoña, con lo cual todo encajaba. Además, en el esquema de Félix apareció un tercer personaje: se trataba de Verónica, la tercera en discordia, la enamorada de Antonio desde que era una niña y a la cual él dejó de amar cuando apareció en su vida Begoña. Por tanto, Verónica era la enemiga de Begoña y, también, según palabras de Félix, la mujer que Carmen siempre había deseado para su hijo.

Con semejantes premisas, estaban dados todos los esbozos para el desarrollo del culebrón que acabó en catástrofe.

28

Cuando nos sentamos a comer, Félix se explayó en la historia cuyos antecedentes había fijado en la cocina. Me informó del suicidio del hijo de Carmen Vidal con amplitud y esmero. Por sus palabras, supe la inmensa tragedia que tuvo que tragarse en los últimos meses de su vida mi predecesora en el instituto. La versión que Félix me contó de la muerte de Antonio, el único hijo de Carmen y de su marido Jorge, la había tomado, a su vez, de una amiga de Verónica llamada Beatriz. Él, por su parte, conocía a Beatriz por ser compañera de estudios de su propia hija, de Eva. Muchas veces acudía Beatriz a estudiar con Eva y la confianza se había forjado con aquella criatura deliciosa.

Beatriz le narró el espanto vivido en el fin de Antonio a petición del propio Félix. Porque él estaba consternado con los hechos y deseaba encontrar explicaciones que calmaran un poco el dolor tremendo de su buena amiga y compañera Carmen. Cuando supo por su hija que Beatriz tenía datos, no dudó lo más mínimo en abordarla y entró un buen día en la habitación juvenil cuando ambas estaban juntas. Buscaba un testimonio que le proporcionara nuevas pistas sobre la situación previa de aquel muchacho antes del suicidio, algún asidero lógico que aliviara un poco a Carmen y le explicara los motivos de aquel acto sin retorno, aunque bien sabía Félix que su compañera de lengua y literatura no hallaría consuelo posible.

En presencia de su hija Eva, Félix indagó la disposición de ánimo de Beatriz. La muchacha se mostró comunicativa y, cuando fue consciente del interés real de Félix, movido por su anhelo de ayudar a Carmen, la madre de su fallecido amigo Antonio, no dudó en extenderse. Adoptó una actitud íntima y algo misteriosa y dio comienzo a un relato que acabó en el absoluto asombro de Félix y de su hija.

—Cuéntame lo que te contó aquella muchacha —le rogué.

—Es larga la historia. Te la intentaré resumir lo más que pueda, pero, para su cabal compresión, debo relatarla tal y como lo hizo Beatriz.

—No tenemos ninguna prisa, Félix.

—Resulta que, al cabo de un tiempo desde la muerte de Antonio, esta chica, Beatriz, se cruzó un día con Verónica por la calle. Ambas caminaban rápidas por diversos asuntos que les urgían. En la despedida apresurada, Verónica le anunció a Beatriz que la visitaría por la noche, siempre que la última no tuviera otro compromiso. Como no era así y se hallaba libre, Verónica acudió a casa de Beatriz, pero ya bien pasada la medianoche, cuando la primera había descartado su visita. Por otro lado, y durante la espera, Beatriz supuso que su amiga no acudiría y no le extrañaba lo más mínimo. Hacía tiempo que no se relacionaban y su antigua amistad parecía rota definitivamente desde que ocurrió «lo de Antonio», eufemismo con el que el grupo de amigos circunvalaba lo escabroso del hecho y designaba la catástrofe que alcanzó a dos de los suyos: Verónica y Antonio.

—Continúa, por favor —le rogué ante una pausa que hizo. Estaba impaciente y solo deseaba que Félix prosiguiera con su relato. Aquella información la estimaba como muy valiosa.

—Sigo, mujer. Solo tomaba aire —dijo mientras se sonreía—. Beatriz le permitió a Verónica el paso a su casa, a pesar de las horas tardías en las que acudió. Te diré que esta amiguilla de mi hija vive sola, en la casa de sus padres, que se fueron a Moratalla por un proyecto del padre. Es ingeniero —me aclaró para que no me sorprendiera de que una chica tan joven tuviera casa propia.

—Conozco Moratalla y, efectivamente, no está aquí al lado.

—Durante bastantes minutos, permanecieron abstraídas y en silencio, lo cual le extrañó mucho a Beatriz, pues Verónica se había dado a la verborrea y era incontenible en la época inmediatamente anterior a esta visita, pasado un tiempo tras la muerte de Antonio. La criatura hablaba y hablaba sin cesar según comentaban los pocos amigos comunes con los que mantenía alguna relación aún. Decían que, para ella, el silencio se había convertido en un estado excepcional y anecdótico, por lo que Beatriz se sentía terriblemente incómoda cuando no respondía a sus preguntas corteses durante aquella noche de visita intempestiva. Confundida, le ofreció agua, refrescos, alcohol, café, comida o lo que le apeteciera, pero no quiso nada. Todo lo rehusaba Verónica, hasta el tabaco, con gestos de desgana. Ante tantas negativas a sus propuestas para romper el hielo, Beatriz se quedó como Verónica: sentada, casi hierática, con los ojos fijos en el escrutinio de los edificios que invadían los

cristales de las ventanas.

—Qué situación más incómoda —apunté.

—Y que lo digas. Pero no reinó el silencio durante toda la noche. De repente, cuando el cansancio casi le cerraba los ojos a Beatriz, Verónica le pidió que le contara lo que sabía sobre «lo de Antonio». La amiga de mi hija se quedó sorprendida y no supo enhebrar un esbozo de contestación. Según le habían comentado los amigos, era tabú hablar de «lo de Antonio» ante Verónica, por eso la invadió el desconcierto. No esperaba que la propia Verónica mencionara el asunto. Ella y Antonio habían formado una pareja estable tiempo atrás, consolidada durante más de tres años; años durante los cuales Verónica gozó de una alegría honda, contagiosa y sin límites; años en los que no precisaba anegar los silencios de sonidos por la simple intención de huir de sí misma. Pero desde un viaje a Italia que realizó Antonio en busca de la inspiración renacentista para sus lienzos, todo se le desmoronó a la novia paciente que lo aguardaba con las ilusiones enaltecidas. Cuando regresó a Murcia el muchacho, Verónica notó el cambio en el carácter de su amado, pues no podía mentirse ante las evidencias, y todas apuntaban a su desinterés más absoluto. Infringiendo el principio que señala que lo que no quieras oír, no lo preguntes, escarbó y escarbó hasta escuchar el nombre de Begoña. Herida en su amor propio y burlada en sus limpios sentimientos, Verónica le firmó el pasaporte a Antonio para volver a Italia.

—¿Cómo que le firmó el pasaporte?

—Lo dejó libre, acabó con él, pues si no la amaba a ella, sino a Begoña, no tenía sentido su compromiso.

—Pobre chica. Qué desengaño más terrible. ¡Siempre nos toca a nosotras la peor parte! —Y suspiré tras mi apreciación.

—Cómo sois las mujeres, Celia. También existen hombres burlados por vosotras, heridos de amor por vuestro capricho. Si te contara…

—Sigue con la historia que nos ocupa —le pedí antes de que se desviara del tema en el que yo tenía interés.

—Tras la marcha de Antonio con su nuevo amor, Verónica estuvo una temporada sin relacionarse con nadie. Si la llamaban los amigos por teléfono, no contestaba; si se acercaban hasta su casa, le encomendaba a su madre que les fuera con el recado de que se hallaba ausente. Estaba sumida en el más hondo de los pozos del ánimo. Ante estas circunstancias, cundió el miedo en su antiguo

grupo. Todos temían por la barbaridad que pudiera cometer en un momento de amargura.

—Mala cosa es un corazón destrozado a edades tan tempranas. No están prevenidos aún frente a las decepciones amorosas.

—Frente a ese tipo de decepciones, Celia, no están curtidos ni los jóvenes ni los maduros ni los ancianos. El amor siempre desarma.

—Es verdad, pero sigue. Deseo conocer cómo acabó esta historia.

—Aún queda un buen rato para su final. Por cierto, estas croquetas están riquísimas.

—Me alegro de que te gusten. Las hice yo misma hace dos semanas con unos restos de pollo asado. Las que me sobraron, las congelé, una práctica muy habitual en esta casa de mujer sola.

—Eres buena cocinera.

—Continúa con la historia, Félix, que me tienes en ascuas.

—Al cumplirse dos meses de su marcha de Murcia, Antonio volvió de Italia y quiso ver a Verónica, pero ella se negó en redondo, ya que su lamentable estado solo podía ser anfitrión de la tristeza más demoledora. El muchacho, que también sufría una congoja difícil de explicar, se fue a serenarse a la casa que su padre posee en la Costa Brava, la mansión familiar donde nació Jorge, el marido de Carmen, a quien le fue adjudicada en herencia.

—Me han dicho que, ahora, anda por allí, en busca de sosiego tras la muerte de su esposa —me inventé en un juego de suposiciones, hilando con lo poco que el día anterior me había soplado Esteban.

—Eso creemos todos los compañeros del instituto, que se ha refugiado en la casa de su infancia hasta que pase el verano. Menos mal que Jorge es un hombre con la cabeza bien asentada sobre los hombros y, no obstante el sufrimiento inmenso que debe llevar encima, no cometerá ninguna locura. No como su hijo, que también se retiró allí y, en aquellos parajes bravíos, se quedó para siempre. Jamás hizo el camino de regreso a Murcia.

—Horrible. ¿Y qué pasó exactamente con Antonio en la Costa Brava?

—No lo sé con detalles, pero sí me consta que, transcurridos cinco meses desde que Antonio se marchara allí, Carmen nos invitó a todos los profesores del instituto a la boda de su hijo con Begoña. Se celebraría en Bilbao, lugar de donde era la novia.

—Y la conoció en Italia poco antes. Uf, me da que aquel chico se precipitó mucho.

—Así fue. El caso es que a Carmen se le notaba el disgusto por esta boda a la legua, pese a sus intentos de aparentar lo contrario. No le agradaba Begoña para su hijo. La consideraba muy silenciosa, demasiado impenetrable. Se olía en ella algo confuso y oscuro. Así me lo transmitió personalmente en los días previos a la boda.

—¿Tenías mucha confianza con Carmen? —me atreví a preguntarle, pues aunque sabía de la existencia de la misma entre ellos gracias a las confidencias que me había hecho Esteban, deseaba medir hasta qué extremos llegaba.

—Absoluta —afirmó sin dudar, y mi mente se alarmó y apuntó el encargo de ocultar el volumen nacarado en un escondite donde no pudiera acceder Félix. Me extrañaba que él fuera la cuarta persona que estaba al tanto de la existencia del cuaderno, aquella a la que se refirió Álvaro cuando me lo prestó. No suponía que su amistad con Carmen llegara hasta ese punto. En aquellos instantes, y pese a mi imprevisión imperdonable que hizo que me pillara en su lectura, se hallaba lejos del campo de visión de su mirada, bien oculto bajo el amplio cojín de mi sillón.

—¿Erais amigos? —lancé tontamente, pues ya me había informado Esteban el día anterior de que lo eran y él mismo me lo había confirmado un segundo antes.

—Íntimos —reconoció Félix en un susurro que escondía una tristeza que, a mí, me hizo cavilar sobre el alcance de la relación que mantuvieron. Pero, claro, no iba a preguntarle ciertas cuestiones espinosas sin haberse cuajado una confianza sólida entre ambos.

—¿Y cómo continúa la triste historia de estas criaturas?

—Casado Antonio, a Verónica, la mujer que Carmen hubiera deseado realmente para su hijo, nadie le veía el pelo. Estuvo recluida en casa de sus padres durante semanas. El día que salió de su encierro voluntario no hizo ni quiso escuchar ninguna alusión sobre Antonio o sobre los años de su vida que con él había compartido. Lo borró de su mente, al menos de puertas para afuera. Todos respetaron su decisión y, en su presencia, Antonio había dejado de existir, aunque, al margen de ella, los amigos del chaval continuaran la relación con él y con su flamante esposa Begoña.

—Así suele ocurrir cuando se comparten los amigos. Pero sigue, por favor.

—Muy cambiada, Verónica no volvió a ser la misma de antes. Se convirtió en una persona locuaz hasta el agotamiento ajeno, deshizo múltiples amistades, como la que mantenía con Beatriz, la compañera de estudios de mi hija, conservó unas pocas y ganó otras nuevas. Sobre todo, se esforzaba en trabar nuevas relaciones que la alejaran de su propio pensamiento y que no conocieran su pasado. Optó por una pandilla ruidosa y poco dada a las palabras, un grupo de gente con el que se perdía en la noche de las discotecas hasta que saliera el sol. Creo que, incluso, consiguió ser feliz durante aquella temporada o, al menos, logró el equilibrio necesario para no despeñarse por abismos sin fondo. Ninguno de los amigos de siempre le dijeron que Antonio se había casado con Begoña, como tampoco la informaron del suicidio de él; por eso Beatriz se sintió tan mal la noche de la visita de Verónica. Cuando, de una manera directa y sin tapujos, ella le había preguntado por él, ¿qué ocurría exactamente? ¿Y si Verónica lo sabía todo? ¿Acaso estaba al tanto del suicidio de Antonio?

En su narración detallada, Félix había sido ágil hasta llegar a este punto. A partir de ahí, le noté la emoción contenida y el cálculo de las palabras que articulaba. Vislumbré que llegábamos al desenlace del suicidio del hijo de Carmen.

—Desde la muerte de su hijo, Carmen Vidal nunca fue la misma. Ni las pastillas ni los tratamientos psicológicos sirvieron para sacarla a flote. Se volvió solitaria y melancólica, dejó de salir, de juntarse y de hablar con sus amigos, incluido yo. Se martirizaba continuamente en el intento de descubrir alguna explicación que le silenciara el dolor por la pérdida de Antonio. Nunca se acostumbró su alma a acoger el sufrimiento.

—Debió ser horrible para ella.

—Lo fue. Pero existía otra mujer que padecía a escondidas. Era Verónica. Ambas podrían haberse consolado y haberse hecho mutua compañía. Sufrían por la misma persona. Con distinto amor, pero amor desamparado en los dos supuestos.

—Lo de esa chica, también. Qué terrible debió resultar todo para ella.

—Así lo dedujo Beatriz de sus palabras en aquella noche que decidió visitarla a horas inoportunas. Comprendió que Verónica se había enterado de todo y también se apercibió de que esa novia abandonada volvía a ser la mujer de antes: profunda, simbólica y arcana, lejos de cualquier superficialidad estéril. Igualmente, en

aquella noche notó una excesiva tristeza en el discurso de Verónica y algún que otro poso de rencor, de ese que, aunque no incuba podredumbre, sí dificulta la apreciación cotidiana de las cosas. Tal vez ella, como todos, aún se encontraba sumida en los fantasmas de la muerte y reaccionaba a su manera. Cada uno responde de distinta forma ante sus miedos, aun cuando sean excitados por una misma causa.

—Bien lo sabes, Félix. No existen dos personas iguales —lo animé a continuar cuando su pausa me pareció excesiva.

—Verónica prosiguió la charla con Beatriz como si no hubiera existido ninguna alteración en su vieja amistad, como si todo el distanciamiento entre ellas lo hubiera borrado un duende. La antigua novia del hijo de Carmen quería mostrarse alegre y, sin embargo, le afloraba la tristeza como una forma de rebeldía. El llanto que aguantaba se le sublevaba en palabras, en dulces flechas combativas que aseguraban que su voz no se hundiría frente a toda la desdicha. En el fondo, todos sabemos que la palabra levantada, izada como una lanza y una coraza al tiempo, nos concede la ilusión de no encontrarnos muertos.

—Si no fuera por las palabras…

Félix retomó su narración, la terrible narración de la noche en la que Verónica habló sin cesar con Beatriz, como un perro que, alertado por las voces de socorro que emite una televisión, no distingue entre lo real y lo ficticio y ladra con excitación irritada para que alguien ponga remedio a un previsible incidente. Verónica se mostraba en aquella noche de charla con su amiga como una peonza inquieta movida por los invisibles lazos de un destino que se negaba a ser domado. No acertaba a encontrarse en los vaivenes del tiempo y de la vida. En épocas anteriores, había sido un río capaz de arrastrar cualquier árbol, por profundas y vastas que fueran sus raíces, y, en aquellos momentos en casa de Beatriz, se apreciaba a sí misma como un árbol arraigado con fuerza tenaz al suelo. Beatriz escuchó a Verónica con el temor escondido en el fondo de su alma. Imaginaba lo peor. Verónica era una mujer rota. Se asemejaba a un pantano que, tras muchas lluvias torrenciales, se desborda y arrasa las tierras fértiles que lo circundan. Porque su amiga se había aferrado a la vida tras los primeros momentos de depresión, pero las palabras de aquella noche evidenciaban que no estaba curada de su melancolía. Beatriz, aunque la reencontró entonces tras su alejamiento, casi la prefería superficial y ajena a ella. Le sobrecogía

el desasosiego profundo que mostraban sus palabras y su actitud.

—La verdadera tristeza nos conmueve y nos sacude a todos —apunté.

—Parece que tú entiendes de tristezas.

—Lo justo. Estoy en la vida.

—Ay, Celia, qué poca confianza te inspiro.

—Eso no es así.

—Me lo demuestran la parquedad de tus palabras. Noto como si estuvieras a la defensiva en mi presencia. Tu recelo hacia mi persona es evidente y no sé la causa. Si te pregunto algo que tenga que ver con tu vida, te escondes asustada, te inhibes.

—¿Eso crees?

—Eso siento. Los sentimientos son muy difíciles de explicar y yo no soy un literato. Pero anda, no te me pongas seria —dijo con tono distendido a efectos de animarme ante una posible expresión de gravedad en mi rostro de la que yo no fui consciente—. Voy un momento al aseo y continuamos después con esta historia triste.

Aproveché los dos minutos a solas para ocultar el cuaderno nacarado dentro de una gruesa carpeta que reposaba en el escritorio junto a otras. También recogí los platos sucios y los llevé a la cocina. Como quedaba aún algo de vino y de queso sobre la mesa, cogí dos nuevos platos impolutos. Podíamos acabar con los restos al abrigo de la interesantísima narración de Félix. ¡Cuánto estaba descubriendo sobre la vida de Carmen!

Mientras realizaba la actividad mecánica del trasiego de los platos, en la que me había enfrascado para no enfrentarme a las últimas palabras de Félix, latía mi asombro, producido por la certeza de haber sido desenmascarada en mis miedos hacia el género masculino por aquel hombre que me atraía cada vez con más ímpetu. Félix me tenía muy calada.

29

De nuevo en el salón, no tuve que pedirle a Félix que continuara con su historia. Nada más sentarse y aceptar como una buena idea que degustáramos antes del postre el vino y el queso sobrantes, él solo volvió al relato. Gracias a sus palabras, supe que Verónica acabó disparándose con Beatriz. Como quien se recobra de una fuerte depresión que lo ha tenido postrado durante largos años y le ha impedido sentir sobre la piel la caricia de la luz, Verónica continuó con su locuacidad vehemente. Parecía emerger de un rincón de sombras, de un ámbito oscuro y arcano rebosado de recuerdos. Beatriz la miró con fijeza y advirtió cómo llevaba impregnada la soledad compañera de la noche y cómo consumía la llama de una pasión que se negaba a extinguirse, rebelde e insumisa, guardada en secreto en lo más hondo de su alma. Seguía enamorada de Antonio, no le cabía duda. La amiga de la hija de Félix caviló en la amargura de un conocido común que amaba a Verónica sin reservas, pero también sin esperanzas. Aquel hombre debía saber, sin que nadie se lo hubiera dicho, que Verónica era una fruta sin destino. Ella colgaba de un árbol de poderosas raíces que se incrustaban, obsesivas y tenaces, en la tierra oculta del recuerdo. Verónica no lo sabía, no era consciente de la vistosidad de sus formas ni de la madurez de su pulpa. No imaginaba que alguien pudiera fijarse en ella tras su descalabrada historia con Antonio, que alguien pudiera amarla, pues no veía más allá de su propio interior obsesionado. Desde hacía mucho tiempo, estaba entregada a un amor subterráneo que ahondaba en las galerías de la memoria. Ella seguía enamorada de Antonio, de un muerto, de una forma de vida que pasó y en la que se había anclado para siempre. Su vida era una nada que le colmaba los rescoldos de sus horas y las luces tenues de sus días.

—Habitaba en el pasado —exclamó Félix con lástima.

—Por desgracia, conozco esas situaciones.

—¿Tú? ¿Algún desengaño? —preguntó mientras enderezaba su espalda en el asiento, de pronto animado con la posibilidad de un cambio en mi conducta y con la perspectiva de centrar la

conversación sobre mi persona.

—Sigue, sigue, que ahora no se trata de hablar sobre mí. Estamos en esta historia y me tienes intrigadísima —le supliqué, arrepentida de haber expresado en voz alta algunas de mis intimidades—. Además, he de felicitarte, porque eres un narrador oral maravilloso —lo elogié con convencimiento. Era la primera vez que escuchaba a Félix durante tantos minutos seguidos y me tenía deslumbrada con su labia.

Visiblemente alegre por mi apreciación sobre su maestría como orador, Félix continuó con la historia de aquella noche de confidencias entre amigas:

Beatriz se apiadó de Verónica cuando le agradeció su presencia paciente con una gran ternura. La había escuchado. Había conseguido con su actitud que Verónica soltara el lastre que la tenía anclada. Durante aquella noche, por fin lo había conseguido Verónica. Se sintió bien, casi curada de su mortal melancolía, porque los desahogos verbales calman la grisura del ánimo. Beatriz, como anfitriona y, además, azuzada por el cariño restaurado hacia ese ser sufriente, le pidió a Verónica que se quedara a dormir en su casa, que no despertara a sus padres a tan altas horas de la noche. Verónica se negó tajante. Debía irse sin demora, alegó a pesar de las súplicas de su amiga. Ya en la puerta de la calle, se volvió hacia Beatriz y, muy excitada, le dijo: «Yo maté a Antonio, yo lo maté. ¡Yo lo maté!». Beatriz le rogó calma. No daba crédito a la barbaridad que salía de la boca desquiciada de su amiga. Antonio se había suicidado. Se lanzó al mar desde las rocas de un acantilado abrupto. Verónica respondió que así había sido, que se trató de un despeñamiento, de un vacío que nunca llegaba. «Un vacío, un vacío…», repetía Verónica con los ojos ausentes, fijos en una escena de su recuerdo. El vacío también podía vestirse de azul, y se podía caer en él rodeado de nubes esponjosas que entretuvieran el golpe. Pero, al fin, este se produjo, cortante y brutal, negro, sin retorno.

—Parecía que Verónica le estuviera describiendo la muerte de Antonio, como si la hubiera visto con sus propios ojos —señaló Félix con un estremecimiento.

—Me imagino al chico mientras se arroja desde el acantilado y me erizo. Pero sigue, que no pretendo interrumpirte.

A Beatriz la inquietaron las gravísimas palabras de Verónica. ¿Qué quería decir su amiga? No lo descifraba en aquellos momentos nerviosos, pues no podía admitir como verdadera la brutal

confesión de Verónica. No obstante, presentía algo oscuro y turbio. Verónica continuaba autoinculpándose como una posesa. Casi chillaba que el vértigo la había dominado. Contó a voz en grito que Antonio se deslizó por los picos más abruptos del acantilado. El aire, inundado de acordes fúnebres, acompañó a la eternidad de la forma que huía. No existían metas ni olas furiosas, solo un inmenso vértigo por la continua caída, un vacío que nunca llegaba. Beatriz, llena de dudas, corroída por malos presentimientos, con la alarma a punto de estallarle el corazón en mil pedazos, le preguntó a Verónica si había estado en la Costa Brava, si había sido ella quien había empujado a Antonio por el acantilado, si realmente no fue un suicidio tal y como todos creían. Verónica se alargaba incansable en la mención de un vacío que nunca triunfaba. Beatriz, con la angustia y la sospecha ceñidas como unos guantes, casi afirmó con un pánico aturdido que asumía el testimonio tenebroso, que estaba intentando interiorizar que su amiga lo había matado, pero que bajara el tono de su voz. Verónica la miró extrañada, suspiró y emitió: «¿Y qué importa si yo lo maté? Él vive, vive en mí, siempre vivirá en mí. Se ha reencarnado en mí». Beatriz, presa de una inquietud incontenible, le formuló bien directa la pregunta sobre si había sido ella quien mató a Antonio. Verónica respondió: «Fue el vacío, el vacío, ¡el vacío!», y salió a la carrera de la casa de Beatriz.

Así, con esa vivacidad dramática me narró Félix el triste final del hijo de Carmen mientras tomábamos ya el postre, un par de flanes de café.

—Continúa, por favor —le pedí sin clemencia ni miramiento, sin piedad ante los larguísimos minutos que disertaba solo. Debía de estar agotado, pero mi curiosidad no se apiadaba de él.

Félix carraspeó y ante mi gesto que iniciaba el comienzo de otra súplica para que siguiera, retomó su narración:

Beatriz no durmió aquella noche. ¿Qué sentido debía darle a las palabras de Verónica? ¿Acaso no se había enredado excesivamente la imaginación tremendista de ella misma ante los nervios sufrientes de su amiga? ¿Cómo iba a dar crédito a una hipotética confesión de una mujer desequilibrada? Pero entonces, ¿cómo sabía Verónica que Antonio se había suicidado? Nadie se lo había dicho, aunque cabía la posibilidad de que se hubiera enterado por otras vías.

—Ya sabes que lo oculto siempre acaba descubriéndose —me dijo Félix mientras me miraba de forma extraña.

—Y es que los cotilleos vuelan más que corren, y multiplicados

si son del género morboso —le respondí, rápida de reflejos.

—Eso pensó Beatriz, pero también se formulaba preguntas escalofriantes que la tenían asustada. ¿Quién le decía a ella que Verónica no hubiera ido a la Costa Brava a ver a Antonio? ¿Y si hubiera sido así? Asustada con sus formulaciones, se respondió que, aunque Verónica hubiera estado por aquellas tierras, no probaba nada esa estancia. Se tranquilizó con el pensamiento de que Verónica era incapaz de matar. Pero, se volvió a rebatir con recelo: ¿qué sabía ella de la pasión desatada de Verónica? Retrocedió otra vez en sus cábalas, pues no podía aceptar en su interior que la pasión desbordada de Verónica llegara hasta el extremo de convertirse en árbitro de la vida y de la muerte. Antes se hubiera hecho daño a sí misma Verónica que provocarle el menor rasguño a Antonio, de eso estaba casi convencida. Pero a Beatriz no le encajaba que se hubiera atribuido la muerte de Antonio. Era una inculpación muy seria.

—Así lo veo yo también.

—Y yo. Pero sigo. —No tuve necesidad de rogarle— Amanecía cuando Beatriz decidió solucionar sus dudas. Telefoneó a Begoña y le preguntó si Verónica había estado en la Costa Brava cuando «lo de Antonio». Tras la conversación mantenida con la viuda, se quedó más confusa que al principio. Begoña le había dicho que sí, que fue Verónica a ver a Antonio, que hablaron a solas fuera de la casa y que cuando Verónica se marchó ocurrió la terrible muerte.

—O sea, que no fue Verónica quien empujó al muchacho.

—Eso parece. Aunque Beatriz se hallaba aturdida y, en su aturdimiento, se repetía las palabras de Begoña: «cuando Verónica se marchó». Eso había dicho claramente Begoña. No obstante, Beatriz se preguntaba de qué hablarían para que Antonio se precipitara al vacío. Por otra parte, por qué sabía Verónica que Antonio se había suicidado. Quizá no se fue de la Costa Brava, simplemente se escondió. ¿Sería Verónica quien empujó a Antonio al mar?

—Qué tremendo. Me muero de la impaciencia por conocer el desenlace.

—Que yo sepa, las dudas de Beatriz jamás llegaron a solucionarse, pues no volvió a ver nunca más a Verónica. Minutos después de que saliera de su casa, un automóvil la abrazó entre sus ruedas y la dejó sin vida.

30

Cuando Félix concluyó, estaba exhausto. Tomó un sorbo de vino que le quedaba en su copa y me miró con expresión desolada.

—Es terrible la historia que me acabas de contar. Y nos quedamos sin saber si Verónica tuvo algo que ver en la muerte de Antonio. Cuánto debió sufrir Carmen —manifesté, realmente conmovida por el relato de Félix.

—Ya puedes figurarte. Fue un auténtico suplicio para ella.

—Voy a preparar unos cafés. —Mi reacción fue pronta ante los signos de fatiga de Félix—. Debes estar rendido tras la tarde y la noche de ayer.

—Sí que lo estoy. Si no te molesta y no supone un abuso de familiaridad, no me importaría echar un sueñecito. Y el café lo tomamos luego, ¿vale?

—No se hable más, Félix —concluí mientras bajaba las persianas y dejaba el salón en penumbra—. Yo aprovecho y corrijo unos exámenes pendientes en la habitación —le anuncié mientras cogía la gruesa carpeta que contenía el volumen de Carmen.

—Me da reparo abusar de ti de esta forma.

—Calla y duerme, que solo hay abuso donde no existe consentimiento —le ordené mientras cerraba la puerta del salón y me llevaba el índice a los labios en una expresión que le rogaba silencio y reposo.

En mi cuarto, terminé de ligar todos los hilos de la larga confidencia que me había hecho Félix. Contrastaba sus palabras con las de Esteban y no coincidían. La información que me había proporcionado mi querido colega de matemáticas afirmaba que no existía en la vida de Carmen motivo alguno para la desgracia. Aparentemente —me había dicho Esteban—, todo le iba bien a Carmen y no se cernía ningún infortunio sobre su persona. Por tanto, alguno de mis dos compañeros mentía, o Esteban o Félix. Aunque vaya unas ganas de mentir sobre algo tan patente como es la existencia de un hijo, reconocido además por la propia Carmen en su cuaderno nacarado. Me refuté que era más que posible que Esteban no estuviera al tanto de los pormenores de la vida de

Carmen y desconociera toda su desgracia. Me había confesado el día anterior que no tuvo confianza con ella, solo una cordial camaradería. Lo más probable es que Esteban no supiera que Carmen fue madre de un chico que se le suicidó según todos los indicios; aunque, tras el relato de Félix, cabía la duda sobre si Verónica lo había asesinado. Por otro lado, es obvio que la gente no anda por el mundo publicando filiaciones y tragedias. Por eso, Esteban calificaba a Carmen como «mujer de días lluviosos». Le daba un halo poético ese sobrenombre, traducía la tristeza que tantas veces le había observado Esteban en su mirada, pues lo ojos son la parte de la anatomía humana a la que le resulta más difícil mentir. Con los nuevos datos que acababa de conocer, tuve claro que Esteban sabía muy poco sobre mi predecesora en el instituto, al contrario que Félix, en quien debía centrarme en mis ansias investigadoras.

Apaciguada con el análisis de los detalles que poseía hasta el momento, otro fuego se extendió por mi espíritu. Carmen indicaba en su confesión o relato titulado *Ajuste de cuentas*, leído por mí sin saber su trascendencia antes de la comida, que Begoña era la auténtica artista, no su hijo. Según el cuento de Carmen, Begoña creaba y Antonio se limitaba a ejecutar los bocetos de ella. Antonio debía su éxito como pintor a Begoña. Eso había deducido con claridad de la lectura.

Cogí el volumen nacarado y releí *Ajuste de cuentas*. No estaba confundida. Efectivamente, la madre mostraba de dónde procedía el genio de su hijo. Qué dolor debió experimentar cuando hiciera este hallazgo nada ético. O, tal vez, no ocurriera así, porque existen seres a quienes les basta el nombre y no la autenticidad, pero no me parecía que Carmen hubiera pertenecido a esta última categoría de personas. Quizá su hijo, pero no ella. De lo que le llevaba leído en el cuaderno y de los comentarios sobre su persona, no se deducía precisamente que Carmen fuera una aprovechada. En el cuentecillo o confesión *Ajuste de cuentas* me demostraba a las claras su ironía absoluta, su censura a la falta de escrúpulos de su hijo. Otro motivo más de sufrimiento en la vida de la mujer objeto de mi obsesión creciente. Concluí que debía investigar a fondo este nuevo enigma que se me abría, indagar sobre si fue o no pública la falta de talento de su hijo Antonio.

Retrocedí en el volumen y repasé el breve párrafo que, en un primer momento, supuse inspirado por un amante. La utilización

del nombre de Antonio resolvía de un plumazo mis dudas mañaneras. Estaba claro que era una queja de Carmen ante la indiferencia desapegada de su hijo. Con toda probabilidad, no tenía noticias suyas desde hacía tiempo, y ya se sabe que el tiempo de una madre se mide por relojes distintos a los convencionales. Lo cual me arrojaba un dato nuevo: Antonio se separó de ella psicológicamente antes de morir. No le escribía, no la llamaba por teléfono, no la informaba sobre su existencia. ¿En qué momento exacto se produciría la separación entre madre e hijo? ¿Antes o después del viaje a Italia de Antonio? ¿Antes o después de su boda con Begoña? ¿Cuándo descubrió Carmen que las obras de su hijo eran debidas al genio de Begoña?

Estos puntos oscuros me convenía aclararlos en el momento en que tuviera una oportunidad.

31

Decidí dejar de figurarme hipótesis. Todavía no tenía en mis manos todas las cartas de la baraja. En aquel juego, estaba condenada a perder hasta que no dominara bien sus reglas y consiguiera hacerme con los ases. Anticipar triunfos o soluciones sin preguntas correctamente formuladas, era tiempo perdido, un fracaso al que no estaba dispuesta a someterme. Correspondía ponerle un freno a mis adelantos fantasiosos, no deducir axiomas sin que los resultados de mi investigación me lo permitieran. No debía suponer falsedades, como me había ocurrido con el pequeño párrafo del volumen donde le presumí a Carmen un amante esquivo cuando se trataba de una queja ante la falta de noticias de su hijo Antonio. Más valía que avanzara en la lectura del cuaderno nacarado, aunque el avance me lanzara a nuevas cábalas e incógnitas. Con el tiempo, conseguiría enhebrar bien todos los hilos en sus respectivas agujas y distinguir por colores las bobinas que conformaban la vida de Carmen, me animé con entusiasmo.

El siguiente parágrafo que abría Carmen en su cuaderno, con una letra algo más agrandada y legible de la habitual en ella, también le había sido inspirado por su hijo Antonio. En este juicio, no me cabía ninguna duda. Era una nueva aproximación a la persona y a los sentimientos de su hijo. Con toda probabilidad y sin visos de equivocarme, aquella mujer dolida pergeñó una carta hipotética, una respuesta de Antonio frente al ninguneo del grupo de pintores que lo ignoraban de forma ignominiosa, un resoplido exhalado que bien pudo intuir en una más que verosímil gripe de su hijo. Podría haberle sobrevenido a Antonio tras el disgusto con su grupo de pintores amigos. No debía extrañarme, pues los virus se ceban en los humanos con mayor saña en situaciones de disgusto, en épocas de abatimiento y en contextos en los que la propia estima ha sido brutalmente pisoteada.

¿Alguna vez somos conscientes del mal que podemos infligir a los otros, nuestros compañeros de vida y de especie, nuestros espejos necesarios? ¿Alguna vez nos apercibimos que toda negligencia hacia un alma es una herida que asestamos a la propia?

¿Alguna vez nos detenemos a pensar que toda falta de respeto hacia nuestros semejantes es un pasaporte seguro hacia la depresión? ¿Alguna vez nos dolemos solos, por nuestra particular naturaleza, o es por la índole propia espoleada por los demás? ¿Alguna vez dejamos de ser sociables, incluso en nuestro fuero íntimo?

Fiel y literalmente, la carta expresaba:

Queridos, mis amigables moscones:

Sin pretenderlo y sin que lo esperen, me generan una respuesta a su breve misiva, porque de alguna forma me piden que escriba unas líneas contándoles de mí. Así lo entiendo y así lo hago, vencida la pereza inicial que me infunden las cartas. Aquí me tienen, raudo y veloz, sin dejar para mañana lo que se puede atender hoy. Además, ¿qué es mañana? Locura del misterio. Incógnita tapada. O la entrega de nuestros años a los jueces inflexibles que ofician nuestros sueños más queridos. Mañana las sombras correrán y difundirán sus espantos.

Centrándonos en el ahora, creo que es de noche. Un momento, abriré la ventana para no dejarles en la duda. Efectivamente, es de noche, y lo más posible es que sean cerca de las doce y media, pues acaba de pasar por la calle el mismo loco que siempre amonesta sobre esa hora a los malvados que quieren burlarlo. Pobre hombre, pobre borracho, pobre humanidad que genera estos seres indefensos.

En la faena, he quitado las alfombras de vivos y cálidos colores. Mis pies ya se han acostumbrado a prescindir de ellas, incluso del suelo, y buscan el aire, allí donde se hace denso, para convertir una frágil herida en el cauce idóneo de mi camino. Por otro lado, ha vuelto el exterminador con su cara de coral, y si antes comía lluvia en los espacios inundados y tormenta en la ladera del quebranto, ahora traga soles en la larga carretera y brisa suave en el valle floreciente.

Por cierto, se ha producido ahora mismo un ruido sordo que ha dado lugar a un estrépito en la noche. Acabo de comprobar que no es nada importante: una tormenta. Refrescará y limpiara los aires viciados de los últimos días.

Pasaré a contarles de mí, aunque sé que poco les importa mi persona o las circunstancias que le conciernen, pero soy yo quien escribo y mantengo mi importancia en primer término. Resulta que la gripe se fue de mis moradas, aunque dejó en mi azotea su punzante dolor de cabeza. Lo más lógico será que vuelva a por él y, compréndanme, temo que no podré evitar sostener con semejante señora una acalorada conversación.

Si me pongo literario, poético, lírico o fatuo, les diré que como un sueño errante camina mi anhelo. En estos días, se eleva y me abandona. Quisiera ir tras él, pero su viaje es tan secreto que ni siquiera me lo cuenta. Ya ven ustedes, me deja olvidado entre una serie de razones que apenas si me llaman, aunque digan los hombres que son buenas.

No más. Recuerden que hace poco tomé la decisión de no hablar sobre mi persona. Si ahora la he quebrantado es solo por un efecto de la fiebre que me oculto y, por qué no decirlo, por la esperanza suprema de verlos aparecer tras la puerta con una caja de bombones y miles de rosas, y poder pensar —al compás de una lágrima— lo maravill-osos que son, mis queridos moscones.

Ahora, y antes de pasar a la despedida, les daré una serie de sugerencias y consejos que, supongo, sabrán estimar en lo que valen:

1. ¡Corran! ¡Apresuren sus compras! ¡Acicalen sus personas de sedas o de andrajos según el último rebuzno de los popes de la moda! Deben lucir elegantes y presentables, dueños absolutos de la modernidad extrema.

2. No pierdan el tren de la última idea.

3. Si tienen que hacer la guerra, háganla sin medida. No aflojen. Apunten. Descansen. Revisen. Busquen el más sucio plomo y el odio más descarado. Y disparen, disparen con fuerza; seguro que lo desean ardientemente.

4. No miren. No cedan. No se relajen. No decaigan. No se rindan nunca. El mundo es de los victoriosos.

5. Aleguen que nunca se equivocan. Es más: no pueden hacerlo, pues ustedes son héroes e infalibles oráculos.

6. Nunca olviden que son los vencedores, la gloria de la tierra. Por tanto, caerán bajo el magnético brillo del oro, sus cabezas irán ceñidas por el triunfo y en sus hombros elevarán el vino del poder.

7. No piensen que pasean una belleza horrible y que llueven con una mirada que no es la suya. No crean que su luminosidad sea ajena a sus interiores o que confunden los colores más elementales.

Por último, no lloren con mi carta, aunque sea eso lo que estoy intentando. Soy solo un deseo estéril que se estrella, como tantos otros.

En el fondo, me muero y me hago astillas, y no siento horror, sino una felicidad dulzona debida a la creencia de que ustedes cosecharán los aplausos dementes de una manada de buitres. Brindo con mi jarabe por ese día tan importante para ustedes y solo les pido que, a través de esta carta, puedan llegar a odiarme lo suficiente como para que no se acuerden más de mí.

Mis queridos, mis amigables moscones, hasta nunca.

32

No pude seguir con la lectura del volumen de Carmen porque noté la primera vibración del móvil en el bolsillo de mi chaqueta de hilo. Me precipité a cogerlo antes de que se iniciara su timbre, no fuera a despertar a Félix con su alta sonoridad. Tengo la costumbre de decidirme por un tono muy elevado en estos minúsculos aparatos sin los cuales ya no sabemos vivir. Mi particular apéndice de conexión con el mundo se inicia en su reclamo con tres leves sacudidas, de forma que, si lo llevo encima y el ambiente es silencioso, no estalla en las posteriores estridencias acústicas. Porque lo tengo dispuesto para no evadir su invocación urgente, para apresurarme en atenderlo ante su comitiva de estímulos ruidosos. Al principio, es tímido en esos tres temblores imperceptibles para la oreja y solo idóneos para el tacto. Después, se engríe y, en cuestión de unos escuetos segundos, estalla en un juego de fuegos artificiales sonoros, que se encabeza con un *allegretto* que da paso a un *allegro*, el *allegro* llama a un *vivo*, el *vivo* culmina con un *vivace*, y el *vivace* se corona con un *presto* que, en su excitación, acaba en *prestissimo*. Cuando concluye esta orgía auditiva, repite la melodía *ad libitum* o *a piacere*. Así se extiende, tenaz en su cortejo, durante dos interminables minutos. Como para no lanzarse sobre él y rendirle pleitesía inmediata.

Se trataba de Toñi. Nos habíamos intercambiado los teléfonos al despedirnos el domingo. Ambas deseábamos seguir en contacto al margen de nuestro común amigo Álvaro y de su panda de secuaces.

—¿Celia?

—Sí, soy yo —respondí sin saber quién se hallaba al otro lado de la línea. La voz de Toñi era nueva para mí a través de aquel mínimo artefacto.

—Hola, Celia, soy Toñi. Te llamo porque quedamos en ello. Disfrutamos mucho el domingo y podríamos repetir las andadas, ¿no te parece? —balbuceó tímida y precavida, con toda probabilidad algo cortada. Los motivos de su turbación podían ser infinitos, como el pusilánime de haberse anticipado y ser la primera en telefonear a la otra, la conjetura temporal de si era muy pronto

en nuestra recién estrenada simpatía para semejante atrevimiento, la suposición psicológica sobre si mostraba una excesiva avidez que yo pudiera atribuir a una soledad profunda o a una falta de amistades, o cualquier otro sazonado de los peculiares escrúpulos que se le hubieran generado. Las mentes de los humanos suelen ser muy creativas en esto de buscar causas a la vergüenza.

—Hola, Toñi. Qué alegría. Mañana mismo pensaba yo llamarte —le contesté sin mentir, porque era cierto que así lo había previsto cuando nos despedimos el domingo por la noche. Independientemente de mis ansias investigadoras sobre la persona de Carmen Vidal, estaban las lúdicas. Me había reído con Toñi y ese era un motivo más que adecuado para desear su compañía. Reír con alguien o reírse de uno mismo siempre ha sido, a mi entender, uno de los desahogos más útiles de la inteligencia y, sin ninguna duda, presupone la misma en grado magnánimo.

—Pues me he adelantado —exclamó con un suspiro de alivio, con toda seguridad debido a mis palabras amables y sin tensión de ningún género. Los aparatos tecnológicos que nos sirven para el intercambio con nuestro prójimo, como el teléfono o el ordenador, gozan de la extraña magia de traducir nuestra sonrisa o nuestro fastidio, nuestra espontaneidad o nuestra tirantez. No me era difícil intuir que Toñi había titubeado en hacer la llamada, había dado mil vueltas a la idea y había sopesado su conveniencia, no fuera a ser que a mí me importunara con la misma. Todavía se hallaba impreso en su alma mi desinterés hacia su persona en los meses de atrás, cuando solo la consideraba otro bufón más que hacía número en la corte de Álvaro—. Como comentaste que a ver si quedábamos hacia la mitad de la semana…

—Por supuesto que sí, Toñi, ¿qué te parece mañana mismo, sobre las siete? —le propuse. Un miércoles por la tarde era más que adecuado para quedar con una amiga, tomar unas tapas, pasear y charlar. El miércoles, día embutido en la mitad de la semana, era más que oportuno para romper el ritmo del trabajo y brindar al cuerpo unas horas de ocio en buena compañía—. Hoy no puedo, me es absolutamente imposible. Ya me he comprometido con un compañero del instituto esta mañana. Vamos a tratar unos asuntos de trabajo que nos afectan a los dos —reforcé acordándome de Félix, sin remordimientos por la mentira sobre las cuestiones laborales inventadas, consciente de que mi actuación era la correcta, pues no le iba a soltar que tenía en casa al jefe de estudios

de mi instituto hecho un trapo por su recientísima separación matrimonial.

—Por mí, sin problemas. También me viene mejor quedar mañana. Me voy ahora con mi madre. La acompaño a comprarse un vestido. Te llamaba para fijar la cita para mañana, a ver si podías mañana, así que estupendo.

—Pues fijada queda sin problemas. Y disfruta de tu madre mientras exista. No la arrincones. Que nada ni nadie sea más valioso para ti que ella. Cuando se van, se echan mucho de menos y nos vienen a la memoria la cantidad de veces que pudimos estar a su lado y no estuvimos. Postergamos este goce sincero por otros motivos menos importantes —le recomendé desde el conocimiento que poseía de situaciones similares, de amigos que se achacaban esta postergación perenne de la familia en pos de otras compañías más efímeras, cuando no de meros compromisos sin importancia.

Aunque no había hablado por mi propia experiencia, pasó por mi mente el recuerdo de mis padres. Los perdí siendo aún muy joven, pero ya adulta. Por desgracia, ambos fallecieron juntos en un terrible accidente de carretera. Iban felices en un autobús con un grupo de amigos. Su destino era Barcelona. Su ilusión, conocer el modernismo catalán en vivo, la impresionante arquitectura de Antonio Gaudí, el genio que ya los había apresado para siempre en viajes anteriores, a los que se apuntaban con júbilo junto con otras parejas con quienes se hallaban bien avenidos. Habían sucumbido al encanto de Gaudí en Comillas, con su exquisito *Capricho*, y en León, con la Casa Botines, ese palacio calcáreo con sus torres fortificadas que tanto le recordaban a mi padre a las del Alcázar de Segovia. Deseaban contemplar a Gaudí en su tierra, la que atesoraba la mayor parte de su obra, suspirar de admiración ante la fantasía de sus características fachadas y de sus elementos decorativos, como el cromatismo de los alegres azulejos que usaba, su original cruz de cuatro brazos, sus dragones mitológicos, sus columnas helicoidales, sus bóvedas tabicadas, sus interiores civiles importados del mundo de los sueños y sus bosques plagados de caminos serpenteantes y animales fabulosos. Los días previos a la excursión planificada a Barcelona, mis padres no paraban de soñar con el neogótico de las torres cónicas de la Sagrada Familia, con la naturaleza colorida del Parque Güell y con las formas bizantinas del Palacio del mismo nombre, con las ondas ascendentes de la Casa Batlló, con las formas curvas de la piedra de la Casa Milà o La Pedrera —como

popularmente se conoce—, con el orientalismo y la cerámica de la Casa Vicens, con el acento barroco de la Casa Calvet. También viajaba en sus proyectos la contemplación del no menos admirable Lluís Domènech i Montaner, con su soberbio Palau de la Música Catalana o el histórico Hospital de la Santa Creu i Sant Pau. Lo que nadie podía predecir era que su cita no era con el arte, sino con la amarga muerte. Las Moiras griegas o Parcas romanas —Cloto, Láquesis y Átropos— los aguardaban escondidas en un despiste del conductor, en una cabezada de cansancio que acabó con el autobús despeñado y con la vida de casi todos sus ocupantes.

—Entonces, nos vemos mañana a las siete de la tarde. ¿Dónde te viene bien?

—¿Qué te parece en la plaza de Santo Domingo, junto al ficus? —le propuse, porque me hacía especial ilusión quedar allí, junto al árbol centenario sobre el que me sentaba en mi época de estudiante, apoyado mi cuerpo en la base de su tronco enorme y adaptados mis pies sobre sus espectaculares raíces. En la actualidad, y desde hace ya mucho tiempo, se halla acordonado en prevención de hipotéticos ataques violentos, sean de sus ramas sobre los viandantes, sean de estos últimos contra todo un símbolo de la ciudad. Entiendo que se preserve un árbol plantado en 1893 y que es toda una insignia para Murcia, pero me apena que las nuevas generaciones no experimenten la sensación sublime de descansar bajo su cobijo.

—Por mí, un sitio estupendo. Vivo muy cerca de Santo Domingo, en la calle Granero —exclamó Toñi con alegría.

—¿La calle Granero? No caigo ahora mismo dónde está.

—Muy cerca de la iglesia de San Lorenzo y de La Merced. Es una perpendicular entre la calle del mercado de San Lorenzo y la calle de Correos. La paralela a donde antes estaba el bar y restaurante Rambla.

—Uf, el Rambla… Allí le gustaba mucho ir a mi padre cuando yo era pequeña. —Me ubiqué al momento—. Zona muy céntrica, sin duda —murmuré mientras cavilaba sobre cual sería de las dos calles que me venían a la memoria—. Claro, ahora caigo cuál es tu calle, por eso coincidimos el domingo —dije casi para mí misma.

—Seguramente. Es mi barrio, Celia. Mi barrio de toda la vida. Siempre he vivido aquí.

—¡Qué suerte poder permanecer en un barrio con solera! El mío era Santa María de Gracia. Allí tenían la casa mis padres y allí crecí —proclamé con orgullo. Aunque el barrio de mi niñez y de mi

juventud era mucho más joven que el de San Lorenzo y nunca había sido la médula espinal de Murcia, su desarrollo en el siglo XX lo había convertido en uno de los lugares favoritos de los murcianos para vivir, a un paso de los grandes focos comerciales de la ciudad, dada la expansión de esta hacia el norte, y situado en una zona óptima, céntrica y, a la par, tranquila. Pensé que fue una pena no haber encontrado una casa a mi gusto allí, en mi barrio de toda la vida, donde se guardaban los juegos de mi infancia y mis sueños juveniles.

—No te creas que todo son rosas en estos barrios. Al menos, en el mío. Son ruidosos, en especial durante los fines de semana. Ya sabes que, donde vivo, es zona de marcha para los jóvenes. Pero no me quejo, porque siempre me ha gustado y no cambiaría este barrio por ningún otro.

—¿Es tuya la casa? —le pregunté sin curiosidad, porque me daba lo mismo que fuera suya o alquilada, de alguien de su familia o de un amigo.

—No, de mi madre. Vivo con ella. Al ser la única hija soltera… Además, está la mujer muy mayor para vivir sola.

—Claro. Lo entiendo. Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana.

33

Cuando apagué el móvil, agucé el oído y medí en las ondas del apartamento posibles indicios de rumores. Por fortuna, parecía que Félix no se había despertado. Suspiré aliviada. Había puesto un especial empeño en asistirlo en su desamparo en aquel primer día en que su existencia había dado un giro radical, el cambio que él tanto ansiaba. Necesitaba reposo. Por ese motivo, cerré la puerta de mi cuarto nada más atender el teléfono y me esmeré en que mi voz fuera baja en la conversación mantenida con Toñi, casi un susurro.

Tranquila por la quietud existente, volví al volumen de Carmen Vidal, a ver qué me deparaba en sus siguientes párrafos. De una extensión corta, el apartado que me tocaba por orden discurría sobre la acuciante preocupación que le había leído en los últimos. Con lenguaje poético, penaba por su hijo Antonio. Reconocía que él se había dejado olvidado el dolor de la falta de inspiración pictórica y de estímulo externo entre los túmulos y las máscaras que, poco a poco, elevó y adoptó desde sus escasas energías. En su último año, Antonio no halló sitio estable ni hecho sufrible por más de tres lunas. Los lugares y las personas lo hastiaban pronto. El tedio se apoderó de su alma sin piedad. La quietud afectiva lo acogió en su mundo detenido. Y él no supo si entusiasmarse ante la evasión de lo fijo y perenne o herirse a sí mismo en un llanto de desertor solitario.

Aquel muchacho hermoso y sensible, el eje de su vida, quien justificaba en la existencia de Carmen todos los sinsabores padecidos, vagó durante unos pocos lustros su efímera permanencia, pero nunca, nunca consintió en retroceder a una zona ya pisada.

Antonio era una sombra en sus últimos meses, antes del espantoso suicidio. Llevaba golondrinas en sus tardes y palomas en sus lluvias. No se desprendía de ellas. No las tiraba por la borda como el insensato que se desprende de su más valioso tesoro. Pero existían huecos de abandono en el fondo de su voz, en sus ojos que enhebraban de preguntas a la luna. Se enredaba en la soledad más pavorosa, aquella que siempre está rodeada de personas y no

conoce un resquicio para el silencio. Consumía sin ganas la llama de su antiguo impulso, que provenía de una vela diminuta y solo accesible para unos dedos que quisieran quemarse, tal vez los torcidos dedos de Begoña, tal vez. Con lágrimas nunca visibles, Antonio intentaba percibir un destello de su débil imagen, para recordarla cuando ya su altura se hubiera disipado y solamente fuera un sueño esparcido entre los hombres. Era un Tántalo condenado por una generosidad que lo dejó seco, por una candidez que lo arrojó a la esterilidad más absoluta, a la muerte y a la eternidad rumiadora de los anónimos, a una infinitud poblada de amargura.

No se explicaba Carmen que su hijo hubiera caído en las mismas faltas que había repudiado con tanta pasión y de las que se había fugado furioso cuando su fe lo sostenía como a un héroe. No entendía que no se hubiera mirado dentro, que lo hubiera sometido Begoña con unos brillos inexistentes, con unas argucias deplorables. Aquella mujer lo había vampirizado, de eso no le cabía duda a Carmen. Lo sedujo con ficciones sobre su propia persona para, después, aprovecharse del poco nombre que su hijo había conseguido con su propio esfuerzo. Así lo demostraba un juicio sobre propiedad intelectual que tuvo lugar tras la muerte de Antonio. Begoña no era trigo limpio. Le vendía a Antonio como suyo lo que de él recibía. Y lo sabía hacer con sutileza, porque era una mujer hipnótica, muy hábil en el manejo de las emociones y toda una artesana en maniobras que envolvían a Antonio en la realidad que ella quisiera. Aquella holgazana de apariencia hermosa tejía su manto de palabras en las cosas queridas que inundaban a su hijo y, cuando este respondía alborozado a los estímulos de lo predilecto en boca de su mujer, ella fichaba el aluvión de imágenes y el desfile de símbolos. Antes de que él los plasmara, ya Begoña hacía su labor infernal y la estrellaba ante el llanto estéril y lastimero de Antonio, no tan rápido en ejecutar sus quimeras, no tan memorión con respecto a sus propias visiones e inventivas. Por eso, Antonio evitaba al final de sus días estar en la sola compañía de Begoña y se imponía multitud de compromisos o de quehaceres estrambóticos. Ella era la destrucción cuando deseaba ser la obra. Los demonios ocultos de un pasado, su turbio y tormentoso pasado, la habían sometido a su poder maligno y devastador. Intentaba huir de sus presencias y se perdía tanto en su noche perenne como en sus palabras sibilinas.

Su pobre hijo vagabundeó durante sus últimos días sin saber que a la muerte solo se la vence en la misma muerte, pero no en la muerte física, sino en una muerte metafórica que propine un golpe mortal a todo lo que nos mata por dentro, al parásito cobarde que nos engaña en nuestra alma.

34

Cuando concluí el apartado de prosa poética en el que mi predecesora en el instituto se lamentaba por la suerte de su hijo, me quedé confundida. Carmen me había servido nuevos detalles que implicaban dar un giro a mi pensamiento, a mis suposiciones anteriores. De su reflexión lírica y atormentada, se deducía que el fallecido Antonio jamás plagió a Begoña, sino que fue esta, con artes ocultas y con malas mañas, quien le vendía a él, como propias de ella, las íntimas y más originales ideas del muchacho, disparadas en el maremágnum del verbo inspirado del joven vilmente estafado por sus amigos y por su propia pareja.

Qué terrible debió ser toda esta historia para Carmen, qué dolorosa. Incluso, hasta después de la muerte de Antonio, fue mancillada su memoria en un pleito iniciado por Begoña y que, a todas luces, según se desprendía de la congoja de las palabras de Carmen, había ganado la plagiadora. Cómo tuvieron que afligirse Carmen y su marido Jorge. Una nueva bofetada de la fatalidad los sacudía sin compasión.

Andaba absorta en estas cavilaciones cuando escuché la descarga de agua de la cisterna del retrete. Me asomé al pasillo con prontitud. Félix me saludó con una sonrisa encantadora, una de esas sonrisas tiernas y maravillosas que tienen la virtud de hacer que nos sintamos estimados por quien nos las regala y nos colocan en un pedestal imaginario que nos reconcilia con nuestra propia hechura.

—Sigue durmiendo. Apenas has estado poco más de media hora —le dije con suavidad.

—Llevo despierto un rato.

—¿Por mí? Hablaba por teléfono hace unos minutos y suponía que lo hacía en voz baja, que no se me escuchaba.

—Ni me he enterado, Celia. No te preocupes, no has sido tú.

—¿Quieres un café?

—Ahora sí te lo acepto con gusto. Tú lo preparas y yo friego los cacharros de la comida, esa es la condición.

—Pues vamos a ello —exclamé con alegría, de pronto contenta por compartir mi intimidad con aquel ser atractivo y amable.

Cuando se vive sola y hace tiempo que no se ha tenido una relación tierna y pasional con un hombre, la naturaleza nos infunde alas invisibles si uno cae bajo nuestro amparo. Entonces, los ojos adquieren un brillo magnético, las pupilas se dilatan y el cuerpo se esponja, abriendo todos sus poros al objeto de nuestro hechizo.

Los nervios por su estancia en mi casa habían desaparecido totalmente. Me alegraba de su presencia y de su proximidad afectiva.

35

La cocina de mi apartamento se convirtió en un improvisado escenario de seducción. No fue tanto por las palabras emitidas, alegres y triviales, como por las miradas que nos cruzábamos Félix y yo, unas miradas que se volvieron fijas y acariciadoras. Si nos sosteníamos la mirada, era un placer sublime y bien sabíamos que no nos engañábamos con tanta compostura. Nos lo decíamos todo con los ojos. Era consciente del hechizo que nos envolvía, del peligro de aquel ambiente de deseo para ambos, pero no lograba evadirme de él para que la razón prevaleciera, pues otras fuerzas poderosísimas habían tomado el dominio de mis actos y el manejo de mis gestos. No era dueña del torbellino que se había desatado, aunque lo identificaba perfectamente y lo discernía como idóneo, porque la pasión tiene la virtud de maniatarnos las neuronas y otorgar el mando al cuerpo, al casi siempre silenciado cuerpo que, entonces, se impone con argumentos perentorios y con sutilezas arrebatadoras que la mente divisa desde una atalaya desigual y resignada. Ante determinados impulsos, al juicio no le queda más camino que el de replegarse y observar en suspenso y fascinado, partícipe a su modo del placer desatado sin riendas.

Decidimos tomar el café cómodamente sentados en el pequeño sofá del salón, muy cerca el uno del otro.

—¿Pongo algo de música? —le pregunté nerviosa mientras me levantaba camino del lector de discos, sin aguardar su respuesta.

—Suave, por favor —me rogó con los ojos incendiados de deseo.

Elegí unos conciertos de cámara de Vivaldi, pues mi preferencia por el barroco era un distintivo personal que quería mostrarle con orgullo a Félix. Tomamos el café envueltos en esa música sublime mientras la conversación se iba volviendo más y más íntima, hasta el instante en que me pasó su brazo distraído por los hombros y, con una mirada profunda y sostenida, me expuso su irreprimible atracción hacia mí, sentida desde el primer día en que nos presentaron.

En aquellos minutos de apetitos disparados y exigentes, no quise resistirme a mis impulsos. Estaba herida de deseo, totalmente

entregada a la fascinación del momento. Le respondí en términos similares y, como dos niños embriagados, nos abrazamos y nos llenamos de besos mientras las palabras fluían como caricias.

—Tenemos que conocernos mejor, poco a poco. Aún hay cosas mías que no sabes y quiero que estés al tanto de todo —me decía entre beso y beso, y yo, embargada de felicidad, suponía que no sería nada de importancia o que no conociera, y seguía mascullando tonterías entre caricia y caricia. En todo caso, ya me contaría todo lo que se le ocurriera más adelante, conforme las circunstancias lo demandaran.

En el rubor de los abrazos y en la cumbre de los besos, nuestros cuerpos se inflamaron como antorchas dóciles a su destino, el del fuego. Durante unos segundos, mi mente me lanzó la voz de alarma: «¿En qué lío te estás metiendo?». La desatendí sin dudar. Sus clamores no eran tan poderosos como la embriaguez avasalladora que me invadía.

Avivamos el fuego sin trabas. Ya de pie, sin permitir que nuestras bocas se separasen, dejamos un rastro de prendas viudas hasta el dormitorio. Deseaba lo que iba a pasar, no podía negármelo, pero lo temía en algún recodo inoperante de mi ser. Me olvidé de las previsibles censuras posteriores, de las recriminaciones venideras de la razón. Estaba claro que, en aquellos instantes, mandaban otras instancias más urgentes.

—Celia, Celia —susurraba Félix en su arrebato—. Eras tú lo que me faltaba.

—Anda, bribón, si tu vida estaba llena, si hasta podría afirmar que eras feliz —le contesté en tono cariñoso y sin autorizar a mis manos para que se desligaran de la caricia en la que estaban entretenidas.

—Si hubiera sido dichoso, no me habría enamorado de ti. Algo me debía faltar. Eras tú, querida Celia, tú. Por favor, no te niegues la felicidad que te observo —concluyó a mi oído en tono ronco mientras colocaba su cuerpo en la postura más idónea para que nos fusionáramos con apetencia desmedida.

Fue un encuentro amoroso sublime, lleno de pasión y de ternura. En mi interior, otra vez surgía la esperanza, o, como diría aquel francés que se dedicaba a filosofar, «la cochina esperanza». Tras atravesar anchos desiertos y regiones umbrías, otra vez la esperanza.

36

Tras la satisfacción de los deseos perentorios, Félix y yo permanecimos en la cama durante un buen rato. Estábamos tiernamente abrazados, con las palabras huérfanas, recluidas en los reductos inviolables de nuestras propias reflexiones.

Sentía miedo, miedo al amor, a la relación que acababa de complicarse. Era incapaz de admitir que me había enamorado de Félix en algún momento previo y no precisamente por lo que acababa de pasar entre nosotros, aunque también ayudaba y aportaba su granito de zozobra. No podía ser que fuera cierto lo que había ocurrido. Aquel hombre era peligroso para mí. ¿Acaso no era conocedora de los desvaríos de los recién separados? No podía engañarme, ni tan siquiera con respecto a mis propios sentimientos y emociones. Había sucumbido a la pasión, eso era todo, concluí en la anarquía perpleja de mi espíritu. No tenía mayor importancia. No pasaba nada. ¿Qué iba a pasar? Era solo una amistad que había traspasado una línea en un momento de arrebato ardiente. Debía estar tranquila, incluso permitirme el reconocimiento de que Félix me gustaba, y mucho. Me atraía como hombre con una fuerza imperiosa, no iba a negármelo.

—Qué callados nos hemos quedado, querida mía —me dijo con dulzura y despertó mi asombro por el uso de ese *querida*.

—La relajación tras la batalla —asentí con mansedumbre.

—Será eso.

—Félix, este juego es peligroso, sobre todo para ti.

—¿Por qué?

—Estás en un momento emocional muy delicado.

—No tanto como supones, Celia. La ruptura de mi matrimonio se veía venir y sabes que la deseaba con toda mi alma. Solo me faltaba el coraje para dar el paso. Ayer saltó la chispa entre Lali y yo y ha sucedido lo que tenía que pasar —apuntó en un tono sereno, incluso distanciado, como si hubiera transcurrido mucho tiempo desde su ruptura matrimonial.

—Como ahora entre nosotros. Saltó la chispa.

—Ah, esta chispa es diferente, querida mía. Esta es una llama

que lleva al paraíso, a la gloria —exclamó con todo el fervor posible.

—Ya ves, considero que es muy pronto para ti. Deberías darte un tiempo de reflexión.

—Todo estaba ya más que reflexionado, más que medido. Dime, ¿pronto para qué?

—Pronto para que te enredes y, de paso, me enredes a mí en aventuras. Debemos ser prudentes.

—¿Pero qué tonterías dices? Esto no es ninguna aventura. Lo que siento hacia ti es amor verdadero. Soy incapaz de ser frívolo con estas cosas.

—Pues a mí me va la frivolidad —le apunté con toda la intención, por una parte para restar importancia ante mí misma al escarceo erótico y, por otra, para que no anticipara sentimientos en los que no deseaba verme implicada. Necesitaba huir de cualquier idea que enlazara la atracción con el amor. Pretendía quitarle trascendencia al asunto, despojarlo de toda espiritualidad, desnudarlo de palabras grandilocuentes. Debía protegerme ante un previsible resfriado romántico, pues a mí esos percances sin importancia se me complicaban en largas neumonías de las que me costaba recuperarme y, aun repuesta, dejaban sus secuelas en mi ser de forma imperecedera.

—Me desconciertas con tus palabras. No te suponía esta forma de ser tan fría, tan cerebral —se quejó Félix, realmente inquieto.

—¿Cómo me supones tú?

—Como te ve mi corazón, querida mía, como te ha visto siempre. Como una mujer sensible, atractiva, inteligente, culta, educada, afectuosa y dulce, con mucho amor y con mucha ternura escondidos para ofrecer a quien los merezca. No me digas que no eres así —me imploró.

—Bueno, Félix, me has dejado desconcertada con tus apreciaciones sobre mí. Te agradezco los calificativos tan generosos, pero no es oro todo lo que reluce. No soy un monstruo, pero tampoco soy un ángel. Tengo muchos defectos y muchas carencias. Vivo sola desde hace innumerables años. Esa circunstancia imprime su marca y te llena de pequeñas manías, como es, por ejemplo, la defensa de la autonomía absoluta y el reclamo de la independencia como el más estimado de los bienes. No soy persona que admita las ataduras. Ante la disyuntiva libertad o seguridad, siempre he optado, opto y optaré por la primera. No existen concesiones en mi

alma a este respecto. En fin, ya nos descubriremos el uno al otro poco a poco, como tú mismo has dicho antes, mientras andábamos en el revolcón —le concedí y me advertí a mí misma, pues me hallaba desarmada por esos «querida mía» que acariciaban zonas dormidas de mi espíritu—. Anda, no te pongas serio, cuéntame lo que te parezca —continué en un tono más dulce—. Por ejemplo, a qué te referías antes con la expresión de que había cosas tuyas que yo no conocía y deseabas que estuviera al tanto de todo.

—Pues a eso, Celia, a intimar los dos, a abrirnos el uno al otro, a conocernos a fondo, despacio. Está claro que, hasta hace unos momentos, con nuestra sola amistad, no había entre nosotros una base sólida para demasiadas confidencias. ¿Cómo iba a declararte cuánto te amaba, querida mía? —se defendió de mi asedio desapegado al compás que se incorporaba y me rodeaba de nuevo con sus brazos y me besaba con una renovada energía.

—Félix —exclamé ya entregada.

—¿Qué?

—¿Otra vez?

—Y las que nos pida el cuerpo, querida mía. No sabes las veces que he soñado con este momento.

—¿Tantas han sido?

—Desde que apareciste por el instituto. Toda esta pasión la llevo contenida y alimentada desde hace muchos meses.

—Algún desfogue habrá encontrado. —Ironicé sin poderlo remediar, porque quien realmente había estado privada de los placeres amorosos compartidos era yo, y no desde hacía unos meses, sino desde hacía muchos años, siete con exactitud, que hasta miedo me daba a mí misma cada vez que era consciente de este detalle numérico. Pero la libertad tenía sus desventajas; entre ellas, la ausencia de un cuerpo amado donde ampararse de los sinsabores de la vida y donde beber el néctar de los dioses.

—Me dejas confundido y consternado —me respondió mientras se desasía del abrazo y se sentaba en la cama con expresión lastimera—. Entre Lali y yo hace años que no ha existido nada. Y cuando digo *nada* es nada, incluidas las relaciones sexuales.

—Tranquilo, Félix, no quería ponerte triste ni que me dieras explicaciones íntimas —lo consolé mientras me incorporaba en la cama y lo cobijaba en un sentido abrazo—. Solo que me cuesta admitir que no hayas tenido algún lío en toda esta época de sequía —volví a la carga, si bien con un tono más dulce.

—Prefiero no responder —dijo desolado.

—Perdona. Me estoy metiendo donde no debo. Pensarás que soy una vulgar inquisidora y no es así —reaccioné mientras lo abrazaba y buscaba su boca con codicia. En el fondo, ¿qué me importaban a mí sus andanzas con el género femenino? No entendía cómo había mostrado mi carácter semejante faceta cotilla. No era propia de mi forma de ser y estaba dispuesta a sepultarla de una vez por todas. Jamás he soportado las pesquisas amorosas que indagan sobre los enredos lascivos en las relaciones de pareja. A determinadas edades, cualquier pregunta sobre este tema es de una ingenuidad visible y de un mal gusto vergonzoso. Cualquiera es consciente de que una persona adulta ha lidiado los turnos de la pasión que la vida le ha deparado con más o menos derroche, lo mismo que los ciclos amorosos que le hayan tocado en el sorteo del afecto. No caería en más infantilismos ridículos ni me fustigaría a mí misma por abandonarme al deseo que ya me reclamaba otra vez.

Me ceñí al cuerpo de Félix con fiereza, como si fuera la única tabla de salvación existente tras el naufragio de mi barca. Alta mar se había convertido en un lugar peligroso para los solitarios.

37

Cenamos fuera, en un pequeño restaurante francés que se hallaba cerca de mi casa y, por tanto, también cerca del instituto. De ahí que Félix lo conociera y coreara mi sugerencia como la más idónea. Era de su agrado la elección hecha por mí. De todas formas, pocos sitios más teníamos para escoger en los alrededores.

El coqueto y romántico restaurante, de inspiración provenzal, lo regentaba una señora entrada en años, muy pintarrajeada. La dama era repulida y un tanto agria. Intentaba la amabilidad con una sonrisa que le deformaba el rostro en una mueca confusa mientras paseaba entre las escasas mesas del comedor con pasos mayestáticos. Se acercó la *madame* a la que habíamos seleccionado en un rincón tranquilo, muy oportuno para las confidencias de los amantes. A través del exceso de carmín, se abrieron camino sus palabras, claramente adornadas del acento de su nación, y nos proporcionó la carta vigente. Pedimos un tinto de Burdeos y varias especialidades de La Provenza para compartir. Al amparo del vino, nos aislamos del influjo maléfico de la francesa.

—Venga, cuéntame tu vida —animé a Félix con júbilo. No podía engañarme y estaba deseosa de saber algo más sobre su persona. Los únicos datos que conocía de mi amante eran los evidentes: jefe de estudios de un instituto, casado con un florero social y con dos hijos, un chico y una chica.

—Pues prepárate, que la historia es larga y muy enrevesada —anunció sonriendo.

—Me apasionan las historias largas y complejas. Con lo buen narrador oral que eres, seguro que el disfrute lo tengo asegurado. Soy toda oídos.

—¿Y por dónde comienzo?

—Por donde se te ocurra. Remóntate al principio y, así, te será más fácil. Además, siempre es para mí un placer escuchar las infancias narradas por las personas a quienes les tengo estima.

Félix volvió a sonreír y adoptó el orden cronológico que le había sugerido. Se retrotrajo al mismo momento de su llegada al mundo. Como si se tratara de un cuento, me refirió que nació en esta

Murcia luminosa y húmeda tras diez meses de engorrosa formación en el seno paciente de su madre, de nombre Alma. Un gran esfuerzo, sostenido durante más de veintiséis horas, tuvo que desplegar la delicada Alma para decidirlo a nacer. Corrían tiempos de silencios decretados por un dictador tembloroso y con aires de abuelo mal de la cabeza. Contra el pronóstico de la familia, Alma no parió la hembra esperada entre profecías de hermosura, sino un niño llorón y pendenciero, un pequeño que acababa con los nervios de cualquiera por su afición a los berrinches. La muerte prematura de su padre, a los pocos días de su primer llanto, cercenó la posibilidad de la niña deseada por la corte familiar y a Félix lo dejó como la única prueba palpable del paso escueto y tímido por la vida de un jardinero utópico.

Ante su orfandad y por prescripción de su grave y eminente tío Donato, apenas se hablaba en presencia de Félix de su padre, atropellado por un camión a la lozana edad de diecinueve años. Ya muy crecido, Félix llegó a conocer algo sobre la historia de su progenitor a través de las palabras de su abuelo. Fue su padre un joven silencioso que profesaba un gran respeto a la botánica, a la que había dedicado todos los ímpetus de su corta vida, incluso adoptándola como oficio. Sumaba trece años su tierno padre cuando quedó huérfano por culpa de un incendio del que el niño se libró por su afición a los jardines, ya que se escabullía de la casa paterna por las noches para velar el mustio rosal de una viuda. Desaparecidos sus padres, hermanos y escasos parientes, el padre de Félix fue acogido en un hospicio próximo a la casa de los padres de su madre, la dulce y soñadora Alma. La cercanía debió propiciar los amores con ella, que prosperaron lo mismo que las flores que plantaba con entusiasmo por los alrededores del orfanato. Cuando Alma divisaba al joven, sentía escalofríos en la nuca, hormiguillas en las piernas y un aguijón de polluelo a la altura del estómago. Se enamoró sin fisuras de él y, contra el criterio de su estirado y clasista hermano Donato, Alma unió su suerte a la del flamante jardinero, pobre en fantasías mercantiles y rico en ensoñaciones poéticas.

El tío Donato, hermano mayor de su madre y presunto guía espiritual de la conciencia de Félix tras la muerte de su padre, era entonces un humilde proyecto de industrial en el negocio de las conservas de su suegro. Envejecido prematuramente por perseguir sin reposo el cuerno de la abundancia y aguantar las jaquecas de su

nunca amada esposa y la indiferencia general de la familia, su única virtud radicaba en haber engendrado una criatura deliciosa: la prima Esmeralda.

Su hermosa prima Esmeralda fue la primera persona del género femenino en la que Félix reparó de modo diferente a como lo hacía con el resto de criaturas de esa variedad vistosa de la existencia. Ella jugaba a ser mujer bajo el auspicio de un modelo caduco y con polillas. Se ungía la niña de un nombre antiguo y sonoro, como Leonor, Lucrecia o Elvira, y de una blanda entrega de gracia decimonónica y se transmutaba en un lirio para los vestidos del armario, en una tímida rosa en la hora del crepúsculo y en un fantasma que poblaba por las noches las fantasías viriles del pequeño Félix. La prima Esmeralda tuvo la virtud de ser piadosa con la existencia de Félix y, lejos de guardarle rencor por no haber nacido chica para acompañar sus liturgias de mutante, le tendía asilos de amistad y afecto con sus lánguidos guiños cómplices. Fue una lástima para Félix que, conforme fue creciendo la chavala, se contagiara del virus simplón y aristócrata de la madre y del postizo orgullo del padre. Su altiva enfermedad consiguió que Félix se apartara de ella antes de conseguir su anhelo secreto: contemplarla desnuda.

Félix creció a la vez que su barrio. Escalaba centímetros deprisa, envuelto en el cariño triste de su madre, desolada entre las huellas nocturnas del recuerdo de su padre y las diurnas de los consejos del tío Donato. Pero no duró mucho a su lado para protegerlo, ya que un mal de sueño acabó con la melancolía de Alma cuando Félix aún vestía pantalones cortos. Las últimas imágenes que conservaba de su dulce madre eran similares a las de un cuento que leía entonces: *La bella durmiente*.

Por fortuna, y ante el terror que le generaba la posibilidad de que su tío Donato se convirtiera en una especie de padre postizo, su abuelo lo salvó del desastre y decidió que Félix quedara bajo los cuidados cálidos y protectores de él y de su hermana, una mujer diminuta con grandes dosis de ternura. Esta tía abuela, llamada Serafina, le dispensó cuidados y cariños de madre y, a pesar de su muerte años después, nunca olvidó Félix su entrega solícita y afectuosa. A lo largo de su vida, siempre había percibido su sonrisa cómplice en el territorio vasto y sin fronteras de los sueños.

Pero el eminente tío Donato nunca desaparecería del todo de la vida de Félix e, incluso, pretendió decidirle el destino. Porque fue

su tío, ante la innegable falta de decisión de Félix, el que le decretó su orientación profesional: Derecho. Sentenciaba el ceñudo tío Donato que esa carrera era la de más lustre para un negado en las ciencias matemáticas, físicas, químicas, biológicas y demás. Con esa carrera, y más adelante, una vez concluida, Félix podría muy bien hacer frente a la gerencia y dirección de la próspera industria conservera que él pretendía conseguir en las particiones hereditarias tras la muerte de su suegro. Lo que entonces no suponía su tío era que Félix podía torcer sus designios y emplear los estudios en otros menesteres o, bien, olvidarse por completo de los mismos. El abuelo de Félix se resignó al veredicto de su hijo Donato. Él hubiera deseado un médico en la familia, pero el muchacho no soportaba la visión de la enfermedad, aparte de que no lucía aptitudes para cuestiones ajenas a las humanidades.

La primera vez que Félix se vio sometido a la pregunta sobre su futura inclinación profesional, y encima formulada por una gorda y horrorosa matrona que tenía la mala costumbre de hacer las visitas a la hora de la siesta, respondió, muy en serio y sin dubitativas parsimonias, con un tajante «papá». A su abuelo y a su tía abuela se les escaparon gruesos y sentidos lagrimones, pues imaginaban un drama interno de ausencias mientras Félix pensaba en otras cosas más terrenas; en concreto, en los actos necesarios para alcanzar la condición de padre, que eran su verdadera inquietud en aquellos años de mocerío. En plena adolescencia, la obsesión por el sexo era lo que correspondía con sus afanes cotidianos, aunque, después de leer a Bécquer, se le abrió una vena romántica imperecedera y consideró que estaba llamado a las altas cumbres de la poesía. Se encerró en su habitación durante un verano para intentar domar a las palabras con verdadero ahínco. Llegó el otoño, leyó su obra y la troceó sin contemplaciones en delgadas serpentinas de papel. No obstante, tras aquel arrebato estéril de talento, siempre conservó en su fuero íntimo un profundo amor hacia las frases bien hechas, para las que, por desgracia, él no se consideraba dotado. También se le quedó prendida de manera indisoluble la droga de la fantasía y nunca consiguió en su existencia sustraerse del terremoto que lo agitaba ante las situaciones literarias. Más adelante, cuando Félix se adormecía con los compases de la flauta de un vecino, proyectó ser músico, un grácil pianista, con dedos como alas de gaviota sobre el teclado de un piano enorme y reluciente. Vestiría de frac bajo lámparas de cristales con reflejos de arcoíris, y los suaves anillos de

su cabello seguirían el vaivén de las notas sacadas por la más sublime inspiración. Pero Félix concluyó que ni era grácil ni tenía rizos, aparte de que sus dedos se negaban a cualquier destreza manual. Y, sobre todo, la situación financiera de su abuelo no andaba para sufragar conservatorios.

Cuando su ilustre tío —de cuya observación lejana e implacable no consiguió escapar mientras estuvo en el mundo— le sentenció Derecho, creyó ver resuelta la pregunta que lo había acompañado durante tantos años. No le sobraría a un revolucionario en ciernes el conocimiento de las tuercas y tornillos que ajustaban la gran máquina de la sociedad, pensó para sí, seducido sin remedio por las doctrinas de izquierda, a su juicio las más románticas para un ser con alma de poeta, perdido en una sociedad rancia, dictatorial y asfixiada. También influyeron en su ideología los deseos de apartarse de las añejas posturas vitales de su tío Donato, que defendía a la derecha con la misma pasión que a los negocios de su suegro.

Durante sus primeros meses de estudios legales, y debido a que no le hacía mucho caso una tal Clara —que prefería la compañía ostentosa de un musculoso rubio—, cayó en un oscuro maleficio que le reportó tristezas diversas. Aún no estaba preparado Félix para las sísmicas sacudidas del amor en los cimientos de su persona. Pero, para su propio asombro, se repuso con una fortaleza de carácter que hasta el momento le era desconocida. Fue entonces cuando pensó que quería *ser* a secas, sin epítetos ni adornos. Como veía muy vaga esta idea, la enriqueció con nuevos matices. Deseaba ser persona, no un abogado, ni un poeta, ni un músico. Una persona debía consistir en algo más confuso y multidisciplinar que un rótulo de profesión. Una persona instaba al conocimiento de otras materias que no fueran, única y exclusivamente, las que le iban a paliar las necesidades materiales de la vida. Convencido de su argumento, al que más tarde agregaría la obligación ineludible de ser feliz, se matriculó en Filosofía y Letras, en concreto, en la más pura de las filosofías, para así dar cimiento y lustre a su mente pensativa según se le antojó en aquella época lejana. No obstante, nunca olvidó su vocación universal y picoteó de varias ramas del saber y bebió de varias fuentes hasta lograr una culturilla hecha a su imagen y semejanza. Con ella acabó sus carreras, aunque no con Lola, un nuevo amor que lo distrajo en los últimos años de estudio y que optó definitivamente por un bizco dedicado a la física nuclear, sin

duda con un futuro más brillante que el de Félix. Tras esta historia amorosa, Félix no quedó tullido, pues Lola no pasó de ser un símbolo sensual con el que tropezaba por las noches.

Su primer empleo lo obtuvo en un pueblo algo lejano de Murcia. Estaba bajo las órdenes de un viejo e intrigante rábula, amigo de juventud de su tío Donato, presidente de un casino de momias y fiel evasor de impuestos. Pronto se hastió Félix de la vida de piedra de las cuatro calles con más bulla de aquel pueblo soporífero y de la monotonía de su misión en el destartalado despacho del jurista de la clase pudiente de la localidad. Para archivar papeles de procedimientos civiles no había rastreado las exhaustivas clasificaciones de don Federico de Castro, los extraños meandros del pensamiento de Vallet o la influencia del *Digesto* y las *Pandectas* en los juristas alemanes.

Regresó a Murcia y, en un rapto de optimismo, decidió liberar de su ceguera a la venerable justicia. Con el apoyo económico de su tío Donato, Félix se embarcó en la preparación sombría de la magistratura. Casi con la venda en los ojos y a punto de examinarse, le aparecieron tremendos problemas de conciencia. ¿Quién era él para juzgar a otro, a un semejante? ¿Acaso se atrevería a imponer una condena, por mínima que fuese? Alertado por sus escrúpulos, que evidenciaban su falta de vocación hacia la toga, resolvió meditar sobre su futuro y pasear por las calles su palidez infectada de números de artículos. Fue una época hermosa para Félix. El más ínfimo suceso se transformaba en motivo de alegría para su espíritu, desacostumbrado al roce de la vida tras el encierro leguleyo. Conoció a una psicóloga, Eva Segura, que le inculcaría para siempre el vicio del monólogo, ya que entrenaba con él sus futuras sesiones de psicoanálisis. Asimismo, esta mujer tenía otras virtudes, como desabrochar las noches en mares de sentido para su cuerpo disparado o pasear por los sueños colgada de su brazo.

Una carta breve y cortante hizo que Félix se separara de Eva para incorporarse al servicio militar. Agotadas todas las prórrogas y denegadas todas sus excusas para zafarse de esta deuda con la institución castrense, a la que aborrecía por toda su violencia y por todo su discurso plagado de palabras bruscas, vistió el algo infantil uniforme de la Marina. Tras el intenso período de instrucción, obtuvo el puesto de recadero de la mujer de un coronel y dejó de acusar recibo de las noticias de Eva, que se marchó a Buenos Aires con un argentino embaucador y de labia florida. Se consoló del

abandono entre las tiendas de comestibles y las chapuzas domésticas a que su cargo militar lo obligaba. Y aún le sobró tiempo a Félix para amarrar su futuro como funcionario durante los largos dieciocho meses de duración de su mili. Mientras Benito Luna, un compañero de quehaceres y de ocios, recitaba incansable los temas en que se desmigaban los secretos de la gran cosa pública, Félix se agenció los manuales necesarios para forjar su futuro como profesor de instituto. Sin apenas darse cuenta, los engulló, sin saber que serían la salvación para su necesidad de oficio.

Solventada su deuda con el ejército, regresó a su casa. El eminente tío Donato estaba de buenas, pues su suegro había decidido morirse por fin. Lo recibió con ademanes de empresario absoluto y paternal, y, ante su asombro irritado, Félix no aceptó el puesto de administrador en la fábrica de los delirios de grandeza de su tío. La negativa a tan generosas y grandilocuentes proposiciones tuvo la virtud de enmudecer al flamante industrial ante la suerte de su sobrino, para la propia tranquilidad de Félix y, también, para la de su tía, cansada de aquel muchacho caprichoso que no servía absolutamente para nada. Después, en el entierro del abuelo de Félix, el tío Donato sofocó el tieso silencio de su disgusto con una palmadita en el hombro y el nuevo latiguillo que, por aquella época —mientras preparaba las oposiciones de profesor—, despertaba su persona: «¿Y tú cuándo te casas?»

Rechazada la propuesta mercantil de su tío, Félix se examinó para maestro y salió con plaza. Y ahí comenzaría su peregrinaje por ciudades españolas del sur, hasta el día en que tomó un tren hacia el norte, un tren que lo introdujo en paisajes de tonalidades amarillas, de dispersas casonas en llanuras esteparias, con relámpagos de un verde ceniciento y sin vigor. Fue de un sitio a otro hasta arribar al destino que le escondía la mayor de las trampas tendidas a su alma. Entró en una ciudad de siglos detenidos que, como todas las anteriores, también le ofreció un abanico de mujeres para marearle el cerebro. Se le colaron sin permiso y, sobre todas ellas, una veleidosa y encantadora, una cuyo nombre lo estremecía y cuya sola evocación le arrancaba frases incendiadas de lirismo y sentencias cuajadas de comprensión enamorada. Fue su amada Lali, que, implacable y reidora, jugaba al quiero y no quiero con tal maestría que él lo mismo cantaba de dicha por unas cuantas frases salidas de su boca que se postraba a sus pies por una sola mirada suya. Con artes maestras de seducción, aquella mujer lo

enredó en su destino para siempre.

Miércoles, quinto día

38

Me desperté muy temprano, como ya era habitual en mi persona en los últimos meses. Cuando sentí el cuerpo de Félix junto al mío, una sensación extraña, molesta incluso, me invadió. De pronto, mi vida se había complicado innecesariamente y, sin pacto de ningún tipo, un hombre compartía mi lecho, reposaba en él indolente, protegido por un sueño sereno mientras yo lo miraba sin saber qué determinación tomar con respecto a los confusos sentimientos que me inspiraba. Su cara reflejaba un sosiego absoluto y su cuerpo estaba entregado con placidez al descanso, sin un temblor más allá del apenas perceptible de su respiración tranquila. Lo contemplé con perplejidad. ¿Acaso por nuestro escarceo apasionado de la víspera se iba a instalar Félix en mi apartamento y en mi existencia? No me seducía la idea. Los grandes cambios deben ser objeto de una profunda reflexión y no adoptarse de improviso, como si se tratara de una minucia sin fuste. Para mi propia desgracia, soy lenta en reacciones y larga en cavilaciones, así funcionan mis biorritmos. Por tanto, los nuevos eventos no debían confundirme. Por haber sucumbido al hechizo que Félix ejercía sobre mí y haberme entregado a una pasión sexual sin mayor trascendencia, no iba a abrirle todas mis puertas a un desconocido. Una cosa era haber hallado un amante y otra muy distinta darle cobijo en mi vida, albergarlo entre mis cosas y cambiar por completo mi mundo cotidiano.

Me incorporé con cuidado para no despertar al durmiente. Solo eran las cinco y diez de la mañana y aún faltaba un buen rato para que nos pusiéramos en funcionamiento de cara a asumir las faenas diarias de un día laborable. Nada más tantear con los pies en busca de las zapatillas, sentí el tacto suave y liso del volumen de Carmen Vidal. Allí, en el suelo, sin esconderlo dentro de la gruesa carpeta, lo había dejado la tarde anterior y había permanecido como si fuera un estorbo durante las contiendas amorosas de la víspera. Lo recogí con mimo y, de puntillas, abandoné la habitación con él entre mis brazos. De nuevo, había sido indiscreta en su custodia. No podía perdonármelo. Rogaba por que Félix no hubiera reparado en el

volumen. Pensé que era una estupidez, a esas alturas, ocultarle mi tenencia a Félix, más tras toda la historia que me había contado él durante la comida del día anterior y el delicioso relato de su vida con que me deleitó durante la cena. Pero la promesa hecha a Álvaro se imponía en mi espíritu con fuerza avasalladora. Además, mi instinto me aconsejaba que Félix no debía saber nada, por la confianza que tuvo con Carmen en vida de esta. De esa forma, podría contrastar mejor sus informaciones sobre Carmen con los propios escritos de ella.

Sentada cómodamente en mi butaca del salón, abrí el volumen por donde me había quedado la víspera y leí los poemas que me ofrecía:

> Paraíso de la naturaleza.
> Destierro de las emociones.
> Las únicas caricias que recibo
> provienen de los distraídos dedos de una peluquera.

Lo releí varias veces. Era un poema muy duro, muy sereno y muy resignado al compás. Esa fue la impresión que me produjo. Me descubría mucho sobre la vida íntima de Carmen o así lo percibí en aquellos momentos. Su lectura me abrió múltiples dudas donde fueron a parar mis reflexiones, sobre todo la más terrible de ellas: ¿cómo era la vida íntima de mi predecesora en el instituto, su relación con su cónyuge, para que escribiera aquel poema tan fuerte?

A continuación, tras la línea de grueso trazo que acostumbraba usar Carmen para separar sus textos, otro poema retaba mi facultad hermenéutica:

> Todo es extraño.
> De nuevo, sola,
> como siempre lo estuve,
> a la búsqueda de alguien despojado de oropeles,
> alguien que me mire y no me cosifique,
> alguien que me confirme que estoy y que existo.

Tras estos versos, concluí que la vida marital de Carmen no debía desarrollarse por el más feliz de los caminos. Su soledad chillaba y exigía, clamaba su desesperación enorme.

La lectura de estos dos poemas me dejó absorta, con la mirada perdida en el cuadro de Luis Pérez Espinosa y con una inspiración

poética que hacía años que no me visitaba. Abrí mi cuadernillo de espiral y, muy ligera, escribí:

> Tu brazo se ciñe a mí
> en gesto inconsciente.
> Signo de posesión.
> Me sonrío con disimulo.
> A mí no me traicionan mis gestos,
> porque no existe traición posible.
> Libre soy,
> ágil en la soledad,
> feliz en la ausencia de ataduras.
> Sin ansia a la que la mía se ligue,
> sin un corazón en el que pretender reinar,
> camino por la vida serena y abierta.
> Con múltiples afectos que me confirman,
> con el amor genérico esparcido,
> la ternura de otros me inunda.
> Sola en la rutina,
> acompañada en la singladura
> del pensamiento y de las emociones,
> soy yo y canto
> sobre la cúspide de mi vida soberana.

Tras escribir este proyecto de poema, tuve muy claros cuáles eran mis sentimientos hacia Félix. De manera automática y sin reflexiones que enturbiaran la espontaneidad, quedaban reflejados ahí, en esos versos escritos a la ligera. Siempre he pensado que lo que escribimos nos muestra nuestros sentimientos más escondidos. No existía confusión posible en mi fuero interno que me hiciera dilatar lo que debía exponerle aquel mismo día, cuanto antes, a ser posible durante el desayuno.

39

Los siguientes párrafos que leí en el volumen nacarado me confundieron absolutamente. Frente a la sequía afectiva y erótica que había deducido que era la pauta en la vida de Carmen Vidal, sacada de la lectura atenta de sus poemas anteriores, en los nuevos epígrafes plasmaba mi predecesora en el instituto situaciones de comunión con un ser del otro sexo. Se trataba de dos escritos desordenados donde se abría paso con fuerza el amor pasión. Recreaba Carmen en ellos el amor entre un hombre y una mujer, un amor lúbrico que estallaba sin poderse reprimir, ajeno a las razones que aconsejaban la doma de los instintos. Me sonreí en mi interior. Sin duda, era una lectura muy acorde con mi más cercana realidad.

Cavilé sobre los nuevos textos y no descubrí entonces la concordancia de los mismos con los poemas ceñudos y solitarios que acababa de interpretar poco antes. Si Carmen se sentía sola, ¿cómo escribía, a continuación, dos párrafos donde el éxtasis amoroso sentido hacia un hombre constituían su esencia básica? ¿Tan pronto había cambiado su desierto afectivo por un vergel de caricias? ¿O el reconocimiento de su sequía amorosa la llevó a una hipotética aventura extramarital? Porque todos los indicios me guiaban a que apostara por esta última hipótesis.

Me detuve en unas cuantas frases de aquellos textos incendiados, las más sobrias, las que más me podían dar una pista sobre el momento anímico que atravesaba Carmen al escribirlas. Copié unas pocas al albur en mi alegre cuaderno de espiral:

> Volvía a percutir la lluvia sobre la ciudad y a mi corazón arribó la esperanza como una vieja y confortadora amiga. Me vestí con esmero, anticipando el placer de una probable cita.
>
> Soy la sombra que ordena tus días.
>
> La tarde se deshilacha sobre los montes lejanos. Cobija el calor de su cuerpo junto al mío durante la paz de un atardecer de primavera. Lo miro y, de repente, comprendo que todo encaja.

¿A quién se refería Carmen en estos escritos? ¿A su marido? ¿A un antiguo amor rememorado, cuyo recuerdo la consolaba de su desierto erótico? ¿A un amante?

Mi lista de preguntas se agrandaba de forma angustiosa y ya no sabía a qué interpretación dar prioridad. Mi confusión era completa.

40

Próxima la hora prevista para que sonara la alarma del despertador —a las siete menos cuarto en punto atronaría los oídos de Félix en un estruendo capaz de producirle los más airados sobresaltos—, me dispuse a que despertara de una forma menos escandalosa, no sin antes guarecer mis tesoros: el volumen nacarado y mi alegre cuaderno de color verde lima. El cajón con llave de mi escritorio era el lugar perfecto, la tiniebla adecuada que los ocultaría a sus ojos. Guardé la llave en mi bolso, en uno de esos pequeños bolsillos interiores que se cierra con cremallera, con lo que quedó también protegida frente a cualquier mirada curiosa.

Con mis secretos en orden, caminé hasta el dormitorio con paso firme.

—Félix, es hora de levantarse. Las obligaciones nos esperan —le predije mientras lo sacudía con dulzura.

—Hum… ¿Ya? —se quejó sin queja mientras se estiraba y me obsequiaba con su primera sonrisa—. He dormido como un tronco, te lo aseguro.

—Lo sé.

—¿Desde cuándo estás despierta, querida mía?

—Desde hace unos pocos minutos —mentí sin ningún rubor, porque no había estipulado con mis entrañas el darle explicaciones a un extraño sobre mi sueño o, más bien, sobre su falta y la actividad desplegada en la ausencia del mismo. Mis actos me pertenecían a mí en exclusiva y unos cuantos revolcones no iban a cambiar mi enfoque, aunque esos revolcones hubieran sido de altura—. Mientras te levantas, voy a preparar el desayuno.

En la cocina, llené el cacillo de la moderna cafetera automática en la que invertí una buena suma sin disgusto. Mientras se apagaba el piloto de luz indicador de que el agua había alcanzado la temperatura justa, calenté leche en el microondas e introduje en el tostador las dos rebanadas de pan de molde que me cabían en su ranura, pero dejé la bolsa al lado por si Félix quería tomarse alguna más. A mi apetito de aquella mañana, le iba a bastar con una sola tostada. Coloqué sobre un hueco libre de la encimera dos amplios

tazones con sus platos y cucharillas, dos vasos, dos servilletas de papel, el azucarero y el salero, un buen aceite de oliva virgen, un paquete de galletas y una botella de zumo de naranja industrial.

Se apagó el piloto de luz de la cafetera que da el aviso de que ya está a punto, en su temperatura justa el líquido elemento. Cogí uno de los tazones y le di al botón de mando que ordena al agua verterse sobre el café molido. Pronto su olor ascendió e impregnó el apartamento con su fragancia excitante y exquisita. Desde siempre, he adorado ese aroma que tiene la virtud de despejar los sentidos adormilados. Muchas veces me acuerdo, mientras preparo este delicioso brebaje oscuro y fuerte, de la anécdota que me relató, durante nuestra juventud, mi amigo Álvaro, un impenitente cafetero. Y aquella mañana también la recordé y le di las gracias a Kaldi, el pastor abisinio que probó por vez primera las semillas de los árboles llamados *cafetos* alertado por los resultados que producía su deglución en las cabras que cuidaba. Movido por la curiosidad y encomendando su vida a todas las instancias de la bóveda celeste, del submundo, del viento y de los mares, probó el cabrero los frutos rojos del *cafeto* y se le espantaron las fatigas como por hechicería inmediata. Sorprendido con aquel reconstituyente súbito, Kaldi llevó unas cuantas ramas del cafeto a un monasterio cercano. Los monjes las cocieron en agua, con la creencia de que la cocción era un procedimiento más refinado que mascarlas en crudo, algo más propio de pastores ingenuos que de monjes eruditos. Al colar la infusión obtenida y probarla, los religiosos estallaron en arcadas, vómitos, espasmos, temblores, espeluznos, tiritonas, vahídos y vértigos diversos. Escarmentados, arrojaron a la hoguera con furia lo que restaba en el recipiente de cocción. Aquello era un potingue de la peor calaña que, con toda seguridad, mataba a los hombres de bien. Pero fue precisamente, a consecuencia de la maniobra de rechazo, como se apercibieron que, conforme se quemaban los granos en la hoguera, despedían un aroma muy agradable que podía ser la antesala a un sabor más que apetecible. De aquella conjetura a que a uno de los monjes, sin duda espabilado y veloz de entendederas, se le ocurriera el procedimiento de tostar los granos fue cuestión de segundos. Después de unas cuantas jaculatorias invocadoras de la esencia divina sobre el agua licuada tras los hervores previos con los granos tostados del cafeto, hallaron una de las bebidas más populares del mundo.

—¡Cómo huele! —exclamó Félix en la puerta de la cocina

mientras aspiraba los aromas que devuelven la conciencia.

—A café, pura gloria, un aroma divino —asentí mientras lo contemplaba divertida. El motivo de mi diversión no era otro que su desnudez. Me hizo gracia ver sus carnes alzadas en vertical, níveas y algo fofas a la luz de neón de la cocina, aunque lo que más me distraía en esta escena no eran precisamente sus carnes, sino sus generosos colgajos, todo un distintivo para ser calificado como un hombre con atributos. Para mi propia vergüenza, los tiempos previos de sequía me daban estas cosechas de vulgaridad en mis especulaciones. Félix se sintió mirado en el lugar preciso y, con un gesto de recato inconsciente, plantó sus dos manos entrelazadas formando una barrera que me impedía la visión de mi particular regodeo. Desvié la vista de sitio tan sensible de la anatomía varonil, no fuera a ser que el portador de tal magnitud espléndida dedujera las justas y veraces consecuencias sobre mi persona.

—¿Te ayudo?

—Vale, pásame ese tazón de ahí encima —le pedí al compás que le daba el que ya había ordeñado el café de la cafetera y yo vaciaba el cacillo y lo volvía a llenar de la negra savia regeneradora.

—Me encanta el olor del café.

—Y a mí. Hace unos segundos recordaba la leyenda sobre su origen —le expuse, y, sin preguntarle sobre su posible conocimiento de la materia, en un arranque de verborrea arrolladora, le conté con pelos y señales la anécdota del pastor Kaldi y los monjes abisinios.

—En justa correspondencia por un cuento tan entretenido y tan adornado por tus propias palabras, seguiré con la historia del café —me anunció Félix tras mi perorata. Supe de inmediato, sin que él me lo dijera, que conocía de sobra el enredo del pastor Kaldi y de los monjes abisinios que a mí me gustaba tanto. Se había tragado el pobre mi versión de la historieta sin hacerme ninguna interrupción ni mostrarme ningún gesto de hastío. Distinguí en la escucha diligente de Félix su cortesía exquisita y experimenté una cierta vergüenza por haber sido tan acelerada, por no haberle preguntado antes de embalarme sobre su posible competencia en saberes cafeteros.

—Pues adelante con la continuación —lo animé mientras sacaba las tostadas y las depositaba sobre un plato—. ¿Quieres más?

—No, con una sola me es suficiente. No tengo apenas hambre. Tras la copiosa cena de anoche, cualquiera abre la boca… Me la comeré porque ya la tienes hecha.

—Da igual, hombre. Se tira y en paz. No pasa nada —dije quitándole importancia a la tostada reluciente de aceite—. Pero no te pares. Cuéntame lo que me has anunciado, que me encantan las historias y a las tuyas, en particular, les estoy tomando mucha afición.

—Deja ahí la tostada, mujer, que algún bocado se llevará para asentar el estómago. —Me detuvo por la muñeca cuando ya iba camino del cubo de la basura. Y entre bocado y bocado, me informó que pronto se extendió el uso de la pócima maravillosa. Los árabes descubrieron que el café aumentaba las fuerzas de los guerreros y era un excelente tónico para los ánimos caídos, así que su expansión estaba asegurada. De Abisinia, actual Etiopía, pasó a Arabia y, de allí, al resto del mundo árabe. Pero como la religión desconfía de todo lo que altera el estado temeroso del hombre y solo aspira a mantener su hegemonía oscilatoria sobre la base de cuentos terroríficos sobre avernos, metió sus narices en el café para proclamarlo tóxico y prohibirlo sin más explicaciones desde La Meca y desde El Cairo. La prohibición no tuvo éxito, ni de público, ni oficial, pues hasta los propios imanes del mundo musulmán lo consumían para mantener despejada su mente. La popularidad del café ya se había extendido como el fuego por un reguero de pólvora prendida y sus efectos vitalistas les valían a sus devotos más que mil glorias futuras prometidas por Mahoma.

—No conocía estos datos tan seductores —apunté fascinada. Decididamente, Félix era un gran narrador oral—. Sigue, por favor.

—Lo mismo me tachas como un pedante insufrible, tú verás.

—¡Quita! Continúa.

Y continuó con la historia del café hasta llegar a nuestros días, recreándose con deleite en el momento en que algún pacato llegó a aconsejar al papa su prohibición por ser bebida que provenía de los infieles, pero el dirigente supremo de la cristiandad quiso probarla y, tras beberla sin remordimientos ni atriciones, fue taxativo en su determinación de no reducir solo a los infieles la toma de un caldo tan delicioso. El papa, clemente en nombre y en ánimo, administró el bautismo al café para la tranquilidad de las conciencias quisquillosas.

—¿Cómo dices? ¿Lo bautizó? —pregunté divertida.

—Lo que oyes, querida Celia. Así lo hizo el papa Clemente VIII, que le había gustado al hombre el cafetito y unos cuantos beatos, píos de más e incapaces de separar los dogmas católicos, apostólicos

y romanos de los pequeños placeres de la vida, pretendían cortarle el suministro con la teoría infantil y desmañada de que era un brebaje procedente de los moros infieles y, por tanto, no admisible en el seno de la casa de Dios. Bautizado por el papa, quedaba totalmente acristianado el café y mudas las conciencias que lo tildaban de infiel o caldo del demonio.

Seguimos entre bromas y tomamos más café, esta vez solo y muy cargado. Tras apurar las tazas, me cedió el primer turno para el baño mientras él recogía la cocina. Aseada y vestida, le di acceso a la ducha y me sonreí internamente ante su comentario antes de cerrar la puerta:

—Me ducharé, pero avisada quedas de mi inmediato mal aspecto. Sin útiles de afeitar y sin mudas, no pasaré de lucir como un paria a medias tintas.

41

Mientras Félix se duchaba y yo ventilaba el apartamento y hacía la cama, especialmente revuelta por los torbellinos de la pasión desmedida de que había sido cómplice horas antes, adopté con firmeza la intención de abordar con él de inmediato nuestro pretendido asunto amoroso. Me sentía incómoda conmigo misma, de golpe abocada a una relación que invadía mis costumbres sin haber pedido permiso para entrar y sin que mi cerebro hubiera tenido tiempo de demorarse en la recreación previa que convirtiera en apetecible la presencia de Félix en mi casa. Pensé que una convivencia con un hombre no podía establecerse de forma súbita y por causas azarosas y ajenas al amor, las menos adecuadas para acoplar los caminos de dos vidas.

Cuando fui consciente del derrotero de mis pensamientos, me aterré. Ellos solos se habían disparado y barajaban ya la situación idónea para una hipotética convivencia. ¿Qué me ocurría? ¿Acaso había vivido en balde todas las desgracias pasadas del corazón? Tendí un puente a mi memoria salvadora, reviví mi último descalabro amoroso y su sufrimiento, recordé la promesa que le había hecho a mi espíritu, el propósito de ser firme y no volver a enredarme en historias como la pasada entonces. Como dijo el poeta Pablo Neruda, «es tan corto el amor, y es tan largo el olvido». ¿Acaso iba a desatender toda mi experiencia de golpe? ¿Iba a desdecirme de las palabras que tanto me habían aupado y protegido? ¿Iba a caer, por culpa del instinto, en la trampa de la que huía? Alejé de mi pensamiento toda idea de convivencia y me instruí otra vez en las lecciones que jamás debería olvidar. ¿Qué hacía mi mente enredada en intuiciones de futuros que fortalecieran vínculos amorosos? ¿Qué hacía la romántica que fui en un tiempo alborotando quimeras?

Félix estaba sin techo y yo lo había acogido bajo el mío. No me importaba siempre que no se convirtiera en una costumbre. La hospitalidad se ofrece en los momentos precisos y no hay que confundirla con la propuesta de cohabitación. A pesar de que me había reído con Félix y las horas a su lado me habían supuesto una

bocanada de aire fresco, debía escaparme de la trampa que me había tendido con su gentileza deliciosa.

En aquellos momentos, no renunciaba al amante, pero ante el amor que Félix pretendía y la convivencia que podía imponerse sin palabras, por la simple vía de los hechos, tenía las ideas muy claras. La lucidez debía imperar. No consentiría más dilaciones sin aclarar posturas.

42

Ya en la calle, camino del instituto, le expuse a Félix mis temores, sobre todo por lo que implicaban de cambio brusco en mis costumbres:

—¿No vas a volver a tu casa? —le pregunté para iniciar la conversación pretendida y aclararme en la actitud que debía adoptar con él. Después de algún tropezón romántico que me había hecho dudar, tenía claro que no me apetecía invitarlo a compartir mi apartamento de forma permanente. Una cosa fue darle cobijo bajo mi techo y, de paso, meterme como la imbécil que soy en un lío carnal, y otra bien distinta era dar el pistoletazo de salida a una vida en común con mi reciente amante. Convenía mantener la calma y permitir a los acontecimientos desenvolverse según sus ritmos oportunos. Porque, en aquellos precisos instantes, necesitaba mi espacio despejado y mi vida libre de ataduras. Así me lo exigía mi espíritu y aceptar lo contrario hubiera sido una manera de mentirme. Nunca me he engañado en exceso. Me he esforzado en no desfigurarme la realidad, porque ninguna vez he salido bien parada de los espejismos que he sufrido y los he pagado con creces con jirones de mi alma. Me había divertido mucho con Félix, no me lo negaba, pero no me iba a precipitar mar adentro sin vituallas por unos cuantos alborotos eróticos.

—A vivir, seguro que no. La casa se la queda Lali según pactamos la otra noche. Tendré que pasarme a recoger mi ropa y mis objetos personales. Pocas ganas tengo, pero no me queda más remedio.

—¿Dónde piensas vivir? —le solté con la precisión de un golpe exacto donde más duele. Pretendía dejar al descubierto que no había entrado dentro de mis planes la posibilidad de que se viniera conmigo.

—Todavía no lo sé, Celia. —Suspiró con expresión de desamparo —. Tendré que buscarme un piso de alquiler de inmediato, qué sé yo… Son muchas cosas de golpe y muchas las menudencias de las que conviene ocuparse.

—Si quieres, te ayudo en la tarea. Por aquí cerca he visto varios

carteles donde se anuncian pisos o apartamentos para alquilar. Es una zona nueva y bonita. Además, tiene la incontestable ventaja de que te pilla al lado del instituto. —Me ofrecí gustosa.

—Acepto tu ayuda. Todavía estoy confuso y con la mente algo retardada. No sé, había pensado…

—¿Qué habías pensado, Félix? —lo incité a continuar. Bien que me imaginaba su posible respuesta, pero prefería dejar las cosas muy claras entre nosotros dos desde un principio. No deseaba que mi actitud alentara ninguna confusión en aquel hombre que me atraía sin remedio. Lo más honrado por mi parte era ser sincera y descubrir mis cartas en el acto.

—Nada en concreto, Celia. —Suspiró triste en un murmullo que me enterneció hasta hacerme dudar de mis propósitos—. Hasta hace escasos segundos, supuse que me albergarías en tu apartamento hasta que encontrara un lugar donde meterme. Y más con lo que ha ocurrido entre nosotros dos. Tenía motivos de sobra para sentir esta esperanza, ¿no te parece?

—Félix, no persigo ofenderte ni desanimarte con lo que te voy a decir, pero te aseguro que prefiero establecer con afectuosa serenidad las normas de nuestra relación desde este mismo momento. Hasta ahora, solo hemos tenido una aventura, es verdad y lo admito sin sonrojos. Es posible que la aventura se dilate o se acabe. El tiempo lo dirá. No existe causa de urgencia que nos impela a adelantarnos al propio futuro. Es más que probable que intimemos, no me engaño. Pero debemos caminar despacio. Las prisas no son buenas para nada y menos en las condiciones en las que tú te encuentras. No se cumplen ni las cuarenta y ocho horas de tu ruptura con Lali. Y habéis tenido una relación de muchos años. Para ti, es pronto para todo, y más para embarcarte en un lío de faldas. Debes asumir tu nueva situación con tranquilidad y no involucrarte conmigo por la sola contingencia de que andaba por ahí, sola y a la mano.

—Eso nunca, Celia. Me confundes —intervino ofendido—. Yo nunca te he usado ni me ha regido la lujuria. Mis sentimientos hacia ti son más hondos y hermosos, aunque observo que los desconoces o no deseas mirarlos de frente.

—Déjame seguir, hombre, que aún no he terminado —le solicité con ímpetu.

—Vale, habla lo que quieras, que estas espaldas son anchas y pueden con todo —se compadeció.

—Tanto para ti, como para mí, lo que se ha producido entre nosotros ha sido muy rápido. Soy mujer de rumiar los acontecimientos y de procesar las eventualidades que me ocurren con lentitud. Nunca actúo por sorpresa ni me permito los impulsos ciegos y no meditados. He aprendido ya algo a lo largo de mi vida.

—Muy cerebral me pareces —apostilló taciturno.

—Es posible, pero así soy.

—Aunque en la cama…

—Olvida eso ahora mismo, Félix —le rogué contundente—. Lo que pretendo indicarte es que me muevo poco a poco y nunca me lanzo de golpe a la piscina. Con esta forma de ser mía, que tanto trabajo me costó pulir para defenderme del mundo, entenderás que no quiera compartir mi vida contigo.

—Uf, qué tremendo golpe —se quejó en un tono que no supe interpretar si era dolido o irónico.

—De momento, Félix, de momento. No me exijas la precipitación que ni deseo ni me distingue.

—¿Te importo algo? —me preguntó lastimoso.

—Me importas mucho, pero quiero caminar despacio, a mi aire. He de reconocerme en cada paso que dé.

—¿Acaso condenas lo surgido entre nosotros?

—No, Félix, no. Nos hemos acostado juntos, vale, lo admito y no me suscita ningún enojo, inquietud, agobio o arrepentimiento. Pero una cosa es tener un encontronazo con un hombre y otra muy distinta es meterlo en tu vida. Compréndeme, no es tan difícil. Ambos somos adultos y conscientes, no niños descerebrados que se deslumbran por el solo hecho de intuir que le importan a alguien del otro sexo.

—¿Ni tan siquiera cuento con la posibilidad de enamorarte y de que me pongas en un rinconcillo de tu vida? Qué dura eres, Celia, qué cruel. Me descorazonas con tu desgana.

—Vamos, Félix, que tengo mi sensibilidad y no soy ningún monstruo. Solo te pido paciencia. Deja que los acontecimientos discurran por sí solos, sin forzarlos. Si nuestros lazos han de estrecharse, se estrecharán sin duda. No tacho a nadie ni me niego a nada. Solo aspiro a reconocerme a mí misma y, en estos instantes, sé que es precipitado que formalicemos cualquier tipo de relación entre nosotros. Nos hemos aproximado y nos hemos divertido. Es fascinante que haya pasado, pero tanto tú como yo tenemos que meditar y asumir las novedades. Más tú que yo, que tus

circunstancias afectivas están muy revueltas.

—Ya ves, y yo pensaba en la ducha que se habían clarificado de una vez por todas tus dudas sobre mí.

—Aún es pronto para ti mismo, querido Félix. Te queda un largo camino por andar.

—Me lo dices por tu experiencia, ¿no? —ironizó a mi costa y con un indiscutible tono de sarcasmo agrio.

—Bien sabes que nunca he estado casada, así que no te burles. Pero he conocido a multitud de personas en tesituras iguales a las que tú atraviesas en estos momentos. Sé lo que me digo, lo sé muy bien —me defendí en el intento de conservar la calma, pues mis nervios comenzaban a cansarse de esta conversación estúpida.

—Seguro que te hizo daño algún separado con las ideas poco claras. Eso es lo que te ocurre, Celia —exclamó como quien descubre un tesoro.

—Los episodios de mi vida ya los conocerás más adelante, si prosperamos como pareja. Ahora mismo me guardo mi biografía para mí.

—¿No nos consideras pareja? Esto es el colmo —exclamó mientras elevaba los ojos al cielo en actitud de súplica—. Por favor, dime en qué camino estamos, qué senda llevamos: ¿la del amor o la del desamor?

—Acelera el paso y no te detengas. Vamos a llegar tarde al instituto —le dije con furia, sabiendo que me evadía de lo que aún no sabía nombrar.

—Está bien, no te esfuerces más conmigo, un pobre romántico que suponía que había iniciado una relación maravillosa con la mujer de sus sueños. Ya me percato de que eres dura e inflexible.

—¿Te das cuenta de que estamos discutiendo, Félix? —le observé para que no continuara en el camino de la compasión propia. Nunca había aguantado a los misericordiosos con su propia persona e inmisericordes con el resto de la humanidad. Resulta muy fácil extender lenitivos calmantes sobre el propio espíritu y acíbar en el espíritu vecino. Y Félix desconocía en aquel momento mis apetencias, que solo aspiraban a su propio discurrir suave, sin bruscos temores que se clavaran para siempre como una sombra ineludible.

—Nuestra primera disputa de enamorados, querida Celia. Fíjate cómo avanzamos. —Se animó de pronto.

—Anda, entremos ya, que están a punto de empezar las clases

—concluí resignada en la puerta del instituto.

—Comemos juntos, ¿no?

—Si te apuntas conmigo y con Esteban, que es con quien suelo comer a diario, sin problemas —lo informé, porque no estaba dispuesta a romper mis rutinas por Félix.

—De acuerdo. Esteban es un chico fantástico.

—No olvides que te ayudaré a encontrar casa. Hasta que la hallemos, puedes dormir en mi apartamento —le anuncié, compadecida, en el rellano de las escaleras que acabábamos de remontar y que nos llevaban a cada uno en direcciones opuestas, según estaban ubicadas nuestras aulas de primera hora. Era incapaz de no acogerlo en mi apartamento y obligarlo, con mi abandono, a meterse en cualquier hotelucho. Había aprendido a ser dura, pero nunca a ser cruel.

43

Por la tarde, acompañé un rato a Félix en la tarea de recorrer las calles, plazas y avenidas próximas al instituto y a mi apartamento. Apuntamos todos los números telefónicos que se exhibían en balcones, ventanas y alguna que otra inmobiliaria recién establecida en el barrio. Un alquiler de renta prudente y ajustada no le supondría un derroche, porque no se hallaban sus finanzas para despilfarros caprichosos. Había asumido con Lali el compromiso de pasarle una buena suma todos los meses, pues no deseaba que su hija Eva, la única que no se había independizado aún, viera restringidos sus gastos para manuales de medicina o para los trapos que se le antojaran. Su otro hijo, Pepe, hacía ya más de tres años que funcionaba por su cuenta y con él no se divisaban preocupaciones económicas en el horizonte. La vida había premiado al primogénito de Félix con un empleo de sueldo magnánimo y de ejercicio gozoso. En plena juventud, Pepe ya era propietario de un soberbio piso señorial en la Glorieta, en el centro mismo de Murcia, con su cochera y con su cuarto trastero en el sótano del inmueble.

—¿No se te ha ocurrido la idea de pedirle asilo a tu hijo y evitar, de esta forma, el alquiler? —le sugerí cuando supe la situación acomodada del joven.

—Ni en broma, Celia. Pepe es un muchacho muy independiente y se sentiría constreñido si me fuera a vivir con él. Está acostumbrado a sentirse a sus anchas en su casa y, aunque es espaciosa y habría lugar para ambos, no me veo viviendo bajo el techo de mi hijo ni asistiendo a sus numerosos escarceos con chicas de su edad. También yo prefiero ahora la independencia, incluso con respecto a mis propios hijos.

—Entiendo tu postura. Debe de ser muy difícil asumir el papel de acogido cuando siempre se ha tenido el de acogedor con respecto a los hijos.

—Sobre todo, podría formarse una imagen errónea de su padre, como la de un perdedor a quien es preciso amparar. Y yo no soy un perdedor, Celia. La separación de Lali me redime de la esclavitud en la que me hallaba, bien lo sabes.

—Creo que aún es pronto para que saques conclusiones de tu recién estrenado ciclo.

—¿Pronto? ¿No ves lo tranquilo que estoy?

—Puede ser una calma engañosa, Félix. Las separaciones, como el mar, tienen su resaca.

—No creo que ocurra en mi caso. Han sido más de veinte años de separación afectiva de mi mujer. La magia desapareció un buen día y jamás volvió a visitarnos.

—No hables del tema si te hace mal —lo dispensé ante su gesto grave.

—A estas alturas, ni sangro ni padezco por esta cuestión. Ya lo hice cuando descubrí la malquerencia de Lali, porque ella es superficial y obtusa, una mujer solo preocupada por el envoltorio de las cosas. Su amor hacia mí jamás pasó de ser un cariño tibio, ofrendado a cambio de la seguridad económica y social que le ofrecía y de mi participación en su tarea fundamental en el mundo: la de ser madre. He cumplido el papel que ella le atribuye a un marido. Nunca entendió que, cuando me desprendí de la venda que me impedía observarla tal cual era, le planteara una convivencia más profunda y un amor más hondo. Para ella, todo era perfecto entre nosotros y me tildó de raro y malas pulgas. Nuestro distanciamiento es antiguo, al menos el mío. Solo se ha consumado de cara al exterior lo que ya era una realidad interna —me confesó con una tranquilidad pasmosa.

—Pero esa certificación externa hace daño. Seguro que lo hace, Félix. Ayer por la mañana estabas por los suelos, no me lo niegues.

—Por la falta de descanso. Y, sí, también por la ruptura, pero no en el sentido que supones.

—Yo no supongo nada, solo observo y digo que cuando se corta con alguien con quien se ha estado tanto tiempo debe escocer mucho.

—Al principio, cuando lo verbalizas, sí, mucho; pero después no tanto como crees. Te diría que, en mi caso, más que daño, lo que siento ahora mismo es rabia por haber aguantado tantísimo tiempo en una cárcel. Esto debió ocurrir cuando fui consciente de su falta de amor y de la propia desaparición del mío.

—Mira, aquí hacen copias de llaves. Entremos —lo interrumpí mientras le señalaba un letrero en el cristal de una papelería.

Cuando salimos, le entregué las copias hechas: una de la puerta de entrada al portal y la otra de mi apartamento.

—Toma, cuando quieras puedes ir a mi casa. Yo he quedado con una amiga y debo marcharme ya.

—Gracias, Celia, eres un encanto. Pero antes de meterme allí, debo pasar por mi antiguo domicilio. Por lo menos, he de disponer una pequeña maleta con lo más básico.

—Como tú decidas, Félix. Eres libre de hacer lo que te plazca. No me esperes despierto. Supongo que regresaré algo tarde —le anuncié desde la atalaya de mi querida libertad.

44

Me sentí liberada cuando me vi sola. Precisaba el silencio tras tres horas de conversación ininterrumpida, las dos primeras en un trío chispeante, con Esteban y con Félix como contertulios ingeniosos y estupendos durante la comida, y la última con mi nuevo galán, que se había desarrollado algo más pacífica entre las confidencias de Félix sobre su matrimonio y el cometido doméstico de apuntar números telefónicos cada dos pasos para buscarle un techo donde se recogiera en breve. Estaba agotada y mi interior me exigía calma y silencio, recuperar fuerzas para el próximo combate oratorio: mi cita con Toñi. La independencia como forma de vida suele generar desagrado hacia las situaciones prolongadamente sociales, bien lo entienden los solitarios y quienes se hallan en parecidas circunstancias. Son muchos los que pregonan las desventajas de la soledad y le crean mala prensa en este mundo de ruido constante; pero, en mi caso, puedo presumir que he conseguido provechos enormes en su compañía cálida y fructífera.

Aún faltaban dos horas para mi cita con Toñi. Me alegré de ese espacio de tiempo para disfrutarlo a mi modo, para airearme por las calles al azar, según el capricho que eligieran mis pasos. Deseaba sentir sobre mi piel el sol espléndido que alegraba el día e incitaba a caminar bajo su cálido auspicio. También, todo hay que contarlo, quería meditar sobre todos los nuevos datos que había recopilado en la comida. De forma hábil, aproveché una cuña de la conversación en que se hacía referencia a mi predecesora en el instituto para conocer más detalles sobre la misma, así como para dilucidar ciertos puntos oscuros en mi pensamiento.

Llegué a La Redonda y me senté en la terraza de una cafetería próxima a los Capuchinos. Pedí un café solo y, mientras contemplaba el trasiego de personas de un lugar para otro, volvió mi memoria a henchirse con la conversación mantenida durante la comida. El recuerdo de Carmen Vidal fue sacado por Félix de forma anecdótica. La había aludido por su particular método docente, sin duda extravagante y no acorde con los ortodoxos. Consistía en el repudio sistemático a la cotidiana preeminencia del profesor a la

hora de impartir sus clases. Carmen no se sentaba jamás en la mesa destinada al efecto, ni permanecía de pie de cara a sus alumnos, ni paseaba por los pasillos formados entre las filas de mesas. Solía pedir cada día a algún chico, siempre diferente, pues los rotaba con orden, que le cediera su pupitre y ocupara él la mesa del profesor. Desde esta posición igualitaria, instaba al elegido con alguna de aquellas frases suyas —pronto tópicas para los jóvenes— que le servían de comodines, como «¿qué nos cuentas hoy?», «¿qué hay de nuevo en tu vida?», «dinos qué sensaciones te ha producido la lectura recomendada», «¿podrías transmitirnos lo que sientes desde ese otero de poder?», u otras análogas. Cuando el adolescente terminaba su particularísima respuesta, había vencido una vez más el miedo a hablar en público y, sin ser conocedor de ese importante detalle, había adquirido dotes de literato oral. Entonces, Carmen cogía las riendas desde el pupitre donde estuviera sentada e impartía la disciplina con entusiasmo, porque la literatura era su vida, o su vida era la literatura.

—Si no hubiera roto todos sus escritos antes de su muerte, con toda seguridad que su marido los habría ordenado y, ahora, se la rifarían las empresas editoras —exclamó Félix con un aire soñoliento del que no estaba ausente la tristeza.

—¿Escribía Carmen? —preguntó Esteban con los ojos llenos de asombro admirado.

—Como los ángeles, amigo. Pero era una soñadora, no me cabe ninguna duda. Y una insegura patológica. Jamás quiso lidiar con las groseras faenas de encontrarse un hueco en el mundo literario. Lo intentó siendo joven y, pronto, acabó hastiada. Se fatigaba solo con el cálculo de los turbios tejemanejes, contubernios y confabulaciones que son precisos para ser alguien en el mundo de las letras. No era mujer que se prestara a lamer culos por conseguir un objetivo. Le faltaban las fuerzas y le sobraba dignidad.

—Demasiado limpia, ¿no? —me inmiscuí.

—Más que limpia, cristalina, diría yo. En varias ocasiones, la animé a lanzarse a la lucha para conseguir un nombre como escritora. Su literatura merecía ver la luz. Me había dejado cuentos y alguna que otra novela que quitaban el hipo, os lo aseguro.

—¿Conservas sus escritos en tu poder? —se interesó Esteban.

—¡Ojalá fuera así! Pero Carmen era muy escrupulosa con los frutos de su talento y se limitaba a prestarlos, y nunca por mucho tiempo. Le aterrorizaba que anduvieran por ahí copias de obras

suyas que estaban condenadas a ser reformadas cientos de veces por su desmedido afán de perfección, cuando no destruidas con saña, el destino más frecuente de sus escritos. Era su juez más inmisericorde… —Félix se cortó en seco. Pude observar en sus ojos un amago de dolor contenido y, sobre todo, una nostalgia muda que lo laceraba con crueldad.

—¿Y? —lo animé a continuar. Estaba muy alterada en mi fuero íntimo por saber que bajo mi custodia se hallaba algo que se había salvado del afán destructor de Carmen.

—Jamás consintió ayudas poco morales ni bajó su guardia rigurosa. Creo que tenía un miedo visceral a perder el anonimato. Dudaba sobre sus facultades de forma poco objetiva, ya que su listón era el normal para cualquiera y elevadísimo para su propia obra. Quizá se había acostumbrado a su insatisfacción permanente, a vivir decepcionada con respecto a sí misma. Se negaba a lidiar en las trastiendas literarias y su afán perfeccionista nunca fue saciado, rozaba cotas insalubres. Siempre le encontraba defectos a sus escritos: párrafos que debía pulir, verbos a la deriva, personajes poco definidos, ideas que no estaban lo suficientemente desarrolladas, tramas mal resueltas, estilo pomposo… Se desesperaba consigo misma y repasaba todo lo que había salido de sus manos continuamente, sin darlo nunca por bueno.

—Lo cierto es que era una mujer muy responsable y cuidadosa —apuntó Esteban con una mímica en su cara que podía considerarse un tributo a la memoria de Carmen—. Apenas tuve tiempo de conocerla, porque ocurrió aquel terrible accidente a los tres meses de incorporarme yo al instituto, pero era una persona que impactaba. Como ya le comentaba ayer a Celia, a mí me gustaba llamarla «mujer de días lluviosos».

—Anda, Esteban, no sabía que eras un vate —exclamó Félix con una ancha sonrisa, alegre de pronto, quizá por salir del recuerdo de Carmen, que lo afligía visiblemente—. Por fortuna, las matemáticas no te han copado todas las habitaciones del cerebro.

—No te metas con el chico, Félix —lo defendí en tono de broma.

—Tranquila, mujer, que los de Sociales no mordemos.

45

Pagué el café y dirigí mis pasos hacia mi antiguo barrio. Al paso, miré con nostalgia la antigua estación de Zaraiche, ya entonces convertida en la sede de la empresa concesionaria de la gestión de las aguas de la ciudad. Un poco más adelante, tras haber atravesado la desembocadura en La Redonda de la reciente avenida de Juan Carlos I, desarrollada sobre las pretéritas vías férreas que conducían a los trenes hacia el noroeste de la provincia, se alzaba el novísimo edificio de Correos y Telégrafos. Retaba con su estructura clara y contemporánea a la añeja y grisácea cárcel contigua, que, con más de un siglo en sus cimientos y el abandono por parte de los cabecillas municipales, presentaba un aspecto ruinoso y muy descuidado, poco acorde para el corazón impoluto de la metrópoli.

Me paré un segundo frente al moderno edificio de Correos y me sonreí cuando detecté el arraigo de la costumbre en los seres humanos. En Murcia, la inicial sede de Correos y Telégrafos se hallaba en la calle Ceballos. Mis conciudadanos, tan prácticos para las designaciones y tan rebeldes, al tiempo, para las prescripciones de las placas municipales, jamás llamaron a esa calle por su nombre y siempre fue «la calle de Correos». Aún hoy, que ya no alberga dicho departamento, recibe ese nombre. A los murcianos siempre les ha gustado mostrarse paradójicos y, con respecto a la citada calle, lo han sido, incluso, cuando dicha vía ya no aloja las dependencias de las que tomó su apodo. Volví a sonreírme cuando me di cuenta de que situaciones similares ocurrían con otras calles y plazas. No me cupo duda de que los habitantes de mi urbe eran surrealistas y ocurrentes en muchas ocasiones.

Llegué al barrio de Santa María de Gracia despacio. Había crecido mucho en los años en que estuve fuera de Murcia y me costaba digerir que entraran en su demarcación otras antiguas barriadas, como las de San Basilio, o algunas modernas y de nueva planta de la zona de la avenida de Los Pinos. Porque el barrio se había extendido hacia el oeste y hacia el norte, hacia ese norte donde habitaban en mi memoria las antiguas huertas por las que me perdía durante mi infancia, allí donde se escondía el hombre del

saco tras cualquier árbol amenazante, justo antes de llegar a las arcaicas vías del ferrocarril que desembocaban en la estación de Zaraiche. El barrio se había hecho enorme, céntrico y demasiado bullicioso. La inmediación a unos grandes almacenes tuvo un fuerte impacto en las remotas y plácidas calles que recogieron mis pasos niños.

Cerré los ojos un segundo en actitud evocadora. Entonces, todo volvió a ser como antes: la atmósfera de pueblo con aromas de cocido al mediodía y de tortilla de patatas al anochecer, los humildes jardines poblados por los ruidosos juegos y gritos de los niños, la fuente central de la plaza que tentaba a los valientes para saltarla sin mojarse y donde yo había cosechado una espléndida cicatriz en la pierna derecha… Hasta vi a mi madre, asomada al mirador, tirándome unos duros para que hiciera el recado de ir a la verdulería del señor Lorenzo a por unos tomates y unas lechugas para la ensalada. También vi a mi abuela: se acercaba hasta mí y, con voz cómplice, me pedía que la acompañara a la heladería para tomarnos un chambi. Qué palabra esta: *chambi*. Cuánto tiempo hacía que no la recordaba mi memoria. Nunca he estado segura de que venga en los diccionarios, pero existe y designa los helados de mi infancia: el turrón de mi abuela y de mi padre, la crema tostada de mi madre, la nata de mi hermano, el chocolate de mi hermana o mis adorados polos de limón, de los de hielo y sin chanchullos de aromas añadidos, no como ahora que los fastidian con leche y con múltiples elementos químicos. En el gusto por los polos de limón, así como en otras circunstancias vitales, coincidía con Carmen Vidal, a la que mi fantasía había ubicado, en su infancia paralela a la mía en Murcia, en mi mismo barrio, a pesar de que no la recordara mi memoria.

Abrí los ojos y se acabó el hechizo de los paisajes del recuerdo. Me apabullé con el tráfico rodado, con las calles atestadas de vehículos, que bien parecían enormes y soleadas hileras de aparcamientos. Una bocina me devolvió al presente y reboté en las cercanas imágenes y palabras de la comida junto a mis compañeros Félix y Esteban. Me había quedado clara la falta de relación de Esteban con Carmen Vidal. Apenas tuvo tiempo de tratarla y se enteró aquel mismo día de que había tenido un hijo, el joven pintor que se suicidó en la Costa Brava. Mostró su interés por la historia del chico malogrado y Félix se explayó en explicaciones que a mí me sirvieron de recordatorio para la fijación concreta de los hechos

que deambulaban por mi mente sin orden. Supe que Antonio se distanció de sus padres cuando inició sus relaciones con Begoña, en Italia. Desde entonces, nunca volvió a ser el mismo muchacho cariñoso y apegado. El carácter se le torció de un modo definitivo y solo aspiraba al alejamiento de quienes había querido hasta entonces. Ninguna palabra dulce consiguió que reaccionara y volviera a ser el chico inspirado y tierno de tiempos anteriores. Dejó de interesarse por la pintura con el mismo fervor de siempre y solo le apetecía huir con Begoña lo más lejos posible.

En un primer momento, Carmen solicitó la ayuda de Verónica y le confió sus sospechas sobre la nueva acompañante de Antonio, sus acertadas intuiciones sobre el vampirismo que aquella mujer oscura ejercía sobre su hijo. Pero Verónica se encontraba más allá de toda acción, vencida, en un estado depresivo inoperante para la lucha. Las palabras resbalaban sobre ella sin significado alguno y, por más que apreció la buena disposición de Carmen hacia su persona, fue incapaz de ayudarla y de ayudarse a sí misma. No obstante, el rencor no llegó a poblar nunca el alma de Verónica, pues ni tenía fuerzas para el despecho amoroso.

—Entonces, ¿tú no piensas que fue Verónica quien empujó a Antonio por el acantilado? —le pedí a Félix que me aclarara en los postres de la comida.

—Por supuesto que no. Aquella joven jamás le hubiera hecho daño a su querido Antonio. Lo amaba más que a su vida, te lo afirmo si miedo a equivocarme. También Carmen lo sabía y nunca se engañó sobre el bulo que alimentaba la malvada Begoña en su depravación absoluta.

—¿Bulo?

—Quizá no era exactamente un bulo… Pero lo cierto es que no se cortaba en pregonar que Antonio se suicidó tras la visita de Verónica.

—¿Cómo se explicaba Carmen que Verónica hubiera viajado a la Costa Brava y fuera, tras dicho viaje, cuando Antonio decidió quitarse la vida? —insistí con el beneplácito de Esteban, que seguía fascinado con la historia.

—En proceso de recuperación de su melancolía profunda gracias a los abundantes fármacos que le suministraron, Verónica cambió y abrió las puertas a un tipo de vida insustancial y ruidosa. Solo deseaba divertirse de una forma un tanto histérica, que más bien suponía una forma de huida de su propio interior martirizado. Se

hizo adicta a gentes sin sustancia ni inquietudes y olvidó a sus antiguos amigos, quienes le recordaban un pasado del que pretendía alejarse por puro instinto de conservación. Pero como el pasado solo puede maquillarse y nunca suprimirse, se le impuso en un deseo de conseguir la calma de una vez por todas. Consciente de su inquietud interna, quiso dejar cauterizadas las innumerables heridas de su espíritu.

—Sigue, Félix —le pidió Esteban al comprobar que se detenía, pues el colega de matemáticas seguía la conversación con los ojos muy abiertos y el asombro plasmado en su rostro.

—Verónica reunió algo de temple y decidió permitirse un ajuste de cuentas en un viaje que la enfrentara a su verdugo. Solo aspiraba a conocer de los labios de Antonio las razones para tanto abandono, las causas de su cambio profundo y los porqués de sus descuidos con respecto a lo que más amaba en la vida: la pintura. No pretendía la reconciliación con él ni la ruptura de su vínculo con Begoña. Solo intentaba deducir de las palabras de su antiguo amor los argumentos que le fundamentaran el sacrificio propio. Le bastaba con que Antonio le dijera que era feliz junto a Begoña. Esa felicidad de Antonio la ansiaba Verónica como el más eficaz justificante de su propia tragedia.

—¡Qué desprendimiento el de esa chica! ¿Volvió a Murcia con sus emociones en orden? —le pregunté, impresionada por la magnitud generosa del amor de Verónica.

—No tengo ni idea, aunque todos los indicios que poseo me llevan a suponer que no. Su propia forma de vida, tan desordenada o, mejor aún, caótica, sus crisis, sus melancolías incurables, su extravío al confesarse la asesina de Antonio…

—¿Asesina? —preguntó Esteban, y se removió en el asiento como si una bandada de avispas se hubiera cebado en su persona.

—Pocos minutos antes de morir atropellada por un coche, Verónica le confesó a una amiga de mi hija que ella había sido quien había precipitado a Antonio al mar, que ella lo había matado.

—¿Quedaron contrastados esos hechos? —insistió Esteban con alarma—. Se trata de una confesión muy fuerte.

—Tranquilo, amigo, que no lo mató. La chica era incapaz de cometer un asesinato, te lo aseguro.

—No hay que fiarse de nadie, Félix, ni tan siquiera de las aparentes mosquitas muertas —puntualizó Esteban—. Yo investigaría el asunto con calma. Bueno, vosotros sabréis más de

todo esto que yo, que para eso estudiasteis leyes —concedió aturdido.

—Y las tenemos en la suela de los zapatos, Esteban, que lo que no se usa se atrofia —bromeé.

—Pues yo estoy muy contento con el raquitismo de mis muñones legales. El Derecho es una pendiente sinuosa para los espíritus creativos y algo rebeldes, ¿no te parece, querida Celia? —exclamó Félix con gracia.

—Estoy absolutamente de acuerdo contigo. Solo agregaría una pequeña precisión y es la de que el mundo jurídico impregna a sus criaturas de un pragmatismo lejano a la visión mágica de la existencia —añadí.

—Es verdad —se animó Félix—. Pocos buenos poetas llegan de las leyes y sus aledaños ceñudos.

—Tampoco te engañes —intervine—. Son muchos los buenos literatos que se han refugiado al amparo de las letras para huir de un mundo tan sombrío y oscurantista. Sin ir más lejos, nuestro paisano fallecido, el escritor Miguel Espinosa Gironés.

—Cierto, pero habrás de convenir conmigo en que son pocas las cabezas que se salvan de un constante bombardeo leguleyo, de un empacho de trámites o de un banquete de sentencias —volvió a atacar Félix.

—Que haya paz entre los profesores juristas —medió Esteban con gracejo—. Yo solo pretendía que me aclararais si Verónica podía o no ser considerada como una asesina.

—Pienso que no —le respondí—. Por lo datos que tengo, aquella muchacha no reunía los caracteres que forman el perfil de un criminal.

—En todo caso, querido Esteban, al margen de apreciaciones subjetivas que la excluyen a mi entender, no se puede afirmar con convicción que Verónica fuera la asesina de Antonio, el hijo de Carmen. Todo el mundo es inocente mientras no se demuestre lo contrario —concluyó Félix.

46

Salí de mi primitiva barriada por la Ronda Norte. La visión de la antigua casa de mis padres, tan pegada a esta arteria principal de Murcia, con un par de ventanas dando a la misma, me llenó el corazón de una nostalgia blandengue que quería sacudirme pronto. Me molestaba percibir que otros seres moraban entre las paredes que habían sido testigos de las vidas de mi familia en un pasado.

Como no me apetecía enfilarme por el ajetreo de la calle comercial que desemboca en la Gran Vía, encaucé mi tristeza por los Pasos de Santiago, un camino recoleto que siempre me había seducido de niña porque era como adentrarse en una senda arcana a poca distancia de casa. En los remotos días de mi infancia, aún conservaba el proyecto de calle la tierra en vez del asfalto monocorde del resto de la ciudad. Mi padre me contaba que era así para que pudieran galopar los caballos del apóstol Santiago, que todas las noches pasaban al trote como una exhalación en busca de su dueño. Por eso, no solían estar concurridos los Pasos de Santiago, porque a la gente le daba pánico la posibilidad de que la pisotearan los enormes corceles divinos. También, de niña, me entregaba a la contemplación del alto muro que escondía árboles frondosos, de los que solo eran visibles las copas, muy tupidas y enigmáticas para los ojos párvulos. Detrás de aquel hermetismo verde oscuro, vaticinaba la fantasía un bosque como un jeroglífico indescifrable, donde suponía que se hallaba la residencia de los seres de los sueños de terror, como el esqueleto con la guadaña en alto, Jesucristo con el pecho abierto por donde se le desbocaba el corazón apuñalado, la Virgen María en su disfraz de Dolorosa con las espadas hundidas en el escote, los santos con sus reliquias en las manos —como una santa Lucía mutilada que exhibía sus ojos en una bandeja de plata —, un viejo enfermizo y desdentado que se convirtió en la inquietud del colegio con sus sucias canas de punta y sus ojos bizcos por la furia, y tantas y tantas imágenes que habían sacudido el descanso infantil con estremecimientos de pesadillas horribles.

Los Pasos de Santiago conservaban su viejo nombre, pero había desaparecido el largo muro que allí existía. Ya más mayor, supe que

el citado muro resguardaba un polvorín del ejército y no la morada de seres terroríficos. No me pareció un mal escondite para algo que se denominaba *polvorín*, un nombre que me agitaba travesuras en el cerebro, impactado por un apelativo tan jovial, por muchos peligros que suspendiera sobre los habitantes de Murcia. Hoy no queda nada del polvorín revoltoso, ya que son terrenos municipales donde luce el imponente jardín de la Pólvora. Al menos, el nombre del jardín guarda parte de mis recuerdos infantiles. El firme de los Pasos de Santiago también era distinto al de mi niñez: anónimo y sufrido asfalto, un pavimento poco favorable para las correrías de los caballos de la imaginación. Casi cuando abandonaba la calle, me agradó comprobar que seguía en pie la pequeña ermita del extremo sur, a la que miré como un adorno de mi pasado que también se alegraba de verme. Sigilosa y humilde como antaño, me suscitaba la misma sensación enigmática, la de un espejismo entroncado en una cultura ya difunta, la de unos arrabales perplejos en el mismo centro de la ciudad. Dócil a mi mirada, me mostró su evidente estado de abandono, sus tejas partidas y su pintura desconchada, como una vieja amiga que le cuenta a otra sus innumerables dolencias.

Atravesé la calle Acisclo Díaz y la de Santa Teresa hasta perderme por la antigua cuesta de la Magdalena. Ese lugar me trajo a mi hermana a la memoria. Cómo nos reímos, de chiquillas, un día que nos escapamos en busca de aventuras y fuimos a parar allí. Era un sitio prohibido por la proliferación de las que llamaban «mujeres de la vida» con un recato que susurraba algo misterioso para nuestras mentes. Nos habían indicado con especial atención que a esa zona no debían ir las niñas si no deseaban tener sustos de envergadura. Supusimos que nos podía asaltar cualquier disoluto con sus vergüenzas al aire, como los degenerados que se escondían en las covachas de las escaleras de nuestra barriada y embestían a las chicas con tacones cuando volvían a casa tras el paseo de los domingos. Todo aquello olía a sexo y el sexo aún era para nosotras una extensión incógnita e inimaginable, pero sin duda apeteciblemente sazonada con la especia picante de lo restringido para uso estricto de los mayores.

¿Cómo estaría mi hermana? ¿Y mi hermano? Hacía tiempo que no sabía de ellos. La vida los había llevado a residir lejos de Murcia, como a mí hasta hacía escasos meses. Eran pocas las ocasiones en las que coincidíamos los tres. Me vinieron a la memoria y una

oleada de nostalgia se apoderó de mí, separada siempre en mi acontecer adulto de los pocos seres que constituyen mi escasa familia. Pero se trataba y se trata de distancia física, porque mi espíritu se halla indisolublemente unido al de Paula.

La evocación familiar instaló la añoranza de Paula en mi ánimo. De manera constante, me acuerdo de mi hermana y la echo de menos con especial fervor. Aunque han transcurrido muchos años desde que vivimos juntas, se estableció entre nosotras una complicidad llena de compañerismo que ha permanecido inalterable con el paso de los años. Cuando nos hemos juntado de mayores, todavía ha sido perceptible para cualquiera esa corriente cómplice, asociada y protectora, que nos han envuelto a lo largo de nuestras vidas como una burbuja que amparara nuestras almas. Con mi hermana en el camino de la existencia, aunque esté lejos físicamente, nunca me he sentido sola ni aislada. Me resulta un lujo contar con alguien como ella. Porque siempre está disponible para mí, siempre entregada y solícita.

En aquella tarde de miércoles, me planteé la posibilidad de llamar a Paula por teléfono para pedirle amparo en mi desconcierto sentimental y conocer su opinión sobre mis confusos sentimientos hacia Félix. Pero deseché la idea de inmediato, porque no había nada más lejos de mis propósitos que verla involucrada en la incoherencia de mis propios pensamientos. Yo misma debía aclararme en mis emociones, que bastante me había aguantado mi hermana las cuitas de mis anteriores descalabros amorosos. No deseaba ponerla en guardia otra vez ante un nuevo y previsible fracaso de mi corazón no escarmentado. Se suponía que había aprendido las lecciones de mi propia vida con respecto a los hombres y ya era lo suficientemente adulta como para afrontar sola los titubeos de mis querencias. Aquella misma mañana había optado y le había impuesto a mi espíritu los cauces para el desarrollo de mi nueva relación. Cuando estuviera más rodada en el tiempo, sería el momento justo para informar a mi hermana sobre ella.

Por otra parte, un motivo de peso consiguió que me abstuviera de telefonear a Paula. En el disparate de mi mente recelosa y cauta de aquellos días endemoniados, una sospecha generalizada se había instalado en mi interior de forma escondida pero persistente, quizá por una simple entelequia, quizá por unos indicios falsos, quizá por unas conjeturas estúpidas y fantasiosas, pero lo cierto es que el recelo se había apoderado de mi persona y me conducía a

desconfiar del presumible suicidio de mi predecesora en la plaza de lengua y literatura en el instituto. Sin desearlo, me había situado en la misma línea del joven policía sobre el que me había informado Esteban el día anterior, aunque él lo hubiera hecho para criticarlo con saña.

Sabía lo prematuros que eran mis escrúpulos infundados, pues aún me faltaba conocer muchos datos sobre la persona de Carmen Vidal, pero existía un aire de misterio en aquella historia que me aterraba y me atraía al tiempo, sin que pudiera resistirme a su hechizo. En mi mente fantasiosa, cualquiera era sospechoso del hipotético asesinato de Carmen, incluso Félix, con el consiguiente escalofrío que esta suposición me producía. No debía dejar de tomar todo tipo de precauciones sobre mi propia seguridad. Incluso, si exageraba de forma hipocondríaca y desmedida, sentía que mi vida estaba en peligro, aunque no supiera distinguir qué tipo de peligro me acechaba. Tal vez —me reí a mi costa en un serio intento que desdramatizara mis necedades—, me había aburrido mucho en los últimos años y aquella actitud excesiva era el reflejo y la cosecha de un hastío carente de hechos inesperados.

47

En los aledaños del barrio de San Pedro, opté por encaminarme hacia el plano de San Francisco. Me apetecía contemplar el mercado de Verónicas e internarme por las callejuelas adyacentes al mismo, repletas en mi memoria de minúsculas tiendas grises y empolvadas, con sabor a un romanticismo rancio y en desuso, donde se encontraban los objetos más increíbles y añosos, que se ofrecían como reliquias para un presente veloz que los había olvidado. Me detuve frente a dos pequeños escaparates de una sombrerería añeja y me sonreí ante el ingenio desplegado para mostrar tanto género en tan poco espacio. Además, me admiró la tarea minuciosa de asignar los nombres específicos a cada tipo de sombrero, pamela o gorra.

La contemplación de los sombreros me trajo la imagen de Félix, pues solía calarse alguno en los días más fríos del invierno. Me inquieté ante la certeza de que estaría en mi casa cuando regresara por la noche. ¿Hasta cuándo duraría el asalto a mi intimidad? Porque, con el paseo, ya me habían abandonado los miedos hipocondríacos que sospechaban asesinos por cualquier rincón de Murcia, y lo que se imponía en mi alma era el temor al contacto con un ser del otro sexo. Suspiré como quien espanta moscas y decidí expulsar de mis reflexiones determinadas ideas punzantes. Ya hallaría una fórmula hábil para sacudírmelo pronto de encima y que la vida volviera a sus cauces cotidianos, los que de verdad deseaba mi espíritu independiente en aquellos momentos. Admitía la aventura, pero no la convivencia.

Continué con mi agradable paseo, no sin antes detenerme a contemplar los restos de las murallas medievales, sacadas a la luz hacía muy poco, tras la demolición del convento de Verónicas, una construcción enorme que recordaba mi memoria y de la que solo quedaba un mínimo vestigio en la pequeña iglesia, que se mantenía en pie huérfana y sin sentido.

En la puerta del notable edificio del mercado de Verónicas, recordé de nuevo la conversación mantenida al mediodía. Otro punto que había aclarado totalmente era el del pleito sobre la

propiedad intelectual de las pinturas del hijo de Carmen. Ya sabía que lo había ganado la oscura Begoña, una viuda intrigante hacia la memoria de su esposo difunto, porque no tuvo escrúpulos para defender como propias las obras de un muerto a quien había proclamado amar. Carmen y Jorge lucharon por el nombre de su hijo con valor, pero la vampira contaba con pruebas irrebatibles desde un punto de vista jurídico, lógico y formal, que bien se pertrechó de firmas de Antonio por aquí y por allá para previsibles supuestos de emergencia. Begoña fue reconocida como la autora de todos los cuadros de su marido, según dispuso el mismo al reconocerle su autoría en sendos documentos que Carmen jamás se explicó cómo pudo rubricarlos Antonio. Sin duda, su hijo había sido abandonado por la sensatez antes de su muerte, circunstancia de la que se aprovechó la piltrafa intrigante llamada Begoña, una verdadera escoria humana. O, bien, lo sugestionó de tal modo que Antonio no fue capaz de discernir lo evidente: los pretendidos dibujos de Begoña que le servían de inspiración a sus cuadros no eran más que la plasmación de sus propias invenciones verbalizadas en presencia de aquella mujer sombría que lo expoliaba sin compasión ni decencia. ¿Cómo se permitió una ceguera tan absoluta? ¿Cómo consistió el despojo de lo que más lo caracterizaba como persona desde que era un niño? ¿Cómo renunció a su esencia más íntima? Carmen jamás halló respuestas a los millones de preguntas en que devanaba los insomnios de sus noches. Lo cierto es que tras la victoria de Begoña en el pleito, se sumió en la más negra de las melancolías, de la que no consiguió librarse hasta su mortal accidente.

Al amparo reflexivo del sufrimiento inmenso de mi antecesora en el instituto, decidí cruzar hasta la entrada del Malecón, el largo paseo que tanto me gustaba recorrer de joven. En aquellas alegres caminatas que se internaban hasta la huerta, me dedicaba a la contemplación lírica del panorama barroco de los vergeles, salpicados con las esbeltas palmeras que, como faros mediterráneos, anunciaban a los caminantes el júbilo erguido del sur peninsular. No sé la causa, pero cuando diviso una palmera mi corazón brinca de alegría.

Miré la hora. Se aproximaba el momento de mi cita con Toñi, por lo que decidí guiar mis pasos hacia la plaza de Santo Domingo. El paseo por el Malecón quedaría para otra jornada. Atravesé por primera vez la novísima Pasarela Manterola, un ingenioso puente

que, a modo de barco, crea la sensación de navegar por el río Segura con su vaivén producido por una estudiada suspensión. En su recorrido mareante, me maravillé con las vistas: las de los restos de un antiguo molino de agua al borde del río y las inmejorables del Puente Viejo, o Puente de los Peligros, con la catedral al fondo. Sin duda, uno de los mejores paisajes de Murcia, toda una insignia de cara al exterior. En la otra orilla, bordeé el río y ascendí por las escaleras que me alzaron hasta el Puente Viejo. Lo atravesé a ritmo rápido y franqueé la Glorieta casi al trote, por donde recordé las palabras de Félix sobre el piso de su hijo Pepe. No vivía en mal lugar ese muchacho afortunado. Me extrañaba que Félix —a mi entender de entonces tan seguidor de las apariencias y brillos externos, que tantos años había aguantado con Lali sin amarla— no hubiera optado por el lujoso piso de su acomodado retoño. O me quería conquistar realmente para decidirse por mi minúsculo apartamento mientras encontraba un cobijo o existía alguna razón escondida en sus intenciones que no era capaz de vislumbrar en aquellos confusos momentos.

Decidí olvidarme de mi nuevo amante. Su recuerdo me enturbiaba la razón y deseaba llegar fresca y distendida a mi cita con Toñi. Debía ser muy hábil con ella, sonsacarle toda la información posible sin que notara mi acecho.

48

Bajo el amparo del gigantesco ficus de Santo Domingo, se hallaba Toñi.

—¿Llevas mucho tiempo? Solo pasa un minuto de las siete —me excusé mientras le estampaba un par de besos en las mejillas.

—Acabo de llegar, no te preocupes.

—¿Te parece que nos sentemos en la terraza de esa heladería? —le sugerí mientras señalaba el sitio, muy cerca de donde nos hallábamos nosotras. Quería un descanso durante un rato, tomar aliento. Además, con el paseo, se me había despertado una sed feroz.

—Estás colorada —me advirtió mientras nos sentábamos.

—Se me habrá pegado el sol, que bien pica. Me sobraba tiempo y decidí dar un paseíllo. Ya sabes que he vuelto a Murcia hace pocos meses y aún disfruto con el placer del reencuentro con los viejos lugares de mi infancia y juventud.

—Notarás que Murcia está muy cambiada.

—Para bien, por lo que he podido comprobar. Se han restaurado edificios históricos, se han lavado fachadas y se han sacado a la luz restos de interés, como ese viejo molino al borde del río, entre el Puente Viejo y la Pasarela Manterola.

—Me encanta ese puente. —Y Toñi suspiró—. Y el de Calatrava.

—El último que citas aún no lo he visto, pero apuntado queda para un próximo paseo.

Toñi pidió un blanco y negro y yo un granizado de limón. Bebí todo el líquido que pude aspirar por la pajita y bregué con el hielo en un intento ansioso de deshacerlo pronto. Mi sed era imperiosa y no admitía esperas, así que le solicité al camarero un botellín de agua. Me fastidió el retraso en atender mi solicitud, pero debía ser transigente porque aquel escuálido hombre era requerido más de siete veces por segundo, no daba más de sí en sus correrías de un lado para otro y en su aplicación cumplidora que apuntaba en un pequeño cuadernillo todos los antojos de la nutrida clientela. Las mesas de la terraza se habían llenado en apenas unos escasos minutos desde que nos sentamos Toñi y yo. Sin pretenderlo, nos

vimos envueltas en una algarabía de voces y chillidos de niños.

—Se nota que empieza a apretar el calor —constató Toñi con una cierta ironía.

—Lo pasamos bien el domingo. —Torcí su frase en el intento de esquivar los lugares comunes de las conversaciones insustanciales. Como no era inglesa y nunca fui anglófila, detestaba conversar sobre el tiempo meteorológico. Aparte de la simpatía que empezaba a sentir hacia aquella mujer que aparentaba muchos más años de los que sumaba realmente y del interés que me despertaba su propia persona, no podía olvidarme de mi pretensión oculta de obtener nuevos datos sobre Carmen Vidal.

—De fábula —asintió—. Hacía tiempo que no me reía así, a carcajada limpia, con todo el cuerpo y el alma. Para que te hagas una idea, te diré que por la noche, ya en mi casa, se puede suponer que me atacaron las agujetas de la risa.

—¿Y en qué consisten esas divertidas agujetas?

—Ya te puedes figurar: los músculos de la cara contraídos por la sonrisa permanente, los ojos llorosos y las cuerdas vocales en un continuo ejercicio de emitir sonidos lúdicos, como los de los gatos cuando ronronean.

—Qué imágenes las tuyas, Toñi —le observé en tono admirado.

—Aún tengo más, no te pienses que me quedo ahí. Cuando me lanzo, soy una máquina.

—Pues dispara esas perlas para que nos riamos juntas.

—¿Entroncamos con la poesía?

—¿Y por qué no? A ver, poéticamente hablando, qué son las agujetas de la risa.

—Un puro agotamiento feliz y espantador de sinsabores. Una lluvia de intrascendencia para el espíritu. Un paseo relajado por los campos abiertos de la despreocupación más absoluta. Un viaje por la llanura de la calma placentera.

—¡Bravo! Me dejas pasmada con esta vena tuya. Me encanta que aprecies la risa. Es síntoma de inteligencia. Y perdona si el otro día te hice sufrir —apunté con el claro deseo de dirigir la conversación hacia donde me interesaba.

—¿Sufrir? —me preguntó extrañada.

—Cuando te saqué el nombre de Carmen Vidal. No quería importunarte.

—Tranquila, ya se me olvidó —dijo con el gesto cambiado, sobrio de repente y con un halo de melancolía en la mirada.

—De forma accidental, ya me han puesto al tanto sobre su vida los compañeros del instituto.

—¿Qué sabes de ella?

—Casi todo, Toñi. Me han contado la tragedia de su hijo Antonio, el pleito sobre la propiedad intelectual de las pinturas del muchacho, la muerte de Carmen en un espantoso accidente en La Redonda, cuando se desnucó en el acto al estamparse su coche contra una palmera. También me han informado sobre sus cualidades literarias, aunque la exigencia que tenía para consigo misma la dejara anónima y oculta para siempre.

—Sí, escribía de maravilla. Por desgracia, no se salvó ninguno de sus escritos. Los debió romper todos poco antes de morir. Una pena, una auténtica pena —me confirmó Toñi mientras hundía los hombros en actitud de derrota.

—¿No es posible que existan algunos papeles escondidos? Siempre cabe la probabilidad de que se haya salvado algo y se encuentre en algún lugar ignorado. No sería la primera vez que ocurre —le señalé, consciente de que reposaba en mi apartamento una auténtica joya al abrigo de un cajón cuya llave custodiaba en mi bolso.

—No te esfuerces, Celia. Por desgracia, no queda nada de Carmen, ni un solo escrito —respondió vencida.

—También es factible la hipótesis de que Carmen dejara algunos de sus escritos a amigos y conocidos. Convendría investigar por ahí.

—Ya fue investigada esa vía, y sin suerte. Carmen no era de las que se desprendía de sus cosas personalísimas, y sus papeles los consideraba como lo más particular e íntimo. Si alguien le generaba confianza, se los leía ella en persona. Era su forma de proceder, su extraña manía. A mí, me leyó casi todo lo que había escrito. —En esta confidencia de Toñi fui consciente del diferente grado de confianza que había tenido la difunta Carmen con Toñi y con Félix: a la primera, le leía sus escritos; al segundo, se los prestaba, aunque fuera por poco tiempo.

—¿Incluidas sus novelas?

—Incluidas sus novelas.

—¡Vaya tela del telar! —exclamé sin poderme reprimir—. Con lo largas que suelen ser las novelas…

—Fueron muchos los ratos que compartimos. Nos veíamos casi a diario por las tardes, antes de que se hundiera en sus demonios tras el suicidio de su hijo.

—Por lo que me cuentas, observo que manteníais una sólida amistad.

—Ya te lo dije el otro día, Celia. Éramos uña y carne.

—¿Solo a ti te leyó sus cosas? —indagué, totalmente liberada de rémoras prudentes ante la actitud entregada de Toñi. Para mí, era una auténtica sorpresa su estado dispuesto para la confidencia con respecto a Carmen Vidal, tan distinto al hermetismo mostrado el domingo. Ni qué decir tiene que pensaba aprovecharme al máximo.

—También a su marido y a nuestro común amigo Álvaro. Confiaba en el criterio de nuestro querido santón como si fuera una griega antigua que escuchara las palabras del oráculo de Delfos. Aunque Álvaro nunca le resistió toda una novela, todo hay que decirlo.

—Qué curioso me resulta. Por lo que sé de Carmen Vidal, no me la imagino apegada a Álvaro.

—Pues lo estaba. No era de una manera personal y amistosa, como conmigo; pero Álvaro la tenía bien inmovilizada con sus dictámenes sobre literatura. En ese aspecto, Carmen veía por sus ojos, siempre críticos y demoledores con ella, y desoía los ánimos continuos que le proporcionábamos Jorge y yo.

—¿No la animaba Álvaro?

—Ni una pizca, Celia. Siempre le encontraba gravísimos fallos a lo que escribía y se los argumentaba con una retahíla de fundamentos que se pretendían sublimes y cultos hasta el paroxismo. En el fondo, siempre pensé que a Álvaro le convenía tener a Carmen bien sujeta y bajo sus garras. Su brillo hubiera podido eclipsar la situación de privilegio de nuestro querido amigo, que en esto es astuto como un zorro. Como comentábamos el otro día, Álvaro ha de ser siempre el exquisito, el emperador de todos los presentes, la boca profética de la que salen las aprobaciones y condenas, el guía de lo válido y el certificador de suficiencia en las letras y en las artes. Carmen no se libró de su influjo diabólico nunca. Para su propia desgracia y para la de su obra, está claro.

—Qué pena, Toñi. Si Carmen hubiera visto a Álvaro como quien es realmente, quizá ahora su nombre se pasearía por las librerías.

—Apuesto a que sí, Celia. Pero no pude quitarle la venda de los ojos. Era yo sola en aquella lucha titánica, porque, aunque su marido la animaba sin desfallecer, también confiaba ciegamente en el criterio de Álvaro. Ya ves, un criterio siempre desviado por los celos, siempre orientado a que no salgan a la luz las personas

conocidas que puedan hacerle sombra. Necesita ser el único dios en su círculo inmediato, bien lo conoces —dijo en tono de resignación —. Por cierto, ¿quién te ha informado sobre Carmen? Me pica la curiosidad. —Cambió el tema de repente dando un sesgo a la charla.

—El jefe de estudios, Félix.

—Ah, ese flojo… —exclamó con laxitud.

—¿Cómo flojo? —No pude evitar sobresaltarme.

—Es un pusilánime absoluto, un cobarde redomado, además de un incauto que le da a la lengua sin saber de lo que habla —lo calificó sin dudar un segundo.

—¿Lo dices por algo en especial? ¿Lo conoces? —me atropellé en preguntarle, con el corazón acelerado por la ansiedad que en mí habían producido los improperios de Toñi hacia Félix.

—No tengo el disgusto de conocerlo personalmente, pero cuento con bastantes referencias suyas por una amiga de su mujer que trabaja en mi oficina. Te aseguro que no son precisamente buenas.

—Cuenta, cuenta —la animé a continuar.

—Resulta que ese pedazo de cobarde fue investigado por la policía, porque no sé si sabrás que, tras la muerte de Carmen, se abrió una investigación sobre el caso. —Asentí para que no se detuviera—. Un policía joven sospechó y movió cielos y tierra, convencido como estaba de la probabilidad de que Carmen hubiera sido asesinada. Su tesis se fundaba en que habían manipulado los frenos de su coche y, por eso, ocurrió el mortal accidente. —Y Toñi se paró en el punto más interesante para atender la llamada de su móvil.

—Continúa, no te pares —le rogué cuando concluyó la conversación telefónica.

—Ahora me extiendo más, pero, si no te importa, vamos a estirar las piernas. Este sitio tan ruidoso me está sacando de quicio.

49

Mientras paseábamos por el cogollo de la ciudad, quise que Toñi me contara sus impresiones sobre Félix, nefastas según pude deducir de sus anteriores palabras en la terraza de la heladería. También me interesaba muchísimo escuchar sus revelaciones sobre la investigación policial de la que había sido objeto el amante que acababa de echarme. Pero no hubo modo de volver a la conversación anterior por el ajetreo en que nos vimos inmersas. La tarde caía con los ya leves bostezos de la calorina y el bullicio de los murcianos dominaba la ciudad con su algarabía alegre, siempre ávida de espacios expansivos para el júbilo sociable. La Trapería se mostraba con los centenares de cabezas de la muchedumbre gozosa y atravesarla fue un ejercicio de paciencia. A aquellas horas, liberados de las grises oficinas y de la esclavitud de los comercios, las parejas de toda especie se citaban con regocijo y los amigos iniciaban su andadura fraternal. Contentos, como si fuera día feriado, todos se encontraban con sus próximos y orientaban los pasos hacia los lugares que las ganas de sus apetitos les indicaban. Resultaba imposible aclararse con Toñi entre tanto apretujón y tanto vocerío, que la calle en sí misma siempre ha sido un festejo para mis conciudadanos y aquel anochecer multitudinario así lo demostraba. Ni la terrible crisis económica ha malogrado esta vocación risueña y comunicativa, que, aquí, si no da el presupuesto para cañas y tapas, queda la posibilidad del paseo acompasado y el cotilleo en los oportunos bancos de madera de los jardines públicos.

Llegamos a la plaza de la Cruz algo vapuleadas por el gentío, nos detuvimos un segundo en la contemplación de la fachada plateresca de la Puerta de las Cadenas o Puerta Norte de la catedral y, desde allí, giramos hacia la izquierda, excluidos los soportales, pues nos decidimos en un segundo por tomar las cañas en la castiza zona de la plaza de San Juan. Bordeamos la catedral por la Puerta del Pozo y por la parte exterior de la capilla de los Vélez mientras conversábamos sobre el mestizaje de sus hechuras, en ocasiones próximas a la arquitectura civil, otras góticas, barrocas, renacentistas, rococós o neoclásicas. De la arquitectura pasamos al

tema de la campanas.

—Me gusta subir de vez en cuando a la torre y contemplar el panorama desde sus casi cien metros de altura. Aunque he de confesarte que lo que más miro cuando subo son las campanas. Impresionan sus proporciones desde cerca —dijo Toñi.

—Creo que son veinticinco. De pequeña, me sabía sus nombres. Ahora, solo recuerdo algunos, como la Águeda o Mayor, la Nona, la Segundilla, la Fuensanta, la Mora…

—La Mora la bajaron para conservarla en condiciones y, actualmente, se exhibe en el Museo de Bellas Artes. —Y Toñi me contó que dicha campana servía para avisar de las incursiones de los musulmanes. Después, se le dio el sobrenombre de la de los Conjuros, por ser la campana que avisaba de la penetración de lo inasible y, al mismo tiempo, ayudaba en los combates contra sortilegios, embrujos, hechizos, cábalas, alquimias y otras magias misteriosas—. Está considerada como la campana más antigua de España, ya que se fabricó antes del siglo XIV —me informó Toñi.

—Me contaba mi padre que las campanas servían para todo en otros tiempos: para avisar a los murcianos de las riadas, anunciarles las guerras, celebraciones, festividades y eventos de todo tipo. Menudo estruendo montan cuando bajan o suben a la Fuensanta. Como te pille cerca, quedas sordo para un rato.

—Nuestras campanas son así de bulliciosas y me temo que así seguirán, incansables en su labor de siglos. Sin ir más lejos, la Nona, que es bien pesada, es la que nos da las horas, los cuartos y las medias con su sonido grave y prolongado —concluyó Toñi nuestra conversación campanera.

Dejamos atrás la catedral y sus callejas adyacentes. Atravesamos el Arco de San Juan y desembocamos en la concurrida plaza del mismo nombre. Cuando estuviéramos tranquilamente sentadas, volvería a la conversación interrumpida tantas veces, bien fuera por el móvil de Toñi, por el ajetreo de los murcianos o por el propio interés de ambas en las historietas de nuestra ciudad.

50

—En lo que estábamos antes —continuó Toñi sin necesidad de que la pinchara—. Resulta que la investigación llegó hasta el mismo instituto donde trabajaba Carmen y donde ahora trabajas tú. El joven policía que indagaba el caso quiso preguntar a todas las personas que formaban su círculo de relaciones. Por culpa de la ligereza de la lengua de Félix, que lanzó rumores infundados sobre la mala avenencia del matrimonio de mi amiga en los últimos años, el policía se cebó en un principio en la persona de Jorge, el marido de Carmen, como principal sospechoso.

—¿Se llevaban mal realmente, Toñi? —le pregunté con verdadero interés, pues de las apreciaciones de Esteban, mi querido compañero de matemáticas, había deducido que se trataba de un matrimonio modélico.

—Ni mal ni bien. Convivían y se guardaban un mutuo respeto, eso siempre pude observarlo en mis visitas a su casa. Además, se apoyaban férrea y recíprocamente en cualquier actividad que desplegaran o en cualquier interés que expusieran. Formaban una amalgama sólida y compacta, aunque yo diría que no bien trabada. El aglomerado resultante era tosco y cualquiera podía apreciar los jirones de cada uno de ellos en esa mezcla aleatoria, nunca fundidos del todo los distintos átomos de ambos. No alcanzaron la simbiosis que se observa en muchos matrimonios.

—Uf, el matrimonio… Difícil mercancía para manejarla con habilidad. —La empujé de un modo enfático en una pausa que hizo para beber y tomar un bocado.

—Ten presente que esa es la impresión que a mí me causaban, lo que no significa que esté en lo cierto. Nunca he tenido la experiencia de convivir con un hombre y esa laguna vital es posible que deforme mi juicio.

—No te has perdido nada, Toñi —exclamé convencida.

—¿Tú has pasado por eso, Celia? —Toñi se animó de pronto, sin duda movida por la curiosidad.

—Por el matrimonio, no, pero en dos ocasiones he convivido con un hombre y las dos acabaron en desastre. Te lo cuento después.

Ahora estamos centradas en Carmen, en su marido y en la investigación de la policía —la reconduje para no salir de la órbita que a mí me interesaba.

—Pues sigamos. Jorge y Carmen debían de quererse, es más que posible, pero yo no les capté ni una pizca de apasionamiento entre ellos. Ya te he comentado que me faltan bases sólidas para hacer este tipo de consideraciones y, quizá, me equivoque.

—Tranquila, Toñi, te entiendo. Ya me ves, soltera como tú, y tan a gusto. Nunca he sido partidaria ni admiradora de las uniones prolongadas, solo mantenidas por el simple diploma de la palabra *matrimonio*, que parece que la misma fuera un pasaporte seguro hacia la ventura perenne —la apoyé con convicción—. Estábamos en que el policía sospechaba de Jorge, el marido de Carmen —intenté centrarla de nuevo.

—Así es. Lo mareó con miles de interrogatorios hasta conseguir sacarlo de sus casillas. No sé la causa por la que este hombre dio crédito a las pueriles palabras de Félix, porque Jorge es incapaz de matar a una mosca. Por si llevaba poco sufrido el bueno de Jorge entre el disparate del suicidio de su hijo Antonio y la tragedia de la muerte de su mujer, solo le faltaba el moscardón del policía a todas horas revoloteando en torno de él. Menos mal que decidió largarse de Murcia y poner tierra por medio. Así descansará lejos de tanta pesadilla, que buena falta le hace.

—Está en la Costa Brava según me han comentado, en la última casa donde vivió su hijo —apunté.

—Eso creo. La casa le viene de familia y siempre le agradó ir a la misma. Solía comentarnos a los amigos que, allí, se serenaba su espíritu con la contemplación del mar, un cuadro sedante colgado en las cristaleras y ventanas de esa mansión, porque te aseguro que es inmensa, un palacio.

—¿La conoces?

—Estuve allí unos días durante un verano. Hará unos cinco años, antes de que ocurrieran todas las tragedias. Te aseguro que es magnífica, un auténtico remanso de paz. Le vendrá muy bien a Jorge el cambio de aires.

—¿Y qué pasó con Félix? —le pregunté sin poder resistir más el suspense.

—Lo que te he comentado antes de pasada. El joven policía interrogó a todos los compañeros de Carmen para conseguir alguna pista que lo pusiera en el buen camino. Al tocarle el turno al

merluzo de Félix, en vez de ser prudente y comedido como lo fueron todos los profesores, le manifestó al poli ciertos recelos, una sutil y demoledora suposición de su mente ilusa y fantasiosa sobre la mala avenencia del matrimonio de Carmen y Jorge, que, a las cortas entendederas del simple de Félix, le parecía que estaba en las últimas. —Y así supe que la declaración desafortunada de Félix fue la que llevó al agente a martillear sin descanso a Jorge, que no se explicaba los motivos de una desconfianza tan atroz por parte del policía. En un directo que quiso lanzarle el detective novicio a Jorge para pillarlo y que confesara, consistente en aludir al locuaz informador que había regado sus infantiles suposiciones, Jorge montó en los corceles de la ira y se plantó con el poli ante Félix, para que repitiera delante de él todas las patrañas salidas de su boca.

—¡Menuda situación más fea! —exclamé.

—Y que lo digas.

—Pero sigue, no te pares, que está muy interesante.

—Félix se vio asediado y sin defensas de fuste, solo amparado por débiles cábalas de su mente febril, que debe ser un descerebrado de aúpa… No supo responder al asedio y salió despavorido hacia los servicios. Ante Jorge, con su presencia imponente, no guardó el tipo para sembrar sospechas tomando como base meras conjeturas. Seguro que se le descompuso la tripa del canguelo que le entró al muy cobarde. Un imbécil inconsciente es este Félix, porque mira que hay que ser cortito de entendederas para largar por esa boca de pez palabras sin fundamento alguno que, para colmo, podían implicar a Jorge en un asesinato. Nada más y nada menos que en un crimen.

—Ay, Toñi, esto que me cuentas me pone los pelos de punta y me demuestra la verdad del refrán que señala que hace más daño un tonto que un malvado —dije sin sentir lo que decía, pues nunca he considerado a Félix como un tonto, pero deseaba ganarme la confianza de Toñi y que siguiera contándome su visión de los hechos.

—Que no te quepa duda.

—De todo esto que me refieres, no sabía nada.

—Normal, Celia, qué ibas a saber con el gacetillero que te has echado para informarte. Seguro que se ha inventado la mitad de lo que sabes…

—Continúa, por favor. He de saber la verdad sobre Carmen, y ha

de ser por ti, está visto. —La halagué a propósito para que no se detuviera.

—Tanto el policía como Jorge salieron detrás de Félix y lo esperaron en la puerta del aseo. Cuando asomó la jeta el miedica, pálida y descompuesta, el detective tuvo que detener a Jorge, que ya se hallaba preparado para ensartarle unos cuantos puñetazos al estúpido de Félix. Les pidió calma a ambos y los hizo pasar a la sala de profesores. Allí, le solicitó a Félix que repitiera las palabras que le había dicho en el interrogatorio inicial, sus apreciaciones sobre el matrimonio de Jorge y la difunta Carmen. No pudo responder el aludido, no le salía la voz de la garganta y solo el terror emanaba de sus ojos. Acribillado por la mirada inclemente, bravía y brutal de Jorge, volvió a ponerse en pie y, antes de alcanzar la puerta, vomitó como el hastiado que es. Cuando se recompuso el cobarde, el poli, con el asco del hedor del vómito reflejado en su cara, le insistió en que dijera si sabía por Carmen que su matrimonio funcionaba mal, si le había hecho alguna confidencia la difunta al respecto. Félix negó con la cabeza en un principio y, después, se retractó de sus iniciales palabras con otras temblorosas y tímidas, consciente de pronto de la gravedad de las primeras y de las consecuencias inculpatorias que habían acarreado. Abatido, reconoció que solo fueron meras suposiciones suyas sin ningún fundamento en hechos o en palabras reales. El detective le preguntó el motivo de esas particulares suposiciones y el muy necio no supo responder más allá de que se trataba de eso: simples intuiciones, «presentimientos erróneos», apostilló, según me narraba después mi amigo Jorge con demasiada piedad hacia ese cretino de Félix. Porque, claro, todo esto lo sé por Jorge, que a Félix no lo conozco ni ganas que tengo de verle la cara a un pusilánime de mierda. Para colmo, Jorge lo estima y no me explico la causa de su querencia después del lío en que lo metió.

—Tampoco entiendo esa estima tras lo que ocurrió. No es razonable.

— Ay, será que este Jorge es un bendito.

—Será. No lo conozco, con lo cual no puedo emitir un juicio. ¿Crees que se suicidó Carmen?

—Ni lo sé ni me importa. Ese dato no la va a resucitar.

51

Durante algunos segundos, permanecí en silencio tras la respuesta de Toñi. No entendía que a la mujer que se proclamaba amiga de la difunta Carmen, no le importara dilucidar si la causa de la muerte de aquella fue o no el suicidio. Por otro lado, la narración que acababa de escucharle me dejó sumida en una anarquía de ideas inconexas. Contrasté la versión de Toñi sobre la vida amorosa de Carmen con las buenas impresiones que me había transmitido Esteban sobre su matrimonio y no me cuadraban. Tampoco me concordaba la frialdad que Toñi atribuía a las relaciones entre Carmen y Jorge con lo que yo le había leído previamente en el cuaderno nacarado, aquellos párrafos que indicaban la presencia del amor ardiente en sus días, aquellas frases que evidenciaban dicha, aquellas líneas que podían ser un nuevo rastro que me guiara hacia su marido o hacia un hipotético amante, que no debía descartar ninguna hipótesis. Lo que sí tenía claro es que debía investigar la estela amorosa en la vida de mi predecesora en el instituto, fijarla con exactitud. Qué poca conexión existía entre la mediocridad afectiva que le había imputado Toñi y la pasión que demostraba la difunta en sus escritos.

También me sorprendió aquella noche la postura visceral y atrincherada de Toñi hacia Félix. No le encontraba explicación a tanta tirria si ella no lo conocía personalmente y hasta el propio Jorge conservó su amistad con Félix pasado el disgusto primero, una vez atemperado el ánimo tras las inoportunas declaraciones al policía del jefe de estudios. Ni un solo titubeo le observé a Toñi en calificarlo de un modo denigrante. Ninguna inseguridad sobre la mentira de las suposiciones de Félix. Ninguna sospecha que quebrara su absoluta lealtad hacia Jorge y su fe ciega en él. Ni un recelo le advertí que rompiera esta confianza férrea en el marido de su amiga. O Toñi era una mujer de juicios inamovibles, que se hacía una idea de las personas y no la modificaba una vez establecida en su mente, o me ocultaba algo. Lo que resultaba incontestable en su actitud era su fidelidad hacia Jorge y su rencor ciego hacia Félix.

Por otra parte, Toñi se había atrincherado en su particular e

inmóvil punto de vista, muy afín al del marido de Carmen. No involucraba su pensamiento en la incertidumbre estéril sobre si la muerte de Carmen se debía a un accidente o al suicidio voluntario y aterrador de la que fue gran amiga suya. No le apetecía investigar, entrar en un terreno movedizo, infructuoso desde su perspectiva, pues los resultados a los que pudiera llegar no le iban a devolver la vida a Carmen. Me impactó esta falta de curiosidad, por mucho que respondiera a motivos prácticos o de huida de un sufrimiento hipotético. Una cosa era que la verdad no resucitara a Carmen y otra bien distinta que no se tuviera afán en perseguirla, aunque solo fuera por la motivación del respeto y el afecto hacia la difunta, al margen de egoístas posturas individuales que se escabullen de la pena.

Recordé el desconsuelo de Carmen por el final trágico de su hijo Antonio. Ahí, en aquel sufrimiento atroz, como en la impotencia de asistir sin poder hacer nada a la apropiación indebida de las obras de Antonio por la oscura Begoña, sí encontraba yo motivos más que suficientes para suponer que la mujer objeto de mis obsesiones se hubiera suicidado. A mí no me bastaba, como a Toñi, con el solo hecho de su muerte. Precisaba saber, y saber con urgencia cómo se produjo el fallecimiento. Pretendía desenmarañar la causa de su muerte, el motivo o conjunto de ellos que la llevaron a desearla y a ejecutarla.

Concluí con una idea clara: el relato de Toñi me parecía esclarecedor en parte, pero solo en parte, la que se refería a la propia confidente. No lograba sustraerme a la certidumbre que se abría paso en mi interior, la sospecha de que Toñi me había silenciado datos y detalles de importancia. Con las omisiones que me olía, aún no contaba con todas las cartas de la baraja bajo mi mano y, por tanto, no podía entrar en juego. Debía admitir que todavía no había conseguido reunir todos los fragmentos del puzle de la vida y de la muerte de Carmen. Me convenía avanzar en la lectura del tesoro escondido en mi apartamento, en la joya oculta que era el volumen nacarado. Las propias palabras de Carmen podrían conseguir que me asiera a un faro seguro en medio de la oscuridad. Leería a Carmen esa misma noche, antes de acostarme. Me obligué en mi pensamiento a concluir su cuaderno rápidamente. En él, podían contenerse las claves con las que despejar tantas preguntas.

Con la información que ya poseía sobre Carmen, deduje que algo

indefinido y silenciado se había traslucido en las palabras de Toñi. Intuía que ella sabía más sobre todo este asunto, pero estaba segura de que no me lo iba a desvelar. No lograba entender que Toñi supusiera que yo era tan estúpida como para tragarme la pueril investigación policial que me había contado, que la misma se hubiera iniciado a bombo y platillo para quedar reducida a un juego de niños, a un mero enredo de palabras fundadas en la fantasía de un hombre, Félix. Debía existir algo más, estaba convencida; pero qué era, qué se ocultaba realmente en esta historia sin pies ni cabeza, en este pasatiempo de mayores que jugueteaban a los policías y a los ladrones de forma un tanto cómica.

Mi intuición no acostumbra a engañarme. No suelo fiarme de ella dada mi propensión a la lógica más estricta, pero en aquellos instantes le di el crédito que me pedía: la muerte de Carmen Vidal se complicaba sin remedio y se veía inmersa en un entramado complejo de relaciones pasionales cuyos nudos exigían ser desenredados.

52

—¿Te interrogaron a ti? —le pregunté a Toñi con una cierta desgana, consciente ya de que podía engañarme en lo que decidiera decirme. En realidad, y para mi propio y creciente desasosiego, me daba cuenta de que cualquiera de mis informadores me resultaba sospechoso en aquellos momentos agitados. La mentira no es fácil distinguirla cuando procede de naturalezas acostumbradas a su contacto.

—Por supuesto, como a todos sus amigos. También a Álvaro. No nos escapamos ni uno solo de nosotros de las enérgicas pesquisas del joven policía. Por lo menos, la medalla al mérito y la insignia de la constancia se las deben haber concedido al muchacho —dijo con evidente ironía.

—¿Sabes el nombre del poli? —le pedí algo inquieta.

—Manrique, se llama Manrique, un nombre poco común, por eso lo recuerdo; pero el apellido no me lo preguntes, porque se me ha borrado de la memoria. No tengo buena retentiva.

—¿Y dejó escapar el diligente Manrique a Jorge después de haberlo tenido como principal sospechoso del asesinato de su esposa? —le asesté para que se percatara de la precariedad de la historia que me había narrado.

—A ver qué iba a hacer… Sin pruebas de ningún tipo, no podía impedirle la movilidad, aunque creo que le encomendó que no saliera del país y que estuviera siempre disponible, con el teléfono móvil encendido día y noche. Supongo que estas recomendaciones se las hizo por si encontraba alguna nueva pista sobre la muerte de Carmen. Porque está claro que Jorge es del todo inocente, y así se lo demostró al policía. De todas formas, supongo que ya se habrá convencido el sabueso novato de que fue un simple y funesto accidente, sin dosis de novelas policíacas y sin las florituras pasionales que él pretendía en un principio.

Nos detuvimos en la conversación porque se acercó hasta nosotras una muchacha. Saludó a Toñi con un par de besos en las mejillas y a mí con un «Hola» lleno de simpatía sonriente. Era su sobrina, o como tal me la presentó. En todo caso, se trataba de una

criatura deliciosa y agradable, sin asomos del histerismo que observo en tantos jóvenes de hoy. A ruego de su tía, al que me sumé con gusto, se sentó en nuestra mesa a compartir una caña y unas tapas.

—Solo un ratito, que llevo prisa —nos advirtió con una sonrisa encantadora.

—Bueno, Beatriz, cuéntame cómo te va la vida, que hace tiempo que no te veo —se interesó Toñi.

Cuando escuché el nombre de la muchacha, me desgajé unos segundos de la conversación, porque no pude evitar que mis especulaciones se dispararan como un castillo de fuegos de artificio activado por la cerilla adecuada. ¿Y si se trataba de la Beatriz amiga de la hija de Félix, la que vio por última vez a Verónica, la primera novia de Antonio, el hijo de Carmen Vidal? ¿Y si se había producido aquella feliz contingencia para mis pesquisas? El nerviosismo interno me invadió y, a pesar de haber perdido unas cuantas frases de la charla, me incorporé a ella con prontitud:

—¿Qué estudias? —le pregunté en un tono que se pretendía distendido y cortés. No podía resistir la incertidumbre de fijar si era la misma Beatriz del relato de Félix durante la comida del día anterior.

—Medicina —me respondió, y un espasmo se agitó en mi estómago y un suspiro aborté en mi boca.

—Ya ves, Celia, esta ricura de muchacha tiene madera de valiente, que no le asusta la sangre como a su tía —apuntaló Toñi y se rió a carcajadas.

—Una hermosa carrera y un futuro profesional muy entregado, muy sacrificado —le elogié a la chica.

—La verdad es que me gusta mucho y disfruto con los estudios. —Suspiró con una sencillez deliciosa—. Supongo que me ocurrirá lo mismo cuando ejerza como médico

—Entonces, Beatriz, me comentabas que ahora vas a estudiar con tu amiguilla del alma —continuó Toñi, repescando la pregunta que le había hecho a su sobrina mientras yo me hallaba absorta en mis suposiciones sobre si sería la Beatriz amiga de la hija de Félix.

—Así es. Nos juntamos a estudiar en su casa o en la mía desde hace dos años. Es una forma de animarnos mutuamente y no desfallecer. Tenemos los exámenes finales encima.

—Por eso llevas la bolsa, para quedarte a dormir esta noche en casa de tu amiga —constató Toñi.

—Sí, ahí van los libros, los apuntes, el pijama y el cepillo de dientes. Ya estoy al lado. Mi amiga Eva vive muy cerca de aquí, en la plaza de la Cruz Roja.

Cuando escuché el nombre de su amiga y el lugar donde vivía, no me cupo ya ninguna duda. Se trataba de la hija de Félix y de Lali. Una vez más, el azar me ofrecía sus hilos salvadores.

—¿Te importaría darme tu número de teléfono, Beatriz? Sin compromiso, ¿de acuerdo? —le pedí, rápida de reflejos, cuando Toñi se marchó al aseo—. Tengo una amiga cuya hija estudia Medicina y se encuentra muy sola y algo desanimada. Si no te importa, le digo que te llame.

—Sin problemas —me respondió, y aquellas dos palabras abrieron paso al júbilo en mi fuero interno. En escasos segundos, había apuntado en mi móvil ese número que pensaba usar en breve.

53

Después de las abundantes tapas en la plaza de San Juan, Toñi y yo dimos un nuevo paseo para aligerar los estómagos saturados de comida. Salimos hasta el río y, desde allí, retornamos otra vez hacia el centro de la ciudad para que un café nos espantara la previsible y no ambicionada soñolencia que nos invadiría en breve. Nos cautivaba la idea de coquetear con unos mojitos antes de irnos de recogida.

La conversación se había tornado frívola y algo jocosa. Toñi me acribillaba a preguntas sobre mis dos frustradas convivencias con especímenes del otro sexo y, para que no se oliera una posible asimetría en nuestra recién iniciada relación de amistad, yo le contestaba con las barbaridades que me venían en gana, las más de ellas urdidas por mi imaginación, que aquella noche estaba revuelta. Me resultaba divertido inventarme episodios tumultuosos y asistir al estallido de carcajadas de mi contertulia. Mi conciencia no sufría remordimientos por mi conducta fabuladora; en muchas ocasiones de mi vida, la había utilizado y bien que conocía sus poderes taumatúrgicos: descargaba los hechos reales, los genuinos, del peso de la gravedad de la tristeza y me protegía de la indiscreción entrometida de los otros.

Ya con el primer mojito, Toñi perdió la compostura y se dedicó a la crítica cruel. Félix fue la principal diana de su lengua cáustica que, como un dardo atinado, le pasó un repaso más que mordaz, pues se extendía a sus parientes relamidos, aquejados a su entender de todos los males de este mundo. Había conocido al eminente tío Donato y había tratado a la cursi prima Esmeralda de mi amante. Su opinión sobre ellos no era mucho más benévola que la que tenía sobre el propio Félix. Era evidente que aquella familia le afilaba a Toñi las sensibles glándulas de la repugnancia más absoluta. El solo hecho de pertenecer a ella ya le suponía a Félix un grave inconveniente para ingresar en la escala de los afectos de aquella mujer sarcástica.

Nos empleábamos con diligencia en el tercer mojito cuando se nos acercó nuestro común amigo Álvaro.

—Mira mis dos reinas moras cómo confraternizan a mis espaldas —nos saludó con su particular toque de alegría, entremezclada esa vez con la pulla hacia nuestro encuentro no bendecido por su sacrosanta mano pontificia.

—¿Qué te trae por aquí a estas hora, tunante? —le preguntó Toñi en tono cariñoso.

—He quedado con unos conocidos, unos auténticos bombones, pero como no los veo, mientras llegan me acoplo con vosotras e inspecciono vuestras intrigas, que bien sabéis ambas que, sin mí, no hay guerra que se declare ni santificación que prospere —dijo Álvaro mientras se sentaba en nuestra mesa y le hacía una seña al camarero con los dedos de la mano en posición medidora del whisky exacto que debía servirle. A nuestro amigo le bastaba con aquel gesto en cualquier antro de Murcia, pues era fiel cliente de todos y, por tanto, popular en sus gustos y aficiones—. Oye, Toñi, antes de que se me olvide, que ya sabes cómo tengo la cabeza de mala: Jorge me llamó ayer por teléfono.

—¿Qué dice el perdido? —preguntó animada la destinataria del chivatazo.

—Se está planteando acercarse a Murcia durante este fin de semana. Nos echa de menos a todos. También, todo hay que decirlo, su estómago está ávido del buen yantar de esta tierra. Me hablaba en trance de un buen zarangollo y un sazonado arroz con verdura.

—Nunca se ha andado con pamplinas sentimentales este Jorge. Sabe distinguir a la perfección lo que es realmente imprescindible —siguió la broma Toñi mientras, en mi pensamiento, se tejía una red de conexiones nerviosas que estudiaban la manera más propicia de intervenir en la conversación. Deseaba unirme al grupo que agasajara al marido de Carmen en su visita a Murcia. No quería permanecer al margen del evento y perderme la oportunidad de conocer al viudo en una ocasión tan pertinente para el curso de mis investigaciones.

—Como comprenderás, querida mía, organizaré una fiesta en su honor el sábado por la noche. Qué menos para que todos gocemos de su excelsa compañía. Así que ya lo sabéis. A ambas os quiero allí bien despejadas el sábado. Tú, Celia, tendrás la oportunidad de conocer al gran hombre —me indicó, y a mí se me pusieron contentos todos los rincones de mi cuerpo, liberada de continuar en la búsqueda de argucias para asistir a la reunión.

—¿Y si, al final, decide Jorge que no viene? No sería la primera

vez que cambia de opinión en el último segundo —dijo Toñi ejerciendo de abogado del diablo.

—Viene seguro. No sé de dónde te sacas que no cumple su palabra cuando ese hombre es la educación en persona.

—No he dicho eso, Álvaro, sino que puede cambiar de opinión y no venir a Murcia. Hace dos meses hablé con él y me dijo que lo mismo se acercaba por aquí pronto y fíjate el tiempo que ha pasado.

—Mujer de mis entretelas, dos meses no son nada para un ser tan ocupado como él. Eres una impaciente incorregible.

—Pues lo seré si tú lo dices, pero ya veremos…

—Cuando Jorge anuncia que se plantea venir el fin de semana es porque piensa acercarse. Si lo conoceré…

La conversación continuó animada hasta que llegaron unos jóvenes que podían competir en aspecto con los adolescentes de mi instituto. Iban ataviados con sus disfraces góticos y Álvaro ya no tuvo ojos nada más que para ellos, totalmente desplazado su interés hacia estos chicos, los «bombones» con quienes tenía la cita. Para mis adentros, pensé que mi amigo, a su edad, empezaba a ponerse en ridículo con semejantes compañías.

Toñi y yo nos miramos y asentimos en lo que nos transmitíamos con los ojos: ya era hora de que nosotras nos recogiéramos en nuestras respectivas casas.

Casi en la puerta, Álvaro me dio una pequeña sacudida en el brazo y me susurró al oído: «Celia, tienes que devolverme el libro de Carmen Vidal. Con su marido aquí, no puedo arriesgarme a que no esté en mi poder». Asentí a su súplica con una sonrisa y un cabeceo afirmativo, aunque para mí supusiera un aviso de extrema urgencia en mi lectura.

54

En contra de mis costumbres monásticas durante la semana, donde el trabajo es quien dictamina la prudencia en los horarios y la prontitud en el sueño para estar ágil de mente cada día, aquella noche regresé a mi apartamento muy tarde, pasadas con creces las dos de la madrugada. Félix roncaba con un estrépito discontinuo. Sus ronquidos se exaltaban como una ola marina que adquiere altura conforme se acerca a la orilla de la playa; al final, una vez estrellados en el rompiente, enflaquecían con un leve silbido del último aire que le quedaba en los pulmones. Su inconsciencia inmóvil, extendida en diagonal cuan larga era sobre mi cama, me supuso un grato alivio. No estaba mi cuerpo para diversiones carnales y mi espíritu solo ansiaba entregarse a la lectura inmediata del volumen de Carmen Vidal. Si ya me había encomendado a mí misma terminarlo cuanto antes previamente, el ultimátum de Álvaro no dejaba margen para ninguna duda.

Giré la llave del cajón donde reposaba el cuaderno, a salvo de la indiscreta mirada de Félix. Me quité los zapatos y me acomodé en mi sillón holgado. Comencé a leer como una posesa. Me quedaba poco menos de la mitad para concluirlo, o, incluso, bastante menos, pues recordaba que las últimas páginas no estaban escritas. Comprobé este dato sobre la marcha y me puse alegre de que así fuera. Como mucho, me restaban unas treinta hojas abarrotadas de letra mínima.

El primer apartado que me tocaba por orden era una sola frase, escrita con unos caracteres enormes que contrastaban con la habitual menudencia de la letra de Carmen:

> El mundo continúa en su caída por el abismo de la crueldad más absoluta.

La releí varias veces en un intento de conexión con los párrafos anteriores. No atinaba a dar con su significado, con las causas que guiaron la pluma de mi predecesora en el instituto. Me despistaba la generalización que contenía, ese sujeto universal que dañaba a Carmen con dureza, sin compasiones. Desde mi ya notoria fatiga,

concluí que aquella oración viuda y enmarcada volvía a traslucir un dolor agudo, no curado en su autora. Sin duda, le había sido dictada a Carmen por su herida siempre sangrante, causada por la tragedia del suicidio de su hijo Antonio. Este tipo de lesiones nunca sanan del todo, nunca cicatrizan y, en cualquier ocasión, pueden acaparar el protagonismo absoluto sobre ellas mismas, sobre su propia esencia desgarradora. Entonces, nada consuela y surge el grito, el lamento condensado que no admite más amplitud que la de un solo enunciado punzante e intenso, ágil en su escozor, como un cuchillo que se desenfunda de los sombríos horizontes del alma y se clava sobre el papel para que no corte en lo más profundo del espíritu.

A continuación, seguía un párrafo que daba un giro rotundo a la anterior frase. Escrito con la habitual letra menuda de Carmen, en aquellos momentos tardíos de la noche lo interpreté como un esbozo o un resumen para un posible relato. La trama versaba sobre dos mujeres que se juntan y recuerdan la última palabra de una tercera ya fallecida: un nombre de varón. El nombre, Luis, es lo último que le escuchan a la difunta en su lecho de muerte, un nombre que no entronca con la vida de la que se va, un nombre que exclama antes de extinguirse con la impotencia de lo que nunca se ha conseguido. Desesperadas las dos amigas por su desconocimiento del tal Luis, deciden investigar y buscan por todos lados pistas que les aclaren quién es o fue ese Luis, la importancia que tuvo en la existencia de la amiga desaparecida, pero no dan con él por ninguna parte, ni en los papeles ni en los recuerdos de la casa de la muerta ni en la memoria de quienes la conocieron. Rendidas por el epílogo infructuoso de su investigación ansiosa, las dos amigas concluyen que puede tratarse de una pura irrealidad que designara un sueño solitario de su amiga común, una simple quimera que guardara en ese nombre todos los deseos de amor incumplidos de la fallecida. Recuerdan que, como aquel Charles Foster Kane de la película *Ciudadano Kane*, donde un rotundo Orson Welles exclama «Rosebud» en su último aliento, la amiga común había emitido un «Luis» arcano. Ellas dos habían escuchado el nombre porque estaban al lado de su amiga cuando murió, a diferencia de lo que le sucedió a Kane, que expiró a solas con su palabra hermética y amparadora como bendición última. Se lamentan las dos amigas de no haber conseguido un rastro sobre Luis y, en el proyecto de escena final del relato, bromean por no estar adornadas de las sobrenaturales virtudes de pesquisa de los periodistas de la ficción

cinematográfica, que hasta escucharon la palabra *Rosebud* por nadie percibida, pues la imagen del film mostraba a Kane absolutamente solo. En cualquier caso y, no obstante sus infructuosas indagaciones, deciden que Luis fue un amor platónico, una aspiración de compañía que entretuvo la soledad afectiva en materia de hombres de la mujer que falleció sin amores conocidos.

Después de este esquema narrativo, Carmen extendió unos brevísimos párrafos de significado recóndito para mi persona en aquellas horas ya tardías de la madrugada. Apenas si iban separados entre sí por una cortísima línea imperceptible y bebían todos de la fuente de un marcado lenguaje lírico. De forma exacta, exponían:

> Existe un punto de partida, una ilusión inicial que crece y se engríe. A continuación, un punto muerto, un asombro de lo no cumplido, la melancolía que se abre como albergue. Por más que renueve mis ímpetus, el gris se apodera de la meseta de mi vida. Todo me resulta aburrido, hasta el acto de soñar. No estoy abatida, solo atónita. Desde este estado, me pregunto: ¿hasta cuándo?
>
> ¿Se apresa algo o nos apresa? ¿Alguien eligió la vida? ¿Alguien renegó de la vida? Al principio, nos dan un gramo de tiempo, una brizna de sentido, un átomo de lucidez. Pero no se permite que nadie trascienda unas coordenadas estúpidas.
>
> El destino es trágico para quien rompe moldes. Porque, sin hormas, la vida es aguijón.

Me detuve en la lectura y me froté los ojos. Era muy tarde. Estaba aturdida y apenas exprimía el auténtico sentido de lo que leía en aquel volumen nacarado. Me acordé del escáner y me animé en un segundo. La técnica llegaría adonde mi naturaleza ya no abarcaba, porque el cansancio me pasaba la factura de forma galopante.

Enchufé el ordenador y el útil aparato de copiar con nombre importado del inglés. Con la fatiga que me rondaba los párpados como un gato ronda unos restos de pescado en la basura y con el mareo creciente que me sitiaba las neuronas, reproduje el volumen entero, desde la primera hasta la última página que se hallaban escritas. Así no tendría que preocuparme por devolvérselo a Álvaro en breve. Lo haría al día siguiente sin falta. Que no pensara mi amigo que me demoraba y que me eran indiferentes su inquietud y sus ganas de quedar bien con Jorge.

Cuando concluí con mi quehacer y le abrí un archivo al volumen nacarado en el ordenador, me sentí despejada de pronto y con

ganas de seguir en su lectura. Me acomodé de nuevo en mi butaca y me entregué al hechizo de sus páginas.

Jueves, sexto día

55

Me sobresalté cuando Félix me sacudió con dulzura. Eran las siete de la mañana de un jueves luminoso, de un jueves que ya se filtraba en su claridad diáfana por los ventanales del salón. Me había quedado dormida en mi cómoda butaca, con el volumen de Carmen Vidal abierto sobre el regazo. Rogué porque Félix no hubiera reparado en la ceñida letra de Carmen, que con toda seguridad conocía tras tantos años juntos en el instituto, aunque pronto advertí que aquel deseo no entraba en la categoría de los viables: su mirada ya se había posado en las páginas del libro y paseaba fruncida por su extensión color sepia moteada de tinta negra. No dijo nada ni yo tampoco. Me limité a plegar el volumen sobre sí mismo con premura, ávida por la preservación de su contenido secreto. Que, al menos, Félix no leyera. En un movimiento ingenuo que a él no le pasó desapercibido, escondí el volumen nacarado tras mi espalda. Ante el reflejo automático de camuflaje de mi particular tesoro, Félix se retiró con las facciones comidas por un gesto que dibujaba una incógnita, una perplejidad evidente e, incluso, una melancolía antigua.

—Celia, el desayuno está listo en la cocina —me informó desde el quicio de la puerta con una seriedad que jamás le había visto.

Me fijé en que lucía muy seductor: recién afeitado, duchado y vestido. Las fragancias varoniles de acicalamiento ya las había aspirado mi olfato unos segundos antes con su cercanía, cuando fueron absorbidas por mis pituitarias en íntima conjunción con el tentador aroma del café, una extraña mezcla de olores que logró perturbarme cuando aún permanecía amodorrada. ¿Desde cuándo estaba en pie Félix? Llevaba ropas distintas a las del día anterior, señal de que había pasado por su casa a recoger alguna maleta y, al menos, por la evidencia de su rostro perfectamente rasurado, un mínimo neceser con útiles de afeitado.

—¿Llevas mucho tiempo despierto? —le pregunté ya en la cocina.

—Abrí los ojos sobre las seis y pico. Como no estabas junto a mí, me inquieté. Me asomé al salón y te vi plácidamente dormida, así

que decidí dejarte descansar. Supongo que llegarías muy tarde.

—Así fue. Te agradezco que no me esperaras despierto.

—Te esperé hasta pasadas las doce, pero el cansancio me pudo y decidí continuar la espera en la cama. El sueño debió vencerme sin que me diera cuenta. Lo siento.

—No tienes nada que sentir, Félix. Ya te encomendé que te acostaras sin mí. Por cierto, observo que te has cambiado de ropa. —Torcí el tema de la conversación a propósito mientras lo miraba con agrado.

—Ya era hora, Celia. La que llevaba puesta no envidiaba en nada a los atuendos de los pedigüeños de la calle. Me siento nuevo y a gusto.

—Además, vas muy bien conjuntado. Te favorece mucho esa camisa —le elogié con tono incitante, porque era verdad que le sentaba muy bien el rosa pálido de la camisa con el azul marino de los pantalones. Su gallardía brillaba en todo su esplendor con aquel oportuno atuendo.

—Gracias por el piropo, querida mía —se atrevió a articular por primera vez durante aquella mañana—. Pasé por mi antigua casa a recoger lo imprescindible. Era ya de noche cuando estuve allí, el cansancio me podía y solo atiné a encontrar una pequeña maleta, así que tendré que volver a por el resto de mis cosas.

—¿Hablaste con Lali?

—No estaba ella. Me informó mi hija que había salido a cenar con unas amigas. Preferí su ausencia, porque no resulta agradable esto de salir de la casa en la que uno ha vivido cerca de veinticinco años como si se tratara de un viajero que ha estado allí de paso y vuelve a por sus cosas olvidadas. Con Lali delante, hubiera sido mucho más embarazoso. Aunque aún debo enfrentarme al paso más fuerte, al trago más duro. Ayer cogí lo imprescindible para funcionar unos cuantos días, como te he comentado antes. He de volver de nuevo para sacar todas mis ropas y todos mis demás objetos personales, como libros, discos, plumas y toda la colección de pequeñas menudencias que atesoramos a lo largo de la vida y que necesitamos bajo nuestro techo y nuestra custodia para sentirnos en nuestra propia piel.

—¿Y tu hija? ¿No te preguntó nada? ¿No se extrañó? ¿Lo sabe ya todo, Félix? —me interesé.

—Supongo que está al tanto, porque me dedicó un gesto de complicidad que le agradecí muchísimo, aunque no pudiera

expresar esa gratitud en voz alta. Estaba con su amiga Beatriz, estudiando, y poco podía extenderse ella y extenderme yo en presencia de una extraña a la familia. Intuyo que su madre le comunicaría el asunto de una forma dulce y mesurada, de ahí esa reacción afable de mi Eva que tanto me gustó. Lali sabe hacer muy bien las cosas cuando se pone en ello.

—Pues no te imaginas cómo me agrada que todo discurra por cauces civilizados —le dije con la mente ya en otra parte, centrada en la idea de llamar a Beatriz, la amiga de su hija y la sobrina de Toñi. Él mismo me había recordado mis particulares obsesiones con respecto a Carmen sin saber nada del asunto—. Te ha salido riquísimo el café —volví a girar la conversación.

—Gracias por el cumplido. Mañana no te quedará más remedio que preparártelo tú misma.

—¿Y eso? ¿No estarás aquí? —Brinqué de pronto, extrañada ante aquel anuncio de partida inesperado. Hasta pensé en un instante que, en ese momento preciso, había llegado el fin de nuestra recién iniciada aventura.

—Cuando ayer tarde te fuiste, me vine a este apartamento tan coqueto que tienes y me sumergí en la labor de llamar por teléfono a todos los números que apuntamos por el asunto de mi alquiler. Muchos no respondieron. Con quienes contacté, me pedían sumas astronómicas, absolutamente desorbitadas, por lo que me ceñí a anotar datos y a prometer una futura llamada en caso de interesarme. Cansado de tarea tan enojosa, y ya de noche, decidí acudir a mi antigua casa en busca de mis objetos personales. Pues bien, al salir de aquí, en el portal, un hombre fijaba con cuidado un anuncio del alquiler de un apartamento en este mismo edificio. Como podrás figurarte, me interesé de inmediato. El señor se ofreció muy amablemente a enseñarme el apartamento, justo el que está encima de este tuyo, igual en proporciones y en distribución. Olía a limpio y resplandecía sin una sola mota de polvo. Me comunicó el hombre, su dueño, que acababan de concluir su limpieza y, por tal motivo, ya había colgado un cartel en el balcón y se disponía a adherir el anuncio en el cristal de la entrada.

—Qué ventura la tuya. Yo me dejé aquí las manos haciendo la limpieza de obra.

—Porque el apartamento es de tu propiedad, ¿me equivoco?

—Vamos a medias el banco y yo —bromeé—. Mientras no pague la hipoteca…

—Si me hubieras dicho algo al respecto, bien que te hubiera recomendado una empresa de limpieza que es muy efectiva en quitar los rastros de cemento y demás incordios que dejan de regalo los albañiles.

—Sigue con lo tuyo, Félix. Me tienes intrigadísima —lo centré.

—El dueño me enseñó el apartamento. Está listo para entrar a vivir en él. No le falta un solo detalle. Dispone de muebles, lámparas, menaje y ajuar. Hasta cuenta con agradables cuadros colgados en las paredes y cortinas en las ventanas. Todo es nuevo, Celia, recién adquirido, bonito, de buenas calidades y, lo que es mejor: lo estreno yo. De un plumazo, he encontrado casa y me he librado del enredo de amueblarla. Para colmo de mi dicha, el propietario y yo nos pusimos de acuerdo en un abrir y cerrar de ojos. Cerramos el trato allí mismo, con la entrega por mi parte de una suma de dinero en concepto de anticipo de la renta del mes próximo, que me comentó, con generosidad, que no me cobra los más de quince días que faltan para concluir el presente mes. El hombre estaba eufórico por haberlo alquilado en un instante, sin engorros ni dilaciones, sin llamadas continuas y sin que hubiera pasado tiempo que permitiera que el apartamento no luciera con el mismo brillo. Así que, desde ayer, ya puedo ocuparlo. Y lo haré hoy mismo. Esta tarde me traslado a mi nuevo hogar.

—Porque quieres, que yo no te he metido prisa —le aclaré algo molesta. No deseaba que mis palabras del día anterior hubieran caído en Félix como un ultimátum tajante y sin concesiones de prórrogas. En el fondo, aunque no quise reconocérmelo, me fastidiaba que saliera tan pronto de mi apartamento y de mi rutina casera. No obstante mis firmes convicciones sobre mi libertad, mi independencia y mi autonomía, así como la certeza de que ambos necesitábamos un tiempo de rodaje para que la relación entre nosotros pudiera prosperar de forma adecuada, el anuncio de la inmediata partida de Félix, me tocaba algunas fibras sensibles de mi corazón endurecido, deseara o no confesármelo a mí misma.

—Así es mejor, querida Celia. Iremos poco a poco, como tú me solicitabas ayer —me confesó con un tono cándido que me derritió por dentro. Si no hubiera sido por el agotamiento que arrastraba a causa de las pocas horas dormidas, allí mismo le hubiera hecho el amor como una auténtica salvaje.

—¿Se ajusta a tu presupuesto, a lo que buscabas? —me interesé, esta vez con el propósito de espantar los deseos que crecían en mi

interior y que deseaba reprimir en aquellos momentos, porque el cansancio nunca ha sido un buen amante.

—La renta es más que ajustada. De lo que no se encuentra ya, te lo aseguro. La sorpresa del propietario por haberlo alquilado sin esfuerzo debió influir. Se notaba que aún no la había decidido ni fijado con exactitud. Aunque supongo que, también, le caí de maravilla por eso de que su nieta es alumna de nuestro instituto. Hoy mismo firmamos el contrato, esta tarde.

—¡Qué rapidez! Eso se llama llegar a tiempo y lo demás son tonterías. Y, ahora, cuidadito con suspender a su nieta o te quedas sin casa —le comenté a carcajadas.

—Sabía que te ibas a reír cuando lo supieras. Si te parece bien, antes de salir para el instituto, te lo enseño en un momento. Y subo la maleta de paso. Aquí están las llaves. —Y las sacó de su pantalón y me las mostró orgulloso mientras las agitaba con un alegre tintineo.

Concluimos el desayuno entre bromas. Internamente, no sabía si alegrarme o entristecerme por lo proximidad física de Félix. La vecindad suponía un arma de doble filo, no me cabía duda. Mientras la historia entre nosotros dos funcionara, resultaba de lo más atrayente. Lo malo era intuir el hipotético día en que se fuera todo al traste. Pero no se trataba de anticipar acontecimientos y añadirme una nueva preocupación. Bastantes me bullían ya en el ánimo, sin duda mucho más perentorias que mi recién estrenado romance con el jefe de estudios del instituto.

Antes de pasar a la ducha, mientras Félix recogía la cocina y fregaba los cuatro cacharros que habíamos usado en el desayuno, entré en el salón y, en una maniobra rápida, volví a esconder el volumen de Carmen Vidal bajo llave. Aunque Félix ya lo hubiera visto, más me valía ponerlo a buen recaudo. No tenía ganas de darle explicaciones sobre el mismo y sobre cómo había llegado a mi poder. No sabría qué decirle y me espantaba lo que él me podría descubrir a mí. Una intuición oscura había pasado por mi mente cuando observé el gesto de Félix al contemplar el libro nacarado. No deseaba encontrarle un nombre ni interpretarla de momento.

56

Después de jalearle a Félix las virtudes de su apartamento con verdadera satisfacción, pues no le sobraba ni un detalle y todos eran de buen gusto —a diferencia de lo que suele ocurrir en las casas de alquiler, donde se dan cita los cacharros más feos que imaginarse puedan— ni le faltaba ninguno de los objetos precisos para desarrollar la vida con una agradable comodidad, lancé las frases que llevaba aprendidas de memoria desde hacía un rato, ya que, mientras me duchaba, había decidido armarme de valor y resolver el misterio de la muerte de Carmen Vidal con información de primera mano. El miedo se había apoderado de mi persona tras la conversación con Toñi de la pasada noche y mi impaciencia no me permitía ya una postura pasiva que aguardara nuevos datos. Debía obtenerlos inmediatamente y, a ser posible, de fuentes oficiales y fidedignas.

—Félix, ¿te importaría si llego al instituto sobre las diez y cuarto? Hasta que concluya el primer recreo, no me toca la primera clase y tengo unos asuntos urgentes que debo resolver.

—¿Algo de papeleo ineludible? —se interesó.

—Has acertado. —Suspiré aliviada—. Me voy ahora mismo, cuanto antes, que ya conoces las colas que se suelen formar en las dependencias administrativas.

Antes de salir de su nueva casa, y cuando ya tenía un pie fuera, Félix me agarró con suavidad por el brazo. Me volví hacia él con una sonrisa y una pregunta que se durmió en mi mirada cuando contemplé la tierna y rendida expresión de sus ojos.

—¿No me vas a dar un beso? —casi afirmó con timidez mientras me envolvía en uno de los abrazos más dulces que he recibido en toda mi vida y cerraba con un pie la puerta de la calle.

Sin dudarlo un segundo, me fundí en aquel abrazo cálido y nos besamos como dos chiquillos que acabaran de descubrir uno de los estímulos más ardientes en la borrachera de los sentidos y en la locura del amor.

Cuando alejamos nuestros cuerpos y me disponía a abrir de nuevo la puerta para irme, Félix me detuvo otra vez. Volvió a

abrazarme y me susurró al oído:

—No busques lo invisible. Soy lo que ves.

57

Cuando salí a la calle, me temblaban las piernas. La escena que acababa de desarrollarse en el apartamento de Félix había descolocado todas mis premisas sobre él. No mentía su mirada. No mentían sus labios. No mentían sus brazos. No mentía el tono de su voz. En mi mente, resonaba una vez y otra aquellas últimas frases suyas: «No busques lo invisible. Soy lo que ves». Jamás nadie se me había ofrecido con tanta prudencia y con tan poco alarde de sus propias virtudes. La sobriedad de medios para la conquista que había utilizado Félix me había vencido. Su falta de pompa, su sinceridad indiscutible y su candor sin ápices de malicia, se habían grabado en mi alma con toda la fuerza de las grandes impresiones. Me estremecí, pues era consciente de que quien entraba en mi espíritu con semejantes avales se quedaba allí con vocación de permanencia.

En aquel estado que tentaba al enamoramiento en fase aguda y, por tanto, dirigía la atención hacia una única y absorbente persona, con olvido del resto del mundo y de las preocupaciones cotidianas, no avanzaría en mi investigación sobre Carmen Vidal. El tiempo que le había ganado al día, desde las ocho hasta las diez y cuarto de la mañana, resultaría baldío. Debía reaccionar cuanto antes, pensaba. Entre el cansancio por las pocas horas de sueño y el éxtasis absorto que me había producido Félix, era una hoja a la deriva, una minúscula hoja que no era dueña de su destino y encontraba su realización máxima en ser mecida por el viento.

Entré en una céntrica cafetería y pedí un café bien cargado. Mientras me lo preparaban, saqué de mi bolso uno de los pequeños cuadernos de gusanillo que siempre suelo llevar encima para previsibles anotaciones urgentes. Conforme había decidido poco antes, mientras me duchaba, apunté el orden del día no lectivo para no dispersarme en ensoñaciones diversas. Se trataba de sacarle el máximo jugo al tiempo disponible. En primer lugar, tal y como ya iba encaminada hacia su ubicación, tocaba una visita a la comisaría de policía. Después, y antes de la comida con Félix y Esteban, una llamada a Beatriz para, a ser posible, concretar una cita a primeras

horas de la tarde. Luego, recoger el volumen de Carmen Vidal de mi apartamento y acercárselo a Álvaro a su casa, en una urbanización de las afueras. Por último, y no me privé de escribirlo, cerraría la jornada con una cena romántica con Félix, sin escatimar su posible coronación en las dulzuras que surgieran en los postres.

Con el día ya diseñado y los efectos de la nueva dosis de cafeína en las venas, salí de la cafetería contenta y alada. Podía respirar tranquila. El esquema trazado sobre el pequeño cuadernillo había conseguido que no se confundieran ni se dispersaran mis torpes reflejos en aquel jueves esplendoroso y plagado de promesas.

58

No me resultó difícil moverme por la comisaría. Aunque desconocía el apellido del joven agente que había investigado la muerte de Carmen Vidal, con su solo nombre me bastó. Como me figuraba cuando me lo dijo Toñi, era el único Manrique en la plantilla. Hay que reconocer que no es un nombre muy común.

Me pasearon por unos cuantos pasillos hasta llegar a una puerta cerrada frente a la cual cesó el peregrinaje oficinista. Está bien acreditado por intelectos de enjundia que una de las características básicas de las dependencias públicas es su profusión laberíntica, su enmarañada red de comunicaciones y su difícil organigrama organizativo. La complicada distribución espacial actúa sobre el ánimo ciudadano como una muestra de lo tortuoso que es eso que se nombra bajo la expresión genérica de «función pública», designación sin duda ambigua, que tiene la virtud de abrir una interrogante de tinte copartícipe sobre tan alto cometido en las mentes egoístas de quienes solo funcionamos de forma privada, si se nos concede generosamente la posibilidad de funcionar, pues todo es relativo en los ámbitos de actuación que nos permiten las altas instancias y otra serie de duendes que mueven nuestros destinos y se esconden bajo vocablos enigmáticos.

Abrieron la puerta después de golpearla con los nudillos, que debía de ser la manera de aviso preestablecida en la comisaría. Se puso en pie un muchacho de buena apariencia, con una altura imponente, delgado, de facciones suaves y con una edad en torno a la treintena, aunque seguro que aún no la había alcanzado. Con expresión alegre y hospitalaria, me recibió en el pequeño despacho que ocultaba la puerta. Supuse que no era el suyo, si es que disponía de alguno propio. La hipótesis se apoyaba en mi análisis de su estar de prestado entre aquellas cuatro paredes. Se evidenciaba en un cierto nerviosismo posicional y en un nomadeo perenne de sus ojos, que examinaban todos los detalles de la minúscula estancia como si fuera la primera vez que hubieran recaído sobre sus extensiones comidas por el polvo.

—Me llamo Celia Viñas —me presenté ante Manrique.

—Encantado, Celia. Yo soy Manrique García Amores. Siéntese —me rogó mientras me estrechaba la mano efusivamente—. Usted dirá en qué puedo servirla.

—Vengo por el caso de Carmen Vidal —exhalé con un hilillo de voz, de pronto con la mente en blanco y sin saber muy bien qué decirle al joven policía. En aquel preciso momento, me di cuenta de mi imperdonable falta de previsión, pues no había ensayado las palabras que justificaran mi presencia allí. Me tocaría improvisar y asumir todos los peligros de mi inconsciencia.

—¿Alguna noticia nueva? No la conozco a usted y mire que interrogué a todos los allegados de la difunta.

—Soy la profesora que ha venido a ocupar su plaza en el instituto. Me incorporé precisamente por su muerte, al quedar el puesto vacante.

—Ya decía yo… ¿Conoció usted a Carmen con vida?

—No.

—¿Entonces…? Usted dirá.

—Es complicado de exponer el motivo de mi visita, se lo aseguro.

—Tranquilícese, mujer, y empiece por donde se le ocurra. No existe mejor sistema para que salgan las palabras. Y olvide que está en presencia de un policía. Somos personas normales, como ustedes mismos.

—¿Pero el caso de Carmen Vidal sigue abierto?

—Claro que sí.

—Suponía lo contrario. La información de la que dispongo es que ustedes lo archivaron como un accidente sin más historias ni complicaciones.

—No se fíe nunca de las habladurías de terceros. Y, por cierto, quiénes son sus informadores.

—No se los puede calificar con exactitud y precisión como tales informadores —balbucí—. Ya sabe usted que, en los trabajos, a veces se comentan cosas que han pasado; se cotillea, si prefiere designarlo de esa forma. Aunque no me agradan las comidillas, no puedo evitar en muchas ocasiones que lleguen hasta mis oídos. Hilas por aquí y por allá, y atas cabos. ¿Me explico, Manrique? —mentí sin ningún escrúpulo.

—Como el agua. Continúe.

—Pues… —Y busqué las palabras idóneas para que no saliera a la luz que había tenido entre mis manos una prueba y la había

ocultado a la policía. Por lo que recordaba por mi formación jurídica, los ocultamientos o negligencias estaban penalizados por la ley. Debía ser prudente en grado sumo. Me apercibí de estos matices en la misma comisaría y, si en un principio, había acudido tranquila y con el solo deseo de aclarar la verdad, diciéndola por mi parte, fui consciente en un segundo de que no calibré como debía la trascendencia de mi visita. Si mencionaba el volumen nacarado, el embrollo al que podría dar lugar lo vislumbraba como peligroso, y no solo para mi persona, sino también para la de Álvaro y la del propio marido de Carmen, que, probablemente, habían silenciado su existencia a la policía. Con estos pensamientos perturbadores, me quedé en blanco y con ganas de huir del sitio al que había llegado por mis propios pies y sin que nadie me obligara. Había sido una perfecta irresponsable con aquella visita guiada por mi irreflexivo impulso indagador. Sola, me había metido en la boca del lobo y, sola, debería salir de allí.

—Ánimo, Celia, continúe. La tendré que ayudar por lo que observo —dijo Manrique ante mi embarazosa ausencia de palabras —. Veamos, ¿fue Félix, el jefe de estudios de su instituto, su informador?

Al escuchar el nombre de Félix, sentí una fuerte sacudida en mis entrañas. Estuve muy atenta a mis reacciones exteriores para que no se trasluciera mi inquietud ante Manrique y, como un salvavidas que apresa quien está a punto de ahogarse, recordé aquella frase lapidaria que aprendí de niña: «La mejor defensa es un buen ataque». Había llegado el momento de ponerla en uso, así que ataqué a mi vez:

—¿Acaso es sospechoso de algo el jefe de estudios de mi instituto?

—Como comprenderá, Celia, quien hace aquí las preguntas soy yo y no usted —dijo en voz baja, despaciosa y firme. Ante aquellas palabras, me quedé achicada, aturdida con la actitud del tal Manrique, aunque pronto reaccioné y le hallé una explicación a su bufido educado, no por su mesura en el tono menos altanero en las formas: estaba ante un policía y no podía exigirle muchas contemplaciones en el manejo igualitario del lenguaje.

—De acuerdo —logré balbucir.

—Perdone mi jactancia. No es propio de mi forma de ser que me den estas ventoleras. Se ve que tengo un mal día —se disculpó cuando fue consciente de la inconveniencia de sus palabras

tiránicas, de aquellas palabras que solo reflejaban una relación de poder dictatorial donde él mandaba sin medida y yo acataba sin reservas—. Mire, existen puntos de las investigaciones policiales sobre los que nos está absolutamente prohibido revelar nada. Es así por el propio bien del caso, un silencio que favorece que consigamos su completa resolución. ¿Me explico?

—Por supuesto —respondí con alivio. No pretendía que me tratara como a una vulgar delincuente, pero también yo debía poner límites a mi osadía, no olvidar dónde me encontraba y las normas de secreto que imperan en aquel cuerpo público.

—Expláyese en lo que ha venido a contarme. Siéntase cómoda, Celia, que los policías no mordemos y solo estamos aquí para servirlos a todos ustedes. —Se moderó de un modo definitivo mientras acompañaba sus palabras con una deliciosa sonrisa.

—Por pura contingencia, hace dos días hallé en mi pequeño armario del instituto, apenas una gaveta, un cuaderno escrito por Carmen Vidal —improvisé más tranquila, sin ser demasiado consciente de lo que decía—. Apareció allí como por arte de magia

—¿Y por qué supone usted que eligieron su armario para esconderlo?

—No lo sé. Ni sé si lo escondían. Quizá lo metieron allí porque se trata de la misma gaveta que usaba la difunta cuando era profesora en el instituto.

—Interesante conjetura —dijo Manrique mientras apuntaba en unos folios de papel reciclado.

—Tampoco me explico cómo pudieron acceder al interior de mi gaveta. Todos los profesores tenemos la llave de nuestra gaveta particular y ninguna es igual a otra. Las gavetas van numeradas y solo existen dos llaves de cada una: la que cada cual posee de la propia y la maestra que conserva el… —Me detuve en seco, sin concluir la frase iniciada, cuando me di cuenta de lo que iba a decir: «el jefe de estudios». Mi trola podría acarrearle a Félix consecuencias indeseables. Debía tener mucho cuidado. Sin quererlo, me había metido en un embrollo yo sola y estaba liando el asunto de mala manera.

—¿Sí?

—La copia maestra de la llave de cada gaveta se conserva, a su vez, bajo llave. Se realiza así por si alguno de nosotros pierde la suya.

—¿Quién custodia las llaves originales?

—No lo sé con exactitud. Supongo que se hará en Dirección o en Secretaría. Y, si no me falla la memoria, creo que están depositadas en una caja fuerte —mentí solo en parte, en la relativa a la hipótesis de quién era depositario de las llaves originales.

—Dejando a un lado la llave maestra, si yo le contara las maravillas que se pueden hacer con las cerraduras en ausencia de llaves… Pero centrémonos en el cuaderno que encontró. ¿Cómo supo usted que lo había escrito Carmen Vidal? ¿Conoce su letra? ¿Es experta en grafología? —Disparó sus frases como balas envueltas en una sonrisa amable.

—No soy experta en nada, Manrique, pero me he topado con la letra menuda de Carmen Vidal en más de una ocasión. Le recuerdo que estoy aquí porque vine a ocupar la plaza que dejó vacante con su muerte. Custodio los exámenes corregidos por ella. Suele ser una costumbre entre nosotros hacer anotaciones en las respuestas de los chicos —me defendí, incómoda y con ganas de abandonar las dependencias policiales cuanto antes.

—Siga, mujer, no sea suspicaz —me instó en un tono más cariñoso.

—Sorprendida, cogí el cuaderno, con la idea de que se trataba de una simple libreta de notas, como las que utilizamos muchos profesores.

—Y no era así —me ayudó a continuar Manrique.

—Exactamente. En un rato entre clase y clase, le eché un vistazo al cuaderno. Su contenido era extraño y variado, a medio camino entre un diario y un bloc de notas, con apuntes de la más diversa especie. A la difunta Carmen Vidal debía gustarle escribir, según deduje, porque también contenía la libreta algunos poemas, relatos y esbozos de futuros y previsibles textos.

—¿Dónde se halla ahora ese cuaderno? ¿Sigue en su poder, Celia?

—Por tal motivo vengo aquí, agente. Me desapareció de la gaveta donde volví a ocultarlo —mentí con descaro—. Al empezar el curso, por los cotilleos que antes le comentaba, tuve noticias del revuelo que se montó en el centro con sus interrogatorios. Me preocupa lo extraño de este asunto, del cuaderno aparecido y desaparecido, y me han venido a la memoria las comidillas que oí y que desembocaban en usted. Me inquieta todo esto, por si hay algo oscuro en la aparición y desaparición del cuaderno. Ya supondrá que las aprensiones son libres y he cogido la privativa de si andará

enredando un posible asesino por el instituto. Tal vez, exagero y saco de quicio algo sin mayor importancia, pero le confirmo que me alarma. No sabía a quién dirigirme y no he dudado en acudir a usted ni un segundo. Ese cuaderno apareció en mi gaveta el martes y ayer, miércoles, había desaparecido ya de ella. La llave de la gaveta continúa en mi llavero y no hay signos de que hayan forzado la portezuela. Desapareció como apareció, por arte de magia. Es todo tan extraño…

—¿Por qué no vino a verme ayer mismo, cuando descubrió que el cuaderno ya no estaba bajo su poder? ¿O, incluso, el martes, cuando lo encontró y se sorprendió?

—El martes me fue imposible. —Y, al enunciar estas palabras, de pronto recordé la indisposición que fingí para atender a Félix en su desamparo. Me había ausentado durante casi toda la jornada del instituto. Si decidía investigar Manrique, pronto averiguaría que había estado fuera del centro y, en consecuencia, que era inverosímil la dedicación a lectura alguna en la sala de profesores entre clase y clase, porque me marché con Félix a primera hora de la mañana. Había tenido una metedura de pata garrafal que ya poblaba mi rostro con los rojos de la turbación y mi estómago con las sacudidas del desasosiego. Para no liar el asunto más de lo que estaba, no revelé la causa que me impidió acudir a comisaría y pasé al día siguiente, el miércoles, ofreciendo con respecto a él, como la estúpida inhábil que soy, todo tipo de explicaciones que justificaran mi retraso en la visita al lugar donde nunca hubiera debido acudir —: Ayer, me hubiera gustado, pero tenía la mañana completa de carga lectiva, de clases. Por la tarde, que la tuve libre, diversos compromisos me lo impidieron. Ya ve que hoy estoy aquí sin mayor dilación, en un hueco del que dispongo hasta las diez y cuarto.

—En fin, Celia, no veo nada extraño en un cuaderno de una profesora para tanto misterio. ¿Leyó usted todo lo que contenía el cuaderno?

—Casi todo. Ya se lo he comentado antes: era una agrupación de textos varios, sin hilatura entre sí —volví a decirle con la esperanza de que él me alumbrara algo nuevo sobre Carmen Vidal.

—Pues relájese y dígame al azar cosas que llamaron su atención.

—Sobre todo, me impactó la tristeza y el gran sufrimiento que arrastraba mi predecesora en el instituto. Deduje que se debía al suicidio de su único hijo, del que me enteré por las murmuraciones. También, se me han grabado a fuego frases sueltas, de esas en las

que suele reparar una profesora de Literatura por su capacidad evocadora.

—Como por ejemplo…

—«La amenaza de lo microscópico» —apunté en la actitud de quien espera que el recuerdo no le falle. No se habían borrado de mi memoria aquellas primeras palabras arcanas emitidas por Toñi, cuando le pregunté por la causa de la muerte de Carmen Vidal.

—Esa frase es el título del blog que tiene su marido abierto en internet —me informó Manrique para mi alegría. Por esa sola revelación, ya valía la pena el mal rato que estaba pasando—. Dígame alguna más.

—No recuerdo exactamente ninguna más de forma fiel, pero sí se me quedó prendido el halo de tristeza de los escritos del cuaderno.

—Está bien, señora. Si apareciera el cuaderno o tuviera cualquier otra información de interés sobre este caso, no dude en ponerse en contacto conmigo inmediatamente —me dijo al compás que me extendía una tarjeta suya y evidenciaba que daba por concluida la entrevista.

Me levanté aliviada, estreché su mano y salí rápida de la comisaría. Los lugares donde se pasan malos momentos suelen generar una ligereza excepcional en las piernas cuando nos vemos en la ocasión de abandonarlos.

En la puerta de la comisaría, miré la hora: las nueve y cincuenta cinco minutos. A paso vivo, llegaría a tiempo para impartir mi primera clase.

59

Camino del instituto, analicé la conversación mantenida con Manrique y me di cuenta de la estupidez grandiosa que había cometido con aquella visita torpe. Había sido una absoluta inconsciente por acudir a la comisaría. No había calibrado con detenimiento los pros y los contras que podrían surgir de una entrevista con el policía. Si examinaba mi diálogo con él, solo obtenía inquietud e, incluso, alarma. Movida por el impulso ciego de conseguir nuevos datos para mi investigación sobre Carmen Vidal, no había medido las posibles consecuencias adversas de aquella visita inadecuada. Porque no había sido fácil ni fluida, tal y como suponía en mis ingenuas representaciones anteriores a su desarrollo, sin duda manejada como un monigote por la obsesión frenética que me invadía con respecto a la persona de mi predecesora en el instituto. Había sido tan simple como para imaginarme con Manrique una charla distendida, donde yo le expondría mis temores y él me revelaría todos los puntos oscuros de los personajes de aquella historia.

Por torpe, por ingenua, por inepta, debía sufrir los resultados que se derivaran de aquel acto irreflexivo. Porque ya no era solo que apenas hubiera logrado nuevos datos de interés —a excepción de la noticia del blog de Jorge, el marido de Carmen—, sino que debía tener siempre presente el hecho de que le había mentido a un policía. Eso era gravísimo. Le había largado la trola del cuaderno de Carmen en mi gaveta del instituto sobre la marcha, sin pararme a pensar en las posibles complicaciones. Aquella patraña mal construida podría acarrearme problemas muy serios, y no solo a mí, sino al resto de los profesores y, sobre todo, a Félix, el jefe de estudios, el auténtico custodiador de las llaves maestras de nuestros particulares casilleros. Con una mínima visita al instituto o con una simple llamada telefónica, Manrique podría fijar la realidad de este hecho incuestionable y deducir, como lógica consecuencia, mi mentira incauta.

Mi insensatez me resultaba ostensible y me provocaba síntomas físicos muy molestos, como los sofocos de la vergüenza, la opresión

agónica del miedo y el deseo poderoso de que se abrieran las calles y me tragaran allí mismo. ¿Qué había hecho? ¿Qué le había dicho a Manrique? ¿En qué ridícula, inconsciente, irreflexiva e irresponsable me había convertido? ¿Cómo no había reparado en que, con mis palabras, le ofrecía a Félix en bandeja para ponerlo como número uno en la lista de sospechosos? ¿Cómo había sido tan pueril como para sugerirle a Manrique, con mi conducta insensata, que me incluyera a mí misma en dicha lista? No me quedaba más expiación que soportar la culpa que me asediaba con toda su crueldad punzante. La necia que había desatado en la comisaría merecía ese infierno, y lo merecía por su falta de previsión, por haber acudido allí en un impulso repentino y caprichoso, sin haberlo tamizado por los filtros de una reflexión sosegada.

60

El resto de la mañana fue confuso y enredado. Entre las obligaciones ineludibles, de todo hubo: alegría, esparcimiento, cambio de planes, culpa, ternura, nerviosismo, zozobra y hasta sustos y sobresaltos inesperados. Pero no me anticiparé y conduciré los sucesos por el orden en que ocurrieron en aquel jueves lleno de sorpresas.

Llegué al instituto con el tiempo justo para meterme en el aula donde me tocaba impartir la clase. Con un suspiro de alivio, reparé en el autor de quien me tocaba hablar aquella mañana: Federico García Lorca. Introducirme en la figura de Federico, calmaría mis ánimos sombríos. Pasear por el *Romancero gitano* siempre me había inyectado una dosis de buen humor y, en aquellos momentos, la necesitaba con urgencia. Pero, además, durante aquel jueves absurdo, los versos gráciles, bañados de ritmo luminoso, tuvieron la virtud de evadirme de la bochornosa sensación de culpa que me invadía.

Aunque también hubiera sido lógico que me extendiera en la clase con *Poeta en Nueva York*, decidí apartarme de los poemas del Federico más oscuro. Su densidad resultaría más apropiada en otro día en que mi espíritu pudiera soportarla.

Cogí el *Romancero gitano* y recité como quien escapa de una jauría de lobos: «Su luna de pergamino / Preciosa tocando viene. / Al verla se ha levantado / el viento que nunca duerme». Me imbuí de las magníficas metáforas y de la cadencia sin par de ese poemario mágico. «Verde que te quiero verde. / Bajo la luna gitana, / las cosas la están mirando / y ella no puede mirarlas». Temblé en los verdes de muerte, en las lunas de agonía y en los hielos de los pozos. «Las piquetas de los gallos / cavan buscando la aurora, / cuando por el monte oscuro / baja Soledad Montoya». Me desmoroné en la armonía impoluta de la métrica y me deshice en los símbolos del llanto agrio por la muerte de Antonio Torres Heredia. Suspiré con la hermosura del muerto que se murió de perfil, a pesar de que Federico García llamó a la Guardia Civil. Continúe con la lectura por el mejor de los caminos, morena por la

nostalgia de un ayer de ruiseñores y de una luna suspendida con amenazas de plata. Resurgí en los vientos blancos, nadé en aguas reidoras y me acuné en la noche íntima, como una pequeña plaza.

Cuando el timbre me avisó de que la clase había concluido y levanté mi vista de los romances, advertí cómo los alumnos me miraban con una mezcla de asombro y respeto trabados en sus pupilas, algunos con las lágrimas a punto de rebosarles el dique de las cuencas de los ojos. Me emocioné con sus miradas y juzgué que, por aquellos instantes mágicos donde había enganchado a los chicos en la poesía de García Lorca, merecía la pena la entrega del magisterio.

Tal fue la pasión con la que me escondí en Federico que hasta yo misma abandoné el aula con los ímpetus renovados y los malos designios silentes. Esa es la virtud de mi asignatura: ser la piedra filosofal que transmuta las emociones y las eleva a la categoría de belleza.

61

Por los concurridos y ruidosos pasillos del instituto, me topé con Félix. Poco faltó para que me derribara en su precipitación urgida de quehaceres. Corría a impartir su próxima clase y no le sobraba el tiempo.

—¿Todo bien y solucionado, Celia? —se interesó por mis presuntos trámites administrativos sin detenerse.

Le contesté con un gesto afirmativo de la cabeza, al compás que movía mi mano en una pantomima circular que giraba sobre sí misma, con los dedos medio e índice extendidos, para darle a entender que hablaríamos cuando ambos nos desocupáramos de la carga lectiva.

Lo seguí con la mirada hasta que se perdió tras la puerta del aula que le reclamaba el cumplimiento de sus obligaciones. Suspiré. No podía negarme que aquel hombre me atraía con la fuerza de cien imanes. Haberlo visto, aunque hubiera sido de manera fugaz, me había alegrado y me daba ánimos para resistir lo que aún quedaba de jornada. ¿Estaría el amor tejiendo sus redes dentro de mi espíritu no escarmentado? ¿Qué iba a hacer con los arrebatos románticos que surgían en mi interior sin permiso?

Bajé sin prisa por las escaleras. Hasta después del segundo recreo, no me tocaba impartir la próxima clase. Contaba con unos maravillosos cincuenta y cinco minutos de asueto. Pensé que podía invertirlos en concretar por teléfono los próximos puntos del orden del día que me había trazado a primera hora de la mañana en mi pequeño bloc.

Salí hasta el patio central, por el que se accede a la biblioteca y a las distintas estancias para profesores, así como a los garitos administrativos de la secretaría y de la dirección del centro. Toda la planta baja del instituto está dedicada a fines burocráticos y no docentes. Saqué el móvil de mi bolso y miré alrededor, para cerciorarme de que nadie me iba a escuchar. Resalté el número de Álvaro mientras me lo imaginaba rendido, tal y como yo estaba. Su fatiga debía de ser mucho más grande que la mía, pues no descartaba la hipótesis de que no hubiera pegado ojo en toda la

noche. Por las trazas de su talante cuando nos despedimos, supuse que no debía de andar muy desencaminada en mis intuiciones. El golferío es un reclamo al que nunca se resiste mi amigo Álvaro. Pero el trabajo es una cruz ineludible para todos, incluso para los divinos y agraciados por las musas.

Pulsé el número resaltado. Debía prevenirme de que Álvaro estuviera en su casa por la tarde para devolverle el volumen de Carmen Vidal. Sin la confirmación por su propia boca, no debía correr el riesgo de acudir, pues el viaje podía resultar infructuoso. A pesar de mi cansancio, intentaría establecer un cierto orden de prioridades en mi cabeza y actuaría con lógica, no movida por impulsos. Y concretar la cita con Álvaro era lo más razonable para evitarme un posible fastidio. Porque si sacaba el coche, con toda la hartura que me acarrea maniobrar en la cochera maquiavélica, compartida por mi edificio con los contiguos en los sótanos de la avenida de Europa, y me propinaba el viaje hasta la urbanización donde vive Álvaro sin que él se hallara en su coqueta villa, sería el colmo de la estupidez por mi parte, una guinda más para adornar el embrollo de desatinos de un jueves nefasto. Para bobadas, ya tenía bastante con la fastuosa y garrafal que había cometido en la comisaría ante el policía Manrique.

El recuerdo del joven policía me supuso un nuevo azote de la vergüenza y de la culpa más hiriente. Había actuado de un modo irreflexivo, con una torpeza imperdonable. Lo peor es que ya no había remedio y no podía enmendar mi conducta desatinada. El pasado es inmune a los propósitos actuales y acusa siempre sin misericordia, por más que intentemos camuflar sus reproches con excusas.

Con la estima menguada, marqué el número de mi amigo en un segundo intento de contactar con él, pues en el primero comunicaba. Calculé que, con los minutos transcurridos desde mi primera llamada, habría dejado ya de hablar. Tuve suerte y su voz soñolienta me respondió con desidia. Aquella tarde tenía Álvaro compromisos ineludibles que cumplir. Me encomendó que no me preocupara por el cuaderno nacarado. Hasta el sábado no había quedado con Jorge, que le había confirmado segundos antes por el móvil que venía a Murcia definitivamente. Teníamos tiempo de sobra para que el libro de Carmen volviera al lugar de su depósito. Además, me exoneró del viaje hasta su casa para la devolución, pues ya se pasaría él mismo por mi apartamento para recoger el

volumen por la noche o, bien, al día siguiente, sin agobios. Por supuesto, y en un alarde de cortesía para que no trajinara en obsequiosos recibimientos, me informó que no sería una visita en regla, sino una diligencia rápida para concluir el recado pendiente. Nada de enredos ni de preparativos gentiles con vistas a un diálogo sostenido, me exigió, ya que la agenda le reventaba por los cuatro costados. Concluyó en su refinada ceremonia de exquisito tacto con un detalle de distinción: me avisaría previamente, porque qué menos que un telefonazo para efectuar la oportuna consulta de que me encontraría en mi apartamento cuando él pasara por allí para recoger el volumen. Y esa llamada telefónica se verificaría a horas razonables, sin que implicara su paso raudo por mi casa la rotura de ningún plan apetecible para mí. No deseaba extender su «mala reputación de intempestivo». Para mis adentros, me reí con las abundantes muestras de su espíritu melindroso, que despuntaba, incluso, en situaciones bajas de reflejos debidas al agotamiento corporal por la falta del sueño.

Cuando colgué el teléfono, me sentí liberada y ligera por haber sido dispensada de cumplir una de las tareas más engorrosas que debía abordar en aquella jornada tan henchida de imprevistos, y no precisamente la más rápida, porque acudir a la casa de Álvaro bien podía llevarse un mínimo de una hora u hora y media entre ir y volver. Aplaudí con ganas la propina bienvenida de tiempo extra, pues el tiempo era lo que no me sobraba.

62

Eximida de la carga de devolverle a Álvaro el volumen nacarado de Carmen Vidal, dejé mi carpeta en la sala de profesores y volví a salir al patio para gozar del aire fresco que aún corría. Necesitaba oxigenarme para no dormirme en cualquier butaca o, lo que era aún peor, permanecer inmersa en los pensamientos lóbregos que me era imposible reprimir. La falta de un descanso adecuado me pasaba la factura sin contemplaciones. Tenía la mente turbia y enmarañada en miles de reflexiones inconexas y amenazantes.

Retorné al móvil, porque ese pequeño artilugio de nuestros tiempos me ofrecía —como a todos los contemporáneos— la posibilidad de hablar con las personas deseadas sin moverme un milímetro, incluso con las más distantes en kilómetros. En aquella mañana de remordimientos oscuros y de urgencias acuciantes, el diminuto aparatillo se convirtió en mi salvavidas particular para que no me hundiera en los mares más sombríos.

Atormentada por mi comportamiento ridículo y pueril ante Manrique, por mi desacertada decisión de haberme metido en la oficina policial, donde nunca hubiera debido acudir y donde me llevó un impulso investigador torpe y suicida, necesitaba amparo para que mi espíritu no naufragara en la congoja más irreprimible. Y como siempre que preciso consuelo, sin una sola duda, aunque no figurara en mi orden del día, marqué el número de alguien lejano en el mapa del país, pero siempre próximo en mi alma, si no se ha fundido ya con ella a lo largo de tantos años de cariño. Se trataba de mi hermana. Ella era el faro que resplandecía lejano, la luz a la que deseaba dirigirme en mi estado perjudicial, emponzoñado y abatido. El solo sonido de su voz me proporcionaría la calma deseada y me daría aliento para seguir adelante. Su puerto, siempre seguro, es para mí un antídoto contra las ideas sépticas.

—¿Paula? —pregunté tontamente cuando escuché su voz como el profeta que oye la del ser supremo. Su simple resonancia ya suponía un bálsamo sobre mi espíritu enmarañado.

—¡Celia, qué alegría! ¿Cómo te va?

—Me va, que no es poco.

—Uy, uy, uy… Ese tono… A ti te pasa algo.

—No te preocupes, Paula. Solo me ocurre que estoy cansada. Ayer trasnoché más de la cuenta y ya te puedes figurar cómo me encuentro.

—Hecha unos zorros, como si te viera —cascabeleó con simpatía.

—Sí. Sufro el terrible castigo tras una noche de parranda. Yo me lo he buscado y, ahora, yo me lo tengo que comer.

—¡Si no fueras tan juerguista…! —Se alegró, porque siempre se pone contenta cuando la informo sobre mis diversiones fuera de la soledad de mi casa. En aquellos instantes, yo llevaba pocos meses en Murcia tras muchos años ausente y todavía no había anclado en un nutrido grupo de amistades que me permitiera las salidas continuas que mi hermana ansiaba para mí, las relaciones que me ampararan en un momento de necesidad. Entendía aquellos deseos suyos que solo traslucían su inquietud porque no me sintiera muy sola. Ella posee una envidiable situación familiar, con un marido atento y dos hijos sanos, equilibrados y alegres. Hubiera pretendido lo mismo para mí, y bien que le pesaba que la vida conmigo no hubiera sido tan generosa. Más tarde, se acostumbró a mi absoluta independencia y el aislamiento que conllevaba. También entendía las barbaridades que soltaba para protegerme, como mi alergia hacia una vida idílica en superficie, pura propaganda de la felicidad decretada como meta por los estudiosos más frívolos de la esencia humana. Me escuchaba siempre paciente y no se engañó nunca, como no se engaña ahora, pues me conoce sin fisuras. Justifica todas mis necesidades de asirme a las verdades que me sostengan.

—Esta misma tarde pensaba llamarte, Celia, que hace días que no hablamos y lo echaba en falta.

—¿Cómo estás tú? ¿Fuiste al dentista por fin?

—Aleluya, he sido valiente. Vencí mis miedos y fui al potro de la tortura que detesto. El hombre me hizo unos apaños que me han dejado nueva, con una dentadura que para sí la deseara cualquier artista de cine.

—Bien, me alegro, que siempre has tenido los dientes agraciados y te los ibas a cargar con tu desidia.

—Y me he cortado el pelo.

—Vaya, un cambio de imagen. Ya sabes lo que decíamos cuando éramos jóvenes: «si hay corte de pelo, cambio interno se avecina».

—Como no sea la menopausia —exclamó con la broma

enganchada en la entonación.

—¿Ya empezaste con desajustes?

—Algunos arrastro. Poca cosa todavía: retrasos, poca duración del ciclo o sangrías espectaculares, algún insomnio y trajines del termostato, que lo mismo me hielo que me asfixio. Esto es lo que soporto peor.

—Controla los sangrados excesivos. Pueden provocarte una anemia peligrosa. Y bienvenida al club de las inoperantes en las fantasías masculinas. Nos volvemos invisibles a los ojos de los hombres a partir de esta edad.

—Anda, anda, que seguro que ya tendrás algún ligue pisándote los talones. ¡Como si a mí me engañaras!

—Es posible —afirmé con un tono que pretendía jugar al misterio, porque a mi hermana no le he ocultado nunca nada sobre mis vicisitudes sentimentales. Otra cosa distinta era esconderle la amargura confusa que arrastraba en aquellos precisos momentos, pues siempre lo he hecho con la intención de no preocuparla, como me consta que ella actúa conmigo—. ¿Y los chicos? —le pregunté para desviar el tema de conversación y, al venirme la imagen de mis sobrinos, una oleada de ternura me invadió completa.

Hablamos un buen rato y, sobre todo, nos reímos con las bromas que siempre nos gusta improvisar por el puro contento de escuchar nuestras voces al otro extremo de la línea telefónica, por el simple placer de que nos acaricie en la distancia el sonido del cariño inmenso que sabemos ganado sin reservas ni condiciones, por el solo hecho de ser quienes somos.

Tras aquel baño de optimismo que me dejó una sonrisa agradecida y el corazón esponjado de gozo, me sentí con fuerzas para afrontar lo que me quedaba del día.

63

Impartí mi última clase, la que mordía la hora de comer, consciente de que mis sentidos estaban embotados, turbios como un agua estancada. La noche mal dormida pasaba sus facturas y la torpeza se había adueñado de mis reflejos y de mis palabras. Aunque la sensación agónica de aquella mañana que ya se me hacía eterna se había debilitado tras la divertida conversación con mi hermana, ahí seguía, sin desaparecer del todo para mi martirio. No pasaban muchos minutos sin que me sosegara a mí misma internamente con la idea de que exageraba el asunto de la metedura de pata en la comisaría. Quizá, percibía monstruos descomunales donde solo había pulgas minúsculas.

Concluida la última clase, salí en busca de Félix y de Esteban. Por los pasillos, cumplí el encargo final de mi lista de obligaciones y marqué el número de teléfono de Beatriz, la sobrina de Toñi, el próximo objetivo de mi investigación. Le plantearía un café rápido tras la comida si no le suponía ningún contratiempo y, con toda lógica, donde a ella le viniera más cómodo. Por la hora, la muchacha ya se habría puesto en pie y no la molestaría con mi llamada. Algo que recordaba desde mi juventud era que, en época de exámenes finales, a los universitarios nunca se los debe perseguir antes del mediodía. La noche suele ser el reducto elegido por ellos para el estudio y las mañanas, el hueco destinado al sueño.

Conseguí la cita con Beatriz sin ningún problema. Se prestó en un segundo a compartir un café conmigo. Ya me las apañaría dos horas más adelante para explicarle las causas de la ausencia de la pretendida hija de mi inexistente amiga, la excusa con la que había tapado la noche anterior mi interés por tenerla localizada y con la que inicié la conversación telefónica. Aunque intuía que, con la sobrina de Toñi, no me iban a hacer falta demasiadas explicaciones. Por lo que había deducido sobre su carácter en el poco tiempo que estuvo en nuestra compañía durante la noche pasada, aparentaba ser una joven simpática, vitalista, amable, dulce y atenta. No le intuía mi mente indicios de que pudiera molestarse por el plantón que nos iba a propinar la imaginaria compañera de carrera que le

había endosado sin ningún tipo de remordimiento en mi afán de noticias sobre Carmen y su vida.

A punto de meterme en la sala de profesores, una imagen turbó mi débil júbilo por la cita recién obtenida con la sobrina de Toñi. El policía Manrique y Félix caminaban por el patio, de espaldas a mí. Me quedé petrificada, con la respiración en suspenso. La caja de los truenos que yo misma había abierto durante aquella mañana infausta, disparaba sus llamaradas sórdidas y empezaba el espectáculo fatal, el desenlace temible. En un segundo, experimenté mil latigazos de vergüenza sobre mi alma imprudente, probé millones de pócimas de acíbar en la bóveda de mi boca, sentí innumerables murmullos sombríos por mi cuerpo cansado y acuné un único y corrosivo presagio que tentaba a la muerte en los sonidos de las células malditas de un rincón de mi raciocinio disminuido. ¿Qué había hecho? ¿Qué consecuencias funestas se derivaban de mi inconsciencia? Si hubiera tenido a mano un rótulo, habría escrito en letras enormes un «No funciona» patético y me lo habría colgado del cuello para que fuera bien visible, como se estampa ese aviso lapidario en cualquier ascensor inoperante y se evita que se haga uso de él.

En mi inmovilidad pétrea y desamparada, me acordé de Shylock y clamé mentalmente sus palabras a modo de oración: «Si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos cosquilleáis, ¿no nos reímos? Si nos envenenáis, ¿no nos morimos?».

Las circunstancias no eran las mismas que las que se daban en *El mercader de Venecia*, pero Shakespeare es tan universal para meterse en el mundo de las sensaciones humanas, que no encontró mi mente mejor modo de consuelo. La emoción impoluta que atraviesa sus personajes, no perdida en la traducción que yo manejo de Luis Astrana Marín, ha acudido muchas veces en mi defensa. Soy profesora vocacional de lengua y literatura. Para mí, la literatura ha sido y es siempre cobijo, escudo, custodia y religión suprema, sublime baluarte que guarece mi ánimo. O, como dice con sorna mi querida hermana Paula, soy una «mujer desnuda adornada de palabras». Lo cierto es que, en situaciones extremas de angustia, la literatura es mi única madre, la que me ampara y me protege de los peligros del mundo.

Salí de mi inmovilidad cuando Esteban me sacudió por el brazo, justo en el momento en que Manrique y Félix daban media vuelta y nos miraban a ambos. Respondí al saludo cómplice del policía con

una imperceptible inclinación de la cabeza mientras sentía el espanto en los temblores que me recorrían la columna vertebral. Esteban fue más efusivo y cantó un sonoro «Buenos días, agente». De forma simultánea, yo deseaba desaparecer de la faz de la tierra cuando divisé el rostro de Félix, que reflejaba preocupaciones impenetrables y ansiedades en la cumbre del desasosiego más angustioso. ¿De qué hablaban los dos hombres? ¿Qué turbias sospechas había inyectado en la mente de Manrique durante aquella mañana infausta, con mi presencia inoportuna en comisaría? ¿Con qué derecho me había creído para satisfacer mi curiosidad acerca de la vida de Carmen a costa del honor de mi compañero de instituto y reciente amante? ¿Hasta qué altísimos extremos podía llegar mi estupidez?

Como una ráfaga ignominiosa que me acusara con toda la crudeza imaginable, pasó por mi pensamiento mi desconfianza del día anterior hacia Félix, cuando en un ataque de recelos ilusos, espoleados por mi aprensión infantil y ridícula, mi ineptitud colosal había dado pábulo a turbias ideas sobre su persona. Félix era incapaz de actos innobles. ¿Por qué mis temores necesitaban afearlo tanto cuando él resplandecía? ¿Por qué mis dudas requerían su condena en un infierno de apariencias exteriores cuando a él le importaba muy poco la opinión de los otros? Me confesé que estaba perturbada, podrida por mis pasados sufrimientos con los seres del sexo masculino. La putrefacción me había tragado y, sumida en sus hedores, había perdido el olfato, con lo cual ya ni distinguía los aromas celestiales.

—¿Vamos a comer, Celia? —me preguntó Esteban, ajeno a la fatalidad inmisericorde que se cernía sobre mi persona y sobre la de nuestro querido jefe de estudios.

—Félix viene con nosotros. Esperemos a que termine su charla con ese hombre —le pedí en un murmullo apenas apreciable, pero fue lo más alto que pude articular mis palabras turbadas.

—Mientras no se enrolle el policía más de la cuenta… —Y mientras Esteban terminaba su apreciación, Félix se acercó hasta nosotros y nos comunicó que nos marcháramos los dos solos. Él no podía acompañarnos en la comida.

—Pero tendrás que comer —acerté a exclamar en esa frase absurda motivada por mi nerviosismo creciente.

—Será más tarde, querida Celia. —Y aquel «querida» no supe cómo interpretarlo dado su gesto severo—. Salid vosotros ya. Y no

te inquietes, que te llamaré al móvil en cuanto me desocupe —apostilló cuando Esteban y yo ya nos alejábamos hacia la salida.

Pensé que la suerte ya estaba echada. A la visita inmediata al instituto de Manrique —que por sí sola ya me ponía los pelos de punta, pues con toda probabilidad la había girado para cerciorarse del asunto de la custodia de las llaves maestras de las gavetas—, debía sumarle la proclama por parte de Félix de la relación existente entre ambos. No sabía las causas de su conducta, imprudente e incomprensible para mí. Me gustaba ir despacio en las cuestiones del corazón, ya se lo había dicho. No entendía su actitud. Había convertido en notorio ante Esteban y ante Manrique el vínculo que manteníamos con el empleo de la palabra *querida*. Sobre todo, me preocupaba que se lo hubiera olido Manrique y su cerebro policial supusiera ridículas relaciones y confusos móviles de amantes contrariados. No me agradaba que Félix se hubiera comportado de aquella forma poco juiciosa. Aunque, qué sabía yo de lo que acontecía en la mente de Félix en aquellos precisos instantes. Lo mismo había actuado de semejante modo por alguna razón secreta que yo desconocía. Su imprudencia era una minucia comparada con el disparate de mi comportamiento en la comisaría de policía. En todo caso, no debía mortificarme más con este tipo de conjeturas. Mis ojos hasta perdían la visión con mis aprensiones enrarecidas. Me encontraba muy mal, incluso físicamente. Ya me enteraría de todo, como muy tarde aquella misma noche, cuando le preguntara a Félix, una vez a solas ambos.

En la puerta, Esteban se paró a saludar a un hombre elegante que accedía al instituto cuando nosotros salíamos de él. Bien parecido, de imagen noble, con ojos oscuros, profundos y expresivos, con atuendo costoso y andares pausados, también aquel dandi frenó su marcha para estrechar la mano de Esteban.

—¿Cómo tú por aquí, Jorge? —se interesó mi querido profesor de Matemáticas y yo, al escuchar el nombre del extraño, boté en mi interior—. Te presento a Celia, Celia Viñas, la profesora que ha venido a ocupar la plaza que tuvo Carmen —dijo y se terminaron de confirmar mis sospechas.

Extendí mi mano al tiempo que emitía el consabido «Encantada». El tacto de la piel del viudo de Carmen Vidal me llamó poderosamente la atención. No respondía a la clásica piel masculina: seca y, en ocasiones, algo rugosa. La delicadeza de su tacto suave, unida a la finura de sus nudillos, me dejó

desconcertada. Cuando me desasí de su mano, le contemplé ambas con disimulo. Parecían las manos de un pianista. Lo mismo tocaba el piano, porque ¿qué conocía de la vida de Jorge, de aquel hombre que había sido el marido de la mujer objeto de mi más fuerte obsesión hasta la fecha? Tenía una laguna imperdonable con respecto a su persona. Me obligué internamente a suplirla en el momento en que tuviera la más mínima oportunidad.

—Echaba de menos Murcia y eso tiene fácil solución, amigo Esteban. Cogí el coche ayer tarde y aquí estoy hoy. Solo por unos días, pero los suficientes para adormecer la nostalgia que me había invadido —respondió con un fuerte acento catalán. Pensé que su deje era lógico, pues, si no me fallaba la memoria, Jorge había nacido en Cataluña, en la Costa Brava. Si se había criado o no allí, era un detalle que desconocía, como casi todos los de la vida del hombre elegantísimo y refinado que se alzaba ante mis ojos.

—Me alegro de volverte a ver, Jorge. ¿Quieres venirte con nosotros a comer? —le ofreció Esteban.

—Te lo agradezco, pero otro día será. Hoy he quedado con Félix. Lo llamé hace un rato y convenimos en que pasaba a recogerlo, así que voy para adentro. Ya sabes que la paciencia no es la mejor virtud de nuestro jefe de estudios.

—No te apures, que anda con el pollino del policía.

—¿Aún anda enredando ese hombre?

—Eso parece.

64

Durante unos segundos, permanecí absorta tras la marcha de Jorge. No podía evadirme de las palabras emitidas por él, las que nos anunciaban a Esteban y a mí que comía con Félix. Aquellas palabras denotaban cariño hacia la persona de nuestro jefe de estudios. Habían evidenciado una relación cordial, incluso amistosa. El dato de la proximidad afectiva entre los dos hombres que había recogido mi cerebro, no me cuadraba con el episodio relatado por Toñi, donde ambos casi llegan a las manos. A pesar de que ella había señalado que Jorge perdonó a Félix en su imprudencia y lo seguía estimando, puesto que era un «bendito» —según calificó al marido de Carmen Vidal—, no deduje de su narración que la relación entre ambos fuera tan estrecha como para irse a comer juntos nada más llegar Jorge de la Costa Brava. La primera comida en Murcia del marido de Carmen con Félix reflejaba, a mi entender, un estrecho vínculo de afecto.

De golpe, saltó en mi memoria otra chispa encendida que me dejó desconcertada. Recordé la primera frase de Toñi cuando le pregunté sobre las causas de la muerte de Carmen Vidal, y ella me respondió «la amenaza de lo microscópico». Por Manrique, ya había descubierto unas horas antes que tal era el título del blog de Jorge. Tenía que entrar en ese espacio virtual sin demora. Porque no me cuadraba el rompecabezas y fui consciente de que Toñi me había mentido en algún momento determinado: o aquella primera vez, el domingo en el bar donde cenamos, ya que bien podía deducir, con los datos que manejaba en aquellos instantes, que ella consideraba a Jorge el autor directo o indirecto de la muerte de Carmen; o bien su mentira era la de la noche pasada, la de la narración que me había relatado al contarme la investigación policial, donde defendió a Jorge con uñas y dientes como un marido ejemplar y un hombre sin tacha.

Sí, Toñi me había mentido sin escrúpulos, pero cuándo me mintió exactamente. Lo que estaba claro es que de aquella mujer ambigua poca información fiable iba a obtener. No acertaba a interpretar los motivos de su conducta poco clara e, incluso,

contradictoria. En un segundo, califiqué a Toñi como una persona confusa. Aunque no sospechaba de ella como posible cómplice de un asesinato y, mucho menos, como autora del mismo, sufrió un enorme descrédito en mi particular percepción. No era diáfana, así que más me valía no intimar en exceso con semejante mujer.

Por otra parte, tampoco me concordaba la presencia actual de Jorge en la ciudad con la conversación telefónica que había mantenido con Álvaro aquella misma mañana. De la plática con mi amigo, había deducido claramente que el viudo de Carmen todavía estaba en Cataluña y llegaba para el fin de semana, viernes por la tarde como muy pronto. ¿Por qué no le había dicho Jorge a Álvaro que ya estaba aquí, desde la víspera, cuando habló con él por teléfono minutos antes de que yo lo hiciera? ¿O la amistad con Álvaro no gozaba, a los ojos de Jorge, del mismo valor que la que mantenía con Félix?

No sabía responderme a tantas preguntas con los datos que manejaba y podía seguir enredada en ellas hasta el infinito. Todo me resultaba desconcertante y confuso, turbio y amenazador. Sin duda, alguien había mentido. O todos mentían, porque ya cabía cualquier contingencia en aquel enredo que superaba con creces mi capacidad indagadora.

Para colmo de mi incertidumbre, la otra inquietud que secuestraba la paz de mi espíritu era el encuentro de los tres hombres en el instituto: Félix, Jorge y Manrique. Cavilaba que Manrique podía haber citado a Jorge allí, pero se me escapaba el motivo de la comparecencia del viudo de Carmen ante el policía, así como la causa de elegir el escenario docente para la entrevista y el hecho de que, en ella, estuviera presente Félix. Además, de las palabras que el propio Jorge había emitido ante Esteban y ante mí se deducía que no estaba al tanto de la presencia de Manrique en el instituto. Algo de peso se desarrollaba en aquellos precisos instantes entre los tres protagonistas de mi historia y, para mi desgracia, no podía observarlo.

No pude evitar que la imagen de los tres hombres reunidos me hiciera oler un peligro real y avasallador. No solo para Félix, sino también para mí. Temblé y un mareo pesado se apoderó de mi vista.

65

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó Esteban cuando abrí los ojos.

—¿Qué ha pasado? —lo interrogué, a mi vez, confundida cuando me vi desmadejada en sus brazos.

—Te has desvanecido. Si me descuido un segundo, acabas en el suelo. ¡Qué susto me has dado, Celia!

Le confesé a Esteban que apenas había dormido por la noche por haberme ido de jarana. Esa circunstancia, junto con los calores que empezaban a sentirse, podrían haber sido las causas del mareo. De algún modo, necesitaba justificarme ante mi compañero de matemáticas, aunque ni se me pasó por la cabeza revelarle el resto de sucesos que habían influido de una forma decisiva en el desmayo.

—Luego pregonan que somos los jóvenes los juerguistas. Unos cardan la lana y otros se llevan la fama —bromeó Esteban—. Anda, vamos a comer algo y, sobre todo, a tomar una cerveza bien fresca. Te hará bien, dama de las camelias.

Durante la comida, una vez repuesta de la laxitud que me había colonizado, decidí penetrar sin miedo en los terrenos movedizos que me preocupaban:

—Esteban, ¿sabes por qué estaba el policía con Félix?

—Ni idea. Hacía tiempo que ese pollino no se dejaba caer por el instituto. Está visto que no parará nunca de enredar. Lo que más me enfada es que Jorge se habrá topado con él. Eso sí que me revienta. Con todo lo que lleva padecido ya el pobre hombre, como para que el policía le insista en el accidente de su esposa. A Carmen no la van a resucitar los interrogatorios.

—¿Sigues convencido de que la causa de su muerte fue un accidente?

—Ya te lo dije hace unos días: un accidente sin más historias ni componendas.

—Pues pobre Félix con la que le ha caído encima —exclamé, muy preocupada por lo que le pudiera estar sucediendo en aquellos momentos a nuestro jefe de estudios.

—Sí, más vale que se arme de paciencia, porque ese policía es un plasta y la ha tomado con él de manera especial desde un principio.

—¿Sabes si lo tuvo como sospechoso?

—Supongo que no, Celia —respondió casi enfadado—. Félix es un buen tipo. Tú lo conoces y no te lo voy a descubrir ahora.

—No pienses mal de mí, que no soy una enredosa. Y, hablando de malos pensamientos, me gustaría dejar clara una cuestión.

—Tú dirás.

—Las palabras de Félix hacia mí, cuando salíamos del instituto, no suponen nada de nada. Que haya dicho que me llamará después, no implica que entre nosotros dos exista algo. No quiero que te confundas —me excusé sin que Esteban me lo hubiera pedido en ningún momento.

—Anda, Celia, no seas boba. Ni pienso ni, mucho menos, elucubro. Yo no me meto nunca en determinadas cuestiones. Vivo y dejo vivir.

—Pero quiero aclararte que entre Félix y yo no existe nada más allá de una buena amistad —seguí con mi excusa no pedida por Esteban. Ya se sabe que *excusatio non petita accusatio manifiesta*.

—Jamás he pensado lo contrario. Qué manía has cogido.

—Pero como hoy se ha dirigido a mí en esos términos de «querida mía» y demás que me han puesto de los nervios…

—Estaría alterado por la visita del policía. No se lo tomes en cuenta —dijo quitándole importancia a las expresiones de Félix.

—Será eso —concedí, un tanto desilusionada por el hecho de que Esteban no advirtiera el cariño que se empezaba a forjar entre el jefe de estudios del instituto y yo. Las personas somos así de contradictorias: por un lado de nuestro ser, deseamos algo y, por el otro, lo rechazamos; y ambas apetencias sin motivo racional donde justificarse. De cualquier manera, no podía olvidarme nunca de que el amor no se esconde. Nadie se avergüenza de lo que ama o de quien ama. Por tanto, mis sentimientos hacia Félix eran paradójicos, aunque algo más depurados y afables que hacía tan solo unos días.

—Quien de verdad me preocupa es Jorge. Seguro que se ha puesto enfermo cuando haya visto al policía.

—¿Se llevan bien Jorge y Félix? —le pregunté a Esteban sin poderme aguantar más.

—De maravilla. Siempre les he observado un gran afecto recíproco y hasta, si me apuras, una cierta complicidad —me

respondió.

Las palabras de Esteban confirmaron mis sospechas sobre la poca valía que debía darles a las palabras de Toñi. Se desmoronaba el frágil esquema de relaciones que mi mente había establecido. Por todo lo que me había contado Toñi la noche anterior, había admitido una cierta animadversión recíproca entre Félix y Jorge, modulada por la actitud bondadosa de este último. Pero la respuesta inicial que Toñi me dio el domingo a mi pregunta sobre la muerte de Carmen —cuando no estaba prevenida frente a mí—, las apreciaciones imparciales de Esteban y la propia conducta de Jorge, de la que yo misma había sido testigo unos minutos antes, me desbarataron el boceto de los personajes de esta historia.

La complicidad existente entre Félix y Jorge era irrebatible. Los dos hombres mantenían un vínculo de unión que no debía perder de vista, una alianza sólida, con toda la carga que la misma implicaba y que conseguía que me estremeciera. ¿En qué enredo me estaba metiendo o, más bien, me había metido?

66

A las cuatro en punto, llegué a la cafetería donde había quedado con Beatriz. Ella me esperaba ya con su café sobre la mesa.

—Perdona, no quería demorarme —me excusé sin motivo, pues no había retraso que censurar.

—Si vienes como un reloj, Celia, sin un solo minuto de atraso —dijo y se rió de forma escandalosa, como suele reír la existencia en los organismos jóvenes, aún no perseguidos por los achaques ni contaminados por los residuos de las frustraciones e infortunios de la más diversa especie que la vida deja a su paso.

—Espero que no tarde Ana, la chica de la que te hablé. —Fingí con un descaro impropio de mi persona.

—Quince minutos de cortesía siempre se conceden. Por lo menos, yo sí que los otorgo e, incluso, algo más.

—Eres encantadora.

—Me alegro de que seas amiga de mi tía. Me dio mucho gusto verla anoche en la calle. Necesita salir y divertirse, porque lleva una temporada muy alicaída. Fue un lujo verla sonreír de nuevo —soltó de manera espontánea para mi propio asombro.

—No tenía ni idea de que Toñi se encontrara mal. No me ha comentado nada —dije con la sorpresa que me había provocado aquella revelación nueva para mí.

—Mi tía Toñi es así de tímida, muy reservada para sus cosas, pero un verdadero encanto. La pobre ha vivido siempre con mi abuela, una mujer de armas tomar y la persona más egoísta que he conocido en mi vida, amén de ser un cenizo insufrible. Ahora ya está mayor y es todo un censo que mi tía soporta sobre sus espaldas, pues mi madre está en Moratalla con mi padre desde hace dos años. Seguro que mi tía está cansada y hasta las narices, porque atender a mi abuela es aceptar desquiciarse un poco. Como genio y figura perduran, mi abuela solo está pendiente de ella misma y, con la historia de que está vieja y tiene los achaques propios de la edad, no hay quien la resista. No le importamos ninguno un pimiento. Nos mira a todos como a estatuas vivientes que han de resistir la interminable retahíla de sus enfermedades, en las que se enfrasca

cada cinco minutos con pasión enumeradora, no vaya a ser que se le olvide alguna de sus dolencias. Si consigue alertarnos con una preocupación honda, se siente feliz. La auténtica felicidad debe resultarle un adorno amargo en las caras de los suyos. Cuanto más nos inquietamos por ella, más nos exige. Es voraz y se tragaría con gusto nuestras propias vidas si se lo permitiéramos.

—A veces, las personas mayores se vuelven insoportables. Ojalá que no nos ocurra a nosotras lo mismo —constaté algo extrañada ante una confidencia semejante.

—A diferencia de mi madre, mi tía Toñi no ha sabido apartarse de su lado, que era lo que debería haber hecho hace ya mucho para llevar una vida en condiciones. De todas formas, sobrelleva muy bien la situación de esclavitud permanente y resiste sin quejas los chantajes emocionales de mi abuela. No se inmuta, no sé si es porque se ha acostumbrado a la vieja o porque pone su mente y su corazón en otra parte, pero te aseguro que no me explico cómo aguanta. Bueno…, en ocasiones…

—Seguro que esa existencia tan entregada y servil le está chupando la alegría a tu tía.

—No sé, porque mi tía nunca ha sido muy alegre. A mi abuela está acostumbrada y creo que no le influye en su estado de ánimo, mal que le pese a la vieja, que querría tenerla siempre pegada a sus faldas para que dé fe de si respira o suspira.

—¿Entonces?

—Mi tía es rara. Creo que nadie de la familia conocemos realmente lo que piensa. No sale apenas, a excepción de las contadas ocasiones en que va a unas fiestas que organiza un amigo suyo. Momentos muy puntuales, muy escasos, aunque no estoy segura de que le compensen, pues ya sabes que en las fiestas no hay quien se desahogue en una buena parrafada: todo es beber, comer, risitas y posturitas.

—Qué razón llevas —exclamé con una carcajada por la última frase emitida por Beatriz. Aquella muchacha poseía ingenio.

—Toñi nunca ha tenido demasiadas amistades. Y para una que tuvo… No levanta cabeza desde que una inseparable amiga suya, con quien de verdad tenía confianza y con la que se desahogaba con frecuencia, murió en un estúpido accidente en La Redonda.

—¿Estaban muy unidas? —le pregunté, decidida a investigar la verdadera relación de Toñi con Carmen Vidal.

—Eso supongo por lo que cuenta mi tía, aunque yo nunca las vi

juntas. Pero mi tía siempre ha dicho que eran uña y carne.

—Si tu tía lo dice…

—Es posible que fantasee algo, pero sí que es cierto que mi tía, para escapar durante un rato de mi abuela, la visitaba casi todas las tardes en su casa y, por lo que me ha contado, mantenían muy buenas conversaciones. De vez en cuando, creo que también salían a pasear, a comer o a tomar algo por ahí. Al menos, fue una persona cariñosa con mi tía. Porque ella está muy sola y agradece mucho cualquier muestra de cariño.

—Bueno, no te preocupes, que intentaré animar a tu tía como pueda. Me cae muy bien —le mentí tontamente, porque algo tenía que decirle y me apetecía congraciarme con aquella criatura deliciosa y simpática.

—Gracias. Sácala de vez en cuando, que se ventile y espante toda la amargura que traga con mi abuela y que se olvide del dolor de la falta de una buena amistad. Es muy tímida y le cuesta abrirse, pero, cuando lo hace, es un auténtico cielo, te lo aseguro.

—Lo haré, no lo dudes —volví a mentirle, porque, desde que había descubierto la impostura y el disimulo en las palabras de Toñi, mi interior dudaba en apreciarla. Mi cariño hacia ella duró muy poco. Pero aun cuando no se hubiera esfumado en aquellos días, no habría llegado muy lejos por el odio que le profesaba a Félix, el hombre que a mí me interesaba cada vez con más fuerza.

—Te lo agradecerá. Mi tía es algo rara y muy misteriosa, pero cuando se la trata con una cierta asiduidad, se descubre en ella a una persona sensible que se oculta para no ser dañada por los otros. Es muy reservada, tal vez por el poco contacto humano que tiene a excepción del monstruo de mi abuela.

—Por cierto, ¿sabes que ayer noche fuiste a estudiar a casa de la hija del jefe de estudios del instituto donde doy clases? —la corté en un intento de encauzar la conversación hacia los derroteros que a mí me convenían.

—Sí, sé a qué se dedica el padre de Eva. A mi tía Toñi no le cae nada bien Félix, al contrario de lo que a mí me pasa. Ella siempre ha preferido a Lali, su mujer y la madre de mi amiga.

—Entonces, ¿conoce tu tía a este matrimonio? —le pregunté, escamada por si también Toñi me había mentido en este punto cuando me dijo que no tenía el «disgusto» de conocer a Félix.

—A Félix, no, pero sí a Lali.

—¿Y por qué no le cae bien Félix? ¿Por qué es tan prejuiciosa

con él?

—Ni idea. No lo ha visto en su vida, pero se cierra en banda a dar explicaciones sobre su encono. Creo que, como tú has señalado, es un tonto prejuicio que se le ha metido en la sesera. Si lo tratara, cambiaría de opinión. Pero es muy testaruda. Sin embargo, con la madre de Eva se suele juntar de vez en cuando, muy esporádicamente. No son amigas, pero en alguna ocasión se toman un café por eso de que Lali trabajó durante algunos meses en la oficina donde está mi tía Toñi. Pura formalidad de antiguas compañeras de trabajo, que la madre de Eva es muy cumplida para estas cosas sociales.

—No la conozco.

—No te pierdes nada. Lali no se parece a Félix, tan campechano, tan alegre, tan sincero y tan ajeno a todos los piringotos y pingorotos.

—Chiquilla, ¿qué significan esas palabras? —le pregunté con grandes esfuerzos por la risa incontenible que me invadía.

—Son palabrejas de mi jerga particular. Vienen a reunir todas las poses vacías de corazón de mucha gente pretendidamente educada y exquisita. *Piringoto* equivaldría a la pamplina lisonjera. Y *pingoroto*, al aspaviento y llanto no sentidos.

—Eres una auténtica mina, Beatriz. Un día te tengo que llevar a mi instituto para que aprendan mis adolescentes a inventar palabras como tú —la alabé con gusto.

——¡Anda ya, menuda vergüenza!

—Entonces, por donde íbamos, ¿son diferentes entre sí los padres de tu amiga Eva?

—Mucho. No te pierdes nada si no conoces a Lali. No hay quien la soporte. Todo en ella son normas estrictas, urbanidades y zarandajas de esa especie. La verdad es que los padres de mi amiga mantienen una relación muy extraña.

—¿Por qué extraña? —me interesé, eufórica en mi interior al comprobar que Félix no me había mentido durante todo el tiempo que lo conocía en relación a Lali. Sus palabras siempre las había sentido y no manifestaban una ayuda en la pose que le había atribuido de forma errónea: la del hombre casado al acecho de una aventura.

—No sabría explicarlo, porque no es que estén disgustados, pero apenas se miran si coinciden, no salen juntos, no comparten amistades, qué sé yo… Tienen algo raro, Celia. También lo tenían

los padres de un amigo mío que murió. Pero, en fin, corto la plática, porque esa familia sí que quedó auténticamente deshecha por una tragedia espantosa.

—Desahógate conmigo cuanto quieras, Beatriz. Yo soy una tumba —la animé a avanzar, pues intuía a qué familia se había referido.

—¿Sabes lo que me pasa?

—¿Qué?

—Que soy una romántica empedernida y hay muchas relaciones de pareja que no entiendo. ¿Cómo voy a entender, por ponerte un ejemplo cualquiera, que anoche el padre de Eva no fuera a dormir a su casa? ¿O que su madre saliera hasta las cuatro de la mañana? ¿Cómo voy a comprender que la madre de un amigo muerto se pasara sola toda su vida mientras el padre andaba siempre de jaranas? No sé. No me explico estas cosas. Menos mal que mis padres llevan otro rollo mucho más sano y cómplice.

—Oye, perdona mi indiscreción, Beatriz, pero, por lo que me han contado, creo que te has referido a la familia de Carmen Vidal, la profesora que antes daba lengua y literatura en mi instituto. ¿Es así? Tras su muerte, quedó la plaza vacante y vine a ocuparla.

—Sí, la madre de mi amigo se llamaba Carmen Vidal, la misma mujer que mi tía consideraba gran amiga suya. Es muy triste la historia de esa familia. Tuvieron un solo hijo, mi amigo Antonio, un pintor estupendo, pero acabó desquiciado y se suicidó. Bueno, realmente yo era amiga de Verónica, la primera novia de Antonio, porque él nos llevaba algunos años a nosotras.

—Algo he oído de la historia terrible del suicidio de Antonio y, también, del accidente espantoso de esa amiguilla tuya. Creo que fue un atropello. —La sostuve para que continuara. Era interesantísimo lo que estaba sacando en claro con Beatriz, sobre todo las referencias a la mala relación de los matrimonios de Félix y de Carmen. Lo del primero, lo sabía, pero por boca de uno de los implicados, con lo cual siempre me cabía la duda de que fuera cierto, máxime cuando dicho implicado me cortejaba de forma descarada desde que llegué a Murcia. La auténtica revelación había sido la de las vidas separadas de Carmen y de Jorge. Nadie se había referido a ellas hasta el momento. A excepción de las palabras de Toñi la noche anterior, de donde se deducía de un modo tímido y sesgado la falta de calidez en el trato entre la pareja, ningún otro había hablado de una mala unión para referirse a la de Carmen y

Jorge.

También recordé el relato de Toñi sobre las suposiciones infundadas de Félix —que, quizá, no eran tan infundadas—, las que le largó al policía sobre una mala avenencia en el matrimonio de mi predecesora en el instituto, las cábalas que habían hecho desconfiar a Manrique con respecto a Jorge, pero de las que el mismo Félix se había retractado.

Beatriz era una cantera de datos valiosísimos para mí, soltados de forma espontánea desde su juventud maravillosa. Pero algo oscuro empecé a vislumbrar con miedo en la armonía existente entre Félix y Jorge. ¿Y si habían convenido por cualquier turbia causa un pacto de apoyo mutuo? ¿Acaso ambos podían entrar sin apuros en la categoría de los sospechosos?

—Y tan terrible que fue la historia. Murió hasta el apuntador, como suele decirse. —Dicho lo cual, sonrió de forma leve por la frase hecha que había utilizado—. Excepto el marido juerguista de la profesora, todos muertos, incluida mi amiga Verónica, mi pobre y querida Verónica. —Y Beatriz retuvo las lágrimas al evocarla.

—Tranquila, cielo. Desahógate conmigo si lo deseas —la consolé mientras le pasaba mi brazo por su hombro en actitud confortadora.

—Si es que murió la pobrecita nada más salir de mi casa. La atropelló un coche —gimió.

—Tranquila, sé fuerte.

—No debería haberle permitido que se marchara. Verónica estaba aturdida y como loca. Y pensar que dudé de ella… —Y ya los sollozos no pudo evitarlos.

—Ea, tranquila, mi niña. —La acuné con ternura.

—Eso es lo que no he superado todavía. Porque me siento culpable de su muerte.

—Criatura, tú no tienes la culpa de nada. —Me emocioné con ella—. De nada. Habla, desahógate. Te ayudará a superarlo. Las palabras tienen poderes asombrosos. Cuando se enuncian las preocupaciones en voz alta, no es que desaparezcan, pero sí las conjuramos para darles su dimensión estricta, no la amplificada a la que nos guía el apasionamiento rumiado o la culpa mal asumida. Además, si verbalizamos lo que nos preocupa de veras, nos dotamos de los medios para vencer la inquietud. Créeme, Beatriz. Te lo dice una profesora de Lengua y Literatura, que de esto sabe un rato.

—Mi amiga quería muchísimo a Antonio, más que a sí misma. Él la dejó plantada por otra, por una bruja con la que se casó después.

Pero Verónica jamás pudo dejar de amarlo, no obstante todos sus empeños en conseguirlo. Desesperada por los rumores que oía sobre la infelicidad de Antonio, fue a verlo a la Costa Brava, donde vivía con la otra. El viaje tuvo lugar antes de que mi amigo se quitara la vida. Y yo me creí lo que Verónica me confesó en un momento de desesperación extrema, me creí que fue ella…, que ella asesinó a Antonio. No tengo perdón, y más después de leer sus diarios.

—Cálmate, Beatriz —le rogué, porque la tristeza la había invadido y los sentidos reproches que se hacía a sí misma la lastimaban cada vez más—. Ordena tus ideas y cuéntame la historia. Te hará bien. ¿Qué decían los diarios de tu amiga Verónica? —Planeaba sobre Beatriz en busca del alimento que me saciara, como un buitre sobre los despojos de los cadáveres.

—Tantas cosas, Celia, tantas reflexiones tristes, que me apeno de solo recordarlas. Me los dejó su madre hace poco, un día que me la encontré y se asustó cuando me vio tan fuera de mí por el accidente de su hija.

—Y la lectura de los diarios te ha demostrado que Verónica era inocente, ¿no es verdad?

—¡Pues claro! Verónica había perdido el juicio por el fracaso de su relación con Antonio. Intentó ampararse en la madre de él, ya que Carmen Vidal estaba muy contrariada y muy dolida por la actitud caprichosa de su hijo. Pero no obtuvo consuelo en ella. La madre de Antonio era una mujer fría para Verónica. Mi amiga diseminaba sus emociones con solo dar unos cuantos pasos; era apasionada y visceral hasta la médula. Carmen era contenida y ese rasgo suyo no lo aguantaba Verónica, que siempre había exigido a las personas de su alrededor una implicación muy acorde con su propia forma de ser. También la espantó del lado de Carmen el hecho de comprobar cómo esta aguantaba con estoicismo el derrumbe de su matrimonio. Carmen siempre estaba sola y Verónica no entendía cómo no se liberaba del marido que la tenía tan poco atendida, casi como un mueble más de la casa que compartían sin calor ninguno. Verónica se cansó de los silencios de Carmen y de su forma de ser, demasiado dócil, demasiado gélida para entender el apasionamiento de mi amiga. Huyó de su antigua suegra y de los amigos de siempre, incluida yo, y se juntó con otras compañías para evitarnos a todos. Así espantaba el recuerdo de su amor marchito. O lo pretendía, porque Antonio nunca salió de su corazón. Tal es así que, cuando le llegaron rumores de que su

amado estaba muy mal anímicamente, se plantó en su casa de la Costa Brava para hablar con él. Porque ella admitía su propio sacrificio si él era feliz con la otra, pero su desdicha sin la contrapartida de la felicidad de Antonio, no estaba dispuesta a soportarla. Que, al menos, uno de los dos consiguiera la ventura. Pero cuando habló con su querido Antonio, contrastó que él estaba muy mal, peor incluso de lo que le habían comentado, pero no solo emocionalmente, sino también a nivel físico, con fallos en la percepción del entorno y de las cosas. Su amado Antonio estaba perdiendo el juicio. Así lo dejó reflejado en el último de sus diarios.

—Qué terrible —dije con énfasis para animarla a seguir.

—Cuando, ya en Murcia, se enteró del suicidio de Antonio tras su partida, se culpó a sí misma de la muerte de quien más había querido hasta la misma noche en que fue atropellada. Se condenaba en el diario como la asesina de Antonio por no haber sido hábil cuando estuvo con él en la Costa Brava. Si ella no se hubiera espantado del pensamiento de Antonio, que había decidido tomar la curva de la locura, y hubiera resistido los embates de la sinrazón, quizá él permanecería con vida. Eso se reprochaba Verónica. En eso se fundaba para proclamarse culpable. Se confesaba la autora de la muerte de Antonio por negligencia, porque, en vez de traérselo para Murcia al comprobar su estado mental caótico, esperó a que él decidiera, y él no se hallaba en condiciones de discernir sobre su propia persona. Cuando ella se marchó, Antonio se quedó solo, desamparado, ausente de un ser que lo protegiera como merecía, porque su esposa Begoña es un mal bicho que nunca lo amó y solo estuvo a su lado para beneficiarse del talento sin límites de mi amigo. El abismo fue la llamada que le brindó a Antonio la calma, la paz.

—Cómo debió sufrir tu amiga —exhalé con emoción. Desde que conocía esta historia, siempre había estado convencida de la inocencia de Verónica en la muerte de Antonio. Las palabras que acababa de emitir Beatriz me confirmaban la certeza de mis intuiciones.

—Mucho. Quizá la muerte se apiadó de ella llevándosela. Muchas veces lo pienso así.

—Es posible.

—Al menos, ha descansado de tanto sufrimiento.

—Perdona, Beatriz —le dije cuando me di cuenta de la hora y del cansancio que me invadía con furia a pesar de lo interesante que

estaba la charla—, pero Ana nos ha dado un soberano plantón y tengo algunas cosas que hacer.

—Y yo. Uf, qué tardísimo se ha hecho… No importa el plantón por el ratito que hemos pasado juntas.

—Ha sido delicioso —corroboré extenuada, de pronto con todo la fatiga del mundo alojada sobre mi persona..

—Repetiremos otro día. Y… Gracias, Celia. Me ha venido estupendamente este desahogo.

67

Estaba rendida. Ni los dos cafés que había consumido en compañía de Beatriz consiguieron despejarme y darme ánimos para continuar con mis particulares investigaciones. Solo deseaba llegar a mi casa —mi Itaca ansiada por tantas horas de fatiga—, quitarme los zapatos y descansar un poco.

Aunque mis pasos eran lentos y torpes por las calles de mi ciudad en aquella siesta con aromas de verano, mis especulaciones galopaban rápidas por las esquinas de mi mente. Habían sucedido muchos acontecimientos en pocas horas que embrollaban mi percepción. Había obtenido muchas nuevas facetas de los implicados en mi particular novela de intriga. Solo daba por cierto que nada podía ser cierto. La mentira, el enredo, el disimulo, la ocultación y la doblez eran las fichas con las que se jugaba aquella partida de engaños. La astucia de cada jugador lo sacaba a flote o lo sumergía según le convinieran a sus particulares intereses. Lo más terrible es que yo me había convertido en una ficha más del tablero, en una pieza desorientada y confundida que pululaba por las distintas casillas sin un claro cometido y sin conocer las reglas de un juego inquietante.

Entré en mi apartamento como quien entra en una iglesia tras muchos años de lejanía de todo principio religioso y tras una reciente conversión que le ha cambiado el paisaje íntimo. Me quité los zapatos y me tumbé en la cama. Apagué el móvil y dormí como un niño durante dos horas.

68

Desperté renovada. El embotamiento había desaparecido de mis sienes y mis ojos habían recuperado la humedad que me los hacía otra vez soportables. Encendí el móvil con inquietud. Félix podía haberme telefoneado mientras dormía, una previsión que no había tenido en cuenta al interrumpir el artilugio y que me reprochaba duramente en los escasos instantes que tardaba en ponerse operativo con sus colorines siderales y su musiquilla de bienvenida. Por fortuna, cuando renació en su propio ser el pequeño ingenio que nos conecta con el mundo, ninguna llamada perdida avivó mi zozobra.

Sin titubear en mi deseo urgente, fui hasta el salón y saqué de mi bolso la llave que me abría de nuevo al secreto de las palabras de Carmen Vidal. Con el volumen nacarado aún en mi poder —la hipotética prueba que escondía como un tesoro valiosísimo—, no iba a prescindir del goce de leer sus escritos en su propia letra menuda. El tacto de las hojas que Carmen había tocado con sus manos y la inminencia de sus originales grafías estampadas, no eran en absoluto comparables a la lectura en la fría pantalla del ordenador, aunque había sido un acierto y un respiro para mí haber trasladado el contenido del cuaderno a los archivos de mi computadora la noche anterior.

De nuevo, me sorprendí con el siguiente parágrafo que me tocaba por orden. No sabía las fechas en las que su autora había redactado cada uno de los textos del volumen, que aparecían independientes entre sí. Tenía claro que formaban un puzle difícil de encajar. Carmen era desconcertante. Pasaba de un tema a otro con una facilidad pasmosa, como, con igual facilidad, era invadida por la inquietud o por la calma, por la alegría o por la tristeza. Por supuesto que aquella era mi impresión, la impresión de quien lee seguido en muy pocos días pasajes que, quizá, habían sido trazados con mucha distancia de tiempo entre ellos. Con esta consecuencia lógica, podía justificar los vaivenes anímicos a lo largo de las páginas del cuaderno nacarado, porque todos experimentamos oscilaciones psíquicas en un trecho temporal prudente, el justo para

no ser calificados como enfermos mentales. Lo que dibuja la línea divisoria entre la sensatez y la locura es el sentido común y este es mutable según los individuos concretos, aunque existen unos límites que casi todos reconocemos. Quien oscila de forma incesante en sus emociones y se las permite opuestas o enfrentadas en cada minuto, en cada hora o en cada día, lleva mal camino y se sitúa al otro lado de la línea, en el lado peligroso. Se trata de un individuo colocado en una dimensión distinta de ruta, más cercana a las travesías empinadas que tientan a las simas más sombrías. Concluí en otorgarle a Carmen el beneficio de la duda, *in dubio pro reo*. Ella gozaba para mí de salud espiritual mientras no se me demostrara lo contrario, me tranquilicé a medias.

Narraba Carmen en su texto una experiencia casi mística que tuvo durante una mañana extraña. Como cada día, le había sonado el despertador a las seis y media. Como cada día, lo había apagado al instante para que Jorge, su marido, no se desvelara; el trabajo de él no le imponía semejantes madrugones. Como cada día, se aseó y salió a la cocina, rauda para prepararse el café con leche que le permitiera moverse con determinación y una cierta soltura y no como una autómata aletargada y sin sustancia neuronal específica.

Aquella mañana en la vida de Carmen se desarrollaba como todas las demás, según la rutina establecida para los días laborables, incluso con la imprescindible tostada con mantequilla que le infundía consistencia y que tenía la virtud de volver más sabrosos los cigarrillos rubios que no cesaba de fumar.

Y, de pronto, dispuesta ya para dirigirse hacia el instituto, pero antes de embutirse en el abrigo, le vino una idea que la dejó paralizada y en suspenso, que la llenó de clarividencia y apagó de un golpe la celeridad de su inercia cotidiana. Fue una chispa lúcida, aplastante y tranquilizadora, como un destello de sabiduría urgente que se le impuso sin reservas, sin contemplaciones de horarios, trabajos, prisas, deberes, compromisos, responsabilidades y todas las mandangas que le habían amargado la vida y le habían secuestrado el alma desde los dieciocho años.

Lo que experimentó Carmen en aquel segundo de mágico fulgor le resultaba inefable, indecible con las palabras de los hombres. Exclamaba, suspendida en el hechizo del relámpago de intuición salvadora, la serenidad beatífica que sentía, la paz dulce que se había apoderado de ella en un instante, la calma armónica que la columpiaba y los suaves cantos que la mecían en unos acordes

perseguidos durante toda su existencia. Carmen se asombraba de que algo tan simple le hubiera costado toda una vida.

No decía más, no nombraba lo que le había sucedido durante aquella mañana, no daba pistas sobre el edén que le abrió sus puertas de forma asombrosa y por puro azar en una intuición consoladora.

No decía más en aquel pasaje conciso que parecía prometer la liberación permanente de su cronista, la huida de la misma de los territorios que la tenían secuestrada, el corte de los hilos que habían tejido la tela de araña donde, con toda probabilidad, se había quedado adherida durante muchos años.

Por una pura contingencia caprichosa de los duendes del destino, Carmen se había liberado de sus ataduras y redimido de su tristeza. Me alegré de aquel instante de paz en su vida. Aunque, para no mentir, también abrigué mis dudas sobre si Carmen le había abierto las puertas a la locura, como lo hizo su hijo Antonio en la Costa Brava. Sus frases escondían el fulgor equívoco de la demencia.

Algo inquieta con la posibilidad de que mi predecesora en el instituto hubiera perdido el juicio, leí con avidez el siguiente párrafo en el volumen nacarado. Se trataba de una sola palabra escrita en mayúsculas. La enlacé de inmediato con la sensación de alivio leída anteriormente y respiré serena: Carmen no se había trastornado.

Aquella palabra única, felizmente resaltada, no era otra que «LITERATURA».

69

Proseguí con ganas en la lectura del volumen de Carmen Vidal, ansiosa por asentir y reconocer con gusto la puesta en práctica de su descubrimiento luminoso. Según mi interpretación, Carmen había decidido echar el cierre a todas las facetas insustanciales e insípidas de su vida, las que la extraviaban de ella misma, de su propia sustancia grácil y no visible para los ojos ajenos. En un fulgor de lucidez, le había abierto la puerta a la esencia que la componía y la definía como ninguna otra: la literatura.

Pero el siguiente texto supuso un obstáculo en mi recién inaugurado regocijo por el giro en las emociones de Carmen Vidal, aunque no menguó mi júbilo por su apuesta absoluta por la literatura.

Era un escrito intimista y melancólico, sombrío sin fisuras, desengañado en el esqueleto de sus ideas amargas y en la carne de sus letras temblorosas y tímidas. En él, se quejaba Carmen de las fechorías que suele jugarle el destino a los humanos, seres que nacen frágiles, sin conciencia de sí mismos, seres que crecen con la alegría prendida en sus almas y alcanzan la plenitud como dioses sin miserias en un mundo que intuyen que ha sido diseñado como un escenario para ellos, especialmente para ellos. Pero antes o después, surge la quiebra del individuo, la regañina de la vida ante sus ansias desmesuradas, el castigo del dolor que nos recuerda que no somos ilimitados, a pesar de la estúpida alucinación de poder que la libertad y la voluntad compenetradas han generado en nuestros espíritus. ¿Para qué se nos ha estampado en el alma el apetito de infinitud? ¿Para acabar escondidos como los indigentes de nuestros propios sueños? ¿Para contraponer nuestros logros diminutos con las ansias formidables de los dioses que llevamos dentro?

Carmen volvió a la evocación de su niñez, de aquella primera inocencia que brincaba agradecida por el solo acontecimiento de estar en este mundo, sin más preguntas ni turbias conmociones interiores que cuestionaran el incidente de una vida en la longeva edad del universo. Poco después, le llegó la etapa de la perplejidad

con las contradicciones percibidas en el devenir de la existencia y con las reacciones confusas de los individuos. En aquella época, fue a buscar su propia esencia en el ámbito hospitalario de la fantasía, un reino invisible que actuaba como un bálsamo sobre su pequeño espíritu malherido. Y, a veces, fue reina, como cuando realizaba con sus tías alegres excursiones y descubría los simpáticos limoneros y los gentiles almendros, e, incluso, emperatriz alzada sobre cualquier bicicleta enorme de sus primos. Eran treguas de calma, oasis de ventura donde se refugiaba su pensamiento para no naufragar en las profundidades de la desolación.

Tras consolarse en algunos recuerdos de su infancia —que ya le había leído con mayor abundancia de datos días antes en párrafos anteriores del volumen—, Carmen cerraba su reflexión en el territorio sin retorno de la desesperanza más absoluta.

No entendía mi predecesora en el instituto cómo la naturaleza había dotado a los hombres de apetencias infinitas y cómo la misma naturaleza cercenaba su logro. No interpretaba el sentido de tantos dones entregados para tantas privaciones cosechadas. No le alcanzaba el juicio para discernir la confusión de los criterios, la condena de los ideales, la rendición de las vidas, el trueque que consistía en un sucio intercambio de sueños por nimiedades, por migajas prudentes a los ojos de los hombres. El canje no era sinalagmático y, por tanto, carecía de justicia interna.

Concluyó Carmen con un razonamiento sobre la justicia que comparto y hago mío. Porque la justicia no existe en la vida. Es un absoluto más —como la verdad o la libertad— que los hombres nombran sin ponerse de acuerdo en sus perfiles. Todos proclaman ser justos, pero intereses privativos secuestran la razón e impiden su existencia y rectitud. La honradez es un regalo incompatible con los propios caprichos y provechos. Los beneficios de la falta de ecuanimidad son productivos, válidos y legítimos, los privilegios con los que el mundo adorna a los elegidos por el destino. Los inadaptados a este sistema arbitrario, a esta alianza implícita no recogida en ninguna ley humana, son el deshecho desarticulado de la sociedad pujante, los escombros trágicos y aislados, retraídos para siempre en un universo de falacias sin repercusión ni consecuencias externas.

70

De pronto, en un chispazo oportuno de la memoria, recordé las palabras del joven policía Manrique sobre el blog de Jorge. Dejé sobre el sillón el volumen de Carmen Vidal al tiempo que daba un brinco urgido de impaciencia. Actué de modo precipitado para reparar mi olvido, acuciada por la prisa de entrar cuanto antes en el cuaderno de internet del marido de mi predecesora en el instituto, pues me había invadido un apresuramiento agónico, tal y como es asaltado un adolescente por un arrebato irreprimible y perentorio según su criterio. ¿Cómo no había recordado antes la feliz revelación, lo único bueno que saqué de mi entrevista en comisaría? ¿Cómo estaba tan torpe y tan lenta de reflejos? No debía perder un segundo más. Cuanto antes accediera al mundo virtual, mejor. Por fin, podría hacerme una composición mental sobre la persona del marido de Carmen, de aquel hombre que me había presentado Esteban hacía escasas horas en la puerta del instituto, de quien ya tenía su imagen física elegante y distinguida, pero que aún era un perfecto extraño para mí en su discurrir íntimo. La laguna debía colmarla rápido, porque no me bastaban las pinceladas que sobre él me habían proporcionado Félix, Toñi, Esteban, Álvaro o Beatriz. Me seguía resultando un gran desconocido, quizá porque Carmen no le había dedicado especial importancia en los textos que hasta el momento le llevaba analizados, donde no aparecía la figura de su marido con el alcance que se supone que debe atribuírsele a un cónyuge.

También, no he de negarlo, quería contrastar la inicial frase de Toñi sobre el culpable de la muerte de Carmen Vidal. Toñi había aludido el domingo al título del blog de Jorge. Deseaba leer la bitácora cuanto antes, despejar su misterio, que era el propio misterio en que aparecía envuelto el marido de mi predecesora en el instituto.

Encendí el ordenador con ansiedad impaciente y entré en internet. Tecleé en la barra de búsqueda el título del blog: *La amenaza de lo microscópico*. Se me abrieron opciones diversas y, tras un pequeño tropiezo en una página de corte científico, di con el

blog de Jorge. Se trataba de un bello cuaderno virtual, extendido sobre un delicado fondo de color gris plata, reflejo sin duda del gusto exquisito de su autor. Una deliciosa fotografía del dulce amor del emperador Adriano, el gentil y armonioso Antinoo, encerraba el título y servía de prólogo, sin más palabras escritas, a las escasas entradas que Jorge había firmado en los dos años largos desde que había abierto aquel escondite cibernético, ya que salía a un promedio de una entrada al mes. La hermosa imagen del joven bitinio en la cabecera me sembró ciertas sospechas que fueron confirmadas acto seguido, con la lectura sosegada de los textos que allí se ofrecían.

En la columna lateral, en el lado derecho del sobrio y elegante cuaderno de internet, se extendían dos apartados diferentes: el de los datos personales del autor y un archivo mensual de las entradas. No firmaba el marido de Carmen con su nombre real, sino con un seudónimo sugerente que dejaba al descubierto el concepto que de sí mismo tenía: la Estela de un Ángel. En vez de un retrato propio, introdujo para identificarse una pintura de Filippino Lippi: *Tobías y el ángel*. Con la imagen de los dos bellos muchachos enlazados de la mano, ya decía mucho sobre sí mismo Jorge. Sin duda, el marido de Carmen era el alado, el ángel, el ser mitológico que conducía con gesto sereno y mirada amparadora al Tobías que se dejaba guiar con plena confianza por su mentor celestial. También a mí, como a Jorge, me gustaban los cuadros de aquel pintor del Quattrocento italiano. Sobre todo, me acordaba del fantástico autorretrato de este hermoso toscano que me había traído a la memoria. Suspiré asombrada por el parecido físico de ambos, en el que caí en aquellos instantes. ¡Jorge se parecía a Filippino Lippi! Como el bellísimo italiano, tenía rostro de ángel, con facciones serenas y algo angulosas, boca sensual y grandes y expresivos ojos, pardos en el pintor y casi negros en Jorge. Solo se apartaba del toscano de Prato en la nariz, más recta y sin caballete en Jorge, así como en el cabello, lacio y oscuro en el autor del blog que tenía en la pantalla.

Me sonreí por mi tendencia a encontrarle parecidos físicos a Jorge con otros hombres que consideraba atractivos. Porque, cuando lo conocí unas horas antes, su porte me trajo a la memoria al actor británico Jeremy Irons, todo un caballero de miembros alargados y expresiones espirituales. En cualquier caso, ya se pareciera Jorge a Filippino Lippi o a Jeremy Irons, tenía que reconocerme que el viudo de Carmen Vidal era un hombre

agraciado con los dones de la belleza. También, por su blog y por su indumentaria, deduje que le gustaban las cosas hermosas y exquisitas. Entonces, fui consciente de que nunca había visto una fotografía de mi predecesora en el instituto. No sabía nada de su apariencia física, a excepción de aquella figura que me visitó en un sueño y que mi mente concluía una vez y otra en que era ella. Si el aspecto de Carmen en la realidad estaba a la altura de la gallardía de su marido, debió ser una auténtica belleza. Volví a sonreírme con algo de pesadumbre ante esta suposición. Las huellas del ángel particular de Carmen no eran precisamente las de un hombre que estuviera enamorado de su mujer ni de ninguna otra. Quizá, por eso, ella apenas se refería a su marido en los textos del volumen nacarado. Quizá, por esa misma circunstancia, Toñi había citado el título del blog de Jorge el domingo, tan idóneo para referirse al desierto amoroso de Carmen, a la extensión yerma de pasión en que mi predecesora desarrollaba su vida. Carmen habitaba sobre un campo baldío que pudo haberla dejado sin asideros firmes de afecto, sin estímulos para continuar con ganas en la lucha del vivir.

Pinché y leí el sucinto perfil de Jorge, donde no proporcionaba información de importancia sobre su propia persona. De nuevo, aparecía el seudónimo que lo ocultaba a los ojos ajenos, la referencia a la ciudad donde residía y el año de su nacimiento: 1955. Ningún interés destacaba: ni libros, ni películas, ni música favoritos. Nada que hiciera fácil su identificación por cualquiera. Solo quienes estuvieran al tanto de su desahogo virtual, podían saber quién era realmente la Estela de un Ángel. El motivo por el que estaba al tanto Manrique de que Jorge era el camuflado bajo ese sobrenombre, bien podía corresponderse con los vericuetos propios de la investigación policial sobre la persona del presunto asesino de Carmen. De aquella conjetura a alcanzar el corolario sobre la indiscreción de la lengua de Manrique en mi presencia, había una sutil línea peligrosa que salté sobre las páginas del blog de Jorge. Si el policía me había revelado ese dato concreto y ningún otro, algún motivo oculto perseguiría. Aunque conmigo, una recién llegada a Murcia que no conoció a Carmen con vida, no alcanzaba a presumir qué interés había orientado a Manrique para que me desvelara la existencia del blog. Medité en la confidencia del policía, sin centrarme en la lectura de la bitácora virtual, hasta que mi mente halló una respuesta satisfactoria: Manrique había observado que me preocupaba la frase que le dije que había leído

en el inexistente cuaderno hallado en mi gaveta del instituto, la frase con la que Jorge titulaba el blog de cuya existencia no tenía noticias previas, y soltó la zanahoria por si la perseguía para consumirla con avidez. A él, con todos los medios policiales en su mano, le resultaría muy fácil indagar mi rastro en aquella página de internet. Me sacudí inquieta, como si decenas de moscas imaginarias estuvieran sitiándome. Mi huella en *La amenaza de lo microscópico* no podría hallarla en el pasado, solo la rastrearía a partir de aquel momento, cuando él mismo, por la mañana, me había ofrecido ya la pista sobre su existencia. Por tanto, nada debía de temer del joven policía.

Relajada con la conclusión a la que llegué con respecto a Manrique, me metí de lleno en la lectura del blog *La amenaza de lo microscópico*. Desplegué el archivo del cuaderno virtual y conté veintisiete entradas, casi todas con títulos evocadores que me trasladaban al mundo del arte y de la literatura. Prometía ser un camino placentero, atrayente para mí, más que apetecible por mi formación y por mis propios gustos. Eso era tener estrella, pues, como con el volumen de su mujer, disfrutaría atando cabos. Decidí que lo más razonable para no perderme y para situarme desde el punto de vista temporal, sería empezar por la primera entrada, con los comentarios incluidos, para de esta forma empaparme bien del espíritu de Jorge.

La lectura se convirtió en un verdadero placer. Las entradas de Jorge eran primorosas, narradas con un estilo limpio y claro e ilustradas con unas exquisitas fotografías e imágenes de pinturas. Su texto inicial era una presentación del blog, una auténtica declaración de principios, de normas sin ley que se alzaban y declaraban la guerra a todas las amenazas del mundo moderno: se habían olvidado valores esenciales, como la dignidad o la belleza, y todo ser humano contemporáneo rendía tributo alborozado a las nimiedades prosaicas que jaleaba la multitud. Frente a tales amenazas, la Estela de un Ángel traía otras para contrarrestar aquellas: unas amenazas microscópicas, impalpables e imperceptibles, pero de alto poder combativo. Jorge llegaba con la intención heroica de la lucha contra todo lo feo circundante. Se presentaba a sí mismo como un ángel venido desde la antigüedad clásica, un espíritu celeste en busca de las proporciones divinas en un mundo que había olvidado la belleza y la más sublime relación que podía darse entre los hombres. Aquella primera entrada no tuvo

un solo comentario que lo aplaudiera en semejante epopeya bendecida por los dioses.

En las siguientes entradas, Jorge pasó a visiones polifacéticas y múltiples del arte antiguo. Sus primeros textos contenían juicios muy oportunos sobre determinadas esculturas del bello efebo Antinoo, sobre todo las conservadas en diversos museos. Jorge se había recorrido buena parte del mundo siguiendo los rastros del armonioso bitinio. Había estado en centenares de fantásticos museos, como el Museo de Delfos, el Museo Arqueológico Nacional de Atenas, el Museo Arqueológico de Astros, la Villa Adriana, los Museos Capitolinos, el Palazzo Massimo alle Terme, el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles, el Museo del Louvre, el Altes Museum o el Pergamon Museum.

Durante quince entradas, se había explayado Jorge en la figura del adorable Antinoo y ya desde la primera, o segunda del blog, cosechaba comentarios entusiastas y entregados de una pequeña corte de seguidores, en quienes adiviné una gran cultura. Se notaba que el marido de mi predecesora en el instituto había disfrutado loando los rasgos suaves, el torso firme y definido, los labios gruesos y voluptuosos y los rizos seductores del adolescente amado por el emperador Adriano. Se advertía que Jorge gozaba con la recreación del joven delicioso, con el Apolo que vivió para dar placer a las miradas de todos los que tuvieron la dicha de contemplarlo. Agradecía al emperador Adriano su amor hacia él y su justa decisión de inmortalizarlo en centenares de recreaciones de su figura equilibrada, celestial como ninguna otra en la historia del hombre. Si la belleza decidiera posarse sobre un nombre de este mundo sería, sin ninguna duda, sobre el nombre del joven Antinoo. Aquel muchacho sencillo, sin gravitación ni influencia en la historia de la humanidad, lleno de misterio, una incógnita y una leyenda divinizada y perpetuada por su amante Adriano, aquel ser que perdió la vida en el Nilo en plena juventud, melancólico en su expresión, con la mirada perdida en algún paisaje de los más ignotos del alma humana, era para Jorge norte y guía, brújula de sus fascinaciones por los seres de su mismo sexo y paradigma de vida ideal. No descubría mayor sentido a la vida de un hombre que la de ser un canon donde otros se miraran.

Jorge era un «buscador de belleza», como aquel comentarista suyo que se ocultaba tras ese sobrenombre fascinante, un alias que me evocaba un ser que justificaba su vida por la búsqueda constante

de la hermosura. Aquel Buscador de Belleza era uno de los más asiduos visitantes de su blog y le dejaba a Jorge unas palabras en las que no me costó nada encontrar camuflado a mi buen amigo Álvaro, otro ser tocado por la armonía de las proporciones masculinas.

71

Seguía sumergida con interés en la lectura del blog de Jorge cuando el timbre de la puerta sonó. Me levanté sobresaltada por la imprevista señal acústica que me devolvió al mundo cotidiano. Con toda certeza, se trataría de algún vendedor que se habría colado en el portal por a saber qué astutos medios. En las últimas semanas, proliferaban los mercaderes desesperados por la crisis económica, sin duda una legión fluctuante por las escaleras de mi edificio y de los adyacentes. A pesar del incordio de su verborrea afligida y del paréntesis que implicaban en las actividades que me llevara entre manos, era incapaz de dirigirles palabras que denotaran desprecio, burla o maltrato. Nunca he disfrutado con la humillación ajena y observar este comportamiento en otros siempre me ha producido un bochorno muy molesto. La grosería nunca está justificada.

Giré el seguro de la puerta, preparada ya de antemano para desembarazarme con urbanidad exquisita del último e imprescindible invento de cualquier genio ignoto. Si fallaba la táctica empleada, siempre podía disfrazarme con el papel de mujer de la limpieza, pues nunca fracasaba con este particular teatro.

Cuando abrí la puerta, el asombro me invadió y me dejó aturdida y sin recursos para reaccionar: era Félix.

—Hombre, qué sorpresa —exclamé sin discernir muy bien si me alegraba o no de que estuviera allí.

—Te dije que te llamaría cuando acabara.

—Ya, pero suponía que lo harías por el móvil. No me he despegado de él ni un segundo —mentí al silenciar en aquel instante el rato que lo había tenido apagado mientras dormía. De todas maneras, la mentira no tenía mayor trascendencia al no haberse producido ninguna llamada de Félix.

—Te recuerdo que soy tu vecino de arriba desde ayer. Y, desde hace un segundo, con contrato ya firmado. ¿Para qué llamarte por teléfono si lo que tenga que decirte puedo hacerlo a la cara con solo bajar unos cuantos escalones?

—Es verdad, claro que sí. Perdona, Félix, pero llevo un día… Pasa —le pedí, y me azoré en el mismo momento en que le había

franqueado el acceso a mi territorio íntimo, inoportuno desde todos los puntos de vista, ya que tenía el volumen de Carmen Vidal sobre mi butaca y el blog de Jorge desplegado en la pantalla del ordenador.

—Pensaba que no lo ibas a decir nunca, que me habías condenado para siempre al rellano de la escalera.

—Perdona de nuevo. Llevo un día terrible.

—Pues anda que el mío ni te lo puedes figurar —se quejó mientras entraba en la zona peligrosa.

No pasaron ni dos segundos desde la entrada de Félix en la estancia que me hacía las veces de sala de estar y de despacho, cuando sus ojos repararon en el reclamo luminoso de la pantalla del ordenador, y no transcurrió ni otro medio segundo desde entonces para posarse en la superficie del cuaderno nacarado. Descubierta, la suerte había sido echada y solo me quedaba armarme de coraje para mover mis fichas con serenidad.

—Uf, son ya las nueve menos veinte. Qué tarde se ha hecho —exclamé con nerviosismo mientras intentaba ordenar mis ideas, meras imágenes a la deriva sin un faro que las guiara.

—No te has enterado porque aún luce el sol. Estamos en los días más largos del año. Esta primera quincena de junio siempre me ha complacido: aún no aprieta con saña el calor, Murcia luce alegre y atestada de paseantes y las horas simulan su multiplicación con la claridad hasta muy entrada la noche. Es un tiempo muy hermoso.

—Y fastidiado para nuestra tarea de profesores. Los exámenes finales nos llaman a la puerta con prisa.

—Ahí está el lado más feo de una época esplendorosa.

—Bueno, que me muero de impaciencia. —Preparé mi siguiente pregunta. No podía resistir más—. ¿Qué deseaba ese policía? Sé que lo es porque me lo ha dicho Esteban —agregué en mi descargo.

—Ay, Celia, Celia, Celia de mi alma y de mi corazón, mi querida y desconfiada Celia —exclamó con una sonrisa cómplice mientras cruzaba sus manos y sostenía con ellas su barbilla—. No sé cómo voy a torear tu falta de confianza. Si has conocido a Manrique esta mañana, en la comisaría, si has saludado a Jorge en la puerta del instituto, si tienes sobre tu sillón el cuaderno que le regalé a Carmen, si estabas leyendo el blog de Jorge, ¿a qué juegas conmigo?

—A nada —conseguí articular con un gran esfuerzo, invadida por un malestar repentino cuya amenaza anunciaba con dejarme al

margen de la realidad.

Félix me había pillado y ya no cabían disimulos frente a él. Lo sabía todo. Supuse que se lo habría dicho Manrique. Además, mi recién adquirido amante conocía el blog de Jorge con solo echarle un vistazo ligero y había escuchado de su boca otra de las grandes revelaciones de aquel jueves movido y colmado de sucesos para mí: Félix había sido quien le había regalado a Carmen el cuaderno objeto de mis obsesiones investigadoras.

Eran muchos los nuevos datos que giraban en mi cabeza. Desordenados y confusos, me exigían calma para asumirlos; porque, aparte de la indicación de Manrique sobre *La amenaza de lo microscópico*, intuía por las palabras de Toñi y de su sobrina Beatriz que Jorge y Carmen habían estado juntos de cara a la galería, sin que entre ellos existiera amor ni aficiones comunes, lo que me confirmaba el recién descubierto blog de Jorge. Y, para colocar la guinda en el pastel, acababa de enterarme de una nueva noticia de gran importancia: Félix le había regalado a Carmen el volumen nacarado. ¿Qué relación había existido entre ellos con exactitud? Aunque lo descubriría pronto, mi intuición ya le había puesto el nombre.

Eran demasiadas emociones al tiempo para mí y, en mi interior turbado, daba vueltas a las mismas, absolutamente desorientada y atónita. Todo lo que vislumbraba podía ser una entelequia de mi imaginación, un engaño de mi mente aturdida, pero percibí aires de tragedia que me helaron la sangre. El vértigo se apoderó de mi persona sin concesiones.

72

Sin saber cómo llegamos a esa posición, Félix me tenía sobre sus rodillas en el sofá, abrazada dulcemente. Me miraba con gesto preocupado.

—¿Estás bien, princesa? —me preguntó con todo el cariño que hacía mucho tiempo que no había sentido tan próximo a mi alma solitaria. Me sentía en la gloria envuelta en su calidez acogedora.

—Pues claro, ¿no me ves? —asentí con dulzura, como si fuera lo más evidente del mundo lo a gusto que me encontraba con él tan cercano—. ¿Qué ha ocurrido en este sofá, Félix? No recuerdo nada.

—Ay, Celia querida, que hoy no gano para sustos contigo. Te me has desmayado hace un momento.

—¡Anda ya! —bromeé, pero en mi interior se había expandido una indiscutible alarma por el anuncio de mi desmayo. Era la segunda vez en menos de veinticuatro horas que perdía el conocimiento. Me aterraba presumir una hipotética enfermedad en mi persona, pues, para mi propia fortuna, las complicaciones de salud eran tristes lances que siempre había observado en los otros. Deseché esta posibilidad como quien espanta al demonio. No quería admitirme como un ser sitiado por algún mal impreciso y amenazante. Las exageraciones las detestaba con todas mis fuerzas, así que concluí para mí misma que se habría tratado, más bien, de una simple y nada significativa respuesta del cuerpo ante la tensión acumulada por los numerosos acontecimientos de aquel jueves extraño. No claudicaría en los temores de melindres hipocondríacos.

—Te juro por la salud de mis hijos que así ha ocurrido. Estaba hablándote y, como habías cerrado los ojos y no respondías a mis preguntas, te sacudí. Pero nada, ni una reacción por tu parte. En mis brazos, solo una Celia laxa y desmayada. ¡Menudo susto! Ya había agarrado el móvil para pedir asistencia médica.

—Lo siento de veras, Félix.

—Nada de sentimientos tontos. Vamos ahora mismo a quitarnos el susto con una buena cena. Invito yo. ¿Te hace el francés de anoche?

—Vale, aunque hambre no tengo mucha. —Asentí con una

sonrisa. Sin provocarlo, se cumplía el siguiente punto del orden del día que me había trazado a primeras horas de la mañana.

—No es mi caso. Estoy que muerdo.

—¿No comiste bien con Manrique y con Jorge? —Me interesé ya sin tapujos, pues más valía esconder ante Félix todas las máscaras y disfraces. No podía seguir desconfiando de su persona. Tras mi segundo desmayo, veía cierta claridad con respecto a él. Era un cielo de hombre. Sus maneras conmigo no alcanzaban a ser más exquisitas. No cosechaba más que méritos indudables en mi escala de valores. Debía admitirlo sin fisuras, tal y como me lo prescribía mi voz interna. Había llegado la hora de la verdad y la asumiría con agrado, fuera la que fuera, incluso si implicaba algún dato turbio en la biografía de Félix. El corazón había tomado el mando ante una mente confusa y débil de reflejos. No iba a resistirme.

—Apenas probé un bocado. Las pesquisas del joven policía me ponen mal cuerpo y me cierran el estómago.

—Es agradable, Félix. A mí me trató muy bien esta mañana, te lo aseguro.

—Ahora hablaremos de todo eso con calma. Vamos hacia el francés y seguimos con la conversación por el camino. Como no sea pronto, quien se va a desmayar ahora seré yo.

No terminábamos de salir del portal cuando sonó mi móvil. Era Álvaro. Me fastidió ver su nombre en la pantalla del teléfono, así que lo apagué sin más remordimientos. Ya le mandaría después un mensaje con cualquier patraña inventada. Lo que menos me apetecía en las precisas circunstancias en las que me hallaba sumergida era verlo aparecer en busca del cuaderno nacarado. Ni Félix ni yo estábamos en situación de recibir visitas, por muy cortas que fueran. Además, me repelía la idea de devolverle el volumen de Carmen en presencia de Félix. Siempre cabía la posibilidad de que yo se lo acercara a su casa al día siguiente.

—¿Quién era? —me preguntó Félix.

—Álvaro, un amigo mío. Lo mismo lo conoces —aventuré.

—Solo de oídas, y si se trata del mismo amigo de Carmen y de Jorge, claro.

—Del mismo. Es un personaje muy popular. Llamaba para que le devolviera el volumen nacarado que tú le regalaste a Carmen —dije tranquila, pues todas las censuras ya las había pasado Félix en mi particular escala medidora.

—No entiendo nada. —Cabeceó molesto—. No me explico esta

situación. Es un auténtico abuso.

—¿A qué abuso te refieres?

—Álvaro no tenía autorización para dejar el cuaderno de Carmen Vidal a nadie, a nadie —recalcó—. Su cometido era bien sencillo: la simple custodia en un lugar ajeno al domicilio de Jorge. Solo se trataba de sustraer esas letras a las miradas de la policía. Es lo único que queda de Carmen.

—Solo me lo prestó a mí para que lo leyera y le comentara mis impresiones. Y exigiéndome cautela y silencio absolutos.

—Claro, claro, qué menos… Contrastar juicios literarios para seguir analizando literariamente a Carmen después de muerta, para tacharla sin remordimientos del Parnaso de los elegidos. Ya quisiera él escribir como lo hacía ella. ¡Qué ridículo es este personaje!

—Ahora soy yo la que no entiendo nada, Félix —protesté.

—Ya entenderás cuando te cuente esta historia con pelos y señales —me dijo y, con la promesa que dibujaba en sus palabras, sentí una paz absoluta, el primer momento de armonía serena en todo aquel jueves complicado y confuso—. Álvaro, tan diligente él en la custodia encomendada por Jorge, te presta el cuaderno de Francia a ti. ¡Menos mal que fue a ti y no a otro! —exclamó Félix con fastidio.

—Me llamó la atención en su casa el sábado por la noche.

—¿Estaba a la vista de cualquiera?

—Tanto como a la vista, no. Lo tenía debajo de una pila de tomos, en una mesa. Yo fui un poco fisgona, todo hay que reconocerlo, y curioseé los libros que allí había. Es una mala costumbre que tengo: fijarme en cualquier libro. La hechura extraña del cuaderno, sus proporciones y su diseño poco común y esmerado me atrajeron poderosamente.

—Es un cuaderno único, Celia. No existe otro igual a este. Parecidos, es posible que unos cuantos; pero idéntico, ninguno. Se lo compré a un artesano de un pueblo del sur de Francia hace ya muchísimos años, un auténtico artista. No tenía en su taller un cuaderno similar a otro.

—¿Cuándo se lo regalaste? —Quise precisar en el tiempo, porque el dato de los «muchísimos años» desde su adquisición no me fijaba el período temporal que había transcurrido desde que Félix le regaló el cuaderno a mi predecesora en el instituto.

—El mismo día en que lo compré.

—Esa no es una respuesta en condiciones. No entiendo nada,

Félix. ¿Iba contigo Carmen en ese viaje?

—Poco a poco, querida Celia, irás entendiéndolo todo. Y sí, Carmen me acompañaba. Fue un viaje muy ansiado por los dos y que realizamos solos. Aquella pequeña escapada supuso un oasis de calma en nuestras vidas. —El gesto de Félix denotaba, en su evocación melancólica, que no mentía—. Pero te contaré esta larga historia por orden, para que tú misma la interpretes con todos los datos en tu poder —me anunció con una inflexión dulce de su voz grave y preciosa.

—¿Carmen era tu amante cuando murió? —le pregunté comida por la impaciencia, incapaz de no dejar fijado ese detalle en aquel preciso instante. Me urgía su respuesta para repeler un pensamiento rebelde que creció en mi espíritu como una mala hierba y que me alarmaba con amenazas de peligros ocultos.

—Nunca fue mi amante, Celia, sino mi amor. Desde la muerte de su hijo, todo conato de alegría quedó eclipsado en la vida de Carmen, incluida nuestra serena relación amorosa. Ella no se recuperó nunca de ese tremendo golpe y se enterró en vida, ajena por completo a lo que no fuera su propia pesadumbre. Lo pasó muy mal. Ningún psiquiatra con sus pastillas ni psicólogo con sus terapias consiguieron sacarla del abismo sin fondo donde habitó hasta el día de su muerte —confesó Félix en un tono que denotaba el amor inmenso que le había profesado a Carmen Vidal—. Pero déjame contártelo todo a mi manera, por orden. Así lo entenderás mejor y podrás sacar tus propias conclusiones.

—Cuenta, soy toda oídos. —Lo animé a que se explayara, aguijoneada mi curiosidad hasta extremos insoportables; pero, previamente a sus palabras, le revelé lo que había descubierto por boca de Beatriz: la existencia de los diarios de Verónica, los diarios que la colocaban al margen de cualquier sospecha. Félix cabeceó con satisfacción, pues ya intuía él sin necesidad de pruebas la absoluta inocencia de Verónica en la muerte de Antonio. Contento con la revelación que dejaba a Verónica libre de toda culpa, Félix se aclaró la garganta, para prepararla para la larga narración que tenía prevista.

Ardía en deseos de escucharlo, de atar cabos, de saber toda la historia que se había convertido en mi obsesión durante los últimos días, aquella historia desgraciada que, incluso, me estaba costando la salud. La vida de Carmen Vidal continuaba siendo un misterio para mí, una incógnita que reclamaba ser resuelta sin mayores

dilaciones. Hasta aquel preciso momento, lo único que había sacado en claro sobre la existencia de mi predecesora en el instituto consistía en que fue una mujer poco feliz. El destino se cebó con ella en aspectos muy sustanciales. Intenté hacer un recuento rápido de los datos que manejaba para contrastarlos con los que me iba a desvelar mi ya amado Félix:

Como madre, Carmen tuvo un único hijo, Antonio, un muchacho con dotes artísticas para la pintura. Se suicidó tras haber abandonado el esquema de su vida habitual en pos de una vil mujer, de una Circe hechicera que lo había vampirizado. Por aquella aprovechada, había roto una relación con una chica que era del agrado de Carmen, la apasionada Verónica, también fallecida en el rosario de tragedias. Casado con la oportunista llamada Begoña, Antonio se alejó de sus padres y perdió el juicio en una crisis de identidad enorme, la que lo mandó hacia el abismo que le prometía el beso de las heladas olas de la muerte. Ya ausente su hijo de esta vida, Carmen aún tuvo que sostener un doloroso pleito sobre la propiedad intelectual de los cuadros de él frente a la pérfida Begoña que, con malas artes, lo ganó y borró del mundo toda huella del hermoso talento de Antonio.

Como esposa, Carmen lo era de un hombre guapo y exquisito, un auténtico dandi que, con toda probabilidad, la tenía desatendida desde siempre por sus tendencias homosexuales. Bien constataba ella misma en su cuaderno nacarado que «las únicas caricias que recibía le llegaban de las distraídas manos de una peluquera». La cuestión era saber si Carmen conocía esta faceta de Jorge cuando decidió unir su vida a la de él y si había soportado tantos años en silencio la apatía sexual de su marido hacia su persona. En aquellos instantes, con la reciente confesión de Félix, ya estaba al corriente de que mi predecesora en el instituto había encontrado consuelo con el apuesto jefe de estudios, el mismo que me consolaba a mí misma en el último tramo de un jueves plagado de emociones.

Como individuo irrepetible, Carmen amaba y practicaba activamente la literatura, pero se sentía insegura con respecto a su fuerza literaria. Jamás confío en su propio talento. Los de su alrededor, sobre todo su marido Jorge y su amigo Álvaro —hombres cultos y versados en las letras, en quienes más confiaba y cuyos criterios seguía como un dogma—, podrían haberle alentado la confianza en sí misma para salvar su propia estima; pero, quizá, no le prestaron demasiada atención ni ayuda, ni apuntalaron sus

ilusiones en el cimiento que ella había elegido para encontrarle un sentido a su existencia.

Como yo, Carmen escribía desde siempre, aunque sus escritos no trascendieran más allá de sus papeles escondidos. Escribía como quien respira, porque era un acto para ella necesario, independientemente del nombre que pudiera obtener, del reconocimiento ajeno, o del destino al olvido permanente de su don más característico. De hecho, nunca había publicado y nunca había dejado de emborronar hojas que la salvaran, a las que se asía como a una tabla de salvación. Necesitaba las palabras para sobrevivir con una mínima cordura. Sin ellas, naufragaba.

Con toda probabilidad, el volumen nacarado lo había escrito Carmen en los últimos días de su existencia. Es posible que le costara aguantar el peso de la vida y hubiera decidido hacer un repaso de su pasado más próximo. Sin miedo, se enfangó en las turbias aguas de sus recuerdos antes de darle el adiós definitivo al mundo.

Así era el esquema que mi mente había forjado hasta aquellos precisos momentos sobre la desgraciada existencia de Carmen Vidal, una persona de fondo noble y luminoso que no había merecido ser tratada con tanta crudeza por la vida.

Contrastaría sobre la marcha mi visión de la que fue mi predecesora en el instituto con la que estaba a punto de desvelarme Félix.

73

Por orden cronológico y con toda la profusión de datos característica de su buena narración oral, Félix cumplió su palabra y me contó la historia de los cuatro personajes principales de mi particular novela de intriga.

Él había conocido a Carmen hacía mucho tiempo, cuando ambos se incorporaron, en el mismo año, a un instituto de Murcia en el barrio de Santa María de Gracia. En aquella época, que Félix ya la veía muy lejana, los dos eran jóvenes y apasionados. Sus hijos aún eran unos niños que correteaban en sus mundos de inocencia y sus respectivos matrimonios, unas naves a la deriva que no acertaban a manejar y que los sumían en lo más hondo de un mar oscuro de resignada desesperanza.

Carmen había descubierto las tendencias homosexuales de su marido al poco de casarse con él, ya embarazada de Antonio. Apenas tuvo con Jorge una docena de encuentros eróticos, los suficientes a juicio de aquel, ya que con ellos bastaron para lograr la concepción que pretendía. Porque Jorge deseaba con todas sus fuerzas un hijo, un espejo que guardara su memoria con devoción cuando él ya no transitara por la vida. Ese hijo, ansiado con frenesí de supervivencia, sería, además, el depositario de su sabiduría artística y de sus útiles conocimientos sobre cómo moverse en el mundo oculto de las disciplinas que tenían relación con la creatividad del ser humano. En definitiva, anhelaba un heredero de su patrimonio material y espiritual. Por conseguir su deseo, era capaz de cualquier cosa, como efectivamente lo fue al hacerle la corte a Carmen con sus maneras exquisitas y embarcarla en la aventura de un matrimonio que bien le constaba a él que estaba condenado al fracaso.

También le influyeron a Jorge otro tipo de razones de índole social y económica para poner sus ojos en Carmen. Como el afamado galerista de arte en que se había convertido, era consciente de que un matrimonio que cumpliera con las estrechas normas de las mentes provincianas de aquellos años, le abriría muchas puertas en su oficio. Los acaudalados de la ciudad que estaban en

condiciones de invertir sumas cuantiosas en las obras que proyectaba adquirir Jorge, eran gentes de principios sólidos y fe ciega en costumbres ancestrales, anclados sin remedio en una tradición atávica que se extinguía, pero que ellos conservaban y acrisolaban con pulcritud en sus personas y en sus familias. Tenían los pudientes semejante hábito heredado por siglos de preeminencia sobre el resto de los mortales, a quienes tildaban como seres débiles que sucumbían ante la tentación y destrozaban sus vidas por no gozar de un sólido sistema de valores que los guiara a pecar con disimulo. Entre ellos, se reconocían y se amparaban. Y Jorge deseaba ser uno de ellos. Los poderosos no efectuaban ninguna intromisión en la existencia de los artistas, ya que a estos seres extraños les disculpaban sus extravagancias y sus inclinaciones amatorias, no acordes con la heterosexualidad reinante, con tal de que alcanzaran la genialidad. Pero esta actitud distendida no era igual con el círculo que amparaba y difundía la obra de los creadores. Cuando Jorge era invitado a alguna casa de postín para cerrar algún negocio, su imagen solitaria y su postura ambigua en temas sexuales no lo favorecía lo más mínimo. A los ricos solo les agradaba soltarle el dinero de las comisiones a uno de su especie y condición, a alguien con quien pudieran defender su rígida moral sentenciosa, pero, al mismo tiempo, al compás de bromas y chascarrillos burdos sobre mujeres. Las rarezas solo les eran permitidas a los artistas, nunca a quienes traficaban con el arte. Algunos buenos negocios había perdido ya Jorge por levantar sospechas sobre lo que era.

Pronto aprendió Jorge la lección y decidió solucionar las anomalías y faltas de su vivir bohemio y no acorde con las normas. Rectificó su postura en lo que a él mismo se refería y ocultó sus inclinaciones en un ámbito estrictamente privado, casi secreto, inaccesible para cualquiera de sus poderosos clientes. Solo carecía de una mujer que fuera digna de colgarse de su brazo, una mujer respetable a los ojos de la sociedad que estaba llamada a enriquecerlo. Se trataba de una tarea delicada en la que pondría especial diligencia. Conocía a mujeres maravillosas, sin compromiso alguno, que frecuentaba en cafés y en tertulias diversas. Solo le faltaba decidirse por una de ellas. Y Carmen se impuso en su pensamiento desde un principio. Se la habían presentado en la inauguración de una de las exposiciones de su galería y le pareció una mujer fascinante: hermosa sin discusiones, culta e inteligente.

En definitiva, un buen ejemplar donde invertir su vida externa. Aparte de los negocios que podrían fructificar con su presencia femenina luminosa, intuía que Carmen era una persona con la que lograría una relación amable y espontánea y un diálogo siempre abierto. Presumía que la convivencia con ella no le generaría un gran problema y, además, venía a colmarle sus ganas de engendrar un hijo. Con el tiempo y con el trato delicado y protector que pensaba dispensarle, ella asumiría la índole distinta de su marido. Fijarían unas normas de recíproco respeto y de observación de las buenas costumbres según el criterio generalizado del ambiente donde iban a desarrollar su vida en común, y cada uno disfrutaría de los placeres a su modo en un recinto oculto y clandestino.

Cuando Carmen se enteró del engaño de su matrimonio, casi se murió de la tristeza. Amaba a Jorge con todo su ser. Embarazada como estaba, sumida en un sensible y blando estado afectivo por la lejanía de él con respecto a su cuerpo que ganaba en volumen, el golpe de la homosexualidad de Jorge la hirió con la máxima energía demoledora. Alumbró a Antonio en una deplorable situación anímica, a pesar de los esfuerzos de Jorge en ofrecerle ternura de manera sostenida. Porque Jorge estaba a su lado siempre y la amparaba con su afecto verdadero, porque nunca fue fingido el cariño que él le profesó desde el primer instante a Carmen. Llegó a amarla, si bien con un amor distinto al convencional entre un hombre y una mujer.

Carmen recobró la alegría con las monadas de su hijo Antonio y se reconoció a sí misma que Jorge no podía resultar mejor padre. Compartía con ella biberones, cambios de pañales y, sobre todo, un amor inmenso hacia la criatura fruto de ambos. Ella continuaba amando a su marido con todo su ser, no obstante su alejamiento físico. Había optado por admitirlo tal cual era y deponer sus luchas interiores. No aguantaba la idea de vivir lejos de Jorge, un hombre que se le mostraba generoso y tierno por encima de sus particulares inclinaciones sexuales. Prefería mantenerlo próximo, incluso con los peligros que para ella suponía esta decisión. Se trataba de variar el enfoque clásico que le había dado al matrimonio, de permitir las singularidades de Jorge, de respetarlo en suma, porque lo quería y no toleraba el pensamiento de desarrollar su existencia sin él a su lado. Admiraba sus maneras, su pasión por el arte, su erudición magnífica. Aunque nunca se eclipsaba su apetito por el cuerpo agraciado y sublime de su marido, sofocaría sus deseos de otra

forma. Ya hallaría el camino adecuado. No todo en la vida de un matrimonio consistía en el sexo, sino que también contaban la ternura, la buena convivencia y el respeto recíproco. Lo máximo a lo que podría aspirar con Jorge desde un punto de vista carnal, era a demorarse en sus facciones perfectas y en las líneas de su cuerpo varonil exquisitamente formado. Carmen aceptó la situación sin más tragedias y, con el tiempo, hasta consiguió confraternizar con algunos amantes de su marido, sobre todo con Álvaro, a quien estimaba como a un hermano.

En este contexto afectivo se hallaba Carmen cuando conoció a Félix y surgió la chispa entre los dos. No fue buscada por ninguno, sino hallada al azar, ese duende travieso que sabe muy bien lo que se hace en su engañosa anarquía. Félix era otro desterrado del cuerpo que un día amó. Meses antes de conocer a Carmen, su matrimonio se había roto sin remedio. Había descubierto que su mujer lo había utilizado siempre, desde un principio, que lo enganchó como un simple semental, como un jornalero de sus caprichos y como el bastón para su brazo en los acontecimientos sociales sin los que no podía pasarse. Los sentimientos que abrigaba Lali hacia el padre de sus hijos eran vacíos, de pura conveniencia, defendidos con ardorosa pasión por Lali como los correctos y adecuados, pues para ella el amor era una palabra que adornaba las mentes de los soñadores y los versos de los poetas. Para aquella mujer, la vida era más prosaica que la visión peliculera defendida por el espíritu romántico de Félix y requería ánimos firmes y desapasionados para caminar con éxito por sus cauces, y así se le expuso a su marido. Si ese camino se hacía en compañía, otorgaba una complicidad muy superior a la del indebidamente idealizado amor, una palabra que, para ella, encerraba todos los peligros por los que se perdían los humanos.

El impacto de la confirmación de las sospechas de la frialdad de Lali fue tremendo para Félix. En un primer momento, sintiéndose utilizado y burlado en sus limpios sentimientos, pensó en acabar con un matrimonio ficticio y sin sentido, porque no resistía mirar a Lali a los ojos y, mucho menos, rozar su cuerpo gélido. Había sido un auténtico iluso, un imbécil que se había dejado seducir por una mantis religiosa. A pesar de haber apreciado en Lali desde siempre un poso entumecido y ciertos callos en el alma, jamás había considerado que su rigidez inflexible también se extendiera al ámbito de sus afectos más próximos. Lali lo había engañado, había

actuado con él con un cálculo maestro, con una precisión de cirujano que no se inmuta ante la carne palpitante, con una frialdad de arpía acostumbrada a los encantamientos de los hombres. Lo había seducido cuando él se encontraba más solo, en una ciudad ajena donde no manejaba los resortes íntimos de las personas y donde no sabía explicarse los motivos de las distancias excesivas que le imponían los demás. La fingida calidez de Lali en medio de aquel desierto lo embaucó. No supo detectar la previsión de meros intereses en ella y la sonrisa de la codicia la confundió con la del amor. Lali hizo su negocio y él cargó con los impuestos del mismo.

Después de descubrir Félix la materia glacial del alma de la mujer que lo había manipulado siempre, hablaron ambos de su situación y clarificaron las posiciones de cada uno. Si Lali se había casado con él, era por el deseo de descendencia, así como por la seguridad de tener asegurada la pitanza hasta el final de sus días. Ante el descubrimiento aterrador del cinismo en su mujer, Félix se negó a pasarle un duro durante un período y Lali aprendió los rigores del trabajo en una media jornada que había mendigado por poco y que le fue concedida durante seis escasos meses en la oficina donde trabajaba Toñi. Allí se forjó la animadversión de Toñi hacia Félix, atizada por las viles palabras de Lali con respecto a su marido. Cuando se acabó su contrato temporal, ante la falta de presión de Félix y los sobres de dinero que el mismo volvió a depositar en sus manos, Lali se olvidó para siempre del feo vicio del trabajo, que a tantos madrugones la obligaba. Félix calló, porque lo de menos era la cuestión económica. Lo importante, por lo que aguantaba al lado de aquella mujer insustancial, eran los dos hijos maravillosos que habían traído juntos a este mundo, dos hijos que eran apenas unos niños y que precisaban padre y madre; ambas eran figuras necesarias para que crecieran sanos y armoniosos. Por amor a sus hijos, aceptó Félix la continuidad de la convivencia con Lali y las perennes pamplinas sociales a las que ella era tan aficionada. De cara a su conciencia y sin ridículas explicaciones a la mujer que lo había utilizado, Félix se asignó sus propias reglas. A espaldas de Lali, se otorgaba libertad en el plano de los afectos por si algún día surgía una mujer merecedora de su amor, del amor que portaba sin destinatario y que ansiaba una presencia femenina dulce para colmarse, del amor que siempre había sido pisoteado sin contemplaciones a lo largo de su historia.

En parecidas circunstancias Félix y Carmen, no les resultó difícil

enamorarse y mantener su amor durante largos años al margen de sus respectivos matrimonios. Ambos jugaban el mismo juego, sin cartas escondidas, y profesaban a sus hijos la mayor de sus devociones y el primer lugar en la lista de sus afectos.

El amor de Félix y Carmen fue grande y luminoso, consentido con auténtica alegría por Jorge —que gozaba con percibir tan viva y contenta a Carmen, lo que lo llevó a perseverar hasta lograr la amistad sincera de Félix— e ignorado por la egoísta Lali —que le daba lo mismo cómo estuviera su marido con tal de que no se propagaran sus aventuras ni a ella le faltara su alimento material y social—. Fue el amor de Carmen y Félix un amor oculto para las miradas ajenas; pero tuvo la virtud, en su reducido ámbito de acción, de salvarlos de la desdicha en que se hallaban inmersos. Con humildad silenciosa, ese amor reconstruyó la alegría de vivir sobre las ruinas respectivas de sus elegidos.

Félix había dejado de amar a Lali en el mismo momento en que la vio sin sus máscaras y Carmen dejó de amar a Jorge poco a poco, conforme se fue consolidando su nueva relación afectiva. Mientras Félix había desarrollado un profundo desprecio hacia Lali, Carmen jamás había perdido la admiración hacia Jorge. Su confianza con él resultaba fortalecida con el paso del tiempo y con la complicidad constante que le dispensaba su marido en relación a sus amores con Félix. El íntimo compañerismo de Jorge y Carmen crecía con el transcurso de los años e, incluso, resultó reforzado tras la muerte de su único hijo, Antonio, y la lucha en común que ambos sostuvieron frente al demonio sin escrúpulos de Begoña.

Tras la muerte de su hijo, la penosa situación anímica de Carmen la alejó afectivamente de Félix, no obstante seguir manteniendo con él una estupenda y deliciosa amistad que no desapareció hasta la muerte de ella. Se hallaba destrozada desde el suicidio de Antonio. Había desaparecido de su mente cualquier vestigio de índole amorosa. Sus sentimientos solo atracaban en puertos sombríos, huérfanos de toda huella alegre o de todo apremio de índole sensual. Félix la entendió en su desolación absoluta y la acompañó, como bien supo, en su dolor junto a su marido. Incluso, ambos hombres urdieron un programa para sacar a flote a aquella mujer adorable. Por desgracia para ellos, y a pesar de haber aunado sus fuerzas, no lograron rescatar a Carmen de las profundidades de la melancolía y esa era la condena que ambos arrastraban. La tristeza por la muerte de Carmen, la culpabilidad

por no haberla impedido pese a su apoyo perenne, así como el amor que Félix y Jorge le habían profesado a la difunta, cada uno a su modo, eran cimientos de unión que los ligaban como si fueran hermanos.

74

—Existe algo en tu narración que no me encaja —le apunté a Félix cuando acabó con la terrible y hermosa historia que me había emocionado y me había desvelado muchos de los interrogantes que albergaba tras las lecturas de algunos textos del volumen de Carmen Vidal.

—Tú dirás.

—Sé por una amiga que cuando el policía que investiga el caso de Carmen te interrogó, le sembraste dudas sobre Jorge; en concreto, sobre la buena avenencia de su matrimonio. No me cuadra con la amistad y el compañerismo que dices mantener con él.

—¿Cómo se llama esa amiga? —me preguntó con fastidio.

—Se dice el pecado, pero no el pecador.

—¿No será una tal Toñi?

—Puede ser.

—¿La Toñi que es tía de Beatriz, la amiga de mi hija, la que conoce a Álvaro y a Jorge, la que visitaba a Carmen en su casa?

—Puede ser —repetí, pues no deseaba atizar la animadversión entre dos personas a quienes había aprendido a estimar en la última semana; aunque, con respecto a Toñi, no tenía muy claras mis hipotéticas emociones de aprecio tras haberme dado cuenta de su tendencia a la mentira; pero, quizá, aún era pronto para condenarla de un modo absoluto. Todo lo contrario me ocurría con Félix, por quien mi cariño aumentaba a pasos agigantados. Conforme avanzaba la noche, me resultaba más entrañable y seductor. Cada vez era más nítido para mí el rumbo de mis sentimientos amorosos.

—Toñi, a quien por fortuna no conozco ni quiero conocer, es una arpía que se dedicaba a despellejarme con Lali cuando a mi señora le dio por trabajar, que hasta mis oídos llegaron las emanaciones podridas de su lengua afilada. Y aun ahora se ensaña conmigo en cada ocasión que encuentra, que no soy ajeno a las barbaridades que emite sobre mí en cuanto tiene la más mínima posibilidad.

—Un respeto para mi amiga. —La defendí sin entusiasmo. Tuve

claro que limar las asperezas entre estos dos seres era imposible. Los rencores entre las personas se suelen acumular como el sarro sobre los dientes y, cuando pasa mucho tiempo, es precisa una limpieza que desincruste a fondo y, no obstante la misma, la tendencia a acumular nuevo sarro ya existe y es insoslayable.

—Lo siento, pero es que esa amiga tuya me saca de quicio. Está en todas partes, como Dios.

—¿Tuvo mucha amistad con Carmen?

—Yo creo que relativa, que era más un apego por parte de Toñi que de Carmen. En sus últimos años, a Carmen le sobraba todo el mundo.

—Entonces, ¿por qué la visitaba Toñi?

—Supongo que porque la apreciaba. Conocer a Carmen y quererla era inmediato. Carmen la soportaba a su alrededor porque era una buena amiga de Jorge y de Álvaro. Cuántas veces me comentaría que estaba harta de sus visitas constantes y de su atención excesiva… Se sentía acorralada por esa mujer. La previne por si escondía alguna inclinación oculta hacia su persona, porque algún rumor me había llegado sobre el gusto de Toñi por los seres del sexo femenino.

—¿Es cierto eso, Félix? —le pregunté, alarmada ante la duda de si Toñi me miraría con ojos codiciosos.

—Rumores han corrido y a mí me han llegado, pero no te lo puedo asegurar. Algo extraño sí que me recelé en su apego faldero hacia Carmen, pero no es una cuestión que me preocupe actualmente.

—¿Por tal motivo le tienes tanta manía?

—No, mujer. Que haga con su cuerpo lo que quiera. Lo que no me ha gustado nunca es que haya hablado mal de mí sin conocerme. Fue ella la que se ganó mi desprecio más absoluto con su lengua viperina. Fue ella la que me dio caña sin fundamento. ¿Qué puede esperar de mí? Como supondrás, no ha hecho méritos para que la estime. No soy prejuicioso, pero tampoco masoquista.

—Y todo esto sin haber hablado el uno con el otro.

—Mejor que nunca llegue el día en que me la presenten. No tengo el más mínimo interés en conocer a esa señora. Pero permíteme que te advierta con respecto a ella.

—Soy mayorcita, Félix, y sé sacar mis propias impresiones.

—Allá tú, no pienso inmiscuirme en tu amistad, aunque es posible que pulule a tu alrededor y no te dé un respiro. Tú sabrás si

deseas una sombra permanente en tu vida que sea testigo de todos tus actos, como le ocurrió a Carmen.

—La causa de la inquina de Toñi hacia ti la desconozco, aunque casi puedo intuirla —pensé en voz alta. Mi mente había decidido que Toñi había estado enamorada de Carmen y, en buena lógica, Félix era su rival, de ahí su animadversión hacia él. Incluso, mi pensamiento barajó la hipótesis de si no se habría ilusionado con anterioridad con la mujer de Félix. Pero callé mis fantasías, pues era una estupidez verbalizar sobre simples conjeturas, por mucho que a mí me sirvieran para armar el rompecabezas de mi investigación. En cualquier caso, por lo que ya había deducido por mí misma con anterioridad y por lo que acababa de descubrirme Félix, decidí ser muy prudente con Toñi de cara al futuro. Determinado tipo de complicaciones no las deseaba en mi vida.

—Sí, mejor callar —expresó en un tono más aplacado con la mujer objeto de sus furias, y, ante todo lo que me revelaban aquellas tres palabras emitidas por él, di por ciertas mis intuiciones y supuse cuánto debió sufrir Félix por culpa de Toñi—. Nada que tenga que ver con ella puede afectarme ya. Me han comentado por ahí que anda triste desde la muerte de Carmen.

—A mí también me ha llegado esa onda. Pero, volviendo al tema que nos ocupa —giré en la plática, estrellada sin salvación posible sobre las rocas de la desavenencia irresoluble entre dos seres—, todavía no has contestado a mi pregunta sobre la causa que te impulsó a decirle a Manrique que el matrimonio de Carmen funcionaba mal. No me cuadra con lo que me has contado esta noche. Con aquella estimación desafortunada, ponías a Jorge como el número uno de los sospechosos. Tu actitud de entonces me resulta incompatible con la amistad que dices que mantenéis Jorge y tú.

—Y la mantenemos contra viento y marea. Ya has visto que hoy mismo hemos comido juntos, que anda de paso por Murcia solucionando papeles.

—De eso hablaremos después. Contéstame ahora a lo que te he preguntado.

—Ay, Celia querida, fue una falsa suposición por mi parte, un error imperdonable que, por fortuna, se solucionó pronto entre nosotros dos, aunque si me descuido me atiza unos buenos derechazos y, con lo fuerte que está con tanto gimnasio y con tanta marcha, hubiera acabado en el hospital.

Félix suspiró y, sin que fuera precisa una mayor insistencia por mi parte, me contó que su concreta y única actuación contra Jorge fue motivada por un equívoco. Ellos se llevaban bien y habían suscrito un pacto sin palabras escritas para sacar a Carmen del pozo de la melancolía. Iban montados en el mismo barco y sus intereses convergían en relación a Carmen. Pero pocos días antes de su muerte, Carmen le confió a Félix que acababa de concluir una novela y aquel se alegró con toda su alma, pues, por primera vez desde el suicidio de Antonio, le había observado la ilusión en el brillo de sus ojos. La animó a luchar de nuevo por sus textos, pues consideraba que la literatura era el gran amor y el único refugio de aquella mujer sublime. La encontró fortalecida para llevar a cabo la tarea ingrata de buscar un editor y él fue feliz de sentirla otra vez en el mundo de los vivos. Durante la charla confidencial que mantuvieron, fue cuando Carmen también le confió a Félix que había estrenado, por fin, el cuaderno de Francia, aquel maravilloso y único ejemplar que él le regaló hacía muchos años. Le contó que, en él, anotaba todo lo que se le ocurría: reflexiones, sacudidas, particulares caprichos literarios, imágenes cogidas del mundo de los sueños, propósitos de cara al futuro, manías de sus tristezas, esbozos de narraciones, recuerdos que actualizaba y, en suma, textos simbólicos o alegóricos y sin otro valor que no fuera el de impulsarla más allá de sí misma en el reflejo de unas letras que la sanaban con solo extender sus trazos.

En aquellos momentos, entendí casi todo lo que había leído en el volumen nacarado. No existía ningún misterio en él o albergaba todos los del mundo, depende de cómo se enfoque el acto creativo. Carmen dejaba volar su mano sobre las gruesas hojas. Con su pluma, plasmaba palabras de manera automática que la devolvían a la patria de las letras. Las pastillas no consiguieron sacarla a flote, ni los sillones de los psicoanalistas, ni el afecto de los dos hombres de su vida. Solo la literatura podía obrar este milagro en su interior. Carmen había optado, una vez más, por su gran salvadora, por la gran amante de su existencia: la literatura, aunque ella no estaba muy convencida de que fuera un acto volitivo suyo, sino una propia elección del lenguaje, que había decidido anidar de nuevo en su persona. No se cuestionaría pertinencias de argumentos ni cuestiones de estilos. Lucharía por su obra, lo que implicaba luchar por ella misma. El destino había sido cruel con el talento de su hijo Antonio. No permitiría que a ella le ocurriera igual. Estaba decidida

a recomponerse. Abandonaría la sima de los lamentos internos y se pondría en marcha hacia un lugar desconocido. No albergaba ilusiones de que fuera mejor que el dejado atrás, pero sí sabía que ahí estaba su camino.

—Me quedo hipnotizada con esta mujer, Félix —dije mientras suspiraba con profunda admiración. Me identificaba con Carmen hasta extremos insospechados. También a mí me hacía falta un cambio en mi vida y girar hacia el camino idóneo. No me valían más excusas ni más ideas entorpecedoras. El futuro era la extensión que habitaba en esos momentos y no admitía más retrasos ni dilaciones estúpidas.

—Fue una gran mujer. Ojalá la hubieras conocido.

—La estoy conociendo estos días a través de sus propias palabras en el cuaderno nacarado que le regalaste y, ahora, también por las tuyas. Debió ser encantadora.

—Os parecéis.

—¿Físicamente? —le pregunté aterrada, pues no pretendía que Félix se relacionara conmigo en un juego de suplantaciones y, por otra parte, temía que la mujer de mi sueño del domingo por la mañana fuera, efectivamente, Carmen Vidal, ya que ello implicaría una aparición en toda regla y mi mente no estaba preparada para sentar la certeza de ese tipo de sustos de ultratumba. Prefería la conclusión a la que había llegado sin sobresaltos: la mujer de mi sueño era Carmen y se parecía a mí porque, en el fondo de mi subconsciente, yo estaba tan maniatada como ella lo estuvo en vida. Nuestras semejanzas eran múltiples y solo divergían nuestros caminos en los datos anecdóticos, pero no en la estructura íntima de nuestro ser. La imagen onírica me advertía para que sacara las conclusiones convenientes de la trágica existencia de mi predecesora en el instituto, para que me fugara de las prisiones que yo misma me había construido. Aquella imagen era mi yo silenciado, pasado por el filtro de mi obsesión con la persona de Carmen Vidal, de cuyo trágico destino tanto tenía que aprender.

—Os parecéis en el alma noble y en el entusiasmo literario. Eso me agrada mucho. No pienses que me he fijado en ti como una reencarnación de Carmen.

—Me dejas más tranquila, aunque a saber lo que corre por tu cabeza.

—Creo que ya te lo he dicho, querida mía, soy lo que ves. No busques lo invisible que no existe. Aunque Carmen murió hace unos

meses, estábamos alejados como pareja desde hacía más de dos años. Un tiempo más que suficiente para poner en orden un corazón. Seguí amándola, pero de otra manera, más fraternal si quieres, como lo hacía Jorge.

—Volviendo a Jorge, ¿por qué estuvo a punto de pegarte?

—Como ya sabes por lo que te acabo de contar, Carmen escribió una última novela que le devolvió la fe en sí misma. Cuando falleció, esa novela no aparecía por ninguna parte. Jorge no tenía conocimiento de ella y yo, conmocionado como estaba por el suicidio de Carmen, supuse falsamente que él la había escondido para que nunca saliera a la luz. Se me metió esa estúpida manía en la cabeza, quizá porque le imaginé un argumento a la novela que podría ser peligroso para los intereses económicos y sociales de Jorge. De ahí a estimar como válidos los rumores que corrían sobre un posible asesinato, por haber sido manipulados los frenos del vehículo de Carmen, había una delicada línea divisoria que traspasé sin pruebas, solo movido por mi enorme afecto hacia Carmen. Cuando Jorge apareció en el instituto con Manrique, para que repitiera en su presencia mis suposiciones, fui consciente del gran equívoco que había generado. Lo miré a los ojos y supe que era incapaz de haberle causado algún mal a Carmen, lo supe con el alma y con las tripas, no tuve duda. Jorge la había querido a su modo y jamás hubiera atentado contra ella. Lo vi clarísimo en un segundo de lucidez y se me descompuso el cuerpo por mi torpeza. Había emitido palabras muy graves, palabras que ponían a Jorge en el punto de mira como principal sospechoso. Estuve abochornado durante mucho tiempo, no obstante desdecirme en presencia de Jorge y del policía. No conseguí la paz de espíritu hasta pasados dos meses, cuando un encuentro fortuito con Jorge por la calle nos hizo mirarnos con benevolencia. Nos detuvimos ambos. Inseguros con la reacción del otro, cabeceamos con la sonrisa en los labios hasta que estalló la carcajada que liberó la tensión y nos hizo fundirnos en un abrazo. Decidimos entrar en una cafetería, donde nos dimos todo tipo de explicaciones, y acabamos en su casa, dedicados a la tarea de revolver como locos todos los papeles de Carmen por si aparecía la novela. Pero ni surgió esta ni ninguna de las anteriores que tenía escritas. Tampoco sus relatos. Solo rescatamos el cuaderno de Francia. Ni Jorge ni yo entendimos demasiado ese galimatías de textos de la más diversa especie y decidimos ocultar el cuaderno a los ojos de Manrique, por respeto a la propia intimidad de Carmen.

Un policía, un extraño en definitiva, no debía pasearse por las líneas trazadas por el alma de nuestra Carmen. Era lo único que nos quedaba de ella y ese tesoro lo defenderíamos hasta con nuestra propia vida si era preciso. Ante nuestra ineptitud para descifrar los mensajes de Carmen en el cuaderno, convinimos en que Jorge se lo dejara a su amigo Álvaro, un gran entendido en literatura, para que este lo custodiara lejos de donde la policía pudiera meter las narices y para que nos tradujera su contenido.

—Ya voy entendiendo —dije, feliz en mi interior de atar todos los cabos—. Qué pena más grande que Carmen acabara con toda su obra, qué terrible, qué triste…

—Hazte una idea de cómo nos sentimos Jorge y yo al final de aquel registro exhaustivo y frenético… Estábamos desolados. Entre exámenes de alumnos, notas para las clases y apuntes de bibliografía, Carmen no había dejado huellas de la afición avasalladora que había poblado sus días y que la definía como persona, ni tan siquiera su última novela, aquella con la que le observé una ilusión en ciernes pocos días antes de morir. A pesar de la última conversación animada que Carmen había mantenido conmigo y que le transmití a Jorge en todos sus detalles, cabía la posibilidad de que, en un bajón de ánimo, ella hubiera destrozado toda la obra acumulada a lo largo de su vida. Aunque más que destrozo, el último texto que Carmen había escrito en el cuaderno de Francia nos hizo sospechar que toda su obra iba con ella en el coche y que su destino final fueron las llamas. La última anotación de Carmen en el cuaderno es un pasaje realmente aterrador. Parece una carta dirigida a la muerte.

—Aún no he llegado ahí en la lectura —apunté, conmovida en lo más profundo de mi ser por lo que escuchaba.

—Cuando regresemos al apartamento, lo leemos juntos y me transmites tus impresiones, a ver si son las mismas que sacamos Jorge y yo durante aquel día donde fortalecimos nuestra amistad para siempre.

—Ahora mismo nos vamos para allá —le urgí con impaciencia mientras Félix ya sacaba su cartera y, de ella, una tarjeta de crédito y la de identidad. Mientras hacía un gesto con la mano para que le cobraran, miré su documentación. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo: su nombre completo era Félix Luis. En un ágil salto interpretativo, supe cual era el *Rosebud* de Carmen. Lo que había interpretado como un esbozo de relato en el volumen nacarado, no

era más que la nostalgia que sentía Carmen por Félix, por todo lo que había supuesto en su vida, por todo el amor que habían compartido. También daban fe de ello los recuerdos que Carmen recreaba de los días felices vividos junto a él, a quien ella había decidido llamar por su segundo nombre, Luis, en el cuaderno nacarado.

La serenidad se apoderaba de mi espíritu tras tantos días de desasosiego. La historia de Carmen, el misterio de su vida y de su muerte, se despejaba en mi cabeza. Quizá como Carmen miraba a Félix en la plenitud de su amor aún no deshecho por la tragedia de la muerte de su hijo Antonio, yo podía decir lo mismo en aquellos instantes: «Lo miro y, de repente, comprendo que todo encaja».

—Quiero que sepas que te quiso hasta el final —le revelé desde una generosidad que no estaba muy segura de que me conviniera.

—¿Cómo? ¿A quién te refieres?

—A Carmen, tonto. —Y concluí mis palabras con un beso.

75

La noche de aquel jueves mítico en los anales de mi historia personal, concluyó tal y como había vaticinado en el orden del día que me había establecido a primeras horas de la mañana. Pero antes de perderme en el mar ansiado de las caricias que Félix y yo nos prodigamos con la pasión del hallazgo de la ternura que se ha buscado durante toda una vida, terminé de hilar el tapiz del misterio que se había convertido en mi obsesión y en fuente de inquietud desde que llegara a mis manos el volumen de Carmen Vidal.

A la salida del restaurante, aclaré con Félix los motivos de la visita de Manrique al instituto durante aquella mañana. Tal y como recelaba, había sido originada por mi presencia previa en la comisaría. Mi embuste sobre el cuaderno de Carmen Vidal hallado en mi gaveta, reabrió las ansias investigadoras del joven policía. Aunque Manrique hacía meses que había abandonado el caso por un último e incontestable informe pericial —que fijaba con exactitud que los frenos del vehículo de Carmen no habían sido manipulados—, mi aparición en comisaría le despertó algunos recelos que quiso resolver prontamente. El policía ya se había convencido hacía tiempo de que la muerte de mi antecesora en el instituto se debía a su suicidio. Había establecido con primor la compleja red de relaciones de la difunta y había buceado en las psicologías de los principales sospechosos. Tuvo que admitir que se había equivocado en sus suposiciones iniciales, que había seguido una pista falsa y que, en aquella historia, todo era debido a la tragedia personal de una mujer rota. Los informes solicitados a los psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas que habían tratado a Carmen en los últimos tiempos, le resultaron aplastantes. No tenía caso para investigar, solo una maraña de complicadas relaciones entre unos personajes que vivían en el límite del abismo. De ahí que mi mentira sobre el cuaderno lo hubiera desnortado. Se le presentaba en comisaría alguien extraño a la investigación con una incógnita por resolver, y Manrique no es del tipo de agentes a quienes les guste dejar algún cabo suelto. Sin dudarlo, se acercó al

instituto y le expuso a Félix todo lo ocurrido conmigo esa misma mañana, no sin apuntarle que desconfiaba de la veracidad de mi declaración.

Félix no salía de su asombro ante las palabras del policía. Recordó el libro de Carmen en mi apartamento y ligó rápido en qué situación angustiosa me hallaba. No le costó imaginarse que me había montado una película de suspense en el intento de desenredar en mi cabeza las incógnitas que me había producido la lectura del cuaderno de Francia. Para no empezar de nuevo con el tormento de los interrogatorios, Félix decidió decirle la verdad a Manrique, la causa de mis desafortunadas palabras en la comisaría. Le contó que tenía en mi poder un cuaderno de Carmen, una especie de diario que era lo único que se había salvado de los impulsos destructores de la difunta. Estaba convencido Félix de que la lectura por mí de las últimas reflexiones de Carmen, junto con las posibles habladurías que habría escuchado sobre el caso de mi predecesora, habían agitado en mi mente fantasmas ilusorios. Así se lo transmitió a Manrique, que coincidió con él al haberme observado en comisaría una fantasía fértil que, con seguridad, me había jugado una mala pasada.

Las últimas palabras de Félix a Manrique sobre mi persona fueron emitidas con Jorge delante. Porque Jorge no fue citado por Manrique en el instituto, sino que apareció por allí por su compromiso previo con Félix para comer juntos. Al darse cuenta el viudo de Carmen de la nueva acechanza policial que planeaba sin motivo, quiso acabar con esa tortura de una vez por todas. En prueba de que todo estaba en orden, le ofreció a Manrique llevarle a comisaría el diario de Carmen, lo único que se salvó de los textos escritos por su mujer. No le gustaba exhibir algo tan personal de ella, pero quería que cesara la pesadilla de las sospechas para siempre. Entre sus hojas, encontraría Manrique la respuesta a todas sus preguntas. El policía les pidió que comparecieran ambos conmigo. Él también deseaba archivar aquella triste historia para siempre.

76

Ya en mi apartamento, Félix cogió el volumen nacarado y se fue directo a la última página escrita. Me tendió el libro para que yo misma leyera lo siguiente:

No quiero salir, no quiero que lleves el coche, no quiero verte —entre tímida e imprecisa— aferrarte al volante mientras dibujas tu forma en el cristal. Pero iré a tu encuentro y dejaré a medias todos los proyectos iniciados. Si al menos me dejaras unos días, unos pocos días para poner en orden mis papeles, no me sentiría con esta sensación de hilván transitorio. Pero es imposible, no caben lamentaciones. Todas las letras que me rodean no sirven para nada. Su destino es el fuego, la purificación final de todas las vanidades de este mundo.

Tendré que ir a tu encuentro. Siento tu llamada liberadora. Cómo explicarte a ti, que nadie te quiere, que eres el supremo descanso. A pesar de que me espanta esta salida, la haré. Sé que vendrás conmigo. Cómo explicarte a ti que me infundes temor y ahogo. Si ya te he visto y sé que en tus moradas reside la paz que ansío, no entiendo la razón de postergar este viaje ansiado. Lo que más me cuesta asumir es la incapacidad que experimento para imaginar el regreso al mundo sin mancha de mi niñez. Sabes que deseo ese retorno imposible. A tu lado, solo imagino la ida, las calles por delante de nosotras, la madrugada como un cómplice de nuestra fuga juntas.

No debo lamentarme y, menos, ante ti, que tantas veces te he despreciado en ilusorias fantasías. Estoy exagerando, querida amiga. El dramatismo no me va, y, sin embargo, a pesar de mis esfuerzos para ver lo cómico de este asunto, la sensación continúa. Mejor será que me prepare. Aquí no va a pasar nada extraordinario que no haya ocurrido ya en mi interior. Antes de irnos, escucharé a Bach, quiero que suene Johann Sebastian Bach, que sean las *Variaciones Goldberg* lo último que escuche. Con esa música, pura simetría que describe el viaje circular de la existencia, desterraré la comezón sombría y absurda, ridícula y prudente.

Ya ves cómo ando, como si estuviera en la representación del acto final de una tragedia. Me he duchado con especial solemnidad, me he vestido con mis mejores ropas, todo como si siguiera un rito, un ceremonial estúpido y sin sentido. Esto es cómico, querida amiga. El terror es cómico pero hiela. Voy a ir contigo, no lo dudes. Vamos a hacer ese viaje juntas. Ya está todo en orden. Vamos, no he de tenerte

miedo. Tú me has avisado. No puedo hacerte esperar. Tú nunca esperas.

Cuando terminé de leer, lloraba en silencio, con la emoción contenida, amparada por el brazo consolador de Félix.

—Quemó toda su obra. La cargó en el coche y se la llevó consigo en su viaje hacia la muerte —dije en una lamentación que aún me aflige. Carmen se había suicidado y había inmolado su obra con ella. No había más misterio que resolver. Se cerraba el círculo y encajaba todas las piezas del puzle.

—No sufras, Celia —me pidió Félix—. Ella estaba más próxima a los muertos que a los vivos. Los muertos callan, no entorpecen las faenas productoras ni las listas de preocupaciones y deberes para alzar más arriba la existencia, tal y como Carmen enmudeció un buen día, el mismo en que decidió no acudir a trabajar poco antes de su muerte.

—Ahora entiendo todos los pasajes del volumen nacarado. Hace poco leí el párrafo en que narra que se queda en casa y no va a trabajar. Era un texto oscuro, misterioso, incluso enajenado. Me dejó una buena sensación final porque lo interpreté como su decisión de dedicarse sin reservas a escribir. Pero, a pesar de su intento de ejercitarse en la literatura con sus ya menguados bríos y con todo su tiempo disponible, salvarse en ella, no la preservó su amada. Su dolor pudo más, fue invencible, le ganó la partida.

—Así fue, querida Celia. Aprende de su vida desgraciada y dejemos que repose en paz. Los muertos son imágenes de una historia antigua. Nosotros estamos vivos y podemos aún encauzar nuestras existencias por los caminos de la dicha que tantas veces nos han sido negados.

Miré a Félix con la emoción fundida en cada poro de mi piel. Lo reconocí tal como era en realidad, porque, hasta aquella precisa noche, nunca lo había contemplado con los ojos desnudos de suspicacias y temores, esos estorbos que había creado mi alma solitaria en su defensa ante una hipotética desilusión.

Nadaría, sin guardar la ropa, en el mar que se me ofrendaba como el destino más dulce. No buscaba ya en él lo invisible. Él era como se manifestaba para mi gozo. Tenía las puertas abiertas.

Viernes, séptimo día

77

Al día siguiente de aquel jueves decisivo en la semana que cambió mi vida, un viernes espléndido se abrió paso con una luminosidad que incitaba al júbilo desde primeras horas de la mañana. Me levanté feliz, con una sensación de ligereza que no experimentaba desde los años de mi juventud.

—El café está listo en la cocina —me dijo Félix al sentirme en el baño, y su voz entró en mi alma como el sonido más hermoso que había escuchado en mucho tiempo.

—No sé cómo voy a poder pasarme sin ti —le susurré con dulzura cuando estuve a su lado.

—¿Cómo? Si esto acaba de empezar, querida Celia.

—Me refiero a que no sé si resistiré tenerte unos metros más arriba cuando me levante.

—Podemos…

—Sí, podemos usar el apartamento que acabas de alquilar como desahogo de espacio, para corregir los exámenes y demás, y eso si es preciso, que si tus enseres caben en este mío, aquí está tu sitio, a mi lado.

Félix me abrazó y su cuerpo me transmitió la emoción que lo embargaba. Su cercanía me hacía bien. Todas mis reservas habían sido vencidas por su claridad luminosa. Mi corazón estaba en calma, sin recuerdos de decepciones, sin desconfianzas hacia la felicidad que se me ofrecía como un regalo inestimable. Por los estigmas que me legaron las turbias historias amorosas de mi pasado, no iba a desaprovechar la bendición que la vida me dispensaba en aquellos momentos.

—Hace un día precioso —constaté mientras cogía una tostada.

—Pues he oído en la radio que puede que llueva.

—No me apetece la lluvia. No quiero ser una mujer de días lluviosos.

—Anda, si así calificó Esteban a Carmen el otro día…

—¿Qué significaba para ella la lluvia? Tiene un relato en el cuaderno de Francia titulado precisamente *La lluvia*. En él, una ciudad acaba anegada por la lluvia para, después, ser arrasada por

un sol devastador. Lo interpreto como una inmensa alegoría.

—Será pura literatura, Celia, qué te voy a decir a ti con tu formación… Aunque ahora recuerdo una vez que me dijo que le gustaban los días lluviosos, que la lluvia limpiaba los ambientes exteriores e interiores. ¿Es muy importante este dato?

—No demasiado. Se trataba de una simple curiosidad de una profesora de Lengua. Creo que llevas razón: no todo lleva un significado oculto. En ocasiones, tenemos una tendencia enfermiza a enredar nuestras neuronas más de la cuenta.

—Lo que no quiero es que sigas tú enredada con obsesiones sobre Carmen. Ella murió y nosotros estamos vivos. Eso es lo que debe prevalecer en nuestros ánimos y en nuestro pensamiento.

—Así es, Félix, no desaprovecharemos la oportunidad que nos brinda el destino —concluí antes de darle el beso que deseaba como la más urgente de mis necesidades.

Mi vida había cambiado. Mi corazón, también.

78

Tal y como habían quedado Jorge y Félix con Manrique el día anterior, acudimos los tres a la comisaría para llevarle al último el volumen nacarado, o el cuaderno de Francia conforme al nombre con el que Félix lo designaba.

El joven policía nos recibió con una amplia sonrisa en el mismo despacho en que yo estuve la víspera. Se mostraba más seguro entre sus paredes. Quizá ya había tomado auténtica posesión de su cubículo. Hasta había cambiado la disposición del mobiliario, dándole a la pequeña habitación un aire más agradable y acogedor. Sobre la mesa, útiles de escritorio que suponía personales de Manrique por su aire ajeno a los típicos de oficina, evidenciaban que ya se había enseñoreado de su espacio en la fría comisaría. Se alegró de vernos, bromeó sobre mi nerviosismo del día anterior y le echó un vistazo al volumen durante unos minutos. Se detuvo en varios apartados, pero, sobre todo, en su última página, la misma que yo leí por la noche en compañía de Félix. Alzó los ojos con una expresión emocionada y triste y le devolvió a Jorge el único recuerdo que quedaba de la escritura de Carmen Vidal.

—Guárdelo, Jorge. Es un recuerdo de su mujer y, para mí, este caso está cerrado —anunció con una nueva sonrisa.

Cuando ya nos levantábamos para irnos, Manrique decidió acompañarnos. Por primera vez, le vimos al joven policía una auténtica satisfacción reflejada en su semblante. Nos invitaba a los tres en un bar próximo. Por fin, tanto para él como para nosotros, se cerraba aquella pesadilla y la ocasión merecía un brindis:

—No quiero que me recordéis como un tábano irritante, sino como un hombre que cumplió con su obligación. A partir de ahora, consideradme vuestro amigo.

—Así será —lo coreó Jorge mientras Félix y yo asentíamos.

El resto del día fue especial y gozoso. Félix había dejado previstas durante la jornada anterior, antes de salir del instituto y tras su charla con Manrique, nuestras sustituciones en las clases. Por tanto, disfrutábamos de la dispensa del deber y podíamos invertir nuestro tiempo en charlar y conocernos un poco mejor.

Tuve la oportunidad de tratar al viudo de Carmen y de explicarme los motivos del gran aprecio que le profesaba Félix, así como la causa del vigoroso cariño que sintió por él mi predecesora en el instituto. Era un hombre encantador, educado y afable. Aunque nos contaba que le gustaba nuestra tierra, había decidido emprender una nueva vida lejos de Murcia. Se trasladaba a Cataluña de forma permanente. Sin Carmen a su lado, no soportaba la estancia en la casa común. Había vendido la mansión familiar de la Costa Brava por los malos recuerdos que le producía, ya que allí fue donde pasó sus últimos meses su desgraciado hijo Antonio. Despojado de quienes más había amado en la vida, Jorge deseaba atracar en el único puerto seguro que aún le quedaba: su amor por el arte. En cuestión de semanas —nos dijo— cumpliría un viejo sueño: abrir una pinacoteca en Barcelona. Nos invitó a Félix y a mí a su inauguración.

—¿Sabe Álvaro que te quedas definitivamente en Barcelona? —le preguntó Félix, temeroso de que la larga relación que había existido entre aquellos dos hombres hubiera finalizado, con el consiguiente sufrimiento añadido para Jorge.

—Se lo diré mañana, que es cuando lo veo. Estos meses fuera de Murcia me han servido para meditar sobre todos los aspectos de mi vida y, sinceramente, Álvaro sobra en ella.

—Te felicito, Jorge. Aunque no lo conozco en persona, nunca fue de mi agrado ese hombre por lo que ha llegado a mis oídos sobre él. Sin duda, mereces alguien mejor.

—Hablando de Álvaro —intervine en la charla—, acabo de recordar ahora mismo que me comprometí con él a que le devolvería el volumen de Carmen antes de la fiesta de mañana. ¿Qué le digo si me llama por teléfono? —exclamé preocupada.

—Tranquila, mujer. Ese asunto lo dejas en mis manos, que lo soluciono yo en un segundo. Este cuaderno no volverá a salir jamás de mi custodia —dijo Jorge mientras sacaba del bolsillo su teléfono móvil.

—Pues, si no te importa —le pedí ante la sonrisa de agradecimiento de Félix—, le comunicas de mi parte, cuando hables con él, que no podré acudir a su fiesta. Voy a estar muy ocupada —agregué mientras le dedicaba a Félix un guiño cómplice.

Si algo había decidido con prontitud en aquella mañana luminosa era prescindir de las compañías que solo me generaban tedio con sus maneras envaradas y con sus juicios inapelables.

Necesitaba aire, alegría, ausencia de dogmas que constriñeran mi propia expresión. Me había cansado de los santones que me producían esterilidad creativa. No me convenían lo más mínimo para el proyecto que ya se forjaba en mi espíritu bajo el título *Diario de una fuga*, esta novela que ahora concluyo con gozo.

Epílogo

Mi particular fuga se consumó con éxito, porque cualquier momento es bueno para fugarse, para escapar de las prisiones que nosotros mismos nos construimos, donde nos encerramos sin compasión, sin que nadie nos lo exija, tal y como yo estaba recluida en mi propio y estéril panorama interno. El gran conflicto es que no siempre sabemos que estamos privados de libertad, presos en unas coordenadas interiores que nos condenan con una dureza que jamás le aplicaríamos a otro. Somos nuestros jueces más implacables y nuestros peores verdugos. Sin misericordia, sacrificamos cualquier muestra que nos distinga del resto de nuestros semejantes, porque consideramos que el rebaño nos protege y las alas anuncian una caída portentosa, como si el freno del vuelo no nos matara de una forma lenta y sádica. La costumbre de la negación de nuestras aspiraciones nos anestesia los sentidos y los reflejos. La rutina engañosa nos absorbe con sus indudables encantos y reduce nuestra actividad a mantener el estado existente y a sofocar todo conato de desobediencia.

No solemos ver los barrotes que nos aprisionan hasta que un comentario sin importancia o un hecho nimio disparan el motín interior, la conjura contra todos los elementos que nos inmovilizan. Sacudidos y en pie, nos damos cuenta con alarma perentoria de la necesidad de un cambio de rumbo, como yo me di cuenta y fui sacudida por la existencia de mi predecesora en el instituto. Persistir en una situación que nos desdibuja y nos lega el más insoportable de los tedios, no es lo más idóneo para alcanzar la armonía con el individuo silenciado que nos habita. Se impone una reacción enérgica si no queremos caer en la negación de la vida que nos fluye. La persistencia en la quietud interna solo nos conduce a negar lo que el instinto dicta y a apetecer la muerte como único consuelo. Y aunque las muertes metafóricas tienen remedio y juegan su baza en el desarrollo personal, la muerte física es la única estación que no admite retornos ni partidas una vez que se ha llegado allí. Por tanto, conviene tomar un billete siempre abierto al

viaje, que nos permita la vuelta o un nuevo traslado hacia un destino apetecido. No debemos privarnos del enorme disfrute de vernos resurgir.

En ocasiones, es tan vasto el estado confuso que ni somos conscientes de que se ha puesto en marcha el engranaje de la rebeldía, el motor de la supervivencia. Conviene asirse a él con empeño mientras lo reconozcamos alzado en el fondo del espíritu, antes de que el demonio de la inacción se trague todas las potencias del alma y no quepa ya más viaje que el de la muerte absoluta, sin quiebros ni recursos que la burlen, como le ocurrió a Carmen Vidal. La vida suele brindarnos armas antes de la rendición definitiva y rastrea caminos posibles para que transite lo más noble de nuestro ser amordazado. Los hilos de la ilusión saben tejer sobre telas apagadas con colores vitales. El campo de las ansías es infinito y nunca se conoce el desenlace de la lucha oculta. Pero benéfica es la emoción que nos despierta, la corriente imparable que nos insta a salir del letargo de una vida que ahoga nuestros sueños.

Carmen Vidal escribió una última novela antes de morir. Esa novela desapareció con su propia vida. Lo consideré un hecho lamentable. Pasamos por el mundo y optamos por la pasión que nos sostiene para no desfallecer. No hay atentado más enorme que el ocultamiento de nuestras propias huellas. Somos como somos y debemos admitirnos como tales. Eso aprendí en aquellos días de inquietud por la suerte de mi predecesora en el instituto, sin saber que mi desasosiego también era causado por la búsqueda de la justificación de mi propia vida sin sentido. Conocer a Carmen fue conocerme a mí misma. Indagar el interior de Carmen fue indagar mi propio interior atormentado y confuso.

He intentado en estas páginas rendir un homenaje a la memoria de la mujer que despertó mis emociones dormidas. Inicialmente, pensé que escribiría las memorias de la escritora sin éxito que fue Carmen Vidal, con toda probabilidad la novela que se llevó con ella en su último viaje y que fue pasto de las llamas. Deseaba redactar la novela por Carmen y para Carmen, para que por fin descansara y pudiera volver a sorprenderse con el sabor ácido de los vinagrillos esparcidos por las huertas de su infancia, para que lograra mirar a la luna y no le observara guiños en los ojos que le avivaran los miedos, para que durmiera eternamente donde encontraba la calma: en el regazo de su abuela.

Al final, como la literatura es libre y las letras vagan según su

propio criterio, me ha salido un doble diario: el de la fuga de Carmen, su fuga hacia una muerte sin retorno, donde esperaba encontrar el sosiego, y mi propio diario, el diario de la fuga de mi antigua persona. En él recojo la muerte en vida que arrastraba, la narración de los hechos que me llevaron a cambiar para bien. Me he olvidado para siempre de la mujer sin rostro que fui. He constatado que Carmen hubiera podido ser yo misma reflejada en un futuro no demasiado lejano. Creo que he cumplido con ambas. Lo sé porque miro las estrellas que me amparan desde el cielo y han formado una sonrisa en sus perfiles luminosos.

Agradecimientos

A Andrés Martínez Lorca, por su apoyo constante.

A Ana Martínez Martínez, por estar siempre ahí, dispuesta a la lectura.

A Ramón Esquirol, por sus recomendaciones en la redacción inicial de la novela.

A Juan Rubio, por sus acertados consejos en la recta final de la novela.

Este libro fue escrito entre los años 2010 y 2011
y ha sido corregido recientemente por su autora
con todo cariño y pulcritud.
Si tú, lector, encuentras alguna falta, recuerda que eres humano,
sé benevolente y no juzgues ni condenes sin piedad.
Un comentario oportuno o una crítica constructiva
pueden mejorar estas páginas y engrandecerte a ti.